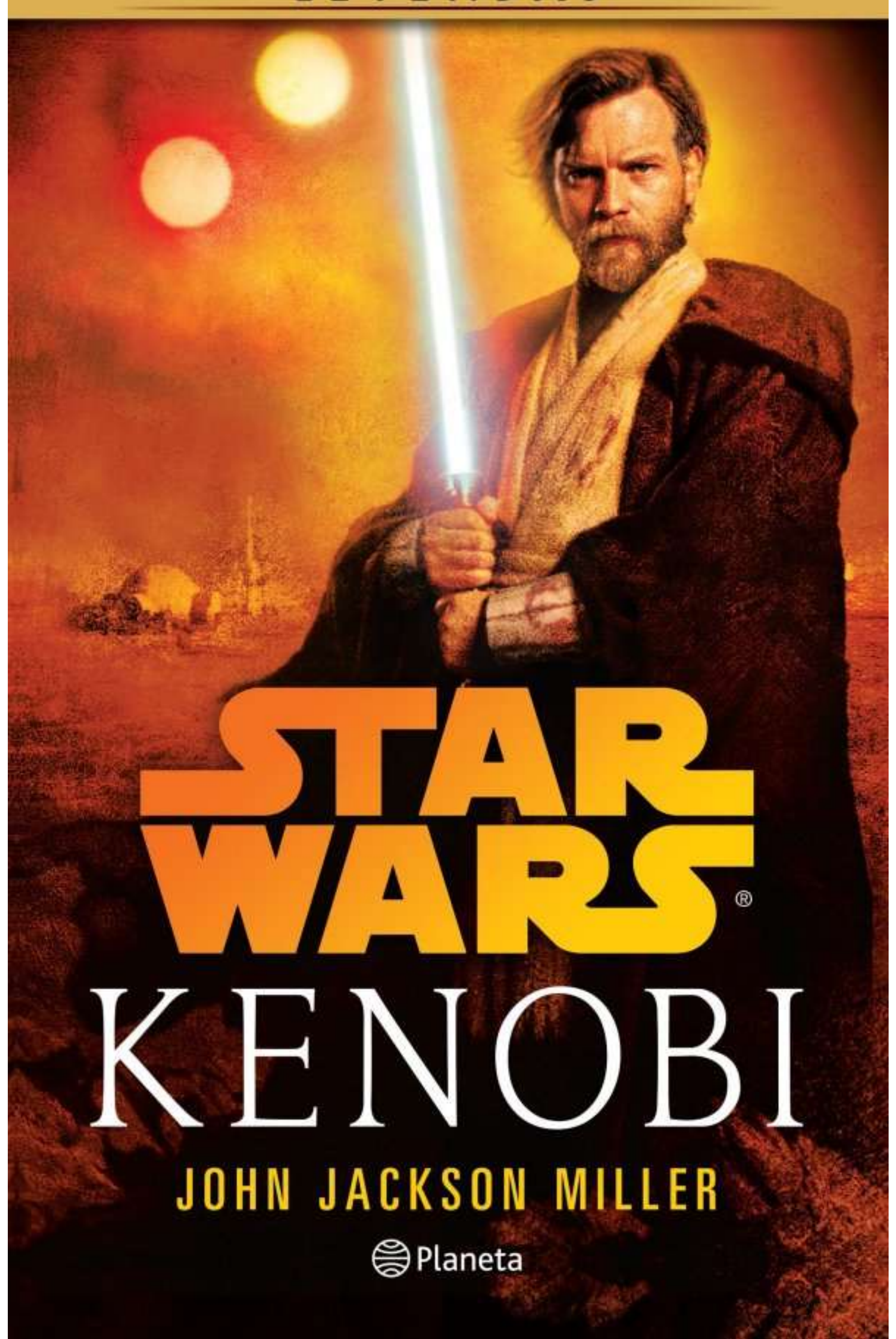

LEYENDAS
STAR WARS®
KENOBI
JOHN JACKSON MILLER
Planeta

LA REPÚBLICA HA CAÍDO.

LOS LORES SITH GOBIERNAN LA GALAXIA.

EL MAESTRO JEDI OBI-WAN KENOBI HA PERDIDO TODO…

MENOS LA ESPERANZA.



Kenobi

John Jackson Miller



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Kenobi*

Autor: John Jackson Miller

Arte de portada: Chris McGrath

Traducción: Renata Somar Aragón

Publicación del original: 2013

19 años antes de la batalla de Yavin

Aporte: Darth Neurus

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

29.07.17

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

Para Kathy,
quien se aseguró de que su hermanito
viera la película

AGRADECIMIENTOS

La historia que se convirtió en *Kenobi* la empecé a desarrollar en 2006, cuando Jeremy Barlo, entonces mi editor de cómics en Dark Horse, me desafió a escribir algo que no se hubiera visto hasta entonces: *Star Wars* como un *western*. Cincuenta páginas de anotaciones después, tenía una historia que era más apropiada para una novela en prosa que para una gráfica, así que decidí guardar el proyecto hasta que surgiera la oportunidad de concretarlo. En 2012, gracias a los editores Shelly Shapiro y Frank Parisi, surgió dicha oportunidad.

Se ha escrito mucho acerca de la vida en Tatooine, pero casi nada sobre la vida de Ben Kenobi mientras estuvo en el exilio. Todas esas obras me fueron útiles, por lo que quiero hacer un reconocimiento a sus autores.

En primer lugar, quiero agradecer a Erich Schoeneweiss, Keith Clayton y a todo el equipo en Del Rey, así como a Jennifer Heddle, Pablo Hidalgo y Leland Chee, de Lucasfilm.

Finalmente, agradezco a mi esposa y correctora, Meredith Miller, al corrector Brent Frankenhoff y a Beth Kinnane, mi consejera ecuestre: ¡en Tatooine no hay caballos, pero sí sillas de montar!

DRAMATIS PERSONAE

Annileen Calwell, comerciante
Orrin Gault, granjero de humedad y empresario
A'Yark, líder de guerra tusken
Kallie Calwell, hija de Annileen
Jabe Calwell, hijo de Annileen
Mullen Gault, hijo de Orrin
Veeka Gault, hija de Orrin
Wyle Ulbreck, granjero de humedad
Leelee Pace, artesana zeltron
Ben Kenobi, recién llegado

**Hace mucho tiempo, en una galaxia muy,
muy lejana…**

Hasta el momento indicado, desaparecer deberemos.
—YODA

La oscuridad ha cubierto la galaxia. El Emperador ha tomado control de la República con la ayuda de Anakin Skywalker, quien alguna vez fue el más brillante de los Caballeros Jedi y quien tuvo la misión de proteger a los indefensos. Tras haber sucumbido al lado oscuro de la Fuerza, Anakin continuó viviendo como Darth Vader: el despiadado encargado de que se cumplieran las órdenes del Emperador.

No obstante, la esperanza también continúa viva en su pequeño hijo, el cual se encuentra bajo la protección de ObiWan Kenobi, otrora maestro y mentor de Anakin. Kenobi huye con el bebé al remoto mundo de Tatooine, en donde, años antes, ya había comenzado la verdadera caída de Anakin, cuando masacró vengativamente a un clan nativo de saqueadores tusken.

Kenobi, quien ignora el suceso y todavía cree que mató a Anakin en el desesperado duelo que sostuvieron, se acopla a su nuevo papel y cuida desde lejos al niño y a su familia adoptiva, los Lars. Sin embargo, para alguien acostumbrado a la acción, es difícil ocultarse. Además, incluso en el desolado Tatooine hay quienes necesitan la ayuda de un jedi…

PRÓLOGO

—ES HORA DE QUE REGRESE A CASA, SEÑOR.

Wyle Ulbreck despertó y miró su vaso vacío.

—¿Cómo dijo?

El cantinero de piel verde tocó al viejo humano en el hombro y lo empujó.

—Dije que es hora de que regrese a casa, Maestro Ulbreck. Ya bebió suficiente.

—No me refiero a eso —dijo Ulbreck, frotándose las lagañas de los inyectados ojos—. Me llamaste «señor» y luego dijiste «maestro». —El viejo miró con suspicacia al cantinero—. ¿Eres orgánico o droide?

El cantinero dio un suspiro y se encogió de hombros.

—¿Otra vez lo mismo? Se lo dije la primera vez que me preguntó. Mis ojos son grandes y rojos porque soy un duros. Lo llamé de ese modo porque soy educado, y soy educado porque no soy un granjero de humedad vuelto loco por todos los años que he pasado allá en el…

—Porque —interrumpió el hombre de patillas blancas— yo no hago negocios con droides. Los droides son ladrones, todos ellos.

—¿Por qué habría de robar un droide?

—Para compartir el botín con otros como él —contestó Ulbreck, sacudiendo la cabeza. Era obvio que el cantinero era un idiota.

—¿Por qué habría…? —empezó a preguntar el cantinero—. No importa —dijo, finalmente. Alcanzó una botella y rellenó el vaso del viejo granjero—. Voy a dejar de hablar con usted ahora. Beba.

Eso fue exactamente lo que hizo Ulbreck.

En su opinión, algo estaba mal en la galaxia: la gente, pero sobre todo los droides. Bueno, esas eran dos cosas, pero pensándolo bien, ¿acaso no estaba mal limitar a una sola cosa lo que no funcionaba en la galaxia? ¿Qué tan justo era? Esa era más o menos la forma de pensar del viejo granjero, incluso cuando estaba sobrio. En sesenta años estándar de agricultura húmeda, Ulbreck se había formado una teoría tras otra sobre la vida; sin embargo, en los primeros años pasó tanto tiempo trabajando solo —era raro pero ni siquiera sus trabajadores querían estar cerca de él— que todas sus nociones se habían acumulado sin ser articuladas jamás.

Para eso eran las visitas que hacía Ulbreck al pueblo: para tener la oportunidad de compartir la sabiduría de toda una vida. Claro, cuando no le robaban diabólicos droides fingiendo ser cantineros de piel verde.

Se suponía que los droides no tenían permiso de entrar al Bar de Junix. Al menos eso era lo que decía el viejo letrero afuera del bar en Anchorhead. Junix, quienquiera que fuese, llevaba bastante tiempo muerto y enterrado en las arenas de Tatooine, pero su antro continuaba en pie. Era un bar de mala muerte, pesimamente iluminado, en donde el humo de cigarro apenas alcanzaba a cubrir la peste de los granjeros que habían pasado todo el día trabajando en el desierto. Ulbreck rara vez visitaba el lugar porque prefería un

establecimiento ubicado en un oasis cerca de su casa; sin embargo, como había viajado a Anchorhead para regañar a un proveedor de partes para evaporadores, se detuvo ahí para llenar su cantimplora.

Ahora, media docena de cervezas lum más tarde, el viejo empezó a pensar en su hogar. Su esposa lo esperaba ahí, así que más le valía regresar. Pero, bueno, su esposa lo esperaba ahí, y esa era razón suficiente para que permaneciera en el bar. Esa mañana, él y Magda habían tenido una horrible pelea por lo que quiera que fuera que hubieran estado discutiendo la noche anterior. Ulbreck no podía recordar de qué se trataba, y eso lo complacía.

De cualquier forma, era un hombre importante y tenía muchos subordinados que le robarían hasta dejarlo sin nada si permanecía demasiado tiempo lejos. A través de una nube, Ulbreck miró el crono que estaba en la pared. Había números en él, algunos estaban de cabeza y bailaban. Ulbreck frunció el entrecejo, no le gustaba bailar. Los oídos le zumbaban, pero se deslizó sobre el banquito del bar con la intención de concentrarse en los dígitos.

Fue en ese momento que lo atacó el suelo. Ágil y artero, el piso trató de golpearle la cabeza mientras él no estaba viendo.

Habría tenido éxito si esa mano no lo hubiera interceptado.

—Cuidado, señor —dijo el propietario de la mano.

Aletargado, Ulbreck miró hacia arriba siguiendo el brazo hasta llegar al rostro de su salvador, el cual estaba cubierto con una capucha. Los ojos azules, coronados por cejas color arena, lo miraron de vuelta.

—No lo conozco —dijo Ulbreck.

—Sí —respondió el humano barbado, al tiempo que ayudaba al viejo granjero a volver a sentarse en el banco. Luego dio algunos pasos para atraer la atención del cantinero.

En ese momento Ulbreck vio que el hombre de la túnica color café sostenía algo con el otro brazo; era una especie de bulto. En cuanto estuvo alerta, el viejo miró alrededor para verificar que su propio bulto no hubiera desaparecido, pero luego recordó que él nunca tuvo uno.

—Esto no es una guardería —le anunció el cantinero al recién llegado, pero Ulbreck no tenía idea de por qué decía algo así.

—Sólo necesito instrucciones para llegar a un lugar —respondió el encapuchado.

Ulbreck sabía cómo llegar a muchos lugares, había vivido en Tatooine lo suficiente para visitar bastantes sitios y, aunque odiaba la mayoría y jamás regresaría, se jactaba de conocer los mejores atajos a ellos. Seguro de que sus instrucciones serían mejores que las de un droide que fingía ser un duros, intervino. Esta ocasión, no obstante, logró sujetarse solo del barandal, y luego miró nuevamente el vaso sobre la barra.

—Esa bebida no está bien —le dijo al cantinero—. Eres…, eres…

El recién llegado repuso con cautela:

—¿Quiere decir que le agregan agua a la cerveza?

El cantinero miró al cliente encapuchado y sonrió entre dientes.

—Seguro, aquí siempre le añadimos el elemento más escaso en Tatooine a nuestras bebidas. Así es como acumulamos créditos.

—Eso no es lo que quise decir —interrumpió Ulbreck, tratando de concentrarse—. Le pusiste algo a esta bebida para dormirme. Para poder tomar mi dinero. Conozco bien a los citadinos como tú.

El cantinero sacudió su calva cabeza y miró a su esposa, quien también estaba calva y se encontraba lavando vasos en el fregadero, detrás de él.

—Deja todo, Yoona, nos descubrieron —exclamó y miró al extraño encapuchado—. Llevamos años apilando cuerpos de clientes en la bodega de atrás, pero supongo que ya todo acabó —dijo, en broma.

—No se lo contaré a nadie —susurró el recién llegado, con una sonrisa—, a cambio de que me dé indicaciones para llegar a un lugar y un poco de leche azul, si es que tiene.

Ulbreck estaba tratando de encontrarle lógica a la plática, pero de pronto el cantinero puso cara de preocupación. El viejo granjero volteó y vio a varios humanos atravesar el arco de la puerta riendo y maldiciendo. A pesar de su atolondramiento, el hombre reconoció a los pendencieros borrachos.

Ambos tenían veintitantos años y eran hermano y hermana. Mullen y Veeka Gault no sólo eran unos vándalos, también eran los engendros de Orrin Gault, el más grande competidor de Ulbreck en el oeste. Los jóvenes venían con sus compinches: Zedd Grobbo, un amenazante individuo que podía levantar más peso que un droide de carga, y el joven Jabe Calwell, de apenas poco más de la mitad de la estatura de Grobbo e hijo de una de las vecinas de Ulbreck.

—Saquen a ese muchacho de aquí —gritó el cantinero en cuanto vio al adolescente que venía pegado al grupo—. Como ya le dije a este otro tipo, la guardería está a la vuelta.

Ante esta referencia, Ulbreck escuchó abucheos de los jóvenes vándalos y notó que su salvador volteaba a la pared con su bulto para tratar de alejarse de los alborotadores. Veeka Gault pasó empujando a Ulbreck, tomó una botella de atrás de la barra y le pagó al duros con un gesto obsceno.

Sus compañeros vándalos ya estaban abrumando a una víctima indefensa: Yoona, la esposa del cantinero. Zedd sorprendió a la mujer duros con una pila de tarros vacíos en su charola y la hizo girar para divertirse, lo que provocó que los tarros salieran volando en todas direcciones. Uno de ellos golpeó la greñuda cabeza de un cliente sentado en una mesa cercana.

El wookiee se levantó para hacer patente su creciente desaprobación. También se puso de pie Ulbreck, a quien le desagradaban varias generaciones de la familia Gault y no temía poner a esta en su lugar. Se tambaleó hasta una mesa cerca del grupo y se preparó para enlistar sus objeciones, pero el wookiee tenía prioridad y, de todas maneras, el viejo sintió que la mesa sobre la que estaba apoyado empezaba a caerse, así que decidió observar la escena desde el piso. Primero escuchó los ruidos de una riña, y luego alcanzó

a percibir la llegada de la esposa del cantinero, quien se escabulló a un lado de él para cubrirse.

El wookiee le dio una bofetada a Zedd, quien salió volando hasta el otro lado del bar y aterrizó en la mesa de otras personas que, aunque no eran droides, Ulbreck estaba seguro de que sí eran ladrones. El granjero había pasado toda la tarde y la noche observando a los rodianos de piel verde y largo hocico, y preguntándose en qué momento empezarían a acosarlo. Podía reconocer a los secuaces de Jabba el Hutt en cuanto los veía. Ahora que su mesa se había volcado, los rufianes se movieron y las sillas empezaron a caer mientras ellos disparaban al suelo y sacaban sus armas.

—¡Nada de blásters! —escuchó Ulbreck gritar al cantinero, al tiempo que los clientes corrían en estampida hacia la puerta. La advertencia no ayudó en nada. Los Gault estaban atrapados entre los atacantes que avanzaban, pero habían sacado sus pistolas en cuanto el wookiee golpeó a su camarada, y ahora respondían a los disparos de los rodianos. Ulbreck notó que el joven Jabe también habría disparado su arma de no ser porque el wookiee lo levantó del suelo. El titán sostuvo al chico gritón en el aire y estuvo a punto de arrojarlo a la pared.

El hombre barbado recién llegado se arrodilló junto a Ulbreck apoyándose en la barra y luego se inclinó sobre el viejo para acercarse a la mujer del cantinero.

—Cuide esto —dijo el hombre, al tiempo que le entregaba el bulto y se apresuraba a participar en la riña.

Ulbreck volvió a enfocarse en la pelea del bar. El wookiee, que estaba parado junto a él, lanzó a Jabe a la pared; pero, por alguna razón, el chico nunca llegó a su destino. Ulbreck estiró el cuello y vio el cuerpo de Jabe sacudiéndose, volando y describiendo una curva imposible en el aire para luego aterrizar detrás de la barra.

Asombrado, el viejo volteó a ver a Yoona para verificar si ella también había sido testigo de aquello, pero la mujer estaba paralizada por el terror y tenía los ojos cerrados. Entonces, un disparo de bláster atravesó el piso cerca de ellos. La mujer abrió los ojos, empezó a gritar y aventó el bulto a los brazos del granjero para luego huir arrastrándose.

Ulbreck, que también se veía espantadísimo, volteó a observar la trifulca con la idea de que vería al wookiee golpeando a Jabe hasta hacerlo pomada pero, en lugar de eso, vio al encapuchado sujetando el bláster del joven y apuntando al techo. El hombre le disparó una vez a la esfera de luz que estaba suspendida sobre él y, un instante después, el bar de Junix quedó sumido en la oscuridad, mas no en el silencio, ya que todavía se escuchaban los aullidos del wookiee, los disparos de los blásters, el vidrio rompiéndose y, además, había un peculiar zumbido, todavía más fuerte que el que oía Ulbreck.

Al granjero le daba miedo mirar alrededor del borde de la mesa que le servía de escudo a su cuerpo pero, cuando lo hizo, divisó la silueta del hombre encapuchado iluminada por una lluvia de luz azul, así como rayos de bláster perdidos que rebotaron en la pared sin lastimar a nadie. Algunas figuras oscuras aparecieron, pero luego se desvanecieron entre gritos conforme avanzaba el humano. ¿Serían los criminales

rodianos? Ulbreck se volvió a deslizar hasta colocarse de nuevo detrás de la mesa, temblando.

Cuando por fin todo se aquietó, lo único que pudo escuchar el viejo fue un suave crujido en su regazo. Entonces, buscó a tientas la linterna que llevaba en su bolsillo, la activó y miró el bulto que sostenía: un diminuto bebé con un mechón de cabello rubio que lo miró y gorjeó.

—Hola —exclamó Ulbreck, sin saber qué más decir.

El bebé hizo unos ruiditos con los labios.

De pronto apareció el hombre barbado al lado del granjero. Ulbreck lo iluminó desde abajo con la luz portátil, vio su apariencia amable y fresca a pesar de todo eso que acababa de hacer y no tenía idea de qué había sido.

—Gracias —dijo, tomando al niño de nuevo. Comenzó a levantarse, pero hizo una pausa—. Disculpe, ¿sabe cómo llegar a la finca de los Lars?

Ulbreck se rascó la barba.

—Bueno, digamos que, hay cuatro o cinco formas de llegar ahí. Déjeme pensar en la mejor manera de describirlo.

—Descuide, la encontraré yo mismo —dijo el hombre barbado y desapareció con el niño en la oscuridad.

Ulbreck se puso de pie e iluminó el bar a su alrededor.

Jabe cojeó hacia la salida, y encontró al bueno para nada de Mullen Gault y a la inepta de su hermana Veeka, reviviéndolo. Ulbreck sólo alcanzó a ver que el wookiee estaba afuera y, evidentemente, iba detrás de Zedd. El cantinero, por su parte, se encontraba consolando a su esposa en la parte posterior del bar.

Los rufianes de Jabba yacían muertos en el piso.

El viejo granjero volvió a desplomarse en su asiento. ¿Qué había pasado ahí? ¿El desconocido realmente se había hecho cargo de los malhechores por sí solo? Ulbreck no recordaba haberlo visto empuñar un arma. ¿Y qué había de Jabe, a quien le pareció ver levitando en el aire antes de que llegara a la parte trasera del bar? ¿Qué fue esa parpadeante luz azul que vio?

Ulbreck sacudió su adolorida cabeza y sintió que el lugar giraba un poquito. No, la verdad era que no podía confiar en sus embriagados ojos. Nadie arriesgaría el pellejo y se enfrentaría a los matones de Jabba. Y tampoco nadie traería a un bebé a una riña de bar. Al menos, nadie decente. En definitiva, ningún héroe.

—En pocas palabras, las personas no son buenas —dijo Ulbreck para sí, y luego se quedó dormido.

Meditación

El paquete ha sido entregado.

Espero que pueda leer mis pensamientos, maestro Qui-Gon: no he escuchado su voz desde aquel día en Polis Massa, cuando el Maestro Yoda me dijo que podría comunicarme con usted a través de la Fuerza. Recordará que decidimos que yo llevaría al hijo de Anakin a casa de sus parientes para que lo cuidaran. La misión ha sido cumplida.

Se siente muy extraño estar aquí, en este lugar y en estas circunstancias. Hace muchos años sacamos a un niño de Tatooine con la idea de que se convertiría en la mayor esperanza de la galaxia, y ahora acabo de devolver a otro niño a este planeta con el mismo objetivo en mente. Espero que las cosas salgan mejor esta vez, porque el sendero para llegar a este momento ha estado lleno de dolor para toda la galaxia, para mis amigos… y para mí.

Todavía no puedo creer que la Orden Jedi haya perecido ni que la República haya caído presa de la corrupción y esté en manos de Palpatine. Tampoco puedo creer que Anakin también se haya corrompido. Los holovids que vi de él masacrando a los niños jedi en el Templo continúan acechando mis sueños y rompiendo mi corazón en miles de pedazos, una y otra vez.

Tras el horror de la muerte de esos niños, sin embargo, es posible que otro traiga esperanza también. Tal como dije, la entrega ya fue hecha. Me encuentro en un cresta montando a mi bestia, una eopie de Tatooine, y mirando hacia atrás, a la granja de los Lars. Owen y Beru Lars están afuera, abrazando al niño. El último capítulo ha terminado: comienza uno nuevo.

Buscaré un lugar cercano aunque, si me quedo demasiado tiempo por aquí, tal vez Owen quiera que me vaya a otro sitio más lejano. Quizás haya sabiduría en ello porque parece que, incluso en un lugar tan remoto como este, no dejo de atraer problemas. Ayer hubo algo de barullo en Anchorhead, y antes de eso, también lo hubo en uno de los puertos espaciales por los que pasé. Afortunadamente, ninguno de los altercados estuvo relacionado conmigo ni con la razón que me trajo aquí. No obstante, ya no puedo darme el lujo de reaccionar a los sucesos como Obi-Wan Kenobi. Ya no podré encender mi sable de luz sin anunciar que soy un Caballero Jedi, porque estoy seguro de que, hasta en Tatooine, ¡alguien sabe lo que eso significa!

Así que este es el final: a partir de ahora, y durante el tiempo que sea necesario, me dedicaré a mis asuntos y me mantendré alejado de los problemas. No puedo ser jedi para este mundo y ayudar a salvar a los otros al mismo tiempo. La respuesta es el aislamiento.

Una ciudad, o incluso un pueblo como Anchorhead, se mueve a un paso muy rápido. En la periferia, sin embargo, las cosas deben de ser diferentes. De hecho ya puedo sentir el tiempo moviéndose de una manera distinta, al ritmo del desierto.

Sí, espero que todo sea más lento. Estaré lejos de todo lugar, solo, sin más compañía que mis arrepentimientos.

Si tan sólo hubiera un lugar para esconderse de ellos.

PRIMERA PARTE

EL OASIS

CAPÍTULO UNO

TODO PROYECTA DOS SOMBRAS.

Los soles lo decidieron en el amanecer de la creación. Fueron hermanos hasta que el más joven le mostró su verdadero rostro a la tribu. Fue un pecado. El sol mayor trató de matar a su hermano como debía ser, pero falló.

Ardiendo y sangrando, el sol más joven persiguió a su hermano por todo el cielo. La artera y vieja estrella huyó a la seguridad de las colinas, pero su destino era no volver a descansar jamás porque el hermano más joven sólo había mostrado su rostro, pero él había mostrado su fracaso. Y los otros, para su eterno penar, fueron testigos de ello.

Los primeros moradores de las arenas observaron la batalla en el cielo. Los soles, cubiertos doblemente por la vergüenza, volcaron su ira en los testigos. La mirada de los hermanos celestiales desgarró a los mortales y quemó su piel hasta revelar su esencia oculta. Los moradores de las arenas vieron su sombra proyectada en las arenas de Tatooine, y escucharon. El espíritu más joven instó al ataque; el más viejo les dijo que se ocultaran. Consejos de los condenados.

Los moradores de las arenas también terminaron condenados. Empezaron a caminar con las sombras gemelas del sacrilegio y el fracaso a su lado, y a ocultar sus rostros. Empezaron a pelear, a saquear y a huir.

La mayoría de estos seres atacaban en la noche, cuando ninguno de los hermanos celestes podía murmurarles. A'Yark prefería cazar al amanecer. Las voces de las sombras eran más suaves en ese momento y los colonos que infestaban la tierra podían ver su perdición con claridad. Eso era importante. El sol mayor había fracasado al no asesinar a su hermano. A'Yark no fallaría en matar a los colonos. Nunca había fallado. El hermano mayor vería el ejemplo y aprendería…

… ahora.

«¡Tusken!».

A'Yark se le lanzó al viejo granjero que había dado el aviso. El gaderffii metálico del saqueador chocó contra la barbilla desnuda del humano e hizo añicos el hueso. A'Yark empujó hacia el frente y tiró a su víctima al suelo. El colono luchó y tosió mientras trataba de repetir el grito de alerta.

—¡Tusken!

Años antes, otros colonos le habían otorgado ese nombre a los moradores de las arenas que destruyeron el Fuerte Tusken. En aquel tiempo, los saqueadores aceptaron el nombre en su lengua, y eso fue prueba de que los parásitos caminantes no poseían nada que los moradores de las arenas no les pudieran arrebatar. Sin embargo, A'Yark no soportaba escuchar aquel orgulloso nombre en boca de las abominables criaturas. Además, pocas eran tan espantosas como el maldito que ahora se retorcía en la arena. El humano era antiguo, excepto por una reciente herida en la cabeza, cubierta por un vendaje. Sus blancuzcos cabellos y su piel marchita estaban expuestos al cielo. Era una imagen horripilante.

A’Yark clavó el pesado gaderffii, empujó hacia abajo y las pestañas metálicas del arma oprimieron la caja torácica del colono. Los huesos crujieron. La punta del arma atravesó hasta el fondo y rechinó al chocar con la superficie de piedra que estaba abajo. El viejo colono se ahogó, y entonces el nombre «tusken» volvió a pertenecerles exclusivamente a los moradores de las arenas.

Luego de eso, A’Yark se lanzó contra la construcción de poca altura que estaba cerca de ahí. Ni siquiera lo pensó. Ningún depredador de Tatooine se detenía jamás a reflexionar un asesinato, y entre los tusken las cosas no eran distintas. Pensar demasiado implicaba morir.

El nido humano era despreciable, algo parecido a una colmena de sketto: porquería moldeada para formar un asqueroso medio bulbo enterrado en la arena. Este había sido construido con esa roca falsa humana llamada «sintepiedra» que A’Yark ya había visto antes.

Otro grito. Un blanco y macilento bípedo con cráneo abultado apareció en la entrada de la construcción blandiendo un rifle bláster. A’Yark se deshizo del gaderffii y se lanzó al frente para despojar al sorprendido colono del arma. El morador de las arenas no entendía *cómo* un rifle bláster había podido hacer pedazos a su víctima, pero no era necesario entender. El objeto tenía un uso, así que el saqueador lo puso en acción con el colono, que no tenía ningún uso.

Bueno, eso no era precisamente verdad, los colonos sí servían para algo: para proveerles de más rifles a los tusken. Habría sido gracioso si acaso A’Yark riera, pero el concepto de la risa era tan extraño como el cuerpo de piel blanca que ahora yacía en el suelo. Al desierto habían venido a vivir muchas cosas extrañas: a vivir y a morir.

De pronto, entraron dos saqueadores más a la construcción. A’Yark no los conocía, porque aquellos tiempos en que uno iba a la batalla flanqueado por primos, habían quedado muy atrás. Los recién llegados entraron al área de almacenamiento y empezaron a voltear cajas para hurgar su contenido. Más objetos de metal. Los colonos estaban obsesionados con ellos.

Los guerreros también, pero no era momento para eso. A’Yark les gritó: «¡N’gaaaiih! ¡N’gaaaiih!».

Los jóvenes no escucharon. No eran hijos suyos. De hecho, A’Yark sólo tenía un hijo ahora y ni siquiera era suficientemente grande para luchar. Estos guerreros tampoco tenían padre. Así eran las cosas estos días. Las tribus poderosas se habían convertido en meras facciones de guerra; sus filas cambiaban constantemente conforme los sobrevivientes de un grupo se mezclaban con los de otro.

El simple hecho de que A’Yark dirigiera esta emboscada denotaba lo miserable de la situación. Ninguno de los participantes en el ataque había vivido ni la mitad de lo que A’Yark. Los mejores guerreros habían sucumbido años antes; evidentemente, estos jóvenes no vivirían para disputarse el liderazgo. Eran tontos y si A’Yark no los mataba por su estupidez, entonces morirían de alguna otra manera.

Aunque no esta mañana. A'Yark había elegido el blanco con cuidado. Esta granja estaba cerca de los escarpados Eriales de Jundland, lejos de los otros pueblos, y tenía algunas de esas viles estructuras de las que los residentes extraían agua a la fuerza, punzando un cielo del que nadie podía apoderarse. Entre menos capiteles, o evaporadores, como los llamaban los granjeros, menos colonos. Ahora, al parecer, no quedaba ninguno. Excepto por los jóvenes guerreros que seguían buscando a tientas, todo estaba en silencio.

A A'Yark, sin embargo, que había vivido para presenciar cuarenta ciclos del estrellado cielo, no podían engañarlo. En el interior, junto a la puerta que llevaba afuera, había un arma. Era la del humano viejo; ¿la habría dejado ahí por accidente? A'Yark acercó el rifle a su boquilla plateada y lo olfateó.

No. Con un ágil movimiento golpeó el arma contra la jamba. El rifle había sido utilizado para asesinar a un tusken. El olor a sudor de otro día todavía estaba aferrado a la culata. Era distinto al olor del humano viejo y al de la criatura blanca a la que los colonos llamaban Bith. Había alguien más ahí, pero el rifle no podía usarse, ni ahora ni nunca más.

Un arma que mataba a un tusken no tenía más poder que cualquier otra, por lo que, en opinión de A'Yark, esas supersticiones eran para las mentes más débiles. No obstante, así como los tusken valoraban a sus bantha, los colonos parecían valorar sus rifles personales, y lo mostraban grabándoles símbolos en la culata. El humano que portaba este era más formidable que el viejo y que la tal criatura Bith, pero la próxima vez tendría que recurrir a algo nuevo, algo con lo que no estuviera familiarizado, si acaso sobrevivía ese día. Aunque A'Yark se encargaría de que no fuera así.

El líder de guerra recobró el gaderffii del piso y pasó empujando a los jóvenes que seguían saqueando el lugar. Las huellas en la arena conducían a la parte de atrás, en donde tres evaporadores inertes no dejaban de zumbar y contaminar. Detrás de las infames máquinas había un pequeño cobertizo de servicio para darles mantenimiento.

«Accesorios». A'Yark haría que los habitantes sangraran por usar los evaporadores. Lo haría lentamente para que los soles lo vieran. Todo lo que los colonos habían robado tendría que regresar a la arena, gota por gota.

—¡Ru rah ru rah! —gritó A'Yark, esforzándose por recordar las viejas palabras—. Nosotros estar aquí en paz.

No hubo respuesta. Naturalmente, no habría, pero era seguro que había alguien adentro y que había escuchado las palabras. A A'Yark le daba mucho orgullo recordarlas. Años atrás, una hermana humana se había unido a su familia, porque los tusken a menudo reponían su población secuestrando gente. La banda necesitaba refuerzos ahora, pero no tomarían a nadie de ese lugar. La presencia de los colonos en un sitio tan cercano a los eriales era una ofensa demasiado grande. Morirían, y los otros serían testigos. Sólo entonces Jundland recobraría la paz que le había sido arrebatada.

Los otros guerreros salieron en fila de la casa y rodearon el cobertizo de servicio. Los tusken eran ocho, nadie podría desafiarlos. Unas manos envueltas en trapos rodeaban el

mango de un antiguo gaderffii, A'Yark insertó en la manija el *traang*, es decir, el extremo curvo del arma.

La puerta de metal rechinó al abrirse. En el interior había un trío de humanos temblorosos apiñados en medio de refacciones para las máquinas que saciaban la sed. Una mujer de cabello negro estrujaba a un bebe envuelto en frazadas, mientras un hombre de cabello castaño los abrazaba a ambos. También blandía una pistola bláster.

Era el dueño del rifle descompuesto. Para A'Yark fue evidente que al hombre le hacía falta su arma ahora. El joven humano enfrentó su miedo y miró directamente al ojo de A'Yark que todavía funcionaba.

—Tú, *¡vete!* No tenemos miedo.

—Colonos mienten —dijo A'Yark. Sus peculiares palabras sorprendieron a los humanos tanto como a los otros tusken—. *Colono* miente.

Ocho gaderffii se elevaron al cielo y sus puntas de lanza resplandecieron bajo la luz matinal. A'Yark sabía que algunos aterrizarían en donde debían, y el viejo hermano sol que se cernía sobre ellos volvería a ver lo que era la valentía *genuina*.

—*¡Ayooooo-eh-EH-EHH!*

El sonido hizo eco en el horizonte. Como si fueran sólo uno, la falange miró al norte. El sonido se volvió a oír, pero con más fuerza esta vez. Su significado era inconfundible.

El tusken más joven del grupo fue el primero en decirlo: ¡dragón krayt!

El niño guerrero giró, se tropezó con sus propias botas y cayó sobre la arena; lo primero en golpear fue su boca. Los otros miraron a A'Yark, quien volteó hacia el cobertizo. Como líder de guerra ya había visto a suficientes humanos y había aprendido a leer sus expresiones, pero incluso para un merodeador avezado estos rostros le habrían resultado sorprendentes.

El granjero y su esposa no sólo se veían aliviados: se veían *desafiantes*.

¿En la presencia de un krayt? ¿Del más imponente depredador que se conocía en Tatooine después de los tusken? Sí, A'Yark lo veía. Y eso no era todo: con su mano libre, la joven madre apretó con fuerza algo además del bebé.

A'Yark rugió una orden para los guerreros, pero fue demasiado tarde. Nadie habría soportado el aterrador ruido en el aire. Los dos saqueadores que habían estado volteando cajas poco antes estuvieron a punto de pasarle encima al niño caído cuando salieron corriendo y tratando de recordar en dónde habían dejado los artículos robados. Los otros apretaron los gaderffii con fuerza contra su pecho y huyeron hacia la parte de atrás de la construcción principal.

¡Mal! ¡Mal! Esto no es lo que les había enseñado, ¡para nada! Sin embargo, se dispersaron antes de siquiera saber en dónde estaba el dragón, y dejaron a A'Yark a solas con los colonos. El joven granjero continuó apuntándole con el bláster, pero no disparó. Tal vez ya había calculado el riesgo y llegó a la conclusión de que el arma sin disparar sería más persuasiva que un disparo con manos temblorosas.

No importaba, si lo que los colonos habían planeado era una distracción, ya la habían conseguido. A'Yark resopló y dio un paso atrás; sus túnicas color arena giraron.

Los guerreros corrían por aquí y por allá. A'Yark gritó, pero nadie lo escuchó debido al estruendo. Había algo sobrenatural en ese sonido. Pero ¿qué era? ¡Nadie podía suplantar a un dragón krayt! Si alguien pudiera imitarlo, jamás sonaría tan…

… ¿mecánico?

—*¡AYOOOO-EEEEEEEEEE!*

No había manera de confundir algo así, pensó A'Yark. El gemido del dragón se había transformado en un chillido capaz de partirle a uno la cabeza en dos; iba más allá de la capacidad de cualquier par de pulmones. Ahora se escuchaba con más fuerza, pero provenía de una nueva fuente que se hizo evidente de inmediato: un cuerno unido a uno de los capiteles plateados en medio de la granja. Además, de las colinas del norte y el este, emanaban sonidos similares.

A'Yark se quedó de pie en medio del patio, sosteniendo su gaderffii en lo alto.

—*¡Prodorra! ¡Prodorra! ¡Prodorra!*

¡Falso!

Los jóvenes saqueadores aparecieron de nuevo. Corrían por una cresta de vuelta a la granja. A'Yark exhaló a través de sus dientes podridos. Al menos alguien había escuchado a pesar del barullo. Ahora, al menos podrían…

¡Fuego de blásters! Una llamarada anaranjada envolvió a uno de los saqueadores desde atrás. El otro volteó presa del pánico y también fue incinerado en ese momento. A'Yark se agachó por instinto y trató de protegerse atrás del maldito evaporador.

—*¡Wa-hooo!*

Una onda metálica color cobre y verde pasó arrasando sobre la duna. A'Yark la reconoció de inmediato. Era del landspeeder que los había perseguido anteriormente, en la Roca Alta. Ahora, igual que entonces, varios colonos jóvenes apiñados en su cabina abierta ululaban y disparaban sin clemencia.

A'Yark corrió hasta llegar a un segundo evaporador y de pronto recobró la confianza. No había dragón, sólo colonos. Si los tusken se mantenían unidos, podrían enfrentarlos.

Pero no estaban soportando. Uno de ellos escapó hacia la nada del este, y A'Yark alcanzó a ver dos landspeeders más avanzando a toda velocidad detrás de él. El torpe jovencito guerrero, que apenas había sobrevivido a los ritos de iniciación a la adultez unos días antes, se escondió detrás del cobertizo y se aferró con cobardía a la arena. Sólo los soles sabían adónde se habrían ido los otros.

Mal presagio.

El primer speeder rodeó el asentamiento y sus pilotos dejaron caer una lluvia de fuego sobre nada en particular; ahora llegaba otro vehículo parecido, pero más elegante, con curvas inclinadas. El vehículo plateado transportaba a dos humanos en un compartimiento abierto, protegido por un parabrisas. Un humano barbado y serio conducía el vehículo mientras el pasajero, un hombre mayor, se mantenía de pie orgullosamente junto a su asiento.

A'Yark ya había visto antes al pasajero, pero a una distancia mayor. Rasurado, con mucha más edad de la que alcanzaban la mayoría de los tusken y siempre con esa misma expresión insensible.

«El Sonriente».

—¡Más al sur, amigos! —dijo el humano que iba de pie con los macrobinoculares en la mano—. ¡Síganlos!

A'Yark no necesitaba saber todas las palabras, el significado estaba claro. Los guerreros faltantes no estaban cerca de ahí listos para atacar. Viéndose vencida, la banda huyó.

Al ver el landspeeder del humano alto, el joven y asustado tusken que había dado la alerta del dragón chilló y se detuvo. Dejó su gaderffii en el suelo y salió corriendo.

—*¡Urrak!* —gritó A'Yark—. ¡Espera!

Demasiado tarde. Otro landspeeder hizo una maniobra para inclinarse y los bulliciosos pilotos atacaron al morador de las arenas, que huía, con un disparo tras otro. No llevaba ni seis días de ser guerrero y ya lo habían matado en segundos.

Esto era demasiado. A'Yark se levantó con su arma en la mano y corrió hasta la parte trasera del cobertizo. Se alejó del lugar desde donde, conscientes exclusivamente del asesinato que acababan de cometer, los colonos reían, pero no lo alcanzaban a ver. A'Yark rodó sobre una duna y llegó a un polvoroso barranco. Después de eso siguió otra duna y luego una más, y los andrajosos trozos de tela continuaron volando.

Finalmente, A'Yark cayó al suelo y jadeó. Habían muerto tres, tal vez más, y los moradores de las arenas no podían darse el lujo de perder a nadie. Lo peor de todo era que habían perdido, porque los colonos usaron una trampa en la que, cuatro años antes, ningún tusken habría caído. Seguramente los colonos ya lo sabían: los poderosos tusken ya no eran los mismos de antes.

A'Yark se levantó con dificultad y miró el suelo. La sombra más vieja se alargó. Al igual que el hermano sol más viejo, la horda emprendió un ataque y falló.

Había llegado el momento de que los tusken se ocultaran. Una vez más.

CAPÍTULO DOS

ORRIN GAULT MIRÓ LA GRANJA DESDE LO ALTO, fue un altivo testigo de cómo algunos tusken corrieron por su vida y otros, hacia su muerte. Se sujetó a un costado de la torre del evaporador y vio al último landspeeder desaparecer en el horizonte.

—De acuerdo, llamando a Control, es suficiente —dijo en su comlink—. Ciérrenlo.

El granjero soltó el botón y escuchó. En los oídos todavía perduraba la vibración de la alarma en la parte superior de la torre que acaba de desactivar manualmente. Se asomó desde abajo del ala de lona de su sombrero rural y le echó un vistazo al paisaje. Una por una, las sirenas que se encontraban a kilómetros de distancia empezaron a callarse, y el silenció volvió al desierto.

Miró su comlink y sonrió. «Orrin, hijo, tienes un verdadero poder de convocatoria ahí». Era agradable llegar a un punto en la vida en el que la gente hacía lo que tú decías, y en Tatooine, en donde las personas eran tercas de nacimiento y nadie aceptaba órdenes de nadie, su obediencia significaba aún más.

El peligro había pasado. Por primera vez desde que recibió la señal de peligro, Orrin pudo respirar hondo y ponderar la desértica tierra que se veía abajo. Él había nacido, casi cincuenta años estándar antes, en una granja igual a esta, alejada de la estación de camino más cercana y, hasta la fecha, no había ningún otro lugar en el que preferiría estar por la mañana, que en esa zona.

La gente lo consideraba un loco por eso. Todas las personas a las que había conocido preferían la noche porque proveía alivio del calor; sin embargo, una vez que los soles se iban y el aire se posaba sobre ti como una entidad muerta y pesada, tenías que ir a los subterráneos. Además, no había nada bueno en la oscuridad con los tusken y todos los otros depredadores sin nombre al acecho. Las mañanas, en cambio, eran como salir de la cárcel, o al menos eso era lo que imaginaba Orrin. En Tatooine era imposible pasar la noche en mejores condiciones que las de una rata womp en un agujero, pero en el momento en que salías al exterior y dabas un paso, te convertías en humano.

Y luego también existía esa pequeña franja entre el primer sol y el segundo, cuando el frío viento nocturno soplaba por última vez y el planeta mismo suspiraba. Los buenos buscadores de agua vivían para esos momentos, cuando las valiosas gotas que habían nacido durante la noche de repente comprendían que estabas tras su rastro y huían. Un granjero hábil como Orrin podía olerlas y seguirlas. Pero esa cacería sólo era posible porque, a la luz del día, nada podía detenerte. No en esta región. Ya no.

Esas eran las reglas. Las nuevas reglas, quizá, pero finalmente, sus reglas: las mismas que se habían hecho posibles gracias a su arduo trabajo y su guía.

«Creo que olvidé decírselo a esta horda de tusken», pensó, al tiempo que bajaba por la escalera. Los saqueadores le habían arruinado a esta pobre gente algo más que la mañana. Orrin hizo un gesto de dolor. Las entrañas de media docena de droides centinelas y de mantenimiento describían el sendero por el que llegaron los tusken al asentamiento. Dos evaporadores chisporroteaban, las puertas de mantenimiento en sus

bases habían sido abiertas a porrazos. Luego estaban los puntos de ataque, regados aleatoriamente por el patio. Un par de ellos todavía humeaban, en el lugar en donde el fuego de un disparo había fundido la arena y la había convertido en vidrio deslumbrante. No fueron los tusken los que causaron esto, había sido *su* propia patrulla. Orrin jamás había visto que Plug-eye usara blásters al entrar.

«Plug-eye». Esta incursión no pudo ser trabajo de nadie más. Ningún otro tusken en esta zona de los Eriales de Jundland se atrevería a atacar al amanecer. Nadie había visto jamás algo más que un atisbo de Plug-eye y había vivido para contarlo. Porque, como Orrin siempre decía, si sobrevivían, entonces su encuentro no había sido con Plug-eye, sino con algún otro tusken con mejor disposición. Las descripciones del infame saqueador eran variadas. ¿Delgado o gordo? ¿Macho o hembra? ¿Pequeño y gordito, o como un wookiee con túnica?

Las historias sólo coincidían en dos cosas: en que Plug-eye era tan fiero como el fuego y en que, a pesar de que los otros moradores de las arenas tenían torretas metálicas en lugar de ojos, él debió de haber tenido problemas con uno de sus ojos y, en lugar de sólo cambiar la torreta, incrustó una piedra color carmesí en la hendidura.

O algo así. Las historias ni siquiera coincidían en cuál ojo era. En esta ocasión, sin embargo, las cosas podrían ser distintas porque habían llegado a tiempo para salvar a algunos testigos.

Orrin ya estaba vestido y llevaba una hora trabajando en las dunas cuando el llamado, o mejor dicho, *el Llamado*, llegó. Ese hecho, sumado a la proximidad de su equipo de trabajo, fue lo que salvó a la familia Bezzard de tener un fin espantoso. Lo que sucedió antes, no obstante, ya había sido tragedia suficiente. En ese momento, dos de los vecinos de Orrin, primos por parte de la familia de su exesposa, salieron por la puerta de atrás de la casa cargando el cadáver del peón Bith. Orrin miró hacia abajo cuando pasaron. La patrulla se haría cargo del entierro de la misma manera en que, pasando la duna al este, ya había otros voluntarios enterrando a los tusken muertos. Tenían que facilitarles esto a los Bezzard lo más posible.

Era algo por lo que él ya había pasado cuando murió su hijo, el más pequeño, de una manera igual de absurda.

Orrin escuchó movimiento en la casa.

—Mullen, ¿estás ahí? —preguntó.

—Sip. —El hijo mayor de Orrin, aquel en el que todavía no podía resignarse a pensar como su *único* hijo, llegó caminando tranquilamente por el edificio con las dos mitades de un rifle bláster—. Parece que Plug-eye estuvo aquí —agregó Mullen.

—Eso imaginé.

Con una apariencia indescifrable detrás de esas gafas negras, Mullen Gault bien podría ser un clon de su padre a los veinticinco años, de no ser porque el joven se esforzaba demasiado en parecerse a alguien más. Ambos eran altos y de complexión fuerte, y tenían la piel rojiza de quienes habían nacido y se habían criado como granjeros. Pero ahí terminaban las similitudes. Orrin tenía ojos azules y cabello oscuro que

comenzaba a mostrar elegantes canas. Trataba de lucir bien incluso en las dunas porque uno nunca sabía con quién podría toparse. Mullen, en cambio, todavía llevaba puesta la ropa de la parranda de la noche anterior. Era lo típico. Años antes ya había sacrificado varios dientes en Anchorhead, en un embrollo con un apostador, y hace poco acababa de perder otro en ese mismo pueblo.

La gente decía que esa era la razón por la que Mullen fruncía el ceño con la misma frecuencia con la que su padre sonreía, pero Orrin sabía que no era cierto. El chico había vivido enfurruñado desde que estaba en la cuna.

Orrin tomó las piezas del rifle. Muy pocos tusken dejarían atrás algo útil. Plug-eye parecía ser más selectivo.

—¿Cuántos eran?

Mullen se tocó la barba y se quedó parado junto al marco de la puerta rascándose la espalda con la jamba.

—Había tres tusken muertos en el patio. Luego están los que corrieron a las dunas. Veeka acaba de llamar y dijo que los perdió en la Grieta Roiya —explicó Mullen, mirando con entusiasmo a su padre—. Pensé que querrías que cancelara la caza. Ya están de regreso.

Orrin gruñó.

—Bueno, no pierdas de vista demasiado al viejo Pluggy. La próxima vez que el desayuno se presente… —Se detuvo. Los gemidos de angustia de una mujer resonaron en la casa—. La propietaria, ¿está bien?

—Está al frente con el viejo —respondió Mullen—. Se encuentra bastante agitada.

—Me imagino —dijo Orrin, mirando hacia arriba—. ¿Quién le está haciendo compañía ahora?

—Ya te dije, el viejo.

Orrin se quedó boquiabierto.

—¿El viejo *muerto*? —preguntó, dejando caer los fragmentos al suelo—. Mullen, te dije que te aseguraras de que se quedara con alguien, ¿y tú pensaste que me refería a *su padre muerto*?

El chico sólo se le quedó viendo.

—Ay, Mullen, ¡te juro que…! —Orrin hizo una mueca, presionó el puente de los lentes de su hijo con dos de sus dedos y luego le pegó la cabeza a la puerta, produciendo un ruido sordo—. *En serio.*

El joven se quedó en silencio mientras su padre caminaba de vuelta al landspeeder. Orrin encontró su media capa de sarga detrás del asiento del pasajero, se la colocó sobre los hombros y volteó a la casa. «Esto no será sencillo», pensó.

La imagen de Tyla Bezzard con su cabello oscuro, acunando al viejo en el escalón, lo dejó sin aliento. Lo que los saqueadores habían hecho era horripilante, tuvo que ser Plug-eye. Sin embargo, lo que más le causaba escalofrío era que a la mujer parecía no importarle el estado del cuerpo de su padre.

La joven percibió la cercanía de Orrin sin tener que levantar la mirada.

—Alguien viene, papacito.

Orrin se quitó el sombrero y se arrodilló al lado de ella de manera instintiva. La conocía desde niña. Lotho Pelhane, su padre, había sido peón en la granja de la familia de Orrin durante veinte años. Antes de que Lotho empezara a trabajar por su cuenta, los hijos de Tyla y de Orrin solían jugar juntos. El líder de la patrulla colocó su capa sobre los hombros de Tyla, ella ocultó su cabeza en el pecho de él y lloró irrefrenablemente.

—Lo sé, lo sé, Tyla —dijo él, abrazándola—. Es algo de verdad terrible. —Orrin miró el cuerpo que aún yacía desparramado sobre el regazo de ella. Lotho Pelhane todavía tenía en la cabeza un vendaje de semanas atrás que, tomando en cuenta el desastre en que estaba convertido ahora, se veía absurdo. Orrin miró en otra dirección.

Tyla gimoteó.

—Traté… Traté de recordar, Maestro Gault…

—Orrin.

—Traté de recordar. Usted nos vendió la alarma y el activador —dijo ella, mostrándole el control remoto que tenía en la mano. Lo estrujaba casi con la fuerza necesaria para hacerlo pedazos—. Estaba tan asustada —resolló—. Al principio no podía recordar cómo encender la alarma local…

—Está bien —dijo él—. El Llamado de los Colonos funcionó bien. Recibimos tu señal y vinimos de inmediato. —Orrin la alejó suavemente del escalón, y el cuerpo de Lotho se deslizó casi imperceptiblemente hasta separarse del de ella—. Hiciste lo correcto. Tu esposo y tu hijo están a salvo. Tenemos a los tusken.

—¡No me importa! —La joven bajó la mirada y vio a su padre—. ¡No quiero estar aquí! ¡Ya no!

Orrin se separó de Tyla, la enderezó y le estrujó los hombros con firmeza.

—Escúchame bien, conocí a tu padre y tú sabes que a él no le gustaría escuchar esto. Los tusken no lo asustaban más que su propia sombra.

Ella miró el vendaje en la cabeza de su padre y dio un resoplido.

—Usted sabe que estuvieron a punto de matarlo el mes pasado, lo tiraron una noche en su casa. Por eso vino a quedarse con nosotros. Pero estaba mejorando; dijo que ya había escapado una vez y creía que ya estaba a salvo.

—Así es, y tú hiciste que este lugar fuera seguro con el Llamado. Hiciste lo correcto. —Ella volvió a llorar. Orrin sólo esperó. Ya había estado ahí en muchas ocasiones aunque, en tiempos recientes, habían sido menos—. Esto fue malo, sin lugar a dudas, pero les echamos la mano a varios. Atraparemos al resto y todo mejorará. ¿Entiendes?

La mujer se separó de él. De repente la ira se apoderó de ella.

—¿Qué *quieren*? Son monstruos.

—En Tatooine hay arena, y la arena alberga monstruos —dijo Orrin. Volteó a ver a Mullen, quien estaba parado junto a la comitiva del entierro—. Ahora voy a ir a ver cómo están tu esposo y tu hijo. Estas personas se harán cargo de tu padre hasta que te llevemos de vuelta al oasis. Annileen Calwell te dará alojamiento esta noche.

Tyla asintió con dificultad y empezó a caminar sin darse cuenta aún de cuán ensangrentada estaba su túnica.

Cuando la mujer estuvo lo suficientemente lejos para no escucharlo, Orrin le lanzó a su hijo una mirada incrédula.

—¿Puedo estar seguro de que cuidarás a esta mujer cinco minutos sin dejar que vuelva a caer en un arrebato?

Mullen contestó en voz baja.

—Sí, sí, claro, pero ¿no le ibas a preguntar sobre Plug-eye? Dijiste que…

—¿En dónde está mi sombrero? —Orrin miró la arena que lo rodeaba—. Necesito algo con qué golpearte. ¡Ahora, vete!

Orrin encontró a Tellico Bezzard, el joven propietario de la granja, en el cobertizo de máquinas rodeado de un zumbido de actividad. El resto de la patrulla ya había regresado. Los adultos del grupo —una distinción marcada más por el sentido común que por la edad— habían abordado sin retraso la lista de asuntos que siempre tenían que atenderse en estos casos. Aunque la patrulla no tenía un líder oficial, Orrin siempre se había hecho cargo en el pasado. Ahora le daba gusto que la gente continuara siguiendo la mayor parte de sus recomendaciones. Algunas personas estaban en la casa limpiando, otros ya estaban arreglando los evaporadores y el resto reunía los objetos que los Bezzard necesitarían para su estancia en el Oasis Pika. Estaban trabajando en esto a pesar de que sabían que perderían varias horas de labor en sus propias granjas.

Y luego estaba Veeka, su hija, y Jabe Calwell, su satélite junior, quienes se encontraban sentados sobre unas cajas bebiendo de una ánfora bajo los soles matutinos. Orrin sabía que el contenido no era agua porque, si lo fuera, Veeka no lo estaría bebiendo. Desde la muerte de su hermano gemelo, la chica de veintiún años había decidido vivir todo lo que él se estaba perdiendo, y Jabe, que era el nuevo peón en la granja de Orrin y sólo tenía dieciséis años, se esforzaba por seguirle el paso. En ese preciso instante le estaban describiendo a Tellico la forma en que habían matado a uno de los moradores de las arenas mientras él sólo permanecía sentado, incapaz de sentir algo y agitando con torpeza sobre sus rodillas a su bebé, que no entendía nada. El bláster del granjero seguía cerca de ahí, sobre la arena, sin ser disparado.

Cuando Veeka notó que su padre se acercaba con una expresión adusta, sonrió incómoda.

—Uuups, lo siento —dijo, pasándole rápidamente el ánfora a Tellico—. Aquí tienes, amigo, bebe un poco. —El joven campesino estaba tan exhausto que sólo se quedó mirando el contenedor sin reaccionar.

Orrin puso los ojos en blanco e intervino.

—Qué bueno que lo sientes —dijo, al tiempo que le arrebataba el ánfora al joven y la arrojaba a la parte de atrás del cobertizo. Luego le lanzó una mirada fulminante a Veeka—. Consigue algo de agua para esta gente. Ahora.

Veeka rio entre dientes y se alejó caminando sin prisa, con Jabe siguiéndola de cerca. Orrin suspiró. Su hija tenía la actitud afable que a Mullen le hacía falta, pero su interés por la demás gente tenía apenas un centímetro de profundidad. Sus dos hijos habían llegado tarde a la nave de la empatía.

Como de costumbre, la tarea recayó en él. Orrin se arrodilló frente al joven granjero y su hijo.

—¿Se encuentran bien?

Tellico habló rápida y nerviosamente.

—Ajá. Estoy asombrado de lo rápido que llegaron hasta aquí.

—Tuvimos suerte. En el momento en que ustedes activaron el Llamado de los Colonos, mis peones y yo estábamos trabajando en las torres de la zona oeste. Cuando la gente del oasis apenas iba a abordar sus speeders, nosotros ya estábamos a medio camino.

Era verdad, Orrin sabía que habían tenido suerte, pero también hubo un buen diseño de por medio. Esta era la manera en que se *suponía* que debía funcionar. Cada vez que una granja activara el Llamado, todos los habitantes de esta parte del desierto tenían que movilizarse. Si los colonos estaban armados y tenían transporte, tenían que seguir las sirenas hasta llegar a la fuente del problema. Si no, se reunían en el Oasis Pika y guardaban las armas y los vehículos detrás del Claim de Dannar, el almacén general de la zona. En su lugar de activación, la alarma tenía un sonido distinto que en los otros sitios, pero en todos los casos comenzaba con algo pensado para espantar a cualquier tusken: una grabación de los alaridos de un dragón krayt. Orrin le había dado ese toque y era su detalle preferido.

—Bueno, me parece maravilloso, señor. Valieron la pena todos los créditos invertidos.

Orrin sonrió con humildad y exclamó:

—Eso se lo debes decir a tus amigos. En realidad es para el bien de todos.

—Lotho, su padre, nunca quiso que participáramos en la compra, pero… —El joven calló y miró en otra dirección. Luego estrujó a su bebé con más fuerza.

—Ya puedes olvidar todo eso —dijo Orrin—; pero, si te es posible, quisiera que recordaras algo por mí. Respecto a los tusken, ¿qué puedes decirme?

Tellico lo miró con ansiedad.

—Oh, estoy seguro de que era Plug-eye. No hay manera de confundirlo, el ojo derecho tenía…

—¿El ojo derecho desde tu perspectiva?

Tellico señaló su ojo derecho.

—No, este ojo. *Brilla.*

Orrin se estremeció.

—¿Cómo? ¿Como si fuera cibernético? —Eso sonaba como una verdadera locura.

—No, señor, más bien como un vidrio. La luz se reflejó en él cuando lo miré y… ya no pude quitarle la vista de encima. —El joven tembló a pesar del calor de los dos soles—. Me dio un susto espantoso.

—No lo dudo —dijo Orrin, rascándose la barbilla—. ¿Algo más?

El joven granjero hizo una pausa.

—Creo que su túnica era diferente. No tenía cartuchera. Pero, en realidad, estaba tan concentrado en el ojo que…

Orrin se puso de pie y le dio unas palmadas en la espalda a Tellico.

—Olvídalo, hijo. Ahora vamos a cuidar de ti y de Tyla. Annileen les dará albergue en el Claim todo el tiempo que necesiten.

Orrin vio al joven granjero alejarse con el bebé. Mullen caminó hasta su padre y se detuvo a su lado.

—¿Sirvió de algo?

—No.

Mullen hizo una mueca.

—Y pensar que le pudo disparar a Plug-eye y no lo hizo.

—No creo que ese chico pueda diferenciar entre su bláster y una herramienta de mantenimiento —dijo Orrin, mirando atrás de él y riendo entre dientes—. Bien, ¿y dónde está esa ánfora?

Veeka y Jabe caminaron hasta ellos desde la casa.

—Pensé que no estabas de acuerdo con beber desde temprano —dijo Veeka.

—Bebo porque tú me sacas de quicio —exclamó Orrin. Luego volteó a ver a Jabe, quien lucía fresco y emocionado de estar ahí. El muchacho tenía ahora la misma edad que tenía su hijo Varan, el gemelo de Veeka, cuando la tragedia los golpeó cinco años antes. Esa era una de las razones por las que Orrin lo había incluido en su grupo de mantenimiento. Jabe tenía una presencia alegre.

Sin embargo, el granjero y empresario sabía lo que le esperaba al chico en casa.

—Muchacho, cuando tu madre se entere de que te dejé salir con la patrulla, van a tener que hacerme un lugar en la pira, junto a los tusken.

Veeka abrió la compuerta de mantenimiento de su landspeeder deportivo.

—¿Quieres esconderte aquí, enano? Cabrías perfectamente.

La broma hizo sonrojar a Jabe.

—No creo que mamá se moleste tanto —dijo el chico.

—Oh, claro que sí —exclamó Orrin mirando fijamente al muchacho—. Después de enfrentarla les vas a suplicar a los jawas que te adopten.

El granjero dio un paso al frente y palmeó dos veces con fuerza.

—Eso es todo, gente. Buen trabajo. Ahora vamos de vuelta al oasis. ¡Y a beber algo en el Claim de Dannar!

CAPÍTULO TRES

LA ANCIANA MUJER NIKTO dejó caer despreocupadamente un rollo de tela sobre el mostrador.

—¿Trabaja usted aquí?

Annileen Calwell se encontraba parada detrás del mostrador, pero no despegó la vista de su datapad.

—No, sólo vengo y hago el inventario en mi tiempo libre.

Pasó un momento y luego Annileen se quedó inmóvil.

—Espere —dijo, abriendo los ojos y mirando alrededor—. Mostrador. Caja registradora. Título de propiedad. —Con una expresión de alarma, Annileen giró abruptamente hacia la clienta con piel color alabastro—. Lo siento, supongo que *sí* trabajo aquí.

Era un juego que habían jugado todos los días desde la primera visita de Erbaly Nap'tee al almacén. Sólo que para la mujer nikto no se trataba de un juego: en verdad le era imposible recordar quién era Annileen. Por algún tiempo la comerciante pensó que la alienígena no podía distinguir entre los humanos, pero más adelante dedujo que simplemente no le importaba, y entonces comenzó el juego.

Eso fue once años estándar atrás.

La alienígena del rostro marchito chasqueó la lengua con impaciencia.

—Bien, ¿ve esto? —La nikto tocó varias veces la tela con su débil dedo blanco—. ¿Sabe por qué cuesta tanto?

—No —respondió Annileen, con una delicada sonrisa—, ¿por qué?

La anciana frunció sus agrietados labios y empezó a decir algo más, pero Annileen la detuvo.

—Permítame un segundo, me necesitan en el bar. —El delantal de Annileen ondeó cuando dio vuelta y caminó el metro y medio hasta el lugar en donde su mostrador de artículos diversos se convertía en barra. Un colono, buscador de agua, se había quedado dormido y tumbó su vaso. Annileen lo levantó y regresó con Erbaly—. Ya volví —dijo.

La mujer nikto zapateó.

—¿Hay alguien *más* aquí con quién pueda hablar?

—A ver, la puedo atender *allá* —dijo Annileen y, tras dejar un vaso en la pileta, salió por una rendija de la larga barra y caminó hasta una de las mesas de la parte de atrás, en donde un rodiano de trompa verde se encontraba acurrucado en silencio frente a su caf matutino. Annileen le dio una palmada en el hombro, cosa que él no pareció notar en absoluto.

—Este es Bohmer —dijo.

Erbaly lo escrutó.

—¿Trabaja aquí?

—No lo sabemos —contestó Annileen—, pero pasa mucho tiempo en el lugar.

—Gracias de todas maneras. —La anciana nikto resolló con desdén y se dirigió hacia la puerta del frente.

Annileen levantó el rollo de tela del mostrador y le gritó a la anciana.

—Dejaré esto aquí apartado para mañana cuando vuelvas, Erbaly. ¡Ten un buen día!

Erbaly no dijo nada, sólo pasó hecha una furia junto a Leelee Pace, la mejor amiga de Annileen, quien se encontraba preparando un paquete para enviarlo: otro de los muchos servicios del almacén. La zeltron de piel color carmesí rio de buena gana cuando la nikto cerró la puerta con un golpe al salir.

—Esa es nuestra Annie —dijo Leelee—: vendedora al menudeo del año. ¡Los clientes no pueden alejarse de aquí!

—Claro que pueden, Leelee. —Annileen caminó alrededor de una de las mesas de la cafetería y la limpió sin mirar—. Verás, Dannar ya lo había previsto. Todo el mundo puede alejarse por un tiempo, pero sólo hasta que recuerdan que el barril en funcionamiento más cercano queda a treinta kilómetros. Entonces ya nadie se quiere ir.

—Sí, lo he notado —dijo Leelee, mientras apilaba los paquetes—. Ese diálogo que tuviste con Erbaly fue más breve que de costumbre. ¿Estás preocupada por algo?

—No.

Annileen llevó en un carrito los platos del desayuno a la parte de atrás del mostrador. Le acababa de mentir a su amiga respecto a que no estaba preocupada, pero lo que le había revelado acerca del Claim de Dannar sí era verdad. El lugar era la instalación más grande de cualquier tipo en el Oasis Pika. Dos de los domos habían estado ahí desde que la gente tenía memoria y formaban parte de una granja antigua. Dannar, el finado esposo de Annileen, había modificado la construcción para conectar uno de los domos con una nueva área de ventas con forma oblonga y techo redondeado. El domo de atrás ahora tenía la función de vivienda de la familia y casa de huéspedes.

El edificio principal había sido el dominio de Annileen durante la mayor parte de sus treinta y siete años, y en ese tiempo, la mujer había apiñado ahí una cantidad de negocios que desafiaba la geometría del limitado espacio. Al entrar, los visitantes se encontraban con hileras de estantes colocados en ángulo. La disposición era tal que desde la caja registradora la dueña podía ver completos los pasillos que prácticamente corrían a todo lo largo de la pared este. No obstante, la mayoría de los clientes solía pasar junto a los artículos diversos y caminar hasta la parte trasera de la sala principal. Ahí, cerca del lugar donde el extremo del mostrador de Annileen se convertía en barra, había una zona para la preparación de alimentos junto a unas ocho mesas acomodadas apretadamente. La mujer alimentaba y nutría todos los días a la mitad de los trabajadores que laboraban cerca del oasis, aunque no necesariamente en ese orden.

Este era su lugar de trabajo, pero el complejo continuaba a partir de ahí. Al noroeste del almacén principal estaba el primer garaje que Dannar había construido para darles servicio a los vehículos de los buscadores de agua del oasis. Desde entonces el lugar se había expandido muchas veces debido a que los mecánicos locales rentaban bahías. Al norte y al este había un área para ganado en donde se encontraban los pocos animales que

aún sobrevivían de la fracasada granja del padre de Annileen. Las bestias de carga constituían ahora la base de un próspero establo que atendía las necesidades de los temerarios tontos que preferían los dewbacks reptilianos a los landspeeders.

Alrededor de todo eso estaba el oasis, un amplio claro protegido del viento por colinas de arena que serpenteaban con suavidad. Esta área y su grumoso suelo fueron alguna vez la cuenca de un lago prehistórico, pero luego dieron paso a florecientes plantas pika, a algunos robustos árboles deb-deb y a algo más artificial. Los modernos evaporadores cilíndricos de Orrin Gault se erigían alrededor de todo el oasis y producían el agua que se entregaba en los vastos camiones cisterna estacionados afuera de los garajes del Claim. La mayor parte de la cosecha estaba destinada a lugares muy lejanos, ya que los miembros de la comunidad sólo bebían apenas un poquito más de lo que necesitaban porque sabían lo que tenían en sus manos y estaban conscientes de su valor.

Aunque Dannar poseía una gran habilidad para la búsqueda de agua, nunca se interesó gran cosa en la agricultura de humedad. De acuerdo con su razonamiento, un almacén tendría mayor capacidad de supervivencia durante los años en que las cosechas fueran malas, lo que resultó ser verdad en general. Sin embargo, le dejó tantos negocios secundarios bajo el mismo techo a su viuda que a esta le daba miedo tomarse un día de descanso y que con ello la economía rural de Tatooine se derrumbara.

Había soportado bien, o al menos eso era lo que Annileen pensaba de vez en cuando, en esas ocasiones en las que alcanzaba a ver su reflejo en los objetos de vidrio en el fregadero, e incluso a reconocerse en él. El cabello color castaño cobrizo de su juventud que ahora usaba recogido en la nuca se estaba tornando café, mas no gris, así que, todo bien hasta el momento. Ella nunca había aprobado del todo el trabajo en interiores pero, al menos, este le había permitido mantener el color rosado su piel y evitado que se tostara.

Además, los ojos de Annileen eran prácticamente lo único verde en todo el planeta, sin contar a los dewback o a los parroquianos rodianos. De todas maneras, contar dewbacks era ahora el trabajo de su hija. Annileen se asomó por la ventana cuadrada y vio a la rubia y decidida Kallie tratando de enseñarles a los tusones de dewback algunos buenos modales antes de que descubrieran que su musculatura era suficiente para partir las vallas a voluntad.

La mujer vio con alivio que, al menos por el momento, Kallie no estaba lidiando con Snit. Aunque la criatura no era de la variedad caníbal, porque Annileen no habría permitido que una de esas se acercara siquiera al complejo, poco después de nacer había sufrido la mordedura de un kreetle, y desde entonces trataba de morder todo lo que veía. Annileen daba por hecho que su hija tendría suficiente sentido común para mantenerse alejada, pero uno nunca sabe. Si domar dewbacks no era una tarea segura para un droide asesino, mucho menos para una chica de diecisiete años. No obstante, Dannar Calwell nunca había aceptado límites, y su hija mayor tampoco lo haría porque la tenacidad corría en su sangre.

Annileen tenía la esperanza de que Jabe, su hijo, resultara distinto, pero al parecer no sería así. Entre el ruido de la sirena de emergencia, sus hijos y los clientes de hoy, la mujer estaba a punto de estallar. Por eso lanzó una mirada fulminante por la ventana e hizo un gesto de dolor.

—¡Auch!

—Eso es nuevo —dijo Leelee. La mujer zeltron depositó su paquete y algunos créditos sobre el mostrador, y señaló las manos de Annileen—. Literalmente te cortaste la circulación con las cintas del mandil. Pertinente, aunque tal vez demasiado preciso.

Annileen miró hacia abajo y desamarró la tela que cubría su enrojecida palma.

—¿Ahora eres la psiquiatra de las dunas?

—No, pero tengo cinco hijos y sé que si continúas mirando a Kallie y a esos animales, ella va a tratar de montar precisamente al más perturbado.

Annileen se alejó de la ventana.

—No, veamos, en eso sí estás equivocada —dijo, antes de recoger el dinero—. El que realmente me preocupa es el hijo al que no puedo ver.

Para cuando el Llamado de los Colonos se escuchó, Jabe ya llevaba mucho tiempo en el desierto con los buscadores. El hijo de Annileen sabía muy bien lo que ella pensaba respecto a que se involucrara en cualquiera de los asuntos de Orrin. Pero, por lo que su madre veía, al chico eso no le interesaba en absoluto. Sencillamente ya no lo entendía para nada. Jabe poseía algo con lo que toda la gente de Tatooine soñaba: la garantía de una vida de trabajo seguro en el interior de un local, ocupando el lugar de su padre. Pero, en vez de conformarse, el terco adolescente continuaba escabulléndose con el equipo de trabajo de Orrin. Por supuesto, Annileen sabía que al chico le agradaba Veeka, la hija de Orrin, pero también estaba consciente de que las probabilidades de que la vandálica chica lo aceptara eran las mismas de convertirse en Canciller de la República o como quiera que se denominara el puesto en esos días.

No, Annileen supuso que había salido con el equipo esa mañana como respuesta a la imposición de lavar las estufas antes del amanecer. Y si acaso decidía seguirlos en una misión peligrosa, también sería por rencor, lo cual la irritaba de una forma inconmensurable, porque consideraba que el rencor era estúpido. Hasta Kallie era suficientemente inteligente como para no montar a Snit sólo para hacer una declaración personal. Además, Annileen siempre había dado por sentado que Jabe tenía sentido común…, su sentido común. Por eso se alejaría de los tusken de la misma manera, ¿no?

Por desgracia, ya sabía la respuesta. Buscó su datapad del inventario y, una vez más, se quedó contemplándolo. Naturalmente, no podía leer ni una palabra, lo único que veía era a Jabe… y a Orrin.

Orrin. El Claim prosperó durante mucho tiempo después de la muerte de Dannar gracias a que Annileen tenía una regla casi inalterable: nunca le fiaba a nadie. La única excepción era Orrin, el mejor amigo de Dannar y, en ocasiones, también su socio de negocios. Los dos colonos habían sido amigos muchos años, incluso desde antes de que Annileen llegara a trabajar al almacén de Dannar cuando era todavía una adolescente.

Además de la amistad, tenían tantos negocios juntos que a ella siempre le incomodaba tratar de marcar límites. Ahora, sin embargo, al tentar a su hijo con la posibilidad de trabajar en las dunas, Orrin estaba poniendo dolorosamente a prueba su paciencia.

La familia de Orrin ya era un desastre, ¿por qué tenía que meterse con la suya? Trató de volver a concentrarse en el datapad a pesar de lo agraviada que se sentía.

—Lo tienes de cabeza —le dijo Leelee desde atrás.

Sin levantar la mirada, Annileen preguntó:

—¿*Sigues* aquí?

—Estoy esperando el cambio.

—Tienes mala suerte. Si algo no hay en Tatooine, es cambio —explicó. Luego respiró hondo, volteó a ver a su amiga y sonrió con desgano—. ¿Cuánto era?

Leelee ondeó con la mano.

—Guárdalo, tal vez con eso le puedas pagar al doctor Mell para que te recete algo que te ayude a relajarte.

—Sí, claro —dijo Annileen—, un boleto a Alderaan, por ejemplo.

Como si las palabras de Leelee fueran una invocación, de pronto el doctor del oasis, un hombre Mon Calamari, se asomó por la puerta lateral.

—¿Ya regresaron, Annileen? —A pesar de que Mell llevaba puesta una capucha especial que le daba humedad a su cabeza llena de broches, estaba completamente enrojecido—. La patrulla, ¡escuché que se activó el Llamado!

—Lo escucharon hasta en Suurja, doctor —dijo Annileen—, y los suurjanos no tienen oídos. —La mujer no sabía si los Mon Calamari tampoco tenían oídos, pero estaba segura de que al doctor Mell no le molestaría la broma. El Llamado era un despliegue de decibeles tan estridente que unos años antes, cuando probaron el sistema por primera vez, la mitad de los artículos frágiles del almacén se cayó al suelo. Annileen ya había aprendido a desconectarse para no escuchar, habilidad perfeccionada a lo largo de toda una vida dedicada a la venta al menudeo.

—Tal vez todavía necesiten un médico; si ya vienen de vuelta, debería encontrarme con ellos en el camino —dijo el doctor, antes de abrir un poco más la puerta y meter a su pequeño hijo con un empujón.

—Oiga, espere, ¡no deje aquí a su…! —empezó a decir Annileen.

—¡Volveré pronto! —exclamó, antes de cerrar con un portazo.

La mujer se colgó el datapad sobre el hombro y se palpó la frente. Sí, ella aún seguía ahí, al igual que los otros cuatro niños que le dejaron sus padres para irse con la patrulla. Dos estaban en una mesa, comiendo algo que habían tomado de un estante; los otros dos estaban escondidos en algún lugar. Su trabajo no era cuidar niños, pero cuando la gente salía presurosamente para ayudar a quienes lo necesitaban, le resultaba difícil negarse.

El problema era que, a menudo, la gente también le dejaba a sus hijos aunque no hubiera emergencias.

Annileen miró hacia abajo, vio al ragamuffin rosa sorbiéndose los mocos y suspiró con los ojos en blanco.

—De acuerdo —exclamó resignada antes de tomar al chico de los hombros y dirigirlo a un estante junto a la pared—. Toma una escoba, pero nada más.

—Sí, señora. —El chico empezó a barrer con diligencia el suelo, cerca de la mesa ocupada por los otros niños.

Leelee, que estaba junto a la puerta del frente, a punto de salir, se rio.

—Buena suerte, Annie.

Annileen frunció el entrecejo con aire juguetón.

—Sólo vete, estás dejando que se salga el aire tibio.

De pronto se escuchó un grave zumbido proveniente del oeste. Cuando empezó a aumentar de volumen, Annileen corrió hasta el mostrador para revisar la transmisión de la cámara de seguridad de la ladera del sur y vio lo que ya se esperaba: los landspeeders venían de regreso de la granja de los Bezzard.

También vio lo que temía: a Jabe montado precariamente en la parte trasera del vistoso landspeeder de Veeka Gault.

La comerciante abrió la ventana y le gritó a su hija.

—¡Kallie! Tráeme una picana de bantha.

La chica dejó de trabajar y levantó la vista.

—¿Quieres la de entrenamiento o la grande?

Las oscuras cejas de su madre se fruncieron en señal de enojo.

—No importa.

CAPÍTULO CUATRO

PARA ORRIN, VOLVER AL Claim siempre era como regresar a casa, aunque, por supuesto, no era su casa, sino la de Dannar. Luego se convirtió en el hogar de Dannar y Annileen, y ahora llevaba varios años siendo la morada de la viuda y sus hijos. A pesar de ello, Orrin sentía que tenía con el complejo un vínculo que iba más allá de la ley, o al menos, de la ley que aplicaba en Tatooine. El granjero había colocado los primeros ladrillos del almacén, manejado el primer landspeeder que llegó ahí para ser reparado y devorado la primera comida que se sirvió en el mostrador de la cafetería.

Un lugar era una cosa, y se suponía que uno no tenía por qué ponerse sentimental por las cosas materiales, sin embargo, este sitio también era el último lazo que le quedaba con el mejor amigo de toda su vida, y eso era algo que jamás podría ignorar.

El Claim fue la gran idea de Dannar, quien era bueno para las ideas, incluso mejor que Orrin. Juntos habían logrado que se llevaran a cabo grandes proyectos en el oasis y fantaseaban con que, algún día, las granjas de Orrin y el mercado de Dannar se convertirían en el segundo Anchorhead, o incluso en Bestine. A Orrin no le costaba trabajo imaginarlo, porque Pika tenía todo ese potencial.

No obstante, Dannar cambió cuando se casó con su empleada de ventas. Después de eso, ya siempre prefería quedarse en el almacén y no arriesgar más de lo que podía permitirse en cada ocasión. Luego, tras el nacimiento de Kallie, mucho menos.

La paternidad tuvo efectos opuestos en los dos amigos. Orrin se levantaba todos los días ansioso de ir a las dunas y buscar el tesoro escondido en el aire, en tanto que Dannar empezó a apostar cada vez menos y, de preferencia, a resultados más certeros. Naturalmente, eso fue lo que convirtió al Claim en un negocio sólido, en un lugar en el que se ganaba bien, incluso para los estándares actuales de Orrin. Por desgracia, esto también llegó a significar que, cuando el momento indicado se presentara, sólo uno de ellos iría detrás de la gran oportunidad, así que para cuando Jabe llegó a su cuna, los terrenos de Orrin ya rodeaban casi por completo la propiedad en donde estaba el almacén.

Dannar nunca resintió el éxito de Orrin; al contrario, que alguien aprovechara sus ideas lo hacía feliz, y el hecho de que el beneficiado fuera un amigo le parecía todavía mejor. Entre los negocios de Calwell y los de Gault había la mayor cercanía posible sin llegar a formar una alianza legal, opción que nunca contemplaron debido al desprecio que ambos sentían por los empleados administrativos y legales de Bestine. Por eso ningún recaudador de impuestos tenía derechos sobre las ganancias de los amigos. Además, si Orrin quería almacenar sus speeders para la construcción de evaporadores en los garajes de Dannar, o si a Dannar le venía en gana que sus dewbacks deambularan por las tierras de Orrin, no necesitaban ningún documento para hacerlo.

En los ocho años que habían pasado desde el fallecimiento de Dannar esta misma política continuó más o menos vigente bajo la administración de Annileen. Los garajes de sobra del Claim albergaban actualmente la flota entera de trabajo de Gault. Asimismo, cuando Orrin asumió el control administrativo del Fondo para el Llamado de los Colonos

que cofundó con sus vecinos, resultaba perfectamente lógico que el Claim fuera la base de operaciones. En las instalaciones había suficiente espacio para guardar los vehículos de respuesta a emergencias del Fondo, y si los patrulleros llegaban a necesitar un arsenal, lo único que tenían que hacer era caminar al edificio de junto y dirigirse a los estantes de armamento de Annileen.

Orrin sabía que, además de todo lo anterior, el Claim tenía algo más que ofrecer: la recompensa a un trabajo peligroso bien realizado. Como administrador del Fondo del Llamado, Orrin había detectado una necesidad mucho tiempo atrás, y también la había satisfecho sin que nadie se quejara nunca: la suya era una organización de justicieros con un grifo de licor.

—¡Aquí sí hay buenas cosas, amigos! —Orrin subió por la escalerilla, salió de su preciado landspeeder USV-5 y dejó caer el toldo. Los otros vehículos fueron llegando uno por uno—. Estacionen los speeders prestados cerca del garaje, aquí nos haremos cargo de ellos. ¡Y no olviden tomar su bebida antes del ajetreo de la hora del almuerzo!

Entre la multitud se escuchó un sonoro «viva». Algunos de los hombres se dirigieron rápidamente al Claim de Dannar, pero otros se quedaron afuera para contar sus historias y presumir los trofeos. Entonces Orrin recordó algo y se asomó a su landspeeder para sacar su nuevo palo gaffi, gaderffii, o como fuera que le llamaran los salvajes a esos extraños pedazos de metal. Este era el que portaba el joven tusken que quedó cortado en cuatro pedazos durante el tiroteo, pero ahora, apoyando su bota en el oscilante toldo de su speeder, Orrin lo elevó por encima de su cabeza. El granjero convertido en líder emitió un grito de guerra y sonrió de oreja a oreja. Entonces se escuchó otro vítor.

—¡Viva el rey de Jundland!

Al escuchar la voz femenina, Orrin volteó bruscamente. Veeka, que acababa de estacionar su vehículo detrás de los otros, estaba ahí. El joven Jabe y un par de otros chicos, también hijos de colonos, iban bajando de la parte trasera del speeder con rifles en la mano. Veeka le sonrió a su padre y volvió a gritar:

—¡Larga vida al rey!

—No me llames así —gruñó Orrin. Detestaba ese apelativo y Veeka lo sabía muy bien. Sin embargo, volvió a oírlo por aquí y por allá entre la multitud.

—¡Larga vida al rey de Jundland!

—No, no, no hagan eso —insistió Orrin. Luego rio con suficiente fuerza para que pudieran escucharlo. Sabía bien que no debía tomarlo en serio, porque ninguna de esas personas quería tener un soberano. ¡Esa era la razón por la que al menos la mitad de ellos vivía en Tatooine! Necesitaban saber que *él* también estaba consciente de ello. Orrin recargó el gaderffii en el toldo de su speeder y levantó las manos con humildad—. Es un esfuerzo de equipo —exclamó, acallando a la multitud—. Siempre lo es. Ustedes, amigos… *Ustedes* salvaron esa granja.

El volumen de su voz aumentó.

—Nunca, nunca olviden *por qué* estamos haciendo esto. Recuerden a la gente que han matado los tusken sin razón alguna. Gente que sólo trataba de ganarse la vida

honestamente. Mataron a un granjero tras otro, y con la pérdida de esos buscadores, también perdimos más sabiduría de la que jamás seremos capaces de apreciar. Por eso nos unimos y fundamos el Llamado de los Colonos hace algunos años, para ayudarnos a recuperar nuestras vidas.

Orrin señaló la alta torre evaporadora que se elevaba desde la cuesta hasta el sur del almacén.

—Allá arriba está la primera sirena, sobre el viejo Evaporador Número Uno de Dannar Calwell. Algunos de los granjeros llegados en tiempos más recientes no conocieron a Dannar, pero él era el mejor amigo que un hombre, y que este oasis, podía tener. Los tusken también nos lo arrebataron, sin embargo, la sirena sigue aquí y es una de muchas. Es parte del legado de nuestro amigo. Él se fue, pero la sirena continúa activándose, ¡y nuestro deber es responder a su llamado!

Orrin bajó la voz.

—Esa es la clave, amigos. Sé que ustedes no son guerreros, sé que tienen sus propias parcelas y que deberían estar trabajando en ellas precisamente ahora. Además, no siempre es fácil conseguir los créditos adicionales para mantener en funcionamiento el Llamado de los Colonos. De hecho, yo mismo ya he invertido bastante, y no solamente dinero. —El líder se atragantó un momento y tuvo que hacer una pausa para aclararse la garganta—. Pero eso es todo: muchos de ustedes saben que hace algunos años mi hijo más chico murió al responder el Llamado. Lo hizo para salvar a un vecino. No hay día en que no lo extrañe, pero no me arrepiento en absoluto de que haya salido a cumplir con ese deber. Una comunidad es un ser vivo y nuestras acciones en conjunto son lo que la mantienen con vida.

Orrin miró hacia arriba. Los colonos lo observaban fascinados, como de costumbre.

—Eso es todo —dijo, rompiendo su tono solemne—. Antes de que beban, tengo que recordarles a quienes no hayan pagado su suscripción para esta temporada que la oficina del Fondo del Llamado de los Colonos está en la parte de atrás, pasando los estantes de ropa de segunda mano. Tal vez algún día necesiten que vayamos a su hogar, y para que estos speeders funcionen ¡se necesita algo más que buena voluntad!

Varios de los miembros de la patrulla corrieron a estrechar su mano. Orrin sonrió y contempló los dos soles elevándose. Sus equipos habían perdido la mayor parte de la mañana en las parcelas, pero esto también era importante. Sin camaradería no había comunidad, y ese era el oxígeno que el Llamado de los Colonos necesitaba para operar. Después de un ataque de los tusken, la cantidad de suscripciones siempre aumentaba, pero eso no se comparaba en nada con lo que sucedía después de una defensa y un ataque ofensivo exitosos. El líder asintió en dirección de su hijo, y este abrió la puerta del almacén para que entraran los colonos.

Annileen atravesó la puerta corriendo y estuvo a punto de derribar a Mullen. Tan sólo un segundo antes de que la comerciante encontrara a su hijo en medio de la multitud, Orrin alcanzó a ver que traía algo largo y negro en las manos. Jabe, de quien Veeka se estaba burlando en ese momento como siempre, notó de pronto a su madre.

—Mamá, yo…

¡Brzzaappt! Una descarga eléctrica dorada chocó con el suelo, no muy lejos de los pies del adolescente. El chico, asustado, saltó hacia atrás, se tropezó con sus propias botas y aterrizó sobre su trasero.

Mullen y Orrin se mantuvieron alejados.

—¡Por todos los soles! —exclamó Mullen.

—Sip —asintió Orrin.

Jabe levantó la vista y vio a su madre sosteniendo una picana de bantha.

—¡Pero cómo se te…! —Su reacción inmediata al comprender lo que había sucedido fue de incredulidad—. ¡Estuviste a punto de electrocutarme!

—Vaya, ¿no te di? —gruñó la mujer—. ¡Tal vez debería intentarlo de nuevo!

—¡Mamá!

Kallie apareció en la puerta del almacén, detrás de Orrin, con una vara más corta.

—Mamá, ¿quieres cambiarla por la picana de entrenamiento?

—Con esta ya lo estoy entrenando bien —rugió Annileen. Luego respiró, miró la picana de bantha por un momento, puso los ojos en blanco y la arrojó a la arena. Entonces volteó a ver a Jabe—. Ahora, ¡escúchame bien! Yo no te di permiso de hacer a un lado los preparativos para el desayuno. No te di permiso de ir a trabajar bajo los soles con estos bravucones. —Su voz empezó a subir de volumen—. ¡Y, ciertamente, *no* te doy permiso de salir con la patrulla!

Jabe tosió. Más que herido, estaba avergonzado.

—¡Mamá, había gente en peligro!

—¡Tú estabas en peligro!

Orrin sonrió entre dientes y con un gesto les recordó a los entretenidos justicieros que había licor gratis disponible.

—Aléjense por favor, amables criaturas: Annileen Calwell está ejerciendo su deber de madre otra vez.

Al escuchar la voz del líder, Annileen giró abruptamente y balbuceó.

—¡Y…, y tú!

A pesar de que Orrin pesaba aproximadamente treinta kilos más que la viuda de su mejor amigo, dio un paso atrás cuando esta se encaminó hacia él, porque su instinto de conservación era más fuerte que su deseo de proteger su imagen pública. Luego miró por el rabillo del ojo el gaderffii que estaba apoyado contra el toldo de su speeder, lo levantó como jugando y lo sostuvo con ambas manos, simulando defenderse. Annileen, sin embargo, no dejó de avanzar.

—¡Tranquila! —dijo él.

La mujer sujetó la parte central del gaderffii y usó el arma para jalarlo hacia ella.

—Esta es la última vez que te lo digo, Orrin: si vuelves a permitir que Jabe se una otra vez a alguna de tus patrullas, ¡más te vale envolverte la cabeza con trapos y quedarte a vivir con los tusken!

—Espera, Annie…

—¡No me vengas con «espera, Annie»! —lo interrumpió, lívida—. Hablo en serio, Orrin, ya puedes ir sacando tus speeders de mis garajes y estacionarlos debajo de una lona —dijo, empujando el palo gaffi—. Si quieres que alguien alimente a tu equipo, ve a Bestine. ¡Y si quieres armas, pídeselas a Jabba!

—Oye, espera —dijo Orrin en tono defensivo, y consciente de la extasiada multitud. Incluso quienes estaban bebiendo salieron del Claim para ver lo que pasaba—, este no es un pueblo del este —explicó—. Este es el Oasis de Pika, ¡aquí nadie se mete con Jabba!

—Hazme enojar otra vez ¡y sentirás que te cae un hutt encima! —gritó ella, con sus verdes ojos encendidos por la rabia—. ¿Entendiste?

—Se te ocurren cosas muy locas. A ver, cálmate o vas a dejar huérfano a tu muchacho. —Orrin se estiró inesperadamente para arrebatarle el arma. Esperaba que opusiera resistencia, pero ella aflojó los músculos, y entonces el brazo de él, que no estaba preparado para el peso, dejó ir el gaderffii. El arma salió disparada, describió un amplio arco y terminó… justo en el parabrisas del landspeeder del líder granjero.

Orrin contempló el desastre.

—Genial —dijo—, simplemente genial. —Orrin volteó a ver a Annileen—. ¿Ya viste lo que me hiciste hacer?

—¿Yo? Eras *tú* quien lo tenía en las manos. —Annileen miró de reojo el parabrisas hecho añicos—. Espero que hoy que mi hijo salió contigo, ¡lo hayas cuidado mejor de lo que cuidas tu vehículo!

—Jabe sabe cuidarse bien por sí solo —dijo Orrin, sintiéndose cada vez más agraviado—. ¡Tú lo tratas como si fuera un droide con candado!

—¿Ah, sí?

—¡Sí! —El líder y Annileen ya estaban demasiado cerca, mirándose de frente—. Tal vez sea mejor que te protejas a ti misma —dijo Orrin—. Pregúntate por qué tu hijo siente la urgencia de salir de debajo de tus…

Una voz ronca se escuchó entre la multitud:

—¡Ay, ya mejor sólo bésala!

—¿Quién dijo eso? —La mirada de Annileen se fue clavando en varios de los espectadores—. *¿Quién dijo eso?*

—Lo dijimos todos —gritó Leelee, cruzándose de brazos y negando con la cabeza. Annileen volteó a ver a su amiga y dio un resoplido.

—Pensé que te habías ido.

—¿Irme y perderme el espectáculo?

Los colonos, que estaban a ambos lados de la mujer zeltron, rieron a carcajadas.

Mientras Annileen seguía ardiendo de coraje, Orrin le pasó rápidamente el arma tusken a su hijo. La mitad de la gente del oasis había tratado de emparejar a Annileen y al granjero desde que la última esposa de él se fue; la otra mitad daba por hecho que ya eran pareja. Orrin, sin embargo, sabía que lo mejor era no reaccionar en absoluto, ya que este tema era el más peligroso de la galaxia.

Annileen dio media vuelta y regresó adonde estaba Jabe. Kallie ya le estaba ayudando a ponerse de pie. Aunque Orrin lo vio aturdido y un poquito borracho, le pareció que el chico no estaba lastimado.

—Leelee tiene razón, mamá. —Escuchó el granjero susurrar a Kallie—: Tú y Orrin llevan años jugando este juego.

—Te puedo *reemplazar* —le dijo Annileen a su hija, sintiendo que la furia se volvía a apoderar de ella—. Ve a hacer otra cosa.

Kallie miró a su madre, ofendida.

—De acuerdo —respondió. Luego giró sobre sus talones y se fue, dejando atrás a Jabe, quien volvió a caer al suelo enseguida.

Mientras Annileen recogía a su hijo, Orrin le ordenó al suyo que llevara el landspeeder de vuelta al garaje.

—No hay mayor problema, Mullen, sólo dile a Gloamer que añada la reparación a la cuenta —ordenó. Luego, al recordar algunas de las deudas que tendría que pagar pronto, el granjero bajó la voz y añadió—: A la cuenta del almacén.

Una vez que terminó el espectáculo, la multitud entró poco a poco al Claim. Annileen se sacudió: todavía tenía que servirle a mucha gente. Antes de seguir a los otros, sin embargo, Orrin se aventuró a conversar con ella.

—¿Pudiste darles alojamiento a los Bezzard?

Annileen exhaló profundamente.

—Están instalados en la zona de huéspedes. Llegaron justo cuando salí a recibir a Jabe.

—Espero que al menos eso te dé una bendita razón para soltar la picana de bantha —dijo Orrin—. ¡Esa gente ya sufrió demasiados sustos!

El granjero convertido en líder vio que Annileen trataba de suprimir una sonrisa sin éxito.

—No te preocupes, se encuentran bien —explicó ella—. El doctor está con ellos ahora.

—Muy bien.

Antes de que Orrin entrara al almacén, Annileen lo jaló de la manga y lo miró con preocupación.

—Dijeron que fue Plug-eye.

Él le habló en voz baja.

—Lo sé. Mataron al viejo Lotho y al peón Bith, pero nosotros también nos deshicimos de algunos —relató, e hizo una pausa—. Nuestra gente no los persiguió demasiado lejos.

Annileen lo observó intensamente.

—¿Y Jabe no estuvo nunca en peligro?

—Aquí todos viven en peligro, eso ya lo sabes, pero si tratas de convertir a ese muchacho en un empleado como su papá, lo vas a perder por completo. Tienes que

confiar en mí. —Orrin le dio una palmada en el hombro—. Ahora, contando a tus dos hijos, creo que ahí adentro hay como treinta héroes esperando que les sirvan sus bebidas.

—Que añadiré a la cuenta del Fondo —dijo ella.

Orrin dio por hecho que Annileen bromeaba y ella casi esbozó una sonrisa.

«Sí, estaremos bien», pensó Orrin, sonriendo mientras mantenía la puerta abierta para que ella pasara. Este terminaría siendo un buen día después de to…

En ese momento, al otro lado del edificio, se escuchó un fuerte crujido seguido de un aullido salvaje. Un instante después, también se oyó el grito indescifrable de una mujer.

«¿Y ahora qué?». Desconcertado, el granjero rodeó el edificio. En el patio lateral vio algunas vallas del corral destruidas, así como una nube de polvo que se dirigía a las dunas del suroeste. En medio del torbellino sólo alcanzó a divisar una figura rubia aferrándose por su vida.

Annileen apareció junto a él.

—¡Dime que no es cierto lo que veo!

—No te puedo mentir —contestó Orrin, mirando a la distancia—. Esa es tu Kallie huyendo en un dewback vuelto loco.

—*¡Snit!*

El hombre suspiró y se encogió de hombros.

—Bueno, recuerda que *tú* le dijiste que se fuera a hacer otra cosa.

CAPÍTULO CINCO

A'YARK ENTERRÓ EL CUCHILLO en el brazo del guerrero una vez más, y una sustancia negra supuró de la cortada y ensució los vendajes del joven tusken. La metralla estaba enterrada tan profundamente que A'Yark no podía retirarla.

Los supervivientes del grupo del ataque estaban agradecidos por haber llegado a Los Pilares, un surco escarpado en el interior de Jundland hasta donde los colonos y sus vehículos no podían seguirlos. Sin embargo, el hecho de haber sido utilizadas para una cobarde huida ofendió a las regiones áridas, y el joven tusken terminó pagando el precio. El guerrero lastimado logró eludir los disparos de los colonos, pero no la maldita granada que lanzaron antes de irse ni lo que esta logró hacerle al muro de piedra. El brazo se enfermaría más y la mano se volvería inútil. Si acaso sucedía algo más allá de eso, los tusken no lo sabían, porque no valía la pena enterarse.

A'Yark le dio la cuchilla al guerrero y dijo las palabras. Eran palabras que todos ellos conocían, las que separaban a un tusken de todas las otras criaturas que vivían en la arena.

«Cualquiera que tenga dos manos puede sostener un gaderffii».

El guerrero contempló el arma, pero no cuestionó su misión. Otro tomaría su bantha porque el grupo ya no podía darse el lujo de perder a otro guerrero y también a su bestia.

A'Yark dejó al guerrero solo y se dijo mentalmente que debía enviar a alguien a recoger el cuerpo. Ahora, el trabajo importante era con los otros. La incursión de la mañana había sido un riesgo, tal vez uno demasiado grande tomando en cuenta el pequeño número de guerreros. Antes del ataque, sin embargo, A'Yark se había convencido de que era absolutamente necesario porque los colonos se estaban volviendo demasiado temerarios. Los tusken tenían que superarlos en ese sentido.

Lo que quedaba del clan se escondió como el sol cobarde entre Los Pilares. La leyenda decía que un gigante había atacado las montañas con una daga en repetidas ocasiones; algunos decían que había sido precisamente el sol más joven, abalanzándose en contra de su hermano. Pero, independientemente de la explicación, el paisaje parecía irreal. Las columnas de piedra natural y los obeliscos desmoronándose ascendían hasta el cielo, y a algunos los coronaban peñascos posados precariamente en las alturas. También había un laberinto de pasadizos estrechos entrecruzados en las torres; algunos conducían a cavernas, otros, a ningún lugar. Un claro entre las altas piedras daba suficiente espacio para un campamento apiñado alrededor de un pozo sagrado; tanto los banthas como los moradores de las arenas se aglomeraban en el escarpado vientre de Jundland.

Nadie habló cuando A'Yark atravesó el campamento. Las docenas de tusken que se habían quedado ahí durante el ataque sabían que muchos debiluchos habían fallecido, pero no había tiempo para lamentar la falta de mérito de aquellos que tenían su misma sangre. Esos nombres, esas voces, pertenecían al pasado. Los moradores de las arenas tenían que sobrevivir el día de hoy.

Los tusken tenían una palabra para mañana pero la usaban muy rara vez. ¿Qué beneficio podría tener? La muerte rondaba atrás de todo tusken, de la misma forma que las sombras seguían a los bantha; sin embargo, los colonos no parecían entender eso. Al erigir refugios para proteger su valioso futuro, los humanos se convertían en cosas gordas y carnosas, casi tan perniciosas como los hutt. ¿Sería posible que así hayan surgido estos últimos? Pero a A'Yark nunca le había interesado realmente este tema, ni ningún otro.

No, lo único que importaba era el hoy. La supervivencia de cada día era un trofeo que se podía incluir en las historias del pasado, un golpe contra la maldición que les habían lanzado los soles. Era algo de lo cual estar orgullosos, pero ¿quién contaría las historias si todos llegaran a perecer?

A'Yark se acercó con sed al pozo, descartó esos improductivos pensamientos y jaló de la cuerda. Se acercaban las dos tardes, y sería necesario alimentar a los más jóvenes, así como afilar las puntas de los gaderffii. También se necesitaría elegir un nuevo objetivo. Como de costumbre, A'Yark lo seleccionaría.

El contenedor llegó a la parte superior del pozo y, por tercera vez, también en tres días, no traía consigo nada excepto arena húmeda. Otros habían dicho que era un mal presagio, pero A'Yark solamente quería matar algo.

Un joven envuelto en trapos corrió y entregó, entre quejidos, un mensaje del guardia. A'Yark escuchó con creciente ira: alguien estaba cabalgando un animal en las dunas. Otra vez.

Recientemente se habían registrado otras intrusiones cerca de las regiones áridas. A'Yark incluso había escuchado hablar de un humano solitario con capucha que recorría el desierto de este a oeste cabalgando un eopie demasiado cargado. Sin embargo, los exploradores que lo espiaban no lo habían tocado siquiera. A'Yark montó en cólera por culpa de este nuevo jinete. Un colono podía atravesar las dunas con una máquina, o al menos intentarlo, no obstante este era el acto de un humano que había perdido la razón o de un ser tan poderoso que sabía que nada podía dañarlo. A A'Yark no le interesaba cuál era la respuesta: el clan tenía que lidiar con esa impudicia independientemente de su estado actual.

En cuanto escucharon al joven, los otros tusken tomaron sus armas. «Bien», pensó A'Yark. A pesar de lo sucedido en la mañana, todavía quedaba algo de espíritu. En este lugar, sin embargo, había mucho por hacer. Ellos se quedarían ahí y, mientras tanto, A'Yark iría a averiguar quién era el intruso e iría a castigarlo; y si acaso se atrevían a desafiar su decisión, alguien más perdería un brazo.

Esta muerte le pertenecería a A'Yark.

—¡Yaah!

Annileen tiró de las riendas otra vez. Vilas escuchó, siguió avanzando y se arrastró con agilidad en el afloramiento rocoso. En unos cuantos segundos estuvo sobre el terreno.

Tras otro llamado de la mujer, Vilas volvió a agacharse y empezó a deslizar el torso en el suelo de la polvosa depresión del valle.

Las patadas del jinete no significaban nada para el dewback, ya que sus escamas color rojo parduzco lo protegían de cualquier espuela. No obstante, Vilas parecía entender adónde se dirigía y qué tenía que hacer.

Por eso Annileen fue directo a él en cuanto vio la valla rota. Su landspeeder habría sido más rápido, pero Kallie y Snit salieron abruptamente con dirección a los Retumbos, una franja ligeramente rocosa, conocida en especial por provocar viajes turbulentos en los speeders. El mayor problema, sin embargo, no era la turbulencia, sino el hecho de que ir en un vehículo dificultaba más el rastreo a velocidad. Vilas, en cambio, sabía bien adónde ir. O al menos, eso esperaba ella.

—Esa es —dijo Annileen, eligiendo la nube correcta entre varios remolinos que se veían a la distancia. Vilas también lo supo. La mujer se aferró a él; no había cabalgado en tres años, pero no era algo que pudiera olvidar con facilidad. La mitad de los dewbacks que vivían en Bestine en ese momento eran descendientes del rebaño de Caellum Thaney. De hecho, Annileen todavía seguiría trabajando en la granja de su padre de no ser porque los animales se contagiaron de sequedad absoluta, una enfermedad debilitante que impedía que sus células aprovecharan agua.

Al final no quedó mucho del rebaño ni de Caellum, quien vio a todos sus peones irse. Después de que Annileen se vio forzada a aceptar un empleo trabajando para Dannar, localizar a su padre se hizo imposible. Cuatro años después, ella y su madre se reubicaron en una choza, más cerca del oasis, y él finalmente se hizo cargo de sus penas con un bláster. Annileen lo encontró en su casa, apenas tres días después del anuncio de su compromiso con Dannar. Su padre había reubicado los doce huevos de dewback que quedaban en lo que alguna vez, muchos años atrás, fue la habitación de recién nacida de su hija.

Los establos y el corral del Claim fueron el regalo sorpresa de bodas que Dannar le dio a Annileen; el legado Thaney perduró al otro lado de una de las ventanas de su almacén, proveyéndole así, distracción y consuelo. Cuando Dannar murió, Kallie, que entonces tenía nueve años, encontró la misma paz al hacerse cargo de las criaturas. Annileen le cedió entonces el cuidado absoluto de los animales, no sólo porque lo necesitaba, sino porque de esa manera la chica no tendría que pasar sus años de adolescencia debatiendo sobre el precio de las frazadas con gente que ni siquiera podía recordar su propio nombre.

Era agradable volver a montar un dewback, incluso a pesar del peligro. Snit había sido una tentación, un desafío que permaneció echado esperando a Kallie durante demasiado tiempo. Annileen sospechaba que Snit también tenía sangre de dewback montañés porque, en una ocasión, uno de los equipos de Orrin llegó con una remesa de huevos que habían desenterrado en un campo. Los dewback montañeses eran apenas un poco menos alocados que los de la raza caníbal. La comerciante ahora se maldecía por no haber realizado pruebas genéticas adecuadas antes. Sabía cómo hacerlo y, además,

contaba con herramientas simples de diagnóstico en el establo. El problema era que siempre estaba demasiado ocupada y ninguno de sus hijos había resultado bueno para resistir las tentaciones.

Kallie ya estaba a la vista, a medio kilómetro de distancia al frente. Snit no daba señales de que se detendría pronto. Annileen y su montura cortaron directamente por los llanos para alcanzarlos. La chica seguía demasiado lejos para escucharla, pero su madre veía que ya no tenía control sobre la bestia, si es que alguna vez lo tuvo.

El establo Calwell superaba a todos los demás en cuanto a seguridad: tres poderosas cinchas rodeaban el abdomen de cada dewback para afianzar las sillas de montar. Sin embargo, las cinchas sólo funcionaban bien si los animales permanecían inmóviles durante las mediciones, y Annileen estaba casi segura de que eso había sido imposible en el caso de Snit.

El animal llegó a la cima de una cuesta y desapareció. Annileen lo alcanzó varios segundos después, los cuales le parecieron eternos. Al llegar al otro lado vio algo que la dejó sin aliento. Sabía que las tierras del este eran proclives a desarrollar socavones, pero este lugar era un campo de minas geológico. Peor aún: este era el tipo de accidente geográfico cacarizo provocado por criaturas tan horripilantes que era imposible describirlas. Criaturas a las que, para colmo, les encantaba vivir ahí.

La comerciante estaba pensando en los sarlaccs. Enormes fauces subterráneas que acechaban a cualquiera lo suficientemente torpe para deambular por ahí. Los sarlaccs eran monstruos capaces de tragarse un landspeeder completo, a los que uno no podía detectar sino hasta que ya lo tenían en sus fauces. Y ahora Snit se dirigía a todo galope a su morada.

Annileen dobló las riendas para tener más control y empujó hacia el frente. Vilas resopló y forcejeó con ella. La comerciante se dio cuenta de que no le agradaba la apariencia del lugar, y no podía culparlo. Aunque tenía que arriesgarse. Los sarlaccs no aparecían con frecuencia, pero ya había oído hablar de uno particularmente grande en Carkoon y otro cerca de las muchas ruinas antiguas de Tatooine. Incluso encontrarse con uno de sus engendros más pequeños podría ser fatal, pero para ese momento ya no tenía opción. Con el objetivo de mantenerse lo más alejada posible de los minicráteres, espoleó al dewback para que avanzara por un camino más restringido.

—¡Ayuda! —gritó la chica.

La mirada de Annileen abandonó el suelo lleno de agujeros y se fijó rápidamente a unos cien metros de distancia. Snit se movía raudo por el lugar y Kallie estaba atorada.

—¡Ayúdame, mamá!

Annileen sintió que algo le obstruía la garganta, pero se dio cuenta de que el llamado significaba que Kallie ya la había visto. Rechinó los dientes y empujó hacia el frente con los sentidos exacerbados. Snit iba dejando un rastro de arena voladora por donde pasaba. El cabello de Annileen, que ya llevaba un rato suelto, voló con libertad y violencia detrás de ella. El suelo del desierto se elevaba y descendía a su paso; a veces había dónde apoyarse, y a veces no. Además, el constante *thrum thrum thrum* de las patas de Vilas al

golpear contra la superficie reverberaba a través del cuerpo de la mujer. A pesar de todo, estaba cada vez más cerca.

A Vilas se le atoraron las patas por un momento, si bien se recuperó pronto. Annileen dejó de mirar su objetivo, porque le pareció ver a un tusken observándola desde una duna distante, pero enseguida retomó la persecución, convencida de que había alucinado. Demasiada adrenalina. Snit, que aún le llevaba ventaja, parecía no interesarse en nada.

Annileen gritó al viento con voz quebrada.

—¡Detente! ¡Detente!

Snit estaba a sólo unos doce metros de distancia, por lo que Annileen logró ver con claridad a su hija enredada en el estribo. La chica estaba aterrada e iba prácticamente colgando de un costado de Snit; la sacudida la liberaría en cualquier momento, y su cuerpo caería debajo de las enormes patas traseras de la bestia. Si quería salvarla, tendría que apresurarse.

—Lo siento, muchacho —le gritó a Vilas—: ¡Tengo que hacer esto! —La mujer presionó al dewback hasta que lo acercó a la pata trasera izquierda de Snit lo suficiente para tocarlo. Era imposible cabalgar del lado derecho porque, si Kallie llegaba a caer, el peligro de ser pisoteada se duplicaría. Annileen tendría que controlar al monstruo por sí sola.

Vilas aminoró la marcha y Annileen imaginó que lo hacía porque le daba miedo que Snit se le echara encima. Pero no importaba, ya estaba suficientemente cerca. Soltó las riendas, lanzó su peso hacia delante y se deslizó con dificultad por el enorme cuello de Vilas. Como no llevaba guantes, las escamas del dewback le despellejaron las manos.

Cuando bajó la mirada vio que el espacio entre los dewbacks se estrechaba cada vez más. Los guijarros salían disparados del suelo con tal fuerza que cada atronador paso que daba Snit se convertía en una especie de géiser arenoso. El dewback salvaje no parecía haberse percatado de que Vilas iba corriendo a su lado, pero no tardaría en hacerlo, y entonces, ¿cuál sería su reacción?

Annileen ya había montado a un dewback en pleno trote, aunque jamás a uno furioso corriendo a toda velocidad ni saltando desde otro animal. Snit podría reaccionar inesperadamente, así que el riesgo era demasiado grande.

No obstante, también podía escuchar a Kallie gritando cada vez que la bestia se sacudía.

«¡Ahora!», pensó.

Annileen se lanzó al vacío y sujetó la última cincha de Snit. Era la única parte de la jarcia que parecía segura. En cuanto se sintió firmemente asida a ella, tomó impulso y saltó de Vilas al furioso dewback.

Cuando *este se dio cuenta*, no le pareció nada gracioso, así que golpeó al frente con su poderosa cola para tratar de quitarse de encima a la mujer que iba aferrada a su lomo. Annileen soportó y se empujó hacia el frente, asiéndose precariamente una vez tras otra. Vilas ya se había ido; avanzó en diagonal hacia el norte. Al verse sin opciones, la desesperada madre sujetó el brazo de su hija y trató de jalarla hacia arriba.

Mala idea. La carga era muy pesada y su punto de asimiento, demasiado incómodo. A la mujer le dio miedo caer junto con su hija, aunque sólo había dos opciones para ambas: o continuar sobre la bestia o saltar de ella al mismo tiempo. Annileen se estiró para sujetar la camisa de…

… Y entonces vio algo a su derecha.

Apareció justo al borde de su visón periférica. Por un brevísimo instante pensó que era el tusken que había imaginado, pero cuando giró la cabeza hacia atrás por un momento vio que la realidad era todavía menos creíble. Otro jinete se unía a la persecución. Al parecer estaba enfilado hacia el sureste y venía bajando desde la distante cima. Era una figura vestida de color café que se estaba acercando en diagonal para alcanzarlas y galopaba a toda velocidad sobre…

¿Un eopie?

Annileen miró hacia abajo, vio el rostro de Kallie petrificado por el miedo y luego giró hacia el recién llegado. No, no había cometido un error: el individuo montaba un eopie de cuatro patas, color dorado y apenas una fracción del tamaño del dewback. Un eopie era capaz de correr a gran velocidad, no obstante sus patas no podían compararse con las de un dewback. Sin embargo, la figura encapuchada logró que la noble bestia avanzara rápidamente a un lado, sin más esfuerzo que el que desplegaría el conductor de un moto speeder.

Annileen se quedó boquiabierta. Era imposible que el jinete las alcanzara pero, definitivamente, lo estaba intentando. Ella sabía bien que no todos los forajidos del desierto eran tusken; ningún mercenario inteligente perseguiría a alguien en estos terrenos: primero esperaría a que ambas mujeres cayeran y se rompieran el cuello. Por eso se preguntó si acaso este de verdad querría ayudarlas.

La respuesta vino de él mismo.

—¡Sujétense!

El eopie se contoneó con agilidad sobre el borde de los fosos de arena dejando las huellas de sus cascos tan marcadas como si no llevara un jinete sobre su lomo. El recién llegado ya estaba tan cerca que Annileen alcanzó a discernir su nariz humana y su barba color cobrizo debajo del aleteo de la capucha. El hombre montaba con pericia y se estaba acercando cada vez más a Snit, sin preocupación aparente por su propia seguridad. Como el dewback iba latigueando su cola sin control, el jinete del eopie se vio obligado a zigzaguear y agacharse varias veces, aunque nunca dejó de acelerar.

Un instante después, ya iba cabalgando a la altura del enloquecido reptiliano. Annileen levantó la mirada y vio que el distorsionado terreno al frente lucía aún peor que todo lo que había recorrido hasta entonces, sin embargo, las enormes patas traseras de Snit podían avanzar a golpes sobre la arena crujiente y aterrizar en cualquier lugar. Annileen miró atrás y se dio cuenta de que el misterioso jinete también había detectado el peligro. Sus miradas se encontraron.

—¡Deme a la chica!

Sin pensarlo, Annileen reacomodó su brazo debajo del pecho de Kallie y la empujó. Su hija, que todavía no se percataba de la presencia del recién llegado, gritó en cuanto sintió que las riendas se le escapaban de las manos, pero al eopie y al dewback ya sólo los separaban unos centímetros, lo necesario para que el largo brazo cubierto por el manto ondulante se extendiera y la sujetara. Annileen le pasó al desconocido el otro brazo de Kallie y la empujó.

La transferencia del peso hizo que Annileen azotara sobre el lomo del monstruo, pero aun así alcanzó a ver al eopie aminorar la marcha debido al peso adicional de Kallie. Era imposible que cargara a dos personas por mucho tiempo más, y una tercera era impensable. Ahora tendría que hacerse cargo de Snit ella misma, así que recobró el control y miró al frente. Era sólo cuestión de encontrar el…

¡Krakkk! Las patas traseras de la bestia cayeron en un agujero. Annileen dio una voltereta al frente mientras que, debajo de ella, el increíblemente pesado cuerpo del dewback se elevó. La mujer vio la luz de ambos soles titilar frente a sus ojos y luego se enfrentó a la oscuridad que provocó la corpulencia de la bestia al eclipsarlos.

Y luego, nada.

CAPÍTULO SEIS

—¡MAMÁ!

Annileen abrió los ojos, pero los volvió a cerrar enseguida.

—No puedo ver.

—Espera —dijo Kallie, sacudiendo los granos de arena de las pestañas de su madre—. Inténtalo ahora.

Annileen volvió a abrir los ojos y vio el joven rostro manchado de grasa de silla de montar que se cernía sobre ella, iluminado desde arriba por los soles en cénit. Trató de hablar y la voz se le quebró.

—Ka… Kallie. Es… estás…

—Sí, mamá, estoy bien.

—… estás castigada de por vida —declaró la mujer.

Kallie sonrió.

—Mamá va a estar bien.

—Sí —contestó alguien más—. Lo estará.

Annileen no podía ver de dónde venía la voz, si bien tampoco quería incorporarse, porque la arena se sentía cómoda, suave y caliente.

El rostro de su hija desapareció y otro lo reemplazó. Era el jinete, pero ya se había bajado la capucha. Su cabello era de color rubio con tonos rojizos, un poco más claro que el de su barba y bigote. El hombre miró a Annileen con sus ojos azul grisáceo y una dulzura que ella interpretó como atolondramiento.

—Hola, ¿qué tal? —dijo, con un acento que Annileen no pudo identificar—. Se cayó usted con mucha violencia.

—Seguramente quiere algo, ¿verdad? —contestó Annileen, tosiendo.

El hombre sonrió. «Su sonrisa es agradable», pensó ella. «No es para nada como las sonrisas triunfales de Orrin, sino sutil y bien intencionada. Igual que su voz».

—Continúa en una sola pieza —dijo el desconocido—. Por algún tiempo seguirá sacudiéndose la arena de la ropa, parece que no se quebró nada. —El hombre sacó una cantimplora de entre los pliegues de su capa. Annileen se dio cuenta de que era una prenda vieja; el color café profundo ya se veía amarillento en algunas partes debido al uso. También notó que debajo llevaba una túnica holgada color hueso. El desconocido hizo una pausa y se arrodilló junto a ella—. ¿Me permite? —preguntó.

Annileen trató de asentir.

El desconocido le levantó con suavidad la cabeza para que pudiera beber un poco. Ella bebió con avidez y se dio cuenta de que en ese preciso momento se estaban desmoronando, justo frente a su hija, diecisiete años de enseñanzas acerca de los extraños en el desierto. Ella misma no sabía qué pensar de este hombre, sólo le daba la impresión de que había sacado su ropa de los botes de prendas de segunda mano que había en su propio almacén.

La mujer terminó de tragar con un resuello. Le agradeció al desconocido con un gesto y entrecerró los ojos.

—¿Kallie?

El desconocido se alejó un poco y su hija reapareció.

—Dime, mamá.

Annileen extendió el brazo de golpe y asió a su hija del cuello de su túnica.

—¿En qué estabas pensando?

En el rostro de la chica apareció una expresión de culpabilidad.

—Bueno, es que todavía ni siquiera era la hora del almuerzo y ya tenías a la mitad de la galaxia a punto de emborracharse en el Claim. Supuse que si no me escapaba y me ocupaba de los animales afuera, me quedaría ahí atrapada ayudándote a limpiar.

—Entiendo, pero ¿por qué ese animal?

—No lo sé —contestó Kallie, encogiéndose de hombros—. No creí que te importara, estabas ocupada con Jabe. Como siempre.

El desconocido se encontraba detrás de la chica cerrando su cantimplora. Al escucharla, rio con sutileza.

—Si lo que tratabas de hacer era captar la atención de tu madre, joven amiga, lo lograste —dijo, otra vez con esa sonrisa que derretía a cualquiera.

Los ojos de Kallie se iluminaron. Toda ella lo miró resplandeciente.

—Ay, por favor, ¡tú me puedes llamar Kallie!

El hombre sonrió amablemente y Annileen fulminó a su hija con la mirada.

—Castigada… ¡de por vida! —dijo, tratando de sentarse. Enseguida se dio cuenta de lo inútil de su intento y se rindió ante la gravedad.

El desconocido regresó a su lado en un instante y alcanzó a sostenerla. Sus guantes de montar dejaban al descubierto los dedos que Annileen sintió entre su cabello.

—No cometa una imprudencia, apenas acabamos de traerla de vuelta al mundo.

—De acuerdo —dijo la mujer y se incorporó con ayuda de ambos.

—Venía de Bestine y me dirigía a casa cuando las vi en apuros —explicó el desconocido—. Hizo usted gala de una gran técnica al montar así para alcanzar a su hija. Espero no haberla ofendido con mi intervención.

—No, no, de ninguna manera —contestó Annileen, impávida. Luego volteó y vio lo que había pasado con Snit. El dewback babeaba sobre la arena y la miraba sin expresión alguna con sus otrora perturbados ojos. La mujer lo contempló de pies a cabeza y notó que una de sus patas traseras parecía un globo medio desinflado. En el interior, sus huesos se habían quebrado en pedazos debido al tropezón.

Lo más extraño, sin embargo, era el lugar en donde había terminado la bestia: estaba a tan sólo un par de metros detrás de ella, es decir, estuvo a punto de aplastarla al caer.

—Fue muy afortunada —señaló el hombre.

—Afortunada —repitió Annileen, frotándose un lado de la cabeza. Sabía que un poco más tarde se le inflamaría—. Tenía temor de encontrarnos con un sarlacc.

—Un temor muy comprensible.

Annileen se forzó a ponerse de pie y, una vez que sintió que estaba parada con firmeza, se limpió la mano en la camisa y se la extendió al desconocido.

—Annileen Calwell —dijo.

«Annileen», pensó él. Al principio el hombre se mostró renuente, pero luego estrechó su mano con amabilidad.

—No había escuchado ese apellido, ¿es el nombre de su familia?

—Podría decirse que ya no —explicó ella, con una sonrisa—. De hecho, la mayoría de la gente sólo me llama Annie.

Su salvador hizo una pausa, y a ella le pareció ver que el hombre fijaba la vista a lo lejos, como si estuviera en busca de algo más, pero volvió a sonreír casi enseguida.

—No, Annileen me parece bien.

—Y ya conoció al tornado —agregó la mujer.

—Kallie —dijo la chica, extendiendo la mano también.

El hombre asintió.

—Ben.

Antes de que Annileen pudiera hacer más preguntas, el hombre pasó junto a ella para examinar a Snit. El animal parecía encontrarse en estado catatónico.

—No sé mucho de esta especie —dijo el hombre—, pero no luce bien.

—Está conmocionado.

Ben se veía preocupado.

—¿Podrá salir adelante con sólo tres patas?

—Tendré que preguntarle al gerente del establo. —Annileen volteó a ver a Kallie, que se encontraba ajustando la silla de montar de Vilas—. ¿Tú qué piensas?

Su hija extendió los brazos y se lamentó.

—¡Nunca quise que sucediera esto! —Kallie detestaba perder animales, pero aunque Snit tuviera oportunidad de salir adelante, Annileen ya tenía en mente sacrificar a la horrible bestia de todas maneras.

Fue entonces que la mujer se percató de que ni siquiera tenía un arma y que estaba ahí, en medio del desierto, con un vagabundo. Ben, una vez más, detectó su incomodidad. Dio un silbido y su eopie corrió hasta él deprisa. El animal se movió con agilidad a pesar de que cargaba a cuestas bastante equipo. Kallie sonrió.

—¿Cómo se llama?

—Rooh. Bueno, eso es lo que me dijeron cuando me la vendieron —respondió Ben, mientras acariciaba el hocico de la eopie—. Muy bien hecho, Rooh —dijo, tratando de reconfortarla.

Si no calmó a la eopie, al menos había logrado tranquilizar a Annileen porque ella sabía bien que los malandrines de Tatooine rara vez eran amables con los niños y con los animales. En este caso, Ben había salvado a su hija de un animal.

Eso le bastó para emitir un juicio.

—Bueno, usted también hizo un buen trabajo, Ben —le dijo al hombre, mientras se sacudía la arena—. Me dijo que venía por este camino porque…

Ben señaló el suroeste moviendo la cabeza y continuó rascándole el cuello a la eopie.

—Construí… una casa cerca de las tierras áridas. Sólo estaba haciendo algunas diligencias, ya sabe, pendientes.

Annileen se emocionó.

—No tiene por qué ir a Bestine —dijo, mirando parte del equipo que se desbordaba de las bolsas en la silla de montar de Rooh—. Está más cerca del oasis.

—¿El Oasis de Pika? —preguntó él, rascándose la barba—. Escuché que ahí hay un almacén.

—El Claim de Dannar: el mejor almacén del oasis.

—El único almacén en el oasis —agregó Kallie, desde atrás. Annileen continuó hablando sin voltear a ver a su hija.

—Jovencita, espero que no se te ocurra volver a hablar porque, si abres la boca de nuevo, tendrá que ser para disculparte conmigo y con este hombre. Ah, y con el dewback que estuviste a punto de matar.

Ben empezó a reír sutilmente, pero se contuvo enseguida. Annileen imaginó que era un hombre con hijos propios, o al menos, que trabajaba con niños. Él observó la carga sobre la eopie.

—¿En ese almacén hay refacciones para evaporadores?

—No sería un almacén si no los hubiera. Además, está usted frente a…

Pero, antes de que Annileen pudiera continuar, la expresión de Ben cambió. De pronto se puso alerta y levantó la mano.

—Espere —dijo, al tiempo que giraba.

Los tres fijaron la vista en el cuerpo inmóvil de Snit y luego vieron cómo empezaba a hundirse en la arena y descender. Desde abajo del animal se escuchó un gruñido y, luego, el lugar sobre el que estaban parados tembló.

—Me temo que ahí estaba el sarlacc que esperaba —dijo Ben. Unos tentáculos serpentearon hacia arriba y latiguearon alrededor del enorme cuerpo del dewback.

Annileen vio a Ben sacar un objeto de entre los pliegues de su túnica, y cuando él se detuvo porque sintió su mirada, ella hizo un ademán indicándole que no lo intentara.

—No hay manera de acribillar a un sarlacc —exclamó la mujer.

—Tal vez tenga razón. —Los tentáculos empezaron a hacer presión sobre el dewback y a jalarlo hacia abajo. Ben sujetó las riendas de su asustada eopie mientras Annileen empujaba a su hija hacia Vilas.

Kallie miró atrás angustiada.

—Snit…

—Esto se pagará con tus ganancias —dijo Annileen, ayudando a la chica apresuradamente a montar la silla de Vilas. Luego subió al frente—. Y esta vez más te vale sujetarte bien.

Ben, que ya estaba montado en Rooh, hizo una pausa y observó asombrado cómo desaparecía la bestia. Annileen sabía que ningún viajero era capaz de atestiguar el apetito de un sarlacc y luego olvidar la experiencia.

Quería preguntarle al hombre de dónde venía pero, evidentemente, no era el momento adecuado.

—¡Gracias de nuevo! ¡Tal vez lo vea pronto en el oasis!

Ben sonrió con sutileza y asintió.

—Tal vez —contestó y se cubrió otra vez la cabeza con la capucha.

—¡Hasta luego, Ben! —gritó Kallie, ondeando la mano.

Annileen puso los ojos en blanco. Hasta ahí había llegado el remordimiento por Snit. Vilas empezó a caminar, ansioso de alejarse del agujero del nuevo sarlacc.

Entonces Annileen recordó algo y volteó a ver a Ben, quien ya se dirigía al suroeste.

—¡Oiga!

—¿Sí?

—Lo lamento, ¡pero no escuché bien su apellido!

—Oh —exclamó él, y en ese momento dio un tirón hacia atrás porque Rooh se lanzó a trotar de lleno—. Lo siento —gritó, haciendo un gesto para disculparse. Rooh ya casi iba corriendo—, ¡creo que a mi eopie le urge volver a casa!

«Eso es evidente», pensó Annileen. «¡Y no es la única!».

A'Yark vio al trío separarse desde atrás de una duna.

El ojo que todavía le funcionaba al guerrero era ciertamente muy bueno, y el lente en la torreta metálica podía ver a gran distancia tras ajustarse. Quienquiera que lo haya construido, había invertido su existencia en algo muy provechoso. No obstante, A'Yark comenzó a dudar del buen funcionamiento del artefacto porque acababa de ver algo que no tenía lógica alguna.

Justo después de que el hombre montado en el eopie levantó a la joven del lomo del dewback a media carrera —una hazaña impresionante, sin lugar a dudas—, la descontrolada criatura tropezó con un agujero y dio una voltereta, lo que provocó que la mujer que continuaba montándolo saliera disparada. El dewback debió caerle encima y aplastarla, pero en lugar de eso, permaneció como atrapado en el aire mismo y, por un instante, levitó sobre el lugar y osciló de arriba abajo un segundo. Fue como si la tierra hubiera rechazado a la enloquecida bestia. Luego esta dio otra voltereta, aún en el aire, y cayó en diagonal, tan sólo a unos centímetros del cuerpo de la mujer.

La joven, que ya se encontraba colgando al revés sobre la silla del eopie, no vio nada de eso, pero el jinete definitivamente fue *testigo* del suceso y permaneció impávido. La única expresión humana que los tusken habían aprendido a reconocer era la sorpresa y este hombre no desplegó ninguna señal de experimentarla, ni siquiera cuando el gigante dewback se quedó flotando en el aire.

Los tusken estaban bien conscientes de los poderes que los colonos tenían a su disposición; usaban magias menores y sus hechizos dependían de una mezcla específica de componentes físicos. Los speeders, por ejemplo, eran una aglomeración de chucherías,

y si se cambiaba el orden de las piezas de alguna manera, perdían sus poderes. Magia poco confiable, sin duda.

En este caso no había ningún material físico, ningún mecanismo, sólo estaban los humanos. En ese momento A'Yark se deslizó y se colocó detrás de la duna para pensar.

Tampoco se trataba de una llamada de dragón falsa. ¿Qué presagiaba este suceso? De por sí, la situación ya era bastante mala para los moradores de las arenas, y si ahora los colonos sumaran más habilidades a las que ya tenían, sería necesario permanecer alerta. A'Yark necesitaba saber a qué se enfrentaba su gente. ¿Qué sería este poder? ¿A cuál de los humanos pertenecería?

En lo que a A'Yark respectaba, no había razón para que ese hombre humano corriera riesgos por salvar a ninguna de las mujeres. Era evidente que lo que las había traído al desierto, al igual que a muchos otros colonos, era su deseo de domar al espíritu mismo de la vida en Tatooine. En este caso lo intentaron con los dewbacks, que en realidad debían vivir en las montañas. Fue bueno que fallaran. De hecho, debieron morir. El hombre barbado no debió inmiscuirse.

En la filosofía de los tusken, los seres vivos sólo se ayudaban a sí mismos. El suceso que acaba de presenciar sugería que la mujer poseía brujería porque pudo aterrizar con demasiada suavidad y hacer al dewback a un lado. Seguramente el hombre sabía que ella no corría peligro porque tenía el poder de salvarse a sí misma. Eso sí tenía lógica.

Mientras la mujer se reponía de su hazaña, A'Yark permaneció sobre la arena, meditando sobre el camino a seguir. Ahora la conclusión era evidente: la colona tenía que ser asesinada, y pronto, antes de que le enseñara sus habilidades a alguien más. Ahora bien, aunque su dewback pudo cargar a dos…

A'Yark sintió otro temblor en la arena, esta vez fue suave; cualquier otro lo habría pasado por alto. A'Yark sí sabía bien de qué se trataba. El maldito sarlacc tenía muchos hijos en lugares que los tusken desconocían. Casi todos permanecían inertes, morían de hambre y nunca llegaban a desarrollarse; sin embargo, el festín que se acababa de dar uno de ellos con el dewback despertó a los otros. Ya no era momento de tratar de averiguar cuántos más había. No, el clan necesitaba enterarse de lo que acababa de ver. A los humanos se les podría encontrar de nuevo sin dificultad; luego los tusken actuarían como uno solo, conscientes de que harían algo de verdad importante. Esa era la victoria que necesitaban para recobrar de una vez por todas su desafiante espíritu.

A'Yark salió de su escondite y partió hacia las colinas. No como el sol cobarde, sino como el cazador.

Y se sintió bien.

Meditación

Intentémoslo de nuevo.

Maestro Qui-Gon, me temo que no he tenido éxito alguno con este sistema de comunicación. ¿O será que usted no ha tenido nada que decirme? Está bien. Ya he tratado de hablar con usted a través de la mente, ahora intentaré hablar en voz alta por un rato para ver si hay alguna diferencia.

He hecho varios movimientos tácticos desde la última vez que traté de comunicarme con usted. Owen Lars ya no me quería merodeando por su casa y, lo crea o no, el hombre tiene razón. Arrastrarse por las colinas todas las mañanas y todas las noches es la peor manera de evitar que su granja llame la atención.

Por eso busqué otro lugar cuya ubicación es tan lejana que estoy seguro de que usted se alarmará en cuanto le diga dónde está. Al menos a mí me exaspera. ¿Recuerda el Cañón de Xelric, en donde aterrizamos la nave de Naboo hace varios años? Bien, ese lugar está precisamente al sur del cañón, pegado a la pared norte de las tierras altas, en los Eriales de Jundland. Nosotros, sin embargo, estamos en el extremo de la formación donde vive Owen, a unos cien kilómetros aproximadamente.

Sé que es una forma peculiar de vigilar a alguien. No puedo ir hasta allá y regresar el mismo día montado en Rooh, y me niego a conseguir un moto speeder porque me da miedo que llame demasiado la atención. Los tusken de la región parecen perseguir cualquier cosa brillante que se les atraviese y, si no tengo cuidado, podría terminar guiándolos hasta la granja de los Lars. Además, cualquiera que me llegara a observar por satélite podría identificar el patrón de mis viajes.

También descarté la posibilidad de dejar aparatos de vigilancia. Sé que aquí el acceso a la computadora galáctica central es desigual, pero no quiero poseer nada que pueda ingresar a ella. Ni siquiera he usado el mensaje secreto de entrega de una sola vía que me proveyó Bail Organa para avisarle que ya me establecí. Entre menos señales salgan de mi casa, mejor. ¿Qué tal si Palpatine tuviera observadores buscando a los Caballeros Jedi que no pudo matar? Podría ser.

Los otros jedi… Tengo muchas esperanzas de que también hayan sobrevivido. No soportaría ser el único superviviente, tan sólo imaginarlo me resulta imposible.

Ojalá me pudiera decir si…

En cualquier caso, volviendo al tema de la granja de los Lars, tal vez lo mejor sea que sólo me acerque de vez en cuando, a pie o montando en Rooh. De esa forma me puedo esconder mejor e incluso acampar de ser necesario. Así, tampoco habrá un patrón de mis movimientos ni de cada momento que elija ir. Sé que no estaré en condiciones de responder con oportunidad si alguien le da problemas al muchacho o de enterarme siquiera, pero al menos, yo no seré quien cause dificultades.

De cualquier manera, desearía que hubiera alguien más cercano a ellos, alguien en quien yo pudiera confiar. He escuchado algunas sirenas en el norte, precisamente esta mañana. Me angustié al pensar que el Imperio pudiera estar

implicado, pero ahora creo que se trata de una especie de sistema de alerta. Tal vez eso podría ayudar, no sé si…

Sería más sencillo si me dijera algo, Maestro. Bueno, no importa, seré breve.

Esta casa está en peores condiciones de lo que me esperaba. Hice un viaje de exploración en Bestine para asegurarme de que el sitio no estuviera ocupado, pero prácticamente no necesité confirmación, porque vi que los jawas tomaron el lugar hace mucho tiempo. Encontré la carcaza de un evaporador que espero hacer funcionar algún día. De cualquier forma, necesita refacciones. Además, si logro sacar la basura del patio, creo que podré hacer que este refugio mantenga un perfil bajo. Ya se imaginará el tipo de pocilga a la que hasta un jawa puede renunciar.

Me preocupaba que esta labor requiriera más viajes a Bestine, ya que el lugar se encuentra a unos cuarenta kilómetros aproximadamente; sin embargo, tal vez haya otra opción. Annileen…

Me refiero a Annileen Calwell, una mujer del Oasis Pika, y a su hija. El oasis está más cerca y, por lo que me dijo, ofrece incluso más de lo que necesito para establecer un hogar aquí.

Encontrarme con ella me dio la oportunidad de por fin utilizar el nombre que elegí. Creo que a usted le gustará: Ben. Lo vi en un mapa en la oficina de propiedad de Bestine, creo que hay una mesa con ese nombre. Satine solía llamarme así, era algo privado. Me gusta cómo suena.

Me temo que… atraje algo de atención a mi persona cuando conocí a Annileen. No voy a entrar en detalles, pero la encontré en peligro y la ayudé. Después de tanto tiempo de estar oculto, me sentí bien de hacer algo bueno. Y también fue agradable hablar con alguien otra vez, justo ahora que me siento tan solo y…

En fin.

No lo sé. Siento que estoy más cerca del oasis, pero también que el oasis está más cerca de mí. Tal vez no sea buena idea que los lugareños me vean y se familiaricen conmigo.

Tal vez no vaya.

CAPÍTULO SIETE

—¿CÓMO SEEE VEEEE, Maestro Gault?

—Muy bonito, Gloamer. —Orrin deslizó la mano sobre el nuevo parabrisas de su landspeeder—. Como nuevo. No sé cómo lo haces.

Orrin no estaba sorprendido. De todos los mecánicos de los garajes Calwell, Gloamer, un phindiano de piel verde cuyos brazos colgaban y casi le llegaban a los tobillos, era por mucho el mejor. El mecánico había comenzado rentando una bahía cinco años antes, y ahora dirigía un dinámico negocio que ocupaba edificio y medio. Eso lo convertía en el tercer ocupante con más expansión en los garajes, después de la flota de instalación de evaporadores de Gault y del espacio de almacenaje para los vehículos de los colonos del Fondo. Y como Gloamer también trabajaba en esos espacios, los demás lo veían a él y sus asistentes en todo el lugar.

—Iiiis el meeeoor lanspiiiiiiderr deelooo aaasiiiis —dijo el mecánico. Sus ojos dorados se iluminaron en el interior de las cavidades oculares—. Naaa marviiiillaaaa.

Orrin sonrió. Le daba la impresión de que los phindianos no podían terminar de pronunciar las vocales, pero entre todos los seres que había conocido en su vida, muy pocos sabían apreciar tanto un buen vehículo. Gloamer tenía razón respecto a este: el USV-5 tenía la apariencia de provenir de un planeta más agradable. Orrin había vacilado en comprarlo porque pensaba que un granjero no debía darse aires, pero vender agua era una parte del trabajo tan importante como encontrarla, y los clientes con las cuentas urbanas de mayor volumen no querían comprarle a nadie que pareciera que trabajaba para ganarse la vida.

Muy bien, de acuerdo, estaba dispuesto a entrar al juego.

El asistente principal de Gloamer pasó escabulléndose con parte de un alerón metálico. El individuo pertenecía a la raza de los vuvrianos y, en opinión de Orrin, era sin lugar a dudas lo más macabro del garaje. Era bípedo pero tenía cabeza de insecto y, al parecer, un talento especial para echar a andar sistemas de control. Orrin no tenía ningún problema con los seres que no eran humanos. De hecho, comparadas con las de su provinciano abuelo, sus opiniones eran bastante cosmopolitas. Para él, cualquier ser dispuesto a sobarse el lomo trabajando era aceptable. La diligencia no sabía de especies, tampoco la pereza. En la taberna de Anchorhead ya había suficientes humanos flojos para darle una mala impresión de su propia raza.

A pesar de todo, Pappy Gault siempre tuvo razón en algo: el éxito en los negocios dependía de saber tomarle la medida a los demás. Entre dos personas siempre había un punto en el que se intersectaba lo que uno quería con lo que el otro tenía. Ese punto era el precio, y para obtener el mejor posible, fuera alto o bajo, uno tenía que ver las cosas desde la perspectiva de la otra persona. Pero ¿en qué pensaba realmente un vuvriano o un bith?

«Es imposible ver a alguien a los ojos cuando todo él es un ojo», pensó.

En una ocasión, siendo todavía un adolescente, Orrin salió de Tatooine. Su abuelo había enviado a los peones a Rodia para que recogieran un evaporador, porque incluso un artefacto de segunda mano proveniente de alguno de los planetas más avanzados tecnológicamente era muchísimo mejor que cualquiera de las máquinas que los granjeros de Tatooine tenían en sus campos. Dannar, que se quedó en casa, dijo en broma que en cuanto Orrin viera las estrellas nadie volvería a saber de él jamás.

Pero si acaso Orrin aprendió algo de su breve excursión fue que Tatooine era la verdadera cuna de la oportunidad. La galaxia estaba llena de estafadores tratando de conseguir créditos, y Rodia, un húmedo lugar en donde la gente se apiñaba debajo de domos, estaba repleto de seres así. Era como el frasco que él usaba para atrapar tábanos. Si los mantenías ahí guardados el tiempo suficiente, empezarían a comerse entre sí. No, Tatooine era muchísimo mejor. Sí, tal vez Mos Eisley parecía una colección de animales, pero al menos uno podía alejarse de ahí en algún transporte. Además, en Tatooine había tierra y Orrin tenía su porción.

El granjero le agradeció a Gloamer, caminó a lo largo de las bahías, miró hacia atrás y les echó un vistazo a sus vehículos repulsores en el garaje. Como de costumbre, muchos de ellos estaban en el almacén; esta mañana, tres más. No se debía al trabajo de Gloamer sino a los cabeza hueca que los operaban. La razón manifiesta de Orrin para internarse en los campos todos los días era afinar los evaporadores para que tuvieran un mejor desempeño, aunque en realidad pasaba la mayor parte de ese tiempo supervisando sus equipos remotos, quienes lo confundían cotidianamente inventando nuevas maneras de dañar su maquinaria, sus vehículos o a sí mismos. Los empleados estaban muy retrasados con la preparación de las parcelas para la cosecha y debido a esto los gastos se habían disparado hasta el cielo.

Orrin esperaba que la nueva generación le quitara un poco de la carga que ahora tenía, pero Mullen y Veeka habían encontrado la manera de llegar a los veinte años sin madurar de verdad. El talento de Mullen parecía radicar en su capacidad para encolerizar a la gente, no para guiarla; y Veeka era… Bueno, era Veeka. Jabe Calwell, por otra parte, tenía algo de la diligencia de su fallecido padre. Orrin veía al muchacho jugando un papel importante en el futuro, sólo si su madre decidía permitírselo, y para eso, primero él mismo tendría que agotar a Annileen, la viuda de su mejor amigo. «No puedo tener a mi lado a un capataz que no se atreva a trabajar sin el permiso de su madre», se decía.

Desde el incidente de los Bezzard, las cosas habían estado tranquilas en lo que se refería a los tusken; tendría que pasar algún tiempo antes de que Plug-eye reuniera el valor o los guerreros suficientes para volver a intentar otra incursión sorpresa; pero, por lo que escuchó Orrin al abrir la puerta y entrar al piso de ventas del Claim, las hostilidades entre el chico y su madre no terminarían nunca.

—¡No es justo, mamá! —Era una voz masculina, joven, con una nueva profundidad; indignada—. ¡No es justo, y lo sabes!

—¿Justo? —respondió Annileen—. ¿Qué tiene que ver lo justo con el precio del agua?

Jabe estaba de rodillas, rodeado de costalitos multikilo: las piezas de un rompecabezas que de ninguna manera embonarían bien en las repisas. El chico no estaba nada contento de estar ahí.

—¿Por qué no le dices a Kallie que haga esto?

Annileen lanzó una severa mirada al pasillo desde el mostrador.

—Kallie ya tiene una labor asignada y lo sabes.

—Todo esto es alimento para las bestias, ¡ella es la encargada de los animales!

—Eso es afuera del almacén, esto es aquí, adentro. ¿Quieres que reproduzca la grabación de las últimas diez veces que tuvimos esta charla? —Annileen se percató de la llegada de Orrin—. Espero que no hayas venido aquí a seguir peleando por lo mismo.

Orrin tomó su capa buena del estante junto a la puerta y sonrió entre dientes.

—No, Annie, sé bien cuando me han vencido —dijo, y bajó la mirada para hablar con Jabe—. Lo siento, muchacho, tal vez para la siguiente carrera.

Al ver los hombros del chico combarse, Orrin le guiñó para hacerle saber que todo estaría bien. Jabe tenía que saber que él abogaría a su favor; sólo era cuestión de tiempo.

Orrin se ató la capa alrededor del cuello, camino al castillo de sacos de alimento.

—¿Cómo está Kallie?

Annileen puso los ojos en blanco.

—Tendrás que preguntárselo tú mismo cuando aterrice —contestó la madre, señalando la parte del mostrador que daba a la cafetería, en donde Kallie, recuperada por completo de la terrible experiencia de unos días antes, estaba volviendo a narrar la historia de su rescate. En esta ocasión, la estaba compartiendo con algunos amigos adolescentes de las dunas.

—… entonces apareció él, como si viniera descendiendo del cielo. Había sarlaccs por todas partes y cabalgó con frenesí para tratar de alcanzarme…

Orrin, que ya había escuchado la historia dos veces en los dos últimos días, arqueó una ceja y miró a Annileen.

—¿Sarlaccs por todas partes?

Ella dejó de tallar el mostrador y levantó la mirada.

—Hoy sí —contestó—. Ah, espera, también añadió un acantilado gigante.

—No escucho que hable del papel que tú jugaste en el rescate —exclamó el granjero.

—Oh, no, yo ni siquiera estuve ahí —dijo Annileen, con una mueca burlona—. No he sido parte de la historia por mucho tiempo.

—… naturalmente, soy una jinete extraordinaria y pude haber manejado la situación, pero Ben es el tipo de chico que no puede hacerse tonto cuando ve a alguien…, a una mujer, en problemas. Además, él sabía que tenía que salvarme de cierta…

—¿Y cuándo voy a conocer a esta deidad? —preguntó Orrin.

—No tengo la menor idea. —Sumamente frustrada, Annileen raspó una mancha con fuerza—. Ya conoces a los vagabundos de los eriales. Lo más probable es que esté perdido y que ya se haya comido a su eopie para este momento.

Orrin rio entre dientes. Aunque era una respuesta típica de Annie, alcanzó a notar lo desilusionada que estaba porque su salvador no la había visitado. Por supuesto, a él le daba gusto que hubiera encontrado ayuda en esas tierras porque, como se fue sin su sistema de comunicación, los colonos no habrían tenido manera de encontrarla. Sin embargo, el hecho de que el salvador no apareciera tal vez era igual de bueno, ya que los amables nómadas sabían bien cómo moverse en cuanto se daban cuenta de que estabas en deuda con ellos por alguna razón.

Por lo que escuchó el granjero, la plática ya se había propagado a otra mesa. Leelee y los clientes de mayor edad estaban tratando de identificar al tal Ben.

—Está Ben Gaddink, el que vende esculturas de arena en la parte trasera de su vehículo repulsor —dijo la mujer zeltron.

—No, tú estás hablando de Ben Moordriver —la corrigió el doctor Mell—. Ben Gaddink es el que dirige la botica en Bestine.

—Tal vez sea Ben Krissle, el que hace trampa en los juegos de cartas —dijo un joven granjero.

—¡Ben Surrep! —exclamó un anciano—. No, espera, él es un ithoriano que…

En un par de minutos ya habían extendido a dos dígitos la lista de los Ben locales… y agotado el interés de Orrin por completo. El hombre caminó hasta el mostrador y encontró su lonchera y la cantimplora recién llenada en el lugar de costumbre. Annileen notó su capa.

—¿Vas a algún lugar?

—A visitar a suscriptores en potencia otra vez.

—¿Otra vez? Pensé que el Fondo de los Colonos había alcanzado su meta anual hace varias semanas.

—Bueno, la seguridad nunca sobra —respondió—, y la respuesta al ataque en la granja de los Bezzard muestra que el Llamado está funcionando tal como debe.

Annileen bajó la voz.

—Sin contar al par de personas que murieron.

El señor Bezzard ya había vuelto a su casa, pero Tyla y el bebé seguían en la zona para huéspedes del Claim.

—No puedo creer que todavía haya gente sin firmar.

—Ya sabes que se trata de los desidiosos de siempre. Sin embargo, creo que podemos empezar a ofrecer protección a granjas un poco más alejadas.

Annileen salió de detrás del mostrador con una brazada de baterías.

—Antes de que te des cuenta, ya podrán desintegrar al ejército paramilitar en Mos Eisley —le dijo a Orrin—. Buena suerte, campeón.

Orrin chasqueó la lengua alegremente y se dirigió a la puerta que daba al garaje. Cuando pasó junto a Jabe y el montículo de alimentos, vio al chico más triste que nunca.

—Nunca voy a volver a las dunas con ustedes —exclamó Jabe, mirando a Orrin con añoranza.

—Tal vez nos puedas ayudar de otras maneras —dijo el líder—. Dale una semana a tu madre, dentro de algunos días ya habrá olvidado todo lo que sucedió.

—No debió dejar que Tar se fuera —dijo Jabe.

Entonces se escuchó la voz de su madre por entre las repisas, desde el pasillo contiguo.

—¡Tar no se habría quedado y lo sabes! Este es un negocio familiar y tú eres parte de la familia.

Orrin rio entre dientes.

—Es mejor que lo aprendas desde ahora, muchacho: la mujer lo sabe todo y lo escucha todo. —A pesar del comentario, estaba de acuerdo con ella. Tar Lup era un shistavanen de cara peluda que Dannar había traído para que atendiera el almacén mientras Annileen lidiaba con un embarazo difícil cuando Jabe venía en camino. Tar era amigable y ambicioso, pero se había ido a trabajar en ventas al menudeo en una ciudad grande, y le iba bastante bien. Tras la muerte de Dannar, Orrin persuadió a Tar Lup de que volviera al almacén para ayudar durante algunos meses, y el shistavanen aceptó, gustoso. De hecho, a Orrin le gustaba decir que la gente se podía ir del oasis, pero el sentido de comunidad siempre prevalecía. Ahora, sin embargo, era poco probable que el shistavanen quisiera regresar para hacerse cargo de los suministros e inventarios, y eso lo sabían todos. Jabe sacudió la cabeza con tristeza y continuó con sus tareas.

Orrin caminó de vuelta al garaje y encontró a sus hijos apiñados en la parte trasera de un vehículo repulsor, revisando con detenimiento los artículos en el interior.

—¿Son esos los objetos?

—Sip —contestó Mullen, haciéndose a un lado para que su padre pudiera pasar—. Es la última remesa de basura tusken que se produjo en el ataque a los Bezzard.

Orrin miró al interior del vehículo y vio un par de cartucheras, otro palo gaffi y algunos sacos que olían a podrido. Los tusken nunca tenían consigo nada que no le hubieran robado a alguien más, pero era interesante tratar de ver el mundo desde su perspectiva.

—¿No hay nada de ropa?

Mullen resolló.

—¿Acaso quieres desenrollar esos sacos hediondos?

—Para nada. —Era una experiencia que uno no querría repetir. Independientemente de lo que los tusken fueran al nacer, esa vida completa bajo el rayo de los dos soles y envueltos en trapos los convertía en algo espantoso. O al menos, así olían.

Orrin sacó una larga llave ajustable de su túnica y la usó para levantar un par de *goggles* con suavidad. Los artículos con los que los tusken se cubrían los ojos eran muy extraños. Algunos usaban *goggles* normales forrados con trapos y otros usaban lentillas independientes fuertemente incrustadas en sus máscaras, pero sin distinción, todos los artefactos terminaban en esas ilógicas torretas. Sin importar qué tanto les protegían los ojos de los soles aquellos burdos tubos metálicos, la pérdida de toda esa extensión de

visión periférica no valía la pena. Y si acaso había alguna manera de utilizar las lentes del interior para ver más lejos, Orrin no lo había averiguado hasta el momento.

—No hay mucho aquí —dijo el granjero—. Bien, ya saben qué ha…

—Lo sé —interrumpió Mullen, empezando a envolver el bulto.

Orrin se alejó del vehículo repulsor caminando de espaldas y chocó con uno más de los mecánicos asistentes de Gloamer. Era una mujer, una verdadera humana, apenas un poco mayor que Jabe.

La mujer se sonrojó al ver al granjero, líder de la patrulla.

—¡Disculpe, no lo vi, Maestro Gault!

Orrin se sacudió el polvo.

—Descuida —dijo él—. En mi mundo, la gente ocupada y en movimiento está por encima de la que sólo se queda parada por ahí sin hacer nada.

—Es una emergencia —explicó la chica de cabello oscuro tomando una jarra con líquido azul que estaba sobre la repisa de un estante—. Se trata del viejo Ulbreck. Su motor volvió a sobrecalentarse. Venía de su casa para acá.

Orrin conocía bien a Ulbreck. Era un tipo mezquino, así que probablemente había comprado la menor cantidad posible de líquido refrigerante.

—¿Y está sentado allá solo en las dunas?

—Claro —contestó la chica. Después miró alrededor y bajó la voz—. Tiene miedo de que alguien robe su vehículo si lo deja ahí. No hay problema, esto sucede todo el tiempo. Hoy me toca a mí atender la situación.

Orrin se quedó unos instantes haciendo cálculos y luego se estiró y detuvo a la asistente.

—Mira, yo voy de salida de todas maneras. Me haré cargo de Ulbreck —dijo, tomando el contenedor de líquido refrigerante—. Es lo menos que puedo hacer por todo el trabajo que tú has hecho por mí.

—¡Eso es maravilloso, señor! Le diré a Gloamer.

La chica se fue corriendo y dejó solos a los Gault. Mullen miró a su padre.

—¿Vas a tratar de venderle a Ulbreck otra vez una suscripción para el Llamado?

—Sabes que soy el rey de las causas perdidas —dijo Orrin, con un resoplido—. Y de los Eriales de Jundland —agregó, entre risas—. Además, ¿quién sabe? Tal vez salvar al viejo nos ponga a la cabeza. O quizá con esto pueda competir con el héroe de Kallie Calwell.

—Ojalá —dijo Mullen, mirando con odio la puerta del almacén—. Estoy harto de escuchar a esa idiotita barbullando sobre el heroico vagabundo.

Veeka rio alegremente.

—Deja a la chica en paz, ese vagabundo es el primer macho que ve afuera del redil de los dewback.

Orrin llegó hasta su speeder y se acomodó en el asiento del conductor.

—Sean amables, la gente aburrida siempre se está imaginando cosas —les dijo a sus hijos—. Pero, si llegara a venir algún dios de bronce de tres metros de altura cabalgando, envíenme un mensaje al comlink. Eso sí me gustaría verlo.

***

El comlink rojo junto a la caja registradora empezó a sonar. Era la línea directa entre Annileen y Orrin. En Tatooine las comunicaciones siempre daban problemas, pero él se esforzaba por mantenerse en contacto. La mujer contestó la llamada.

—¡No es posible que ya hayas visitado a todos tus prospectos!

—No, no se trata de eso —contestó Orrin. Su voz estaba acompañada de crujidos—. Vi algo al salir. Estás a punto de recibir una visita.

Annileen respiró hondo.

—No, no es ese visitante —dijo Orrin. Había interpretado correctamente su silencio—. Es alguien más.

Annileen escuchó su explicación.

—De acuerdo —dijo. Apagó el comlink y llamó a sus hijos—. ¡Kallie! ¡Jabe! ¡Vengan aquí!

La chica se asomó y vio a su madre sacando el rifle bláster de la parte de atrás del mostrador. Jabe dejó caer la escoba al darse cuenta de lo que sucedía.

—¿Necesitas activar el Llamado de los Colonos?

—No —contestó su madre, pasándole otro rifle—. Este es el Llamado de los Calwell. Trae tu arma, Kallie: estamos a punto de recibir visitas.

CAPÍTULO OCHO

EL REPTADOR DE LAS ARENAS había iniciado su viaje en el sur, más allá del gran paso. En ese lugar, las tierras altas de Jundland se separaban para permitirle la entrada al Mar de Dunas Occidental a cualquiera suficientemente estúpido como para ir ahí. La tierra entre el paso y el oasis era bastante homogénea, por lo que no habría sido difícil ver al mastodonte metálico que se dirigía al almacén con estrépito.

No obstante, Annileen se sentía agradecida por la temprana advertencia de Orrin. A pesar de su tamaño, las máquinas hicieron buen tiempo de trayecto, por lo que la alerta le dio todavía algunos minutos para esconder el dinero en efectivo en un lugar seguro. Para cuando el mercado de pulgas ambulante aminoró la marcha y se detuvo en el patio del sur, Annileen y sus hijos ya estaban preparados.

La comerciante se mantuvo de pie bajo la sombra del reptador de las arenas, con su sombrero de safari gris de ala. Los soles resplandecieron en las alturas sobre el anguloso frente del vehículo, pero ella no alcanzó a ver si había alguien en la cabina de control. No importaba, tenía que hacer algo ahora, algo que había hecho durante veinte años de visitas espontáneas por parte de los jawas. Algo que había visto a Dannar hacer el primer año en que fue empleada, una acción que le permitió darse cuenta de que no era solamente un jornalero más y que no terminaría en bancarrota en un año.

—Hagamos esto —dijo Annileen, mientras metía el cartucho de poder en su rifle.

—Ay, Annie —dijo Leelee. Ella y los otros clientes acababan de salir cuando escucharon al reptador acercarse—. No irás a dispararles, ¿verdad?

Annileen no dijo nada, sólo condujo a sus hijos hasta un costado del vehículo. Un vapor asqueroso emanaba del sobrecalentado motor del mastodonte.

—Ya han hecho este ejercicio —les dijo a sus hijos. Jabe y Kallie asintieron.

La enorme rampa se abrió con un crujido y, al final, el extremo golpeó al caer en el suelo y produjo un apagado sonido metálico. Los Calwell levantaron sus armas… y giraron para apuntarles a sus clientes.

—Ahora, escúchenme bien —gritó, dirigiéndose a los colonos—. Esta es mi propiedad, y si alguien va a comerciar con los jawas, seré yo. Si ustedes no quieren pagar mi sobreprecio, pueden montar sus dewbacks e ir hasta Mospic Range o adonde quiera que se dirijan los jawas después.

Entre la multitud se escuchó un agitado murmullo de descontento. Annileen respondió con un disparo al aire.

—Hablo en serio —dijo con un gruñido, y fulminó a sus clientes con la mirada—. Sepan que si alguno de ustedes trata siquiera de comprarle un remache a los jawas, no les dispararé a ellos. Su negocio es vender y jamás van a comprender lo que son los límites de propiedad. Ustedes, en cambio, saben perfectamente en dónde se encuentran y cuáles son las reglas. Así que tal vez sea mejor que entren al almacén. Si hay algo aquí que valga la pena, lo pondremos a la venta después de haberlo limpiado.

La mujer había dejado todo muy claro. Los clientes del Claim entraron refunfuñando al almacén. Annileen no se había visto en la necesidad de dispararle a nadie en mucho tiempo porque un tiro para atolondrar, cada cierto número de años, le había bastado para convencer a la gente de que ese era su terreno comercial. A Gloamer se le permitía salir de los garajes y lidiar directamente con los jawas porque, en años pasados, cuando el comercio había decaído, él complementaba su negocio comprándoles equipo obsoleto que luego renovaba, pero le pagaba al almacén un porcentaje sobre ese intercambio, por lo que el sobreprecio estaba cubierto para la familia.

Una diminuta figura envuelta en una capa café apareció en la rampa. El jawa pesaba la mitad de lo que Annileen, pero la miró con amabilidad y ondeó la mano para saludarla. Ella le respondió con un gesto similar.

—No le quiten la vista de encima a esta gente —les dijo a su hijos, que seguían en posición de ataque—: asegúrense de que no roben nada.

Kallie soltó una carcajada.

—¿Quiénes? ¿Los jawas o nuestros clientes?

—Ambos. Kallie, tú cuida a los jawas; Jabe, entra al almacén y cuida el lugar antes de que la gente empiece a beber directo de los grifos.

Jabe contestó con un quejido.

—¡He estado ahí metido todo el día!

—De acuerdo, entonces quédate aquí y que Kallie entre.

Kallie miró a su madre con cara de angustia.

—Eso tampoco es justo, mamá, yo trabajo afuera, ¿recuerdas?

Annileen miró a su hija con modestia fingida.

—¡Ah, sí, claro! Entonces la chica que estaba ahí adentro hace rato contándoles a todos mis comensales cómo Ben evitó que se matara sola no eras tú —exclamó, pegándose en la frente con la palma de la mano, como si de verdad estuviera avergonzada por la equivocación—. No, espera, creo que sí eras tú, ¿verdad? ¡Ahora cállate y lárgate de aquí!

Después de eso, Kallie entró atropelladamente al Claim. Jabe rio a carcajadas con aire triunfante y caminó hasta donde se encontraban Mullen y Veeka, divertidos por la escena, junto a varios peones más de los Gault.

Annileen vio a su hijo reunirse con sus amigos y suspiró. Sus hijos tenían dieciséis y diecisiete años. ¿Alguna vez dejarían de competir entre sí? Porque, sin importar quién ganara cada batalla, el premio para ella siempre era otro dolor de cabeza más.

Para colmo, los amigos que Jabe había elegido no la hacían nada feliz. Mullen Gault siempre fue un chico malhumorado y no había cambiado en nada con la edad. Veeka, por su parte, se volvió un desastre desde que murió su hermano gemelo. Annileen nunca dejaba que Kallie se acercara siquiera a esa chica que, además, era mayor. Por desgracia, le costaba mucho más trabajo mantener a Jabe alejado de los Gault.

De repente, alguien le jaló la manga desde atrás. Por un instante la mujer pensó que se trataba de un jawa, pero al voltear vio a Erbaly Nap’tee parada ahí.

—¿Tú trabajas aquí, jovencita? No hay nadie en el mostrador para atender a los clientes.

Annileen volvió a suspirar sonoramente, se colgó el rifle del hombro, tomó con suavidad a la mujer nikto de los hombros y la hizo girar hasta que quedó de frente al líder jawa.

—Aquí vamos, señora, tiene usted mi permiso para comprarles directamente a los jawas. Cortesía del Claim de Dannar.

El líder trinó y miró a Annileen desconcertado mientras la anciana se acercaba a él. Annileen encogió los hombros.

—La señora está a la venta, si acaso les interesa —dijo, y luego miró rápidamente hacia la rampa, por donde ya estaba bajando la mercancía.

A los jawas les tomó menos de cinco minutos bajar todo lo que valía la pena comprar, ya tenían mucha práctica en esto. Annileen revisó el lote. Como de costumbre, había demasiados droides. No los compró. A Dannar nunca le había gustado vender cosas que no sabía reparar, y a ella le seguía pareciendo una buena política porque no podía ofrecer garantía para una máquina que luego podría iniciar una matanza masiva en la cocina de alguien. Los pequeños electrodomésticos, en cambio, se podían vender en las condiciones en que se encontraran. Poco después siempre terminaba sintiendo remordimiento porque cada uno de esos objetos había sido recogido entre los restos del hogar de alguna familia de buscadores de agua de las colinas que nunca pudo salir adelante. De pronto reconoció una estufa a primera vista: ya la había vendido tres veces.

—*¡Togo togu! ¡Togo togu!*

Annileen volvió a mirar hacia la rampa. Dos jawas diminutos iban subiendo por ella con sus garras, y una tercera criatura se había quedado atrás llorando a todo pulmón. Veeka y varios de los peones de los Gault habían formado un círculo y estaban aventándose entre sí al aterrado jawa como si fuera un juguete de trapo.

—¡Ya suelten a los jawas y vayan a comprar las bebidas! —carraspeó Veeka. Se había reído tanto que ya estaba completamente ronca.

—¡Oigan! ¡Dejen en paz a estas criaturas! —gritó Annileen y se acercó con premura al grupo, pero se detuvo en cuanto vio a su hijo entre ellos. Los ojos se le desorbitaron—: ¡Jabe!

El chico miró hacia arriba en cuanto escuchó la voz, y eso lo distrajo lo suficiente para que se le escapara de las manos la criatura que acababan de lanzar. El jawa chilló y salió corriendo desesperado hacia la rampa. Jabe ya había escuchado la voz de su madre, pero los peones de los Gault estaban más cerca de él, alentándolo:

—¡Compra las bebidas! ¡Compra las bebidas!

—No te escaparás —dijo Jabe, y rompió el círculo con rudeza para ir a perseguir a la criatura de apenas un metro de altura. Annileen llegó al pie de la rampa cuando Jabe ya iba subiendo por ella. Su hijo desapareció en la oscuridad del umbral—. Ya te tengo pequeño malandr…

—¡Yaaaghh!

De pronto volvió a aparecer Jabe totalmente lívido y con los ojos abiertos como platos. Detrás de él se alcanzaba a ver a alguien más. Era una figura encapuchada y cubierta con una capa color café, igual al jawa que acababa de escapar y del doble de altura. Desesperado por huir del gigante, Jabe se tropezó y cayó por la rampa. Veeka y los peones ya estaban desenfundando sus blásters.

Annileen se rio al ver a su hijo caer justo frente a ella.

—Abajo los blásters, muchachos, este no es el jawa vengador gigante —gritó, sonriéndole a su salvador, quien la saludaba desde la parte superior de la rampa—. ¡Hola, Ben! —dijo—. ¡Bienvenido al Claim!

Ben se quitó la capucha.

—Buen día. Eh, ¡días! —corrigió, mirando los dos soles. Annileen lo vio respirar hondo. Era obvio que le daba gusto escapar del espantoso aire encerrado del reptador de las arenas—. Espero no haber asustado a nadie. Los jawas fueron muy amables en traernos.

El hombre silbó y enseguida apareció Rooh en la puerta detrás de él. Ben movió un poco el brazo sin ver, hasta que encontró la rienda de la eopie.

—Habría bajado antes, pero Rooh se enredó un poco allá adentro. —Ben miró hacia la base de la rampa, en donde Jabe estaba tirado frente a su madre—. ¿El chico se encuentra bien?

—No ha estado bien por algún tiempo —contestó Annileen, levantando a su hijo del cuello de la camisa. Luego le lanzó una mirada fulminante—. Te dije que no les quitaras la vista de encima a los jawas, no que jugaras pelota con ellos. ¡Regresa a tu puesto!

Jabe recuperó su rifle con actitud sumisa y caminó trabajosamente hasta el extremo de la línea de exhibición de productos, tratando de evitar el contacto visual con sus amigos a toda costa.

Ben y su eopie bajaron hasta la superficie arenosa.

—¿Es su hijo?

—Me da vergüenza admitirlo —dijo Annileen, riendo sutilmente—. Creo que pensó que era usted un jawa gigante.

—Ah —exclamó Ben—. Debe ser por los ojos.

—¡Ja!

Ben acarició el cuello de Rooh y elevó la vista para contemplar el enorme almacén frente a él.

—Qué agradable lugar.

—Tomando en cuenta lo que uno se encuentra aquí en las tierras perdidas, supongo —señaló Annileen.

—Lo lamento, no quise decir eso.

—Está bien —agregó ella, tratando en vano de recordar cuándo fue la última vez que a alguien le preocupó haberla ofendido—. Sí, debería ser agradable al menos. Yo soy la dueña.

Ben se irguió y se dirigió al edificio acompañado de su eopie. Leyó en voz alta las letras mayúsculas grabadas en el letrero en la fachada. La arena se había acumulado en algunas de las muescas.

—El Claim de Dannar.

—Él fundó el almacén, yo llegué después —explicó Annileen, al tiempo que le ofrecía a la eopie un bocado que encontró en su bolsillo. Era una criatura muy dócil, se parecía a su dueño, pensó—. Dannar es mi esposo.

—Su esposo… —repitió Ben, echando un vistazo a la multitud afuera del reptador de las arenas.

Annileen frotó cariñosamente la cara de Rooh.

—Ahora sólo estoy yo con los dos chicos a los que ya conoció —explicó, sonriendo—. ¿Qué lo trae por aquí?

—Su invitación —contestó él, señalando al animal con un gesto—. Necesito algo de alimento para Rooh.

Annileen se irguió.

—Vino al lugar indicado. —La comerciante volteó hacia el reptador de las arenas y vio a su hijo recargado en el pantagruélico vehículo sin prestarle atención a nada en particular.

—¡Jabe! ¡Consíguele a este hombre alimento para su eopie! ¡De inmediato!

El chico miró al frente.

—Pensé que querías que vigilara a los jawas.

—Olvídalo —contestó ella. Los jawas ya estaban apiñados alrededor de Erbaly, conversando de repente entre ellos mientras escuchaban las interminables preguntas de la mujer nikto. «Seguramente están tratando de averiguar cómo ponerle fin a la conversación», pensó—. La primera bolsa es cortesía de la casa.

Ben bajó la mirada. Annileen ya había notado que lo hacía mucho.

—Por favor, no tiene que regalarme nada, puedo pagar por el alimento…

—Acéptelo, por favor; es mi forma de agradecerle que me haya ahorrado los gastos fúnebres de mi hija. Además, bastará con una comida para que Rooh lo tenga aquí de vuelta cada semana por más. Ofrecemos sólo lo mejor.

—Está bien, sólo permítame atarla —dijo Ben, al ver el establo—. Sabía que el alimento sería demasiada carga para ella de regreso, por eso les pedí a los jawas que me trajeran.

Annileen lo vio alejarse con el animal. Jabe dejó su puesto en el umbral y se acercó a su madre lo suficiente para que lo escuchara susurrar:

—¿Dijiste «Ben»? ¿Es él?

—Ajá —contestó ella, mientras exhalaba profundamente y se reacomodaba el sombrero—. Sólo llegó algunos días tarde.

—*¡Ben!*

Jabe entró al almacén tan sólo veinte segundos antes de que su madre y el visitante atravesaran la puerta, pero eso le bastó para informarle a su hermana de la llegada… y para que ella se lo comunicara a los casi treinta clientes que estaban en el lugar.

Ben asintió cuando la chica lo recibió en la entrada. Annileen notó que ya se había vuelto a poner la capucha. Era imposible culparlo.

—Hola, Kallie —dijo Ben.

—Oye, ¡te acordaste! —dijo Kallie, con una sonrisa resplandeciente—. Bienvenido a nuestro almacén, déjame mostrarte el lugar.

—Tu lugar es en el establo de los dewbacks —intervino Annileen.

Kallie señaló a su madre.

—Sí, pero *tú* me dijiste que ahora trabajara adentro. Vamos —dijo, jalando a Ben de la manga—. ¿Qué necesitas? Tenemos de todo.

—Sí, bueno, se me rompió la brida y…

—¡Vamos al cuarto de las monturas! —La chica lo condujo a la parte trasera del piso de ventas, pasando entre los curiosos comensales sentados en las mesas. Annileen los siguió, temerosa de que la dignidad del hombre se viera dañada. La mujer no vio si Ben saludó a la gente que lo miraba, pero no iba a permitir que nadie asustara a un cliente nuevo, en especial a este, con quien tenía una deuda importante.

Ben se quedó parado en la puerta del cuartito, mirando el equipo que ahí se exhibía.

—Esta parte del almacén solía ser un clóset —explicó Kallie, tratando de no sonrojarse—; ahora me pertenece.

Annileen pasó junto a ellos y se acercó al exhibidor de bridas.

—Pensé que con eso se mantendría ocupada.

Ben miró hacia atrás y contemplo el interior del almacén, lleno de compradores, comensales, gente bebiendo y algunos otros preparando envíos postales.

—Parece que ya hace bastantes cosas.

—Excepto detener dewbacks con ataques de furia. —Annileen le pasó la brida a Kallie y le indicó con un gesto que saliera—. Ajusta esta brida para la eopie de Ben.

Aunque molesta por el atrevimiento de su madre al sacarla del lugar, la chica le sonrió a Ben y se dirigió con apremio a la entrada.

—¡No tardo!

—No tarda —repitió Ben llanamente.

Annileen condujo a su cliente por la zona del comedor, la cual se convirtió en una pista de obstáculos llena de comensales con preguntas acerca del rescate. ¿Quién era él? ¿De dónde venía? ¿Acaso no sabía que nadie con sentido común se internaba en los Retumbos? ¿En dónde vivía? ¿Le gustaría aprender a ajustar su evaporador? ¿No estaría interesado en comprar un speeder para no tener que depender de la amabilidad de los jawas para transportarse? ¿Venía de un mundo exterior? Y, en ese caso, ¿qué era lo que realmente estaba pasando con la República? Al ver que el hombre palideció un poco ante el bombardeo de preguntas, Annileen lo empujó hacia el frente del almacén.

—La conferencia de prensa será después de que termine sus compras.

—Claro, claro —dijo Leelee, quien ya estaba de pie y con los brazos cruzados, mirando a Ben con toda la lujuria de la que sólo una zeltron era capaz—, guárdate al recién llegado para ti sola.

—Annileen volteó y le susurró a su amiga:

—¡Tú estás casada y tienes cinco hijos!

—¡También me corre sangre por las venas! —replicó Leelee, mostrándole a su amiga los inflamados conductos en sus muñecas—, así que tráelo pronto de vuelta.

El recién llegado agachó la cabeza todavía más. Annileen miró alarmada hacia el frente del pasillo y se percató de que más clientes los observaban. Para colmo, los Gault ya estaban en el almacén, escrutando también al recién llegado. Tenía que hacer algo al respecto.

—Disculpen —dijo, después de dejar a Ben junto a un exhibidor de camisas. Caminó hasta su mostrador y saltó sobre él. Se puso de pie, colocó sus manos ahuecadas alrededor de la boca y, haciendo uso de su voz más potente para dar los últimos avisos, gritó:

—¡Escuchen bien! Este es un suceso que no se repetirá jamás: el embargo a la mercancía jawa se levanta por hoy. ¡A comprar!

A los clientes les tomó un momento entender lo que sucedía, pero después estalló el alboroto. Ben, sorprendido, se hizo hacia atrás y dejó pasar el río de clientes que fluyó hacia la salida. Algunas personas se quedaron en el bar, pero todos los que hasta ese momento lo habían mirado boquiabiertos se fueron.

Ben levantó la vista con una expresión de obvio agradecimiento.

—Supongo que se trata de una ocasión especial.

—Siempre dije que algún día los jawas servirían de algo —dijo ella.

—Uno nunca sabe el papel que jugarán los otros —murmuró el recién llegado, ayudándola a bajar del mostrador sin dejar de mirarla pensativo.

CAPÍTULO NUEVE

LA CAJA METÁLICA DE BEN ESTABA LLENA. Repleta, de hecho. Annileen había aprovechado la calma para darle un recorrido por cada uno de los pasillos del almacén y ayudarle a buscar los artículos de su lista, más algunas otras cosas que no estaban en ella. Incluso le dijo cuáles de los artículos importados eran igual de buenos que los artículos locales que se vendían a mayor precio. Pero si alguno de los clientes de costumbre la hubiera escuchado, se habría sentido muy mortificada.

A nadie le daba este tipo de servicio.

Annileen notó que, como era de esperarse, Ben respondía al buen trato.

—Este almacén es una entidad viva para usted —le dijo a la dueña. Una observación peculiar, casi poética, por parte de un…, ¿un qué? No sabía. Ben no le había dicho nada sustancial acerca de sí mismo.

—¿De dónde es, Ben? —recordó haberle preguntado.

—De aquí y de allá, realmente.

—¿Por qué está aquí?

—¿En Tatooine o aquí, en el almacén?

—¿A qué se dedica?

—Hago de todo un poco. Nada importante.

La última respuesta describía a dos terceras partes de sus clientes. De hecho, había obtenido respuestas más sustanciales durante algunas de sus discusiones con Bohmer, el rodiano que ni siquiera hablaba básico galáctico estándar. Pero, aunque las respuestas imprecisas de Ben resultaban frustrantes, no la sorprendían ni la ofendían. Ningún cliente decía gran cosa en la primera visita. Al menos, no de forma verbal.

Lo que compraban, en cambio, era sumamente elocuente; y la caja metálica de Ben, que en realidad era un lavabo portátil haciendo las veces de canasta de compras, rebosaba de indicios que cualquier vendedor al menudeo avezado podía leer.

La barra para cortinas le dijo a Annileen que Ben no estaba acampando. Las herramientas básicas, que no llevaba mucho tiempo ahí. Las latas de comida en pasta, que planeaba quedarse algún tiempo y que vivía demasiado lejos para comprar con frecuencia. Los contenedores de solvente industrial, que tenía mucho que limpiar en el futuro próximo.

Y los trapos. ¿Qué había de los trapos? Que se trataba de alguien que viajaba ligero, que llegaba sin ropa vieja, lista para cortarse y usarse para limpiar.

Por último, estaba ese otro detalle revelador que estuvo a punto de pasar por alto: una almohada. Sólo una.

Annileen paseó con aire casual por los pasillos, descubriendo cada vez un poquito más de él entre las interrupciones periódicas de Kallie para avisarle qué tanto había avanzado. Como en el área de suministros no encontró accesorios de empaque para el tamaño de la eopie de Ben, la chica tomó la iniciativa e inventó algo con refacciones sobrantes. Unió dos pequeños sacos de alimento con un tercero para formar una alforja

para la silla de montar, y llevaba la última media hora trabajando para aumentar la capacidad de carga. Annileen y Ben sólo escucharon dos veces el balido del Rooh al volcarse afuera del almacén.

—Kallie tiene buenas intenciones —dijo Annileen.

Ben no se veía preocupado en absoluto.

De hecho, aunque sonaba bastante informado acerca de la vida en el desierto, Annileen empezaba a creer que no sabía gran cosa respecto a Tatooine. Todos los mundos desérticos eran iguales excepto por esos detalles en que no lo eran, y mucha de la gente con exceso de confianza, que pasaba de uno a otro, lo había aprendido a la mala. Un tonto geonosiano terminó en bancarrota por tratar de proteger su casa aquí contra las inundaciones repentinas que sólo existían en los recuerdos que tenía de su hogar anterior.

Conforme los clientes comenzaron a regresar al almacén, Ben se sintió más ansioso de que terminara el paseo.

—Creo que esto bastará —dijo.

—¿Está seguro? No estoy tratando de venderle todo lo que tengo.

—No, es que no quisiera necesitar otro eopie para transportar todo esto.

—También vendemos eopies —dijo Annileen, tratando de ahogar una risita. Luego depositó sobre el mostrador la brazada de objetos que ella llevaba mientras Ben colocaba la caja metálica en el suelo de sintepiedra.

—De acuerdo, una sola cajera, sin fila de espera.

Ben arrastró un poco los pies mientras buscaba en sus bolsillos.

—Eh… ¿Aquí siguen aceptando los créditos de la República?

—Igual que siempre —contestó ella al colocarse detrás del mostrador—. No le prestamos demasiada atención a la política. Déjeme registrar primero los objetos sueltos y luego seguimos con lo que hay en la caja. —Annileen comenzó a añadir los artículos a la ya de por sí larga cuenta de las ventas del día y notó que Ben iba contando al mismo tiempo, tratando de llevar un control para sí mismo. Sin embargo, no la observaba de la misma manera nerviosa que lo hacían los clientes más limitados económicamente, sólo quería estar al tanto de todo. «Entonces puede pagar todo esto pero, aun así, el dinero sigue siendo importante», pensó.

—Miren eso —se escuchó una voz áspera—, ¡parece que alguien se dedicó a comprar hoy!

Annileen volteó a la entrada y vio a Mullen parado junto a la puerta con su hermana Veeka. Detrás de ellos estaba Zedd, uno de sus cómplices en el juego de arrojarse jawas. Zedd era humano, pero sólo de milagro. Era un joven sumamente musculoso y, en este momento, tenía los ojos morados. Annileen había escuchado decir que un desencuentro social en el que estuvo involucrado un wookiee en Anchorhead fue lo que provocó su situación presente, la cual también incluía la ausencia de varios dientes. Gracias a la incapacidad de Zedd para trabajar en ese estado, Jabe tuvo la oportunidad de suplirlo en el equipo de servicio de Gault. Era por eso que a Annileen le daba gusto ver que Zedd había vuelto al trabajo.

Sin embargo, verlo ahí en ese momento no la hacía nada feliz. La mala actitud de Mullen se exacerbaba cuando tenía a su mascota montañesa haciéndole sombra. Las puertas se azotaron detrás del trío de jóvenes, quienes caminaron decididos hacia el mostrador.

—Qué sorpresa verte comprando aquí y no haciendo negocios con tus amiguitos —dijo Mullen, acercándose a Ben desde atrás—. La gente decente no les pide a los jawas que la acerque a ningún lugar.

—Es cierto, la amabilidad de los jawas no puede sustituir al servicio de transporte —dijo Ben, sin levantar la mirada mientras doblaba y separaba sus trapos sobre el mostrador.

Annileen interrumpió el registro de los productos.

—Sé amable, Mullen.

—Claro, ¡recuerda que estás frente al gran héroe! —Veeka caminó pavoneándose hasta el mostrador, se detuvo junto a Ben y luego se apoyó en la barra y tiró la pila de trapos al suelo.

—Bájate de ahí —dijo Annileen, empujando a la joven, pero Veeka no se movió.

Ben metió todos los trapos que había comprado en la funda nueva para almohada.

—Está bien —dijo, con calma—. Es sólo la emoción.

—La emoción, claro —dijo Annileen, olisqueando a Veeka—. Y todavía no ha pasado ni una hora de que acabó el almuerzo. Muy bien hecho. —De pronto volvió a desear que Dannar no hubiera decidido mantener el bar abierto todo el día. Con tan sólo mirar a Mullen y a Zedd se dio cuenta de que estaban igual de bien servidos—. ¿Qué ustedes no tienen que ir a revisar evaporadores?

Mullen eructó.

—Son nuestras máquinas y nosotros decidimos cuándo las atendemos.

—No creo que tu padre esté de acuerdo contigo —dijo la mujer.

Mullen se puso en cuclillas junto a la caja metálica que estaba a los pies de Ben.

—Está comprando un montón de basura. ¿Pagó con dinero válido? —Mullen sujetó el asa de la caja con una mano y se la acercó un poco más, pero Annileen no alcanzó a ver si Ben se sintió ofendido o si había notado siquiera que el joven de cabello oscuro estaba manoseando sus compras—. Yo no confiaría en él —declaró Mullen.

Annileen azotó el datapad sobre el mostrador.

—¡Ya fue suficiente! La última vez que revisé, tu nombre todavía no aparecía en la escritura de este lugar ni en ningún otro lugar excepto, tal vez, en esa orden de arresto en Mos Entha. ¿Por qué no mejor regresas allá? —exclamó.

Veeka avanzó, acercándose furtivamente a Ben. Se estiró y le colocó el pulgar debajo del mentón.

—Muy guapo —dijo, y luego le levantó el rostro un poco, como si estuviera evaluando ganado—. Aunque también se ve hambriento.

—Un trabajador más, muriéndose de hambre en las tierras desérticas. —Mullen, que seguía flexionado a la izquierda de Ben, miró hacia arriba—. Este hombre no estaba tratando de salvar a Kallie. ¡Lo que quería era atrapar al dewback para comérselo!

Zedd rio a carcajadas.

Veeka sujetó el velludo mentón de Ben entre sus dedos índice y pulgar.

—No lo sé, creo que no me molestaría en absoluto que me salvara a mí. —La chica le levantó el rostro y le lanzó una mirada lasciva—. ¿Qué piensas de eso, Bennie? ¿No te gustaría salvar a una mujer de verdad para variar?

—Por supuesto —dijo Ben, con amabilidad—. Por favor, avísame cuando llegue alguna.

Annileen rio a todo pulmón.

En cuanto Zedd escuchó a Annileen reírse a costa de Veeka, se le abalanzó a Ben porque, al igual que por lo menos la mitad de los peones de los Gault, este grandulón pensaba que la hija del jefe alumbraba las estrellas del cielo. Mullen seguía en cuclillas junto a la caja, pero Zedd estrujó el hombro del comprador, verdaderamente indignado.

Así comenzó todo.

Kallie entró por el establo y apareció a la derecha de todos. Llevaba consigo la misma picana de bantha que había usado su madre en el incidente de Jabe. Era el más reciente de todos los artículos que llevó de vuelta al cuarto de las monturas, en su incesante esfuerzo por volver a ver a Ben. Y claro que volvió a ver a su galante héroe, sólo que, esta vez, se encontraba parado con cara de incomodidad junto a Veeka, quien seguía sentada en una postura lasciva sobre el mostrador, con las piernas extendidas a cada lado de Ben.

La joven Calwell, que llevaba años pensando que el descendiente de Gault que murió no había sido el correcto, enfureció y levantó la picana. Al ver el odio en los ojos de su hija, Annileen se apresuró a jalar a Veeka del cuello de la blusa, pero a pesar de su intento por poner a la chica fuera de peligro, Kallie lanzó la picana directo al pie de Veeka que colgaba del mostrador.

Lo siguiente pasó muy rápido. Annileen vio a Ben girar para esquivar la picana y levantar un poco la mano derecha. En ese momento, la picana, que tenía un mango patentado que garantizaba que no se deslizara, salió volando de entre las manos de Kallie. La punta electrificada se desvió hacia el mostrador y por alguna razón falló, por lo que la bota de Veeka y el torso de Ben salieron ilesos. El hombre giró noventa grados al mismo tiempo que la herramienta caía más allá de sus rodillas y llegaba a su destino final. La picana terminó clavada verticalmente en la caja metálica que contenía el resto de las compras de Ben.

La misma caja de metal que Mullen Gault no había dejado de sujetar en todo ese tiempo.

¡Skraakkkt! La herramienta emitió una descarga crepitante y liberó el suministro completo de energía en un solo destello tumultuoso. El aullido de Mullen sonó más fuerte que la sirena del Llamado de los Colonos. Veeka, sorprendida, se fue hacia atrás sobre

Annileen. El repentino peso de la chica la hizo perder el equilibrio, y ambas cayeron enredadas al piso, detrás del mostrador.

Annileen gateó para librarse y ponerse de pie. Lo primero que vio al otro lado del mostrador fue a Zedd, mirando con cara de estúpido a Mullen, quien estaba en el suelo retorciéndose en agonía. Zedd gruñó y se abalanzó sobre Ben, pero él, siendo un hombre de mayor edad y menor estatura, se quitó con agilidad del camino, y el torpe Zedd terminó sobre un exhibidor de latas de cal. El choque no produjo tanto ruido como el aullido de Mullen, aunque definitivamente causó un desastre mayor.

Sin decir nada, Ben giró, se inclinó un poco hacia Annileen y Kallie, que eran las únicas que todavía quedaban en pie, y dejó caer una pila de créditos sobre el mostrador. Luego tomó la funda de almohada llena de trapos y huyó por la puerta que conducía al establo.

Aunque todavía desconcertada, Annileen saltó al mostrador y llegó al otro lado. Estuvo a punto de aterrizar con todo y botas sobre Mullen, quien no dejaba de llorar y retorcerse. La caja de compras de Ben seguía ahí. La mujer corrió hasta la puerta, desde donde Kallie no dejaba de gritarle al forastero.

Sin embargo, afuera les esperaba un caos mayor. El grito de Mullen hizo a los jawas creer que en el interior del almacén había un logra: un depredador al que le gustaba cavar y alimentarse de los pequeños mercaderes. Por esa razón, ya estaban dando fin apresuradamente a todas sus transacciones y metiendo su mercancía de nuevo al reptador de las arenas, a pesar de los frenéticos gritos de sus clientes enfurecidos. Dos trifulcas distintas comenzaron al mismo tiempo.

Mientras tanto, más allá del reptador que no dejaba de revolucionar, Ben y Rooh ya se dirigían al desierto. Annileen, un tanto desconcertada, empezó a seguirlo para decirle que había olvidado su mercancía.

En ese momento, sin embargo, Erbaly Nap'tee la confrontó justo en la puerta del almacén.

—El hombrecito de los ojos brillantes me dijo que viniera a hablar con usted —explicó la mujer nikto—. ¿Trabaja aquí?

CAPÍTULO DIEZ

ORRIN BALBUCEÓ CERCA DE SU COMLINK.

—¡Te dije que no me llamaras con esta basura!

El granjero y comerciante echó la cabeza hacia atrás, como mirando su speeder, y trató de hacer parecer que se había desviado por casualidad. El viejo, sin embargo, ni siquiera lo había escuchado llegar. Wyle Ulbreck seguía en el interior del USV-5 de Orrin disfrutando de la potencia del aire acondicionado.

Orrin estaba convencido de que lo único que le agradaba al viejo tacaño era contar su dinero, pero eso no importaba ahora, no había venido a rescatarlo por amistad o por caridad. Esta era una visita para vender, a pesar de que Veeka acababa de interrumpirlo para contarle una extraña e inconexa historia sobre un supuesto embrollo en el Claim, daños sufridos por el almacén y por su hijo, sumado a otras tonterías más sobre el héroe de Kallie.

—No me interesa quién tuvo la culpa —dijo, gritando frente al aparato. Lo último que necesitaba era meterse en problemas con Annileen. En una ocasión le bloqueó la entrada al Claim a toda la base de empleados de Gault y, tras una semana de sobrevivir con almuerzos empaquetados, los empleados de Orrin ya estaban a punto de organizar un motín. Sólo le dio una respuesta a su hija:

—Ustedes dos van a limpiar el almacén y a ofrecerle una disculpa a Annie. ¡Después de eso saldrán de ahí y terminarán su turno! —gritó.

Tras desactivar el comlink, Orrin se quedó de pie bajo los dos soles, miró al anciano en el landspeeder y sonrió con dificultad. Ulbreck seguía sin prestarle atención. El anciano tenía más pelo en la cara que en la cabeza, y sí, ya estaba usando el peine de Orrin para alaciarse la barba. «Qué adorable», pensó el granjero, mientras cerraba el toldo del vehículo descompuesto de Ulbreck. Era un maltratado vehículo repulsor ST-101, pero podría llegar al Claim gracias al líquido refrigerante que Orrin había traído. Ahora tenía que cobrarse el favor.

—Ya está listo su vehículo, Maestro Ulbreck —dijo Orrin, mientras abría la puerta del pasajero de su speeder—. Lamento la demora, tuve que atender una llamada. —El viejo gruñó y Orrin le sonrió forzadamente—. Era sólo un problema doméstico. ¿Usted planea, eh… tener hijos, Wyle?

—Tengo setenta y cinco años.

—Siga mi consejo —continuó Orrin, haciendo una mueca—: no lo haga. Es mejor no tener hijos. —Entonces le ofreció su mano para ayudarlo a ponerse de pie, pero el viejo lo ignoró.

Ulbreck todavía estaba en buena forma a pesar de su edad. Recientemente había dejado de beber debido a un incidente del que Orrin no estaba muy enterado, sin embargo, el líder le atribuía la buena condición del anciano al hecho de que, en lugar de trabajar con ahínco bajo el calor de los dos soles, en los últimos años les había delegado la mayor parte del trabajo en su cada vez más extensa granja a un ejército de peones. La

propiedad de Ulbreck se extendía al sur y al este de la de Orrin, y era de más del doble de tamaño, por lo que el granjero dudaba que el anciano hubiera visitado sus evaporadores en los últimos diez años. Eso, sin embargo, no había afectado la producción en absoluto. Ulbreck se revolcaba en una riqueza que no gastaba jamás.

Una razón todavía más poderosa para protegerla.

—Hablando de seguridad —dijo Orrin, consciente de la forma tan abrupta en que estaba cambiando el tema—, me pregunto si ya consideró unirse al Fondo del Llamado de los Colonos.

—Aquí vamos otra vez. Ya sabía que el refrigerante no sería gratis —dijo el anciano con un evidente tono de burla, y arrojó el peine al interior del speeder.

—No estoy tratando de venderle nada. El Fondo le ayuda a la comunidad a proteger a la gente. A granjeros como usted…

—Ya tengo seguridad. —Ulbreck pisó con fuerza sobre la arena y se dirigió a su vehículo—. No necesito pagarle para que su gente se siente, borracha, a vigilar.

—No son mi gente —dijo Orrin—. El Fondo le pertenece a toda la comunidad del oasis. Yo sólo lo administro —explicó Orrin. Cerró la puerta del pasajero de su speeder y siguió a Ulbreck—. Mire, usted maneja un negocio y espera resultados. Respeto eso, porque es lo mismo que yo hago. Si quiere resultados, sólo piense en lo que sucedió el otro día y lo que pasó en la granja de los Bezzard.

—Sí, ¡vi que usted no salvó ni a la mitad!

Orrin dio un paso atrás.

—Eso no es justo, Wyle. Esa gente murió antes de la activación del Llamado. El granjero, su esposa y su hijo, en cambio…, a ellos *sí los salvamos*. —El granjero decidió usar otra estrategia—. Mire, la suya es la tierra más extensa de esta zona que no forma parte del Fondo. Si se suscribiera podríamos mejorar nuestro equipo. Incluso podríamos coordinar que algunas patrullas protegieran específicamente su tierra y algunas otras zonas. Sería un trabajo preventivo.

El viejo se detuvo frente a la puerta de su vehículo repulsor y giró. Orrin dio un paso al frente y lo miró con esperanza, pero Ulbreck sólo escupió en la arena.

—No me interesan los otros lugares —exclamó—. Mi propiedad la vigila mi gente, así que si Plug-eye me visita, verá cómo terminan bailando los tusken. —Ulbreck subió a la cabina de su elevado vehículo. Cuando encendió el motor miró hacia abajo y, ya como un recuerdo tardío de algo sin importancia, le dijo a Orrin—: Ah, sí, gracias por el líquido refrigerante.

El granjero sólo sacudió la cabeza. Había gente a la que de verdad era imposible ayudarle.

Una vez que el vehículo repulsor se fue, Orrin pateó el contenedor vacío de líquido refrigerante. Había logrado convencer a los granjeros más renuentes de una u otra forma, pero no a Ulbreck. El viejo sabía que la cuota del Fondo era proporcional a la cantidad de tierra que tendría que ser protegida, así que se resistía a pagar más que cualquier otro miembro tan sólo por esa costumbre.

«Bueno, ya lo entenderá… algún día», pensó Orrin. Todavía había otros posibles clientes a quienes convencer, tendría que revisar su mapa primero. Abrió la puerta del speeder. El motor seguía encendido y bombeando aire helado al exterior. Orrin se acomodó en el asiento del conductor y sintió el peine grasiento debajo de sí. Lo lanzó por la ventana con recelo y, entonces, vio el par de siluetas que se acercaban a él desde la cima de una duna al noreste. Tomó sus electrobinoculares y observó.

—Bueno, pero qué cosas —dijo, en voz alta—: cuando una puerta se cierra, otra siempre se abre —exclamó, y echó a andar el speeder.

El USV-5 avanzó en punto muerto hasta detenerse a poca distancia de lo que había divisado. A Orrin le pareció que, en lo que se refería a caravanas, esta era bastante exigua: se trataba de un hombre encapuchado que caminaba junto a un eopie bastante cargado. Ni el hombre ni el animal reaccionaron cuando el líder abrió la compuerta de su landspeeder.

—¡Hola, qué tal! —dijo, sonriendo.

—Saludos.

—Va usted bastante cargado.

El nómada de cabello color arena rojiza miró a Orrin con tiento.

—Todo esto me pertenece, si acaso eso es lo que le intriga. Vengo del almacén.

A Orrin se le escapó una risita.

—Claro, lo sé. No viste usted como tusken. —El granjero apagó el motor y bajó del speeder—. Soy Orrin Gault y esta es mi tierra…

—Le ofrezco disculpas —dijo el viajero, mirando el horizonte detrás de sí—. ¿Es posible llegar al almacén Calwell sin atravesar su tierra?

—No, en realidad no —contestó Orrin, con una sonrisa y ofreciéndole su mano—. Creo que sé quién es usted. Es ese Ben del que tanto he oído hablar.

Ben estrechó titubeante la mano del granjero.

—¿Ha oído… hablar de mí?

—Sí, Kallie Calwell lo mencionó. Los Calwell y los Gault… somos familias cercanas. De hecho, creo que le debo un millón de gracias por salvarla de sí misma.

Ben bajó la mirada.

—Creo que Kallie adornó un poco su historia. Yo sólo iba pasando por ahí y les eché una mano. Cualquiera lo habría hecho.

A Orrin le gustó cómo sonaba eso.

—Cierto, pero, por favor, permítame invitarle un trago —dijo, y regresó a su landspeeder.

—Estamos muy lejos de cualquier taberna —repuso Ben, confundido.

—Pero no de la cantimplora —dijo Orrin, al tiempo que sacaba una brillante anforita de plata y se la ofrecía a Ben—. Salud.

Ben asintió y abrió el contenedor. Bebió un trago, y luego otro más de inmediato, jadeó y exclamó:

—¡Guau!

—Y eso que está tibia —señaló Orrin, con una sonrisa de oreja a oreja, y le dio un manotazo al parabrisas del landspeeder—. Sé que se dirige a algún lugar, pero lo menos que puedo hacer es mostrarle los alrededores. Como gesto de amistad vecinal.

Ben lo miró con tiento.

—¿Cómo sabe que… soy su vecino?

Orrin se rio. Por lo menos la mitad de la gente recién llegada a Tatooine creía que con usar capucha ya estaba en una misión secreta.

—Dudo mucho que les haya ido a hacer las compras a los jawas. Además, ellos se fueron en otra dirección —dijo Orrin, señalando el speeder—. Vamos, sólo serán unos minutos. El precio a pagar por entrar a esta propiedad sin permiso es someterse a la visita guiada.

CAPÍTULO ONCE

EL USV-5 PASÓ COMO COHETE por las dunas. Los pasajeros vieron una colina tras otra cubierta con evaporadores nuevos con la apariencia de estalagmitas metálicas que apuñalaban el cielo. Ben permaneció quieto en el asiento del pasajero, observándolo todo. Al principio se negó a la visita, pero luego Orrin sacó del landspeeder un refugio de emergencia de lona, y en tan sólo unos minutos, la eopie de Ben ya estaba en el interior, masticando el alimento que ella misma había cargado hasta ahí.

Orrin no dejó de ver al forastero por el rabillo del ojo mientras conducía. A pesar de lo que parecía haber sucedido en el Claim, el hombre se veía tranquilo y, afortunadamente, despreocupado. Orrin se sintió mal al respecto. Los clientes habituales del oasis, incluidos sus hijos, podían llegar a ser muy rudos con los recién llegados.

—Permítame decirle —repitió Orrin— que lamento lo que sucedió en el almacén. En cuanto recibí la llamada de mi hija supe quién había tenido la culpa. ¿Tiene usted hijos, Ben?

—Sólo a la eopie —contestó.

El granjero se rio.

—Déjeme decirle que, si fuera tan fácil adiestrar a los hijos como a los eopies, mi cabello aún sería negro. Los de Annileen también son algo serio. Pero bueno, ya conoció usted a Kallie.

—Una chica rebosante de energía —admitió Ben.

—Y de problemas.

Ben miró al granjero.

—Pero ¿vale la pena?

—No se le ocurra poner palabras en mi boca —dijo Orrin, fingiendo seriedad antes de volver a carcajearse—. No, ya en serio, la mayor parte del tiempo trabajo acá en las dunas con Mullen y Veeka, y a veces también con Jabe, el hijo de Annileen. ¿Ya lo conoció?

—Sí, en el reptador de las arenas —contestó Ben, llanamente.

—Hay muchos aspectos que cuidar, lo sé. A veces me cuesta trabajo saber en dónde termina la familia de Annie y comienza la mía. —Orrin le explicó en pocas palabras que había sido amigo de Dannar y que Annileen se había hecho cargo del almacén desde su muerte—. Esa mujer, Annileen, es un monumento a la fuerza.

Ben asintió y continuó mirando ociosamente por la ventana.

Orrin sonrió entre dientes. Si Ben estuviera interesado en Annileen, lo que le acababa de decir le habría sacado una reacción, pero más bien parecía indiferente, o al menos, consciente de que ese era el territorio del granjero. Lo cual era una tontería, por supuesto. Orrin y Annileen nunca habían sido así, bueno, ella no. Cuando Dannar la contrató, Orrin estaba casado; para cuando la unión de Orrin comenzó a derrumbarse, los Calwell se casaron y Kallie ya venía en camino. A veces el granjero se preguntaba qué habría pasado

si Liselle se hubiera ido antes…, pero no. El Oasis Pika no sería lo que era actualmente si él y Dannar hubieran sido rivales por amor.

Ben rompió el silencio.

—¿Cómo murió Dannar Calwell?

A Orrin le pareció una pregunta desconcertante.

—Ya le contaré —dijo, empezando a frenar—. Hemos llegado.

El speeder se detuvo en la cima de una colina que daba a un amplio vacío, pero los evaporadores llegaban hasta donde uno alcanzaba a ver. Los hombres bajaron del vehículo y contemplaron el escenario. Algunos de los artefactos estaban acomodados como en racimos, mientras que a otros los separaban varios cientos de metros.

—Es hermoso, ¿no cree?

—Los patrones son inusuales. Por la forma en que están distribuidos diría que es…

—¿Todo un arte? Tiene razón —dijo Orrin—. Este es el Campo Número Siete, pero yo lo llamo La Sinfonía. —El granjero señaló el evaporador más cercano, que estaba a la mitad de la elevación en donde se encontraban—. Sígame.

Al llegar al artefacto, Orrin introdujo una llave en una cerradura y abrió una puertita. En el interior había un contenedor sellado debajo de un grifo. El granjero lo removió y se lo ofreció a Ben.

—Usted es el invitado, Ben, por favor, hágame el honor.

Ben tomó el recipiente y lo inspeccionó.

Orrin asintió.

—Vamos, es lo mismo que bebió hace rato.

Ben se llevó el recipiente a los labios y bebió con avidez. Pero enseguida supo que había sido un error, y la expresión de su rostro lo ratificó.

—¡Está helado!

—Se debe a este nuevo modelo de evaporador Pretormin. El líquido sale así del compresor —dijo Orrin, reinsertando el contenedor—, pero ¿alguna vez había bebido agua tan dulce?

—Le contestaré cuando mi lengua se descongele —exclamó Ben, sacudiendo la cabeza—. En el contenedor no estaba tan fría.

—Las cosas no siempre son lo que parecen. —Orrin selló la puerta del evaporador y señaló el horizonte—. Verá, Ben, me ha tomado seis años, pero por fin hemos traído a Tatooine la nueva era. Todas esas torres que instalé hace eones ya no existen. Son basura para los jawas. Estos Pretormins, en cambio, van a revolucionar nuestro mundo, y el oasis estará justo en el centro.

Ben entrecerró los ojos para ver la torre.

—Admito que realmente nunca lo entendí. Pensaba que el agua era el elemento más sencillo de producir en el universo.

—Tal vez en el universo sí —repuso Orrin—, pero por muchas razones no en Tatooine. Las celdas de combustible producen agua, pero también calor, y de eso ya tenemos bastante. Eso es sólo el comienzo.

Ben escuchó con interés.

—Además, el planeta está demasiado lejos para importar cualquier cosa.

—Así es. Pero ¿quién querría traer algo? —Orrin caminó de vuelta a la cima—. Verá, ese es el secreto de este viejo planeta estéril. Oculta su agua, pero la que logramos sacar es la más deliciosa que alguien haya probado jamás. Es tan buena que yo veo perfectamente a Tatooine convertido en un exportador neto de agua…, si tan sólo lográramos llegar a ella. —Su voz se hizo más solemne—. Y yo puedo hacerlo.

Orrin movió las manos en el aire, conectando los puntos que marcaban las lejanas torres.

—Las gotitas pueden correr, pero no esconderse. Estando en el lugar correcto y afinadas de la manera indicada, estas máquinas son capaces de amasar el cielo como si fuera arcilla. Sólo tocan las notas… y la música empieza a sonar.

—La sinfonía —dijo Ben, en un tono respetuoso.

Orrin asintió.

—Necesitamos que muchas piezas trabajen juntas al mismo tiempo. Seguimos trabajando en eso.

—Estoy muy impresionado.

Por lo que Orrin veía, Ben no era granjero ni tenía ningún otro oficio, sin embargo, parecía conmovido por lo que él estaba tratando de hacer en Tatooine. Tal vez si tuviera alguna habilidad, podría resultar un buen peón y Orrin podría contratarlo.

El granjero regresó al speeder. De pronto se sintió agotado. Adoraba el trabajo en las dunas, pero el resto de sus actividades en la vida las realizaba solamente porque eran necesarias. Hoy no había salido a exprimir agua de la arena, así que lo primero tenía que ser lo primero.

—Hace rato me preguntó cómo había muerto Dannar —dijo, con seriedad—. Lo mataron los tusken hace ocho años. Se detuvo a ayudarle a un jinete en el desierto, de la misma forma que usted lo hizo con Kallie. Los tusken los mataron a ambos.

—Lo lamento —dijo Ben.

—Bueno, ya pasó algún tiempo —repuso Orrin, y luego volteó a ver a aquel hombre que era un poco más joven que él—. Annileen dijo que el otro día usted venía del este. ¿Ha escuchado hablar de la familia Lars?

Ben aclaró la garganta.

—¿Dijo usted familia Lars?

—Cliegg Lars. Todos se enteraron. —Orrin señaló al este—. Un granjero de humedad al otro lado de las cumbres de los jawa. Sólo un recién llegado podría no saberlo. Fueron los tusken. De hecho, siempre he pensado que se trata de la misma banda que atacó a Dannar. Ellos secuestraron a la esposa de Cliegg.

Ben iba a decir algo pero se detuvo.

Orrin continuó.

—En fin, la gente de allá organizó una misión de rescate, pero eran sólo un montón de granjeros que no podían diferenciar entre los dos extremos de un rifle. No tenían

experiencia cazando tusken. Tampoco equipo. Además, no contaban con vehículos acondicionados para hacer nada que no fuera un viaje a los evaporadores para revisarlos.

—Las cosas… ¿salieron mal?

—Hijo, decir eso sería minimizar brutalmente lo que pasó. Salieron treinta hombres, aunque sólo regresaron cuatro. —Orrin recordó ese horrible día… y los siguientes. Varias de las víctimas eran amigos de mucho tiempo atrás. Buena parte de la sabiduría de la agricultura húmeda murió al mismo tiempo en ese suceso—. Perdimos a veintiséis —enfatizó.

Orrin guardó silencio para permitir que el recién llegado asimilara lo que le acababa de decir. Se dio cuenta de que a Ben le había conmovido la historia. Este tipo de relatos servían para dar una imagen de la gente. A veces, la experiencia de los Lars era lo más cercano al peor escenario posible. Orrin nunca conoció a Cliegg, y de hecho, oyó por ahí que el pobre hombre ya había muerto, si bien la historia de su tormento casi siempre causaba el impacto necesario.

Ben levantó la vista.

—¿Que sucedió después?

—Básicamente hubo funerales. —Orrin no añadió que él había recibido algunos trechos de las tierras que quedaron sin dueño, porque alguien tenía que trabajarlas. Se recargó en el toldo del speeder. El vehículo seguía flotando—. Funerales y recriminación. Verá, esa gente no contaba con algo que nosotros tenemos en el oasis: el Llamado.

Orrin le explicó rápidamente el sistema del Llamado de los Colonos y Ben lo escuchó con atención. Durante el relato comprendió que ya había oído en una ocasión el eco de la alarma en el desierto. Orrin sonrió e hizo una pausa para recibir el halago por la idea del dragón krayt.

—Nada asusta tanto a un tusken y a su envoltura de trapos como el aullido de un krayt —dijo, y continuó con el discurso de ventas que ya tanto había practicado—. Si el ataque a los Lars hubiera sucedido aquí, las cosas habrían sido muy distintas. Una patrulla es un negocio, es un grupo de gente unida por un objetivo común. Uno tiene que invertir y prepararse, y así, cuando se escucha el Llamado —dijo, señalando una de las torres de evaporadores—, uno sabe que tiene la oportunidad de vencer.

Ben notó la sirena montada en la parte superior de la máquina. Se veía impresionado.

—¿Entonces se trata de un grupo militar?

—No, en absoluto. Bueno, claro, tenemos algunos militares venidos de Mos Eisley; son unos tres o cuatro hombres que trabajan de tiempo completo, pero le tienen miedo hasta a su sombra. De hecho, nunca vienen a explorar hasta acá. Cualquiera con la actitud necesaria para este tipo de lucha habría huido de Tatooine y aprovechado su talento para hacer más dinero. Esto, en cambio, sólo es gente. Nadie está en el grupo por el dinero, sólo quieren ayudar.

Ben asintió.

Orrin continuó con la descripción de su labor.

—Nosotros respondemos, rescatamos. Y si no podemos llevar a cabo la defensa con oportunidad, tenemos la política de contraatacar por cada hogar afectado. Los tusken lo entienden así, y funciona.

Ben miró al este.

—¿Hasta dónde llega la cobertura?

—Hasta donde viven nuestros miembros —contestó Orrin, y caminó hasta un costado del vehículo—. Aquí tengo un mapa.

Ben se acercó.

—Llegan hasta donde vive… ¿Cuál me dijo que era su apellido? ¿La familia Lars?

—No, pero si se suma una cantidad suficiente de miembros, cualquier cosa es posible —respondió Orrin mientras ambos observaban el mapa, cerniéndose sobre el speeder—. Pensé que usted y su eopie se dirigían al suroeste.

Ben asintió con la cabeza y continuó escudriñando el mapa.

—Sólo me dio curiosidad.

Cuando Orrin y Ben regresaron, la eopie estaba durmiendo bajo el resguardo del toldo de lona. Orrin estaba seguro de que había logrado interesar a Ben en el Llamado de los Colonos, pero no había podido sacarle mucha información sobre sí mismo.

Ben tenía un lugar adyacente al afloramiento norte de la zona occidental de los Eriales de Jundland, pero venía de algún otro lugar; de la República, tal vez. La República nunca le había prestado mucha atención a Tatooine, y los lugareños solían responder de la misma manera. Orrin había oído por ahí que recientemente se había producido un cambio importante en la República, pero Ben parecía saber todavía menos que él. De hecho, le pidió al granjero que le contara las noticias.

Ahora bien, aunque Orrin todavía no sabía de qué manera se ganaba Ben la vida, estaba seguro de que tenía dinero. De otra manera, Annileen no le habría vendido todos los artículos que iba cargando la eopie cuando los encontró. Su gratitud rara vez llegaba tan lejos.

—Entonces —dijo Orrin mientras veía a su acompañante cargando a la bestia de nuevo—, ¿le interesaría inscribirse al Fondo? No tendría que unirse a las patrullas y luchar, puede sólo pagar para que ellas lo hagan.

Ben terminó de ajustar la carga en su eopie y miró al granjero.

—Todavía… no lo sé. Apenas me estoy instalando.

—Comprendo, pero creo que esa es una razón adicional para unirse. Así tendría algo menos de qué preocuparse.

—Permítame ponerme en contacto con usted más adelante. Todavía no estoy seguro. —Ben hizo una pausa. Al parecer escuchó algo en la lejanía. Orrin miró hacia el lugar en donde Ben tenía fija la vista, aunque por algunos instantes no pudo escuchar nada. Luego

reconoció el zumbido del speeder Selanikio Sportster de su hija dirigiéndose hacia ellos, proveniente del oasis.

—Qué buen oído —dijo Orrin—. Esos deben ser Mullen y Veeka. Supongo que ya bajaron los efectos de la cerveza lum y están listos para volver al trabajo.

Ben miró con tiento en la dirección del vehículo y luego giró para tomar a su eopie del bocado.

—Será mejor que me vaya: nuestra última reunión no terminó bien.

La eopie empezó a trotar y Ben caminó presuroso a su lado. Pasó junto a Orrin, quien estaba recargado sobre su speeder.

El granjero se sentía bastante frustrado. Sus hijos habían decidido regresar al trabajo justo ahora que estaba tratando de hacer una venta. Genial.

—Escuche, no vaya a olvidar este ofrecimiento —dijo Orrin—. El precio que le mencioné durante el paseo sólo es válido durante la temporada de suscripciones. La próxima semana, aumentará.

—Lo pensaré —dijo Ben, ondeando la mano sin mirar atrás para despedirse—. Ah, y gracias por el trago.

—Claro. ¿No quiere que…?

—No, no, gracias, debo irme. Tengo un gran trecho por recorrer.

—De acuerdo, pero búsqueme cuando se decida.

—Lo haré.

Los hombros de Orrin se combaron. El marcador de hoy era dos contra cero, y ahora se sumaban a la cuenta los dos problemas adicionales que venían caminando hacia él. Veeka lucía como normalmente lo hacía para esa hora de la tarde, pero Mullen estaba hecho polvo, lo cual hizo que el granjero se preguntara en qué se habría metido su hijo en el Claim.

—¿En dónde está Zedd? —preguntó Orrin.

—Está lastimado otra vez —contestó Mullen, mirando con odio la silueta del hombre que se dirigía al suroeste acompañado del eopie—. ¿Era él?

—¿Quién? —Orrin volteó a ver a Ben—. ¿Te refieres al hombre sin trabajo y sin pasado que se dirige a la mitad de la nada como si no tuviera sentido común? Sí, es Ben. —Luego miró a su hija—. Si se te ocurre casarte con un hombre como ese, te juro que te lanzaré a los sarlaccs para que se den un festín. Ahora, pónganse a trabajar; ya estoy bastante retrasado con mi horario.

Meditación

Hoy fue un día… interesante.

Me arriesgué y fui al Oasis Pika, específicamente, al Claim de Dannar, el enorme complejo que hay ahí. Tienen todo lo que necesito, excepto, creo, un ejército para liberar a la República.

No me quedé. Ese es el problema: hay demasiada gente ahí, y al mismo tiempo, no suficiente. En los lugares más grandes como Mos Eisley, puedo perderme porque hay muchos viajeros que van y vienen. El Claim también es muy concurrido, pero en el oasis hay mucha gente que está ahí por costumbre y no hace otra cosa que observar todo el día quién llega y quién se va. Me avergüenza decirlo, pero mi llegada se convirtió en una especie de espectáculo. Ah, mi partida también.

No puedo permitir que eso vuelva a pasar.

También conocí a uno de los grandes terratenientes cuando regresaba: Orrin Gault. Este hombre es una especie de institución. Me negué a hablar el mayor tiempo posible y, cuando lo hice, no dije nada sustancial. Él, sin embargo, es muy agradable, y me parece que se siente más cómodo conociendo a toda la gente que habita en la zona. No creo que sea sensato tratar de ocultarse de un hombre como él. Además, sus intenciones parecen ser buenas.

Por otra parte, si sus servicios pudieran extenderse al este y llegar hasta la zona donde viven los Lars, creo que el sistema del Llamado de los Colonos del que me habló podría ser la respuesta a los problemas que he enfrentado para cuidar a esa familia. Sé que lo mejor sería no involucrarlos, pero la madre de Anakin ya fue secuestrada una vez y podría volver a suceder.

Estoy aquí para proteger al niño, y los lugareños podrían resultar útiles para mantener a raya a los tusken: una amenaza con la que ya están familiarizados. Hace algunos años, cuando usted trajo aquí a Padmé, tuve un desencuentro con los moradores de las arenas y descubrí que eran guerreros formidables. Si llegara a suceder algo y yo no pudiera continuar vigilando…

Bueno, mejor no pensemos en eso. Aunque es reconfortante tener opciones. Orrin es un individuo muy jovial y amable. Me simpatizó. Por supuesto, siempre está vendiendo y, aunque obviamente está muy orgulloso de lo que ha construido aquí, sus logros parecen cohibirlo lo suficiente para tratar de actuar con humildad. A pesar de que todo lo que dice forma parte de su estratagema de ventas, me produjo cierta ternura.

A Anakin le vendría bien un poco de esa humildad. A todos nos impresionó ver de lo que era capaz, pero el más impresionado siempre fue él. Además, nunca sintió agradecimiento por sus poderes. Nunca, ni siquiera al acercarse el final.

¿Sabe, maestro? Tengo el sable de luz de Anakin. Está aquí, justo en mis manos. En noches como esta, solo me siento y lo contemplo, y me pregunto si habría yo podido hacer algo para ayudar a su propietario.

No dejo de buscar respuestas. Luego guardo el sable en la caja y trato de olvidar.

Pero, naturalmente, es imposible.

Tal vez si hubiera envejecido, si hubiera podido crecer y madurar, entonces habría llegado a tener cierta perspectiva. Pero, al parecer, no estaba destinado a llegar a ese punto.

Si tan sólo hubiera escuchado, si no me hubiera forzado a cumplir con mi deber, entonces ahora no estaría yo aquí sintiéndome como un…

No.

Buenas noches, Qui-Gon.

SEGUNDA PARTE

LA ZONA DE MUERTE

CAPÍTULO DOCE

UN SPEEDER SALIÓ DEL COMPLEJO con dirección al este. Lo conducía un humano de cabello oscuro, muy joven. A'Yark ya lo había visto, por lo que sólo siguió contando en silencio mientras el vehículo se dirigía al horizonte.

En cuanto desapareció de la vista, A'Yark regresó a la parte de atrás de la duna y sacó la roca negra. En los trapos que envolvían el brazo izquierdo del guerrero había una marca borrosa, pero el símbolo equivalente en el brazo derecho había sido frotado hasta desaparecer. A pesar de eso, todavía quedaban muchas marcas ahí. Demasiadas, tomando en cuenta que cada una representaba a un colono presente en el complejo del oasis en ese momento. Cada mañana, antes de que salieran los soles, llegaban docenas de personas y el lugar se mantenía en actividad hasta mucho después de que oscurecía. El hábito de llevar la cuenta ya había puesto a prueba la cordura de A'Yark, y el total ni siquiera incluía a la gente que habitaba los edificios.

Pero, por supuesto, sólo uno de ellos importaba.

A'Yark revisó la culata de su rifle bláster, en donde había todavía más marcas. Diez muescas talladas, para ser exactos. Diez días desde que el ataque a la granja humana salió mal. Diez días desde que la humana eludió la muerte sobre el lomo del dewback gracias a medios mágicos. Después de escuchar a A'Yark hablar de la mujer mística, los moradores de las arenas decidieron llamarla Ena'grosh: la Escultora del Viento. No tuvo ni que explicarles lo que significaba su existencia, ya que sus congéneres sabían que colonos así de poderosos eran una amenaza para todos.

A'Yark conoció a un ser con poderes similares, otro tusken que había muerto ya mucho tiempo atrás. Se unió a los moradores de las arenas por decisión propia, lo cual era muy raro, y sobrevivió las pruebas y la bienvenida que le dieron a su llegada, algo que prácticamente nadie lograba. Aquel guerrero también tenía el poder para darle forma al aire y eso ciertamente le ayudó en el periodo de iniciación.

Al final, sin embargo, resultó que el recluta también era mortal, y eso le daba esperanza a A'Yark ahora, porque significaba que la Escultora del Viento podía morir. Esa mujer debía perecer antes de enseñarles a los otros colonos a hacer magia.

A A'Yark no le costó trabajo encontrar su hogar, ya que ella no hizo ningún esfuerzo por esconder el sendero que siguió el dewback sobreviviente. Tal vez a los colonos se les dificultaba rastrear en el suelo rocoso que había entre la zona de agujeros y el oasis, pero eso se debía a que no eran tusken. A'Yark subió arrastrándose hasta el complejo para hacer sólo una visita de reconocimiento y así evaluar el alcance del desafío.

Era algo más que sólo cierto número de llegadas y partidas; este lugar era la fortaleza del Sonriente.

Tenía que ser. A'Yark reconoció desde lejos los vehículos que los colonos usaron para defender la granja. En los enormes garajes estaban estacionados estos y muchos más. ¿Qué tan grande sería el ejército del Sonriente? Le daba un poco de temor descubrirlo.

A'Yark también había visto ya al jinete barbado del eopie que participó en el salvamento, pero sólo una vez, siete días antes, cuando lo vio abandonar rápidamente el complejo montado en su bestia. La presencia del humano era un misterio. A'Yark nunca lo vio llegar, por lo que seguramente viajó con los jawas, y tan sólo eso era ya una ofensa. Los jawas no eran ni siquiera mejores que los parásitos que los moradores de las arenas les arrancaban a sus banthas. Eran hijos del sol cobarde, por supuesto. El jinete del eopie incluso se vestía como ellos, con capa color café. Tal vez el Barbado, como ahora le llamaba porque parecía irle bien, era un chamán de aquellas mirruñas parlantes y podía darles órdenes.

A'Yark había pensado en seguir al Barbado a los eriales, pero la Escultora del Viento apareció de pronto en el patio gritándole en vano, acompañada de su tonta hija, la humana que estuvo a punto de perecer montada en el dewback. Ese día, A'Yark se percató de algo más. La Escultora del Viento también tenía un hijo, el humano que acababa de llegar en el vehículo repulsor. El chico no era mucho mayor que el propio hijo de A'Yark.

El joven A'Deen se había quedado con los otros hoy, porque estaba atravesando los ritos para pasar a la edad adulta. A'Yark no quería estar ahí, no quería ver en lo que se había convertido la ceremonia. La tradición exigía que el joven cazara y matara a un dragón krayt, pero en Los Pilares, el lugar donde se ocultaba la tribu, quedaba casi la misma cantidad de dragones que de jóvenes tusken. Por eso los ancianos habían decretado que bastaría cazar a otra criatura, como el logra que, aunque también es peligroso, distaba mucho de ser un krayt.

A'Yark pensaba que era una elección cobarde y se lo hizo saber a los ancianos. Le parecía que la decisión hablaba de un clan tan debilitado que no podía seguir obedeciendo sus principios. Si A'Deen sucumbía ante un krayt, entonces lo declararían un cobarde y habría merecido esa muerte. El hecho de que el chico fuera el último de los hijos de A'Yark no importaba, ya que lo habría apuñalado personalmente antes de verlo vivir como un fracasado; pero ahora, con este nuevo decreto, nadie conocería jamás el verdadero valor de su hijo. Para la próxima ceremonia bastaría con matar ratas womp y fingir que para hacerlo se requería de cierto valor.

Más movimiento en los garajes. El Sonriente había vuelto a salir y ahora estaba parloteando con el extravagante ser que cuidaba los vehículos. A'Yark continuó vigilando el lugar. Aquí era, aquí se encontraba el epicentro de todos los problemas de los tusken. La Escultora del Viento le había mostrado el camino, y dentro de poco, A'Yark llevaría al resto de los moradores de las arenas hasta ahí para que la vieran.

—Continúa, te escucho.

No, Annileen no estaba escuchando, pero no importaba. Wyle Ulbreck gastaba en el almacén más tiempo y dinero que cualquier otro visitante del Oasis Pika. Tenía un

pelotón de ayudantes que se encargaban de su finca, a pesar de que, en el fondo, sabía que los droides eran ladrones y que los jawas los programaban para robarles a sus amos. El viejo granjero de humedad empezó a dar cátedra sobre el asunto cuando Annileen se encargaba del mostrador a los diecisiete, y veinte años después seguía hablando de ese tema, entre muchos otros.

En ese momento, Ulbreck se encontraba en medio de otra narración clásica: las cuatro veces que había visto lluvia.

—… y déjame contarte que la segunda gota cayó justo en mi ojo y la pude sentir de inmediato. También estaba mirando hacia arriba. Podrías imaginar que la lluvia es como el rocío que a veces se ve en el suelo y que se convierte en vapor, pero no, llega directo a ti como si hubiera caído de un transporte de carga…

—Ajá, sí. Claro.

Annileen siguió asintiendo mientras desempolvaba las repisas detrás del mostrador. Las dispersas narraciones de Ulbreck eran como listas de grabaciones de canciones conocidas, reproducidas en una configuración distinta cada día porque, aunque el anciano recordaba mucho, a menudo olvidaba su lugar en los hechos. Un ingeniero que visitó el Mar de Dunas algunos años atrás, describió las historias del viejo granjero como círculos trascendentales que desafiaban las leyes de la física y de la narración.

Ella no entendía nada de eso pero sospechaba que la raíz de sus problemas era Magda, la esposa de Ulbreck. Annileen jamás había visto a la mujer, pero era evidente que todos los días, al amanecer, mandaba a su esposo al almacén para que atormentara a alguien más para variar. Desde la perspectiva del libro de contabilidad de la comerciante, eso hacía de Magda una salvación; pero desde la personal, la convertía en alguien a quien le propinaría una merecida tunda si se llegaban a conocer.

—… pero ¿sabes?, te juro que una vez vi un transporte de carga despegar y atravesar como si nada una parvada de neebray, y las criaturas voladoras cayeron al suelo como sacos de herramienta. Por eso ya nunca me acerco a Mos Eisley. Ahí siempre están tratando de matar a la gente para quitarle su dinero…

—Ajá, sí. Claro.

Annileen miró alrededor con expresión de dolor, en busca de otra compañía, pero era inútil: la hora pico del desayuno había terminado y ahora los trabajadores pasarían toda la jornada en los campos de evaporadores. Los Bezzard dejaron muy temprano su habitación en la zona de huéspedes para volver a casa, ansiosos por empezar a recuperar lo que quedaba de su vida. Cuando los vio irse, Annileen pensó que los colonos que vivían en las afueras del oasis eran tan resilientes como la situación lo exigía. No extrañaría la carga de trabajo adicional, pero sí al bebé de la pareja.

Mientras tanto, sus bebés estaban trabajando. Jabe se había ido al centro de distribución de artículos secos en el speeder LiteVan del almacén y Kallie estaba afuera con los animales. Eso la dejaba sola con Bohmer, el rodiano que se movía en cámara lenta y no dejaba de contemplar su caf, sentado en la mesa del comedor. A veces se preguntaba qué tanto vería en la bebida.

Annileen se recargó y se desparramó sobre los gabinetes con un suspiro. «ENCUENTRE LO QUE NECESITA EN EL CLAIM DE DANNAR», se leía en el letrero de afuera. Lo que ella realmente necesitaba era pasar un mes en un planeta cubierto de exuberantes bosques verdes.

—… pero en aquel entonces, la primera vez que trabajé con un evaporador para ganar dinero de verdad, empecé a cruzar los circuitos. Suerte de principiante, como le llaman. Esa fue la segunda vez que vi lluvia. O tal vez fue la primera. He pasado el resto de mi vida tratando de averiguar lo que hice…

La mujer levantó la vista. Orrin iba entrando por la puerta de atrás. Venía silbando y estaba todo emperifollado con las prendas color café que ella misma le había elegido en aquel elegante catálogo. Al llegar frente a Annileen hizo chocar sus botas como soldado y le sonrió de oreja a oreja.

—¿Cómo me veo?

—Como si acabaras de llegar en una nave de Coruscant —contestó ella, sonriéndole con desgano.

—Todo se lo debo a mi estilista de moda. —La expresión de Orrin se endureció en cuanto vio a Ulbreck. Al darse cuenta de que el viejo estaba a media historia de la lluvia, el granjero puso los ojos en blanco y dejó caer su morral—. Tengo una reunión en Mos Eisley. El nuevo hotel está aceptando ofertas para elegir proveedor de agua.

Annileen asintió. Desde el último fracaso con la mercancía, Orrin había redoblado esfuerzos para conseguir compradores cautivos con precios fijos.

—En el camino de vuelta hablaré con la gente de un par de granjas para ofrecerles que se unan al Llamado de los Colonos. Gente a la que de verdad le importe proteger sus bienes —dijo Orrin, mirando con desprecio a Ulbreck, aunque el viejo no le prestó atención. Annileen sabía que la semana anterior había tratado nuevamente de convencerlo de que se suscribiera, y que fracasó… una vez más.

Orrin miró al mostrador y palpó los bolsillos de su chamarra.

—¡Maldita sea!

—¿Volviste a olvidar tu morral con créditos? —Annileen también conocía esta historia. Orrin levantó la portezuela con bisagras sobre el mostrador y pasó a la caja registradora. La encontró sellada con el barril de una pistola bláster insertada en un par de anillos metálicos, tal como siempre lo estuvo cuando Dannar vivía. Annileen vio al granjero quitar el bláster y sacar un puñado de créditos.

Él volteó a verla abruptamente.

—Oh, pienso dejar un…

—Olvídalo.

Con una mano sostuvo los créditos y con la otra tocó suavemente la mejilla de Annileen y sonrió con dulzura.

—Gracias, Annie, nadie me quiere como tú.

—Estoy segura de que tienes razón.

Annileen vio salir al granjero. En lo que se refería a los gastos menores, ninguna de las dos familias había llevado cuentas jamás, pero en tiempos recientes ella era consciente de todo lo que le debía a Orrin por su protección y por ayudarle a criar a su hijo, y palidecía frente a las comidas, suministros y créditos ocasionales que él tomaba del almacén.

No obstante, un carácter amable y luminoso pesaba bastante, y si ella no quería terminar siendo otra versión del despreciado Wyle Ulbreck, tendría que seguir dándole esas pequeñas libertades a Orrin, especialmente ahora que se encontraba en su fase de «gran hombre de negocios». Años atrás, cuando se divorció y empezó a beber en exceso, el amigo de su marido había sido difícil de manejar. Su nuevo comportamiento rayaba en la fanfarronería, en particular por su excesivo interés en vender, pero dentro de todo la mejoría era notable.

Ulbreck dejó caer una botella de Fizzzz y un crédito sobre el mostrador.

—Dime, ¿alguna vez te conté sobre la primera vez que vi un dragón krayt?

—¡Basta! —Annileen le echó un vistazo a la zona debajo del mostrador lateral. Ahí estaba, era la caja metálica con productos que Ben había dejado la semana anterior. Durante días la mujer había estado planeando regresar el material a los estantes para volver a ofrecerlos, pero ahora que abrió la ventana detrás de ella, decidió hacer algo distinto.

—¡Kallie! —gritó, asomándose por la ventana. Su hija estaba en el establo, en la parte de atrás del almacén—. Kallie, ¿me escuchas?

—¡No!

—¿Puedes cuidar el mostrador un par de horas?

—¡No!

—Genial. Entra.

Annileen cerró la ventana y sacó la caja de abajo del mostrador. Cuando Kallie apareció, empapada y convertida en un deprimente desastre, Annileen se estaba mirando en el espejito que tenía detrás de la puerta de la cocina. En cuanto vio a su hija le lanzó un trapo.

—Aséate. Necesito que trabajes en la caja registradora.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó, lanzándole a su madre una mirada fulminante.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—Estoy limpiando el establo de los dewback. —La chica miró a Ulbreck, quien ahora estaba parloteando con el desafortunado rodiano—. Así que la respuesta es sí.

—Lo siento, cariño. —Annileen salió de detrás de la puerta. Llevaba el cabello recogido en un chongo y vestía una capa ligera con capucha—. Necesito ir en una carrera a Arnthout para tratar un asunto de frutos drickle con un comerciante.

—¿Frutos drickle? Ajá, sí, cómo no. Ya sé adónde vas. —La chica se paró detrás del mostrador y observó a su madre recoger la caja metálica con objetos—. ¡Tú fuiste quien dijo que de los Eriales de Jundland nunca salía nada bueno!

—Silencio —dijo Annileen, ya cerca de la salida—. Regresaré después del almuerzo.

Kallie emitió un grito agudísimo:

—¡Dile a Ben que le mando besos!

Afuera se escuchó el zumbido del landspeeder y Ulbreck volvió a aparecer en el mostrador frente a Kallie. Como seguía inmerso en su intrincada historia, ni siquiera se dio cuenta de que tenía frente a sí a una Calwell distinta.

CAPÍTULO TRECE

¡THOOM! ¡THOOM! ¡THOOM!

De no ser por el sonido, se habría seguido de largo. El refugio cuadrado de color blanco con más blanco y domo de pourstone pasaba desapercibido debajo de la luz de los soles en plena elevación y se camuflaba impecablemente con los Eriales de Jundland. Hasta que Annileen no alineó el X-31 con el suelo del desierto no vio el destello del evaporador en la parte de atrás. El refugio estaba enclavado en un risco del suroeste, por lo que imaginó que debajo había una caverna. Otro albergue tomado como último recurso.

Este término era completamente peyorativo y se refería a las viviendas de la frontera construidas bajo una teoría jamás probada que decía que las tierras altas de los eriales acumulaban más condensación durante la noche. Nadie estaba seguro de que fuera cierto, porque ni siquiera los granjeros más resistentes duraban más de una temporada viviendo ahí. Estos lugares eran para trabajadores dándose su última oportunidad y para supuestos magos convencidos de que la combinación de configuraciones de evaporador que poseían era única y que a nadie más se le había ocurrido jamás. A Annileen le parecía que todo eso era una ridiculez. Aun si alguien llegara a dar con la combinación adecuada por suerte, ¿qué inversionista en sus cinco sentidos construiría una granja industrial en esta zona? Era una locura.

Ella, sin embargo, demostró no estar tan demente al elegir este trayecto. Días antes vio a Ben dirigirse hacia acá cuando salió del oasis, y Orrin le dijo que se había encontrado al misterioso desconocido en esta zona. Además, como durante la semana anterior no sopló el viento, todavía quedaba el rastro. Y ahí, temblando frente a ella, se encontraba la eopie de Ben, menos preocupada por su presencia que por el ruido de la parte de atrás de la vivienda.

¡Thoom! ¡Thoom!

Annileen estacionó el speeder y se estiró hasta el asiento trasero. Fue algo que se le ocurrió a Dannar: arrancar el respaldo de la consola de en medio para hacer más espacio para los niños o, en este caso, para la caja de suministros de Ben. De pronto se dio cuenta de qué producía el sonido que escuchaba, trató de suprimir su risa y subió por la colina con la caja.

—Está bien —gritó Ben desde detrás de la casa—. Entiendo lo que quieres decir. Sé que estás enojado, pero ¡ya basta!

¡Thoom! Una montaña de pelo, casi del mismo tamaño del hombre, retrocedió para tomar vuelo y se lanzó de lleno con los cuernos de frente hacia uno de los costados del refugio blanco. *¡THOOM!*

Annileen apoyó la caja en su cadera y observó sin poder ocultar su sonrisa.

—¿Tiene problemas con su bantha?

—No, para nada, ¿por qué lo pregunta? —Ben tomó una soga y trató de captar la atención del jato. Annileen notó que llevaba un rato lidiando con la bestia. Su holgada

camisa blanca ya estaba desgastada, y de su cabello castaño expuesto al cielo manaban ríos de sudor. El animal resolló furioso y retomó su misión.

Annileen señaló la soga.

—¿Qué planea hacer con eso?

—Estoy pensando en colgarme —contestó Ben, mirándola con exasperación—. No sé qué hice para provocarlo. Normalmente sé cómo lidiar con los animales.

—Bueno, como lo pudo constatar el otro día con lo que le sucedió a Kallie, no dejan de ser animales —explicó ella, mientras colocaba la caja en el suelo—. Olvide la soga. Déjeme intentarlo.

Ben hizo un gesto de indiferencia.

—Como usted guste.

Annileen se quitó los guantes y caminó despacio hacia la enorme criatura.

—Criar animales no es lo mismo que criar adolescentes. Los chicos no saben lo que quieren, pero lo quieren ahora mismo. Los animales, en cambio, por lo general saben lo que necesitan. Como este amiguito —dijo al mismo tiempo que se acercaba al jato de bantha rodeándolo—. Cree que la casa es su madre.

—¿Su madre?

—Ajá. —Annileen percibió el vapor del aliento de la enorme bestia cuando se estiró poco a poco para tocar su cara. El bantha pisó con impaciencia—. Lo más probable es que mamá esté deambulando ahora en los eriales, lejos de aquí.

—¿No puede encontrarla?

—Si usted tuviera todo este pelo en la cara también se perdería. Desde la perspectiva de un jato de bantha, todo lo que es más grande que su comida puede ser su mamá.

—Me parece una buena política —dijo Ben, con los brazos cruzados mientras observaba preocupado a Annileen, quien ya se encontraba francamente entre el animal y la golpeada pared—. ¿Qué hacen…? Es decir, ¿qué hago?

—Shhh. —Annileen trazó el perímetro de las órbitas oculares del jato con sus dedos, y luego se inclinó y acarició a la bestia con su cara. Los cascos de la bestia dejaron de sonar y la mujer le susurró a Ben—. Lo que usted va a hacer es observar cómo lo envío en otra dirección.

Ben retrocedió y Annileen avanzó empujando al pequeño bantha de los cuernos. A pesar de que la bestia pesaba por lo menos una tonelada cúbica más que la mujer, comenzó a retroceder sobre la colina. Al llegar al pie del risco, ella hizo girar al animal a un lado y le dio una palmada fuerte. El largo y greñudo pelo de la bestia osciló de un lado a otro mientras esta caminaba con desenfado.

—¿No morirá solo en los eriales?

—No, para nada. —Annileen sacó un pañuelo del interior de su bota y se frotó las manos con él—. No estará solo por mucho tiempo. Si no encuentra a su rebaño, algún tusken lo adoptará —explicó.

Ben asintió.

—Mi casa se lo agradece. Yo traté de, bueno, de calmarlo pero…

—No hay problema. Tal vez usted fue el primer humano con el que se topó. —Antes de que el hombre diera la vuelta y empezara a subir por la colina con dirección a su casa, Annileen alcanzó a atisbar una tenue sonrisa en su rostro.

Le pareció haberlo visto más contento en el almacén; aquí se veía un poco desconsolado. «Debe de ser deprimente vivir solo aquí, tan lejos», pensó.

En ese momento, él volteó a verla.

—¿Qué la trajo hasta acá, Annileen?

—Entrega especial. —La mujer caminó junto a él y señaló la caja con artículos—. La mayoría de nuestros ladrones se llevan artículos sin pagar. Usted es la única persona que conozco que paga y deja su mercancía en el almacén.

—Entonces creo que soy muy mal ladrón. —Ben dejó la caja bajo la vacilante sombra del evaporador y se rascó la cabeza—. Lamento el problema que causé la vez pasada. Espero que los daños no hayan sido…

—Yo soy quien debería disculparse con usted. El almacén es mucho más amigable de lo que parece —explicó ella—. Como no volví a verlo, pensé que habíamos logrado asustarlo.

—Ah, no —dijo Ben, mirando alrededor—. Es que he estado ocupado.

Por lo que vio, a Annileen le pareció que esa zona de la casa parecía día de bazar para los jawas: había montones de piezas de equipo tiradas por ahí, llenándose de arena. Además, aunque existía el vano correspondiente, no había puerta para entrar a la vivienda. La cortina de tela burda que le había vendido a Ben era todo lo que cubría la entrada.

—Los antiguos inquilinos me dejaron mucho que hacer por este lugar —explicó el recién llegado.

—Parece que se fueron hace mucho tiempo.

—Sí. He visto que hay muchas viviendas abandonadas. Había pensado construir aquí mi hogar, pero esto va a requerir mucho más trabajo de lo que pensé —dijo.

—Por lo menos debería conseguir una puerta.

Ben sonrió divertido.

—¿Está tratando de venderme algo más?

—No, sólo me preocupa que se vaya a congelar durante la noche. De hecho, muchos de estos objetos deberían estar en el interior. —Annileen caminó hasta el establo de la eopie—. También necesita ponerle una lona encima a este alimento porque, si no, en una hora ya estará horneado.

—¿Cree que a Rooh le importe?

—No, pero si la va a tener cerca, a usted es a quien debería importarle.

—Ah —exclamó Ben, estirando el cuello—. Justamente estaba colocando una lona sobre mis plantas funnel.

—No lo haga, esas necesitan respirar. Además, no se secarán más de lo que ya están.

—Entonces todo se equilibra —agregó él, levantando la cubierta del áspero follaje—. Tenía miedo de que hubiera una tormenta de arena.

—Al parecer ya las conoce. Cualquiera que se haya enfrentado por lo menos a una, tendría miedo. Pero no. Puede empezar a preocuparse de verdad cuando vea que los abejorros rock empiezan a formar un enjambre. La mitad de las veces, esos animales son más precisos que quienes pronostican el tiempo.

Ben asintió.

—Entrega a domicilio y reporte del tiempo. Este servicio es excelente.

—Así es como protejo mi monopolio: manteniendo vivos a mis clientes. —Annileen señaló la capucha que Ben llevaba cosida al cuello de la camisa—. Por ejemplo, si yo fuera a seguir trabajando aquí, en el exterior, me cubriría con eso antes del doble cénit.

Ben se rio.

—Sobreviví incluso antes de conocerla, ¿sabe? —dijo, pero de todas maneras se puso la capucha.

Annileen sonrió.

—Sólo estoy tratando de cuidarlo. ¿Alguna vez escuchó hablar de Jellion Broon?

—No.

—Es comprensible —dijo, al tiempo que alcanzaba la cantimplora que tenía colgada en el hombro y se la ofrecía al hombre. Él se negó a aceptarla, pero ella tomó un trago y continuó su narración—. Broon era un gran actor de holovid cuando yo era niña. Mi madre lo adoraba. En fin. En una ocasión fue a Mos Espa para una historia de carreras en la que actuaría y se le metió el gusanito. El hombre quedó enamorado del desierto. A pesar de que lo habían criado con todo tipo de privilegios, conoció los Eriales de Jundland y se obsesionó. —Annileen inclinó la cabeza sobre su hombro y señaló las montañas rocosas con un resoplido—. No me imagino por qué.

—Continúe.

—Luego compró un basurero aquí… Disculpe, fue sin ánimo de ofender —aclaró—. Le dijo a la gente que estaba investigando algo para su nueva producción, que sería una historia épica en el desierto, y así se fue el hombre.

—Ah. Luego ya nadie supo de él, ¿verdad?

—Sí y no.

—¿Cómo?

—Broon sobrevivió, apareció en Bestine seis meses después, pero lucía como si tuviera veinte años más de edad. Los soles y el viento le despedazaron la piel y lo convirtieron en algo espantoso. Era como si alguien le hubiera puesto una gasa ardiente en la cara. Su agente no lo reconoció y el estudio cinematográfico ya no quiso tener nada que ver con él. —Annileen señaló a la eopie, que estaba masticando con la cabeza debajo de la lona que ahora cubría el abrevadero—. Haga lo que Rooh, mantenga su cabeza cubierta con la capucha o, si no, se secará como un costal de gorrmillet.

Por un rato no dijeron nada, pero finalmente Ben levantó su caja metálica llena de productos y caminó hacia la entrada de su vivienda.

—Entonces, ¿no es usted actor? —preguntó Annileen.

Ben rio de buena gana.

—No.

—¿No está aquí para pintar el desierto? ¿Para escribir sobre la vida en las tierras estériles?

—Ni para ninguna otra cosa. —Ben corrió la cortina lo suficiente para colocar los suministros adentro y la cerró inmediatamente para que Annileen no pudiera ver nada—. No, no hay nada que contar. En realidad soy una persona muy poco interesante…, excepto para los banthas obstinados.

—Ya veo.

—Gracias por los suministros, no volveré a meterla en problemas. —Ben volteó hacia el patio lleno de escombros—. Ahora, si me disculpa, tengo mucho que hacer.

—¿Cuánto tiempo se quedará?

Ben se paró en seco y le lanzó una mirada con la que Annileen entendió que, de una manera increíblemente dulce pero inflexible, le estaba diciendo que la entrevista había llegado a su fin.

La mujer retrocedió y bajó por la pendiente hacia su landspeeder.

—Bien, ya sabe dónde estamos si necesita cualquier cosa. Ah, casi lo olvido: dentro de cuatro días habrá una gran carrera en Mos Espa. Si desea ver cómo luce el almacén sin tantos idiotas groseros, esa será su oportunidad. —Lo miró con ansiedad—. Aquí todos dependemos de los demás, no es un lugar donde sea recomendable aislarse.

Ben la observó desde la cima y no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

—Cualquiera que la oyera pensaría que no soy capaz de cuidar a alguien ni cinco minutos sin que se muera.

—Ya lo veremos —dijo ella, y continuó caminando hacia su vehículo—. Nos vemos, Ben.

«Si lo que trata de hacer es esconderse, entonces es un novato», pensó Annileen mientras se acomodaba en el asiento del conductor. En todos los años que llevaba dirigiendo el almacén había visto a bastante gente que trataba de ocultarse: de sus cónyuges, de la justicia de la República, de los hutt… Incluso hubo alguien que estaba huyendo de un circo itinerante. Algo que había notado era que, en una zona en la que todos sabían bien lo que los demás hacían, entre más vago e impreciso trataba de ser alguien, más curiosidad les provocaba a los vecinos. Ahí necesitabas una etiqueta para que la gente pudiera olvidarse de ti. De hecho ella siempre bromeaba y decía que cuando sus hijos por fin la hicieran huir a las colinas, la gente empezaría a conocerla como la señora loca que cocina mynocks estofados para la cena.

Mientras el motor empezaba a revolucionar, pensó que tal vez Ben lo comprendería más adelante, pero por el momento estaba fallando en su intento por no llamar la atención. Cada vez que lo miró mientras él creía que no le estaba poniendo atención, lo vio… triste. Una persona así necesariamente tenía una historia para contar.

Annileen arrancó, rodeó una roca y miró el peñasco en la cima. Vio a Ben contemplando los soles y quitándose la capucha.

«Qué extraño», pensó.

Para cuando regresó al Claim de Dannar, los peones de las parcelas de Gault ya estaban ahí atiborrándose. Jabe, quien ya había regresado de Bestine, estaba con ellos, pero ni siquiera levantó la vista cuando entró su madre. Ella pasó junto a los comensales y caminó hasta el grifo para rellenar su cantimplora.

Entonces apareció Kallie equilibrando dos charolas en cada brazo, pero se detuvo para escrutar a su madre.

—Se te olvidaron los frutos drickle.

—Tú eres un fruto drickle —dijo Annileen, y siguió caminando hacia la parte de atrás—. ¿Algún mensaje?

—Sí, tu hija llamó. Quiere saber qué te dijo Ben.

—Me dio las gracias por los suministros.

Kallie puso los ojos en blanco en señal de impaciencia.

—Quiere saber lo que te dijo Ben sobre ella.

Annileen apareció de nuevo con un delantal y miró con delicadeza a su hija.

—Dijo que estaba feliz de saber que mi hija era una empleada diligente y leal que sólo se metía en sus propios asuntos.

Kallie maldijo, pero Annileen ni siquiera se molestó en reprenderla. Vio a Ulbreck a media conversación y se detuvo para limpiar su mesa.

—Entonces, Wyle, ¿en dónde nos quedamos?

A'Yark regresó a Los Pilares. La fatiga era muy grande. Después de ver a la Escultora del Viento partir del complejo antes de la doble tarde, corrió hasta donde esperaba su bantha, pero llegó demasiado tarde y perdió toda esperanza de alcanzar al landspeeder. La ruta de la Escultora del Viento parecía coincidir con el camino que había tomado su barbado salvador algunos días antes, por lo que resultaba lógico asumir que había ido a verlo. Tal vez sí eran cónyuges después de todo.

Más información útil. A su regreso, A'Yark trató de comunicarles todo a los demás, pero los tusken no llevaban a cabo consejos de guerra porque esa no era la manera en que los moradores de las arenas discutían y confabulaban. Como eran tan simples en sus objetivos y se sentían motivados por las mismas cosas, no necesitaban coordinarse demasiado. Se movían como una sola entidad y las únicas palabras que necesitaban escuchar eran las que estaban relacionadas con la información sobre un objetivo. Con eso les bastaba a todos para saber qué hacer.

Sin embargo, cuando A'Yark regresó, se sorprendió por lo que vio entre las sombras, debajo de las altísimas rocas: se estaba llevando a cabo una reunión… sin su presencia.

A'Yark reconoció los graves gruñidos de Gr'Karr, el miembro más anciano de su tribu que todavía vivía.

—El presagio es bueno —dijo el viejo, quien estaba sujetando el cuerno de un joven jato de bantha—. La recompensa viene a nosotros, el tiempo es el correcto.

—¿Qué animal es este? —preguntó A'Yark enfurecido, y se metió al círculo intempestivamente—, ¿y quién les dijo que podían hablar sin mí?

—Yo lo hice —gritó otro enorme tusken con actitud dominante. H'Raak se había sumado recientemente al grupo, era el último poderoso sobreviviente de otra tribu—. Nadie necesita escuchar las palabras de A'Yark para saber qué hacer.

A'Yark ni siquiera miró a la bestia con su único ojo. H'Raak jamás había aceptado el papel de A'Yark en el grupo, porque estaba convencido de que su propio tamaño y fuerza eran todo lo que importaba. Qué tontería. El dewback que la Escultora del Viento había hecho girar era enorme, y de todas formas sucumbió ante el sarlacc. A veces era mejor ceder y esperar.

—El jato, ¿deambuló hasta aquí?

El viejo Gr'Karr midió el pelo de la bestia.

—El jato debió ser para tu hijo. A'Deen ya es un tusken.

—No —dijo A'Yark, sin prestarle atención a la referencia que se hizo al chico—, este bantha no. —A'Yark se daba cuenta de que algo no estaba bien con el animal; aunque algunos decían que los tusken y sus banthas eran un solo ser, las cosas no eran así en realidad. Aceptaba, sin embargo, que un guerrero que no entendía a su montura no viviría mucho tiempo.

A'Yark se acercó y el jato pisó nerviosamente. La bestia le resultaba conocida. «No, no se trata del animal», pensó, estirándose para asir un grumo de su pelo. La criatura chilló pero no se movió.

—La Escultora del Viento lo tocó —dijo A'Yark, y soltó al bantha. El olor de la mujer seguía ahí, de la misma forma que lo inundó todo aquel día en la zona llena de agujeros.

Entre los tusken del círculo se escuchó un murmullo.

—Entonces debería morir —sugirió H'Raak, y levantó su gaderffii.

—No —exclamó A'Yark, interponiéndose entre el jato de bantha y sus congéneres—. La humana tocó a este bantha hoy, tal vez tengan un vínculo.

La teoría inquietó al grupo. Gr'Karr titubeó al hablar.

—¿Un vínculo tusken?

—La Escultora del Viento montó un dewback y este murió. Tal vez vino aquí en busca de una nueva cabalgadura. —A'Yark hizo una pausa para tratar de encontrarle sentido a sus ideas—. Tal vez la Escultora piensa igual que nosotros.

—Basta —dijo H'Raak, estrellando su arma contra el muro de piedra—. ¡Ya fueron suficientes estupideces! Debemos montar. A'Yark dice que los colonos nos lanzan sus ataques desde el complejo, así que debemos destruirlo. ¡Y tenemos que matar a la Escultora del Viento!

—No. —A'Yark le dio un golpe al bantha y el animal abandonó el círculo—. Hay que matar al Sonriente, el humano que dirige a las patrullas; sí, también al Barbado si

llega a aparecer, pero la Escultora del Viento respeta a los bantha, así que tal vez no es colona. Podría unirse a nosotros.

Un fuerte estrépito se escuchó entre los tusken. H'Raak se rio.

—¿Unirse a nosotros?

—La Escultora del Viento tiene grandes poderes y también podría tener un corazón tusken. ¿Cuántos colonos entienden a los bantha? —A'Yark miró hacia el norte a través de las altas rocas—. Si nadie más del complejo tiene el mismo poder que la Escultora, entonces definitivamente la tomaremos. Si aprende nuestras costumbres, vivirá; si no, nosotros aprenderemos sus poderes de una manera u otra. Luego, morirá.

—Te estás equivocando —dijo H'Raak. La voz del descomunal guerrero retumbó—. Estás pensando en el ootman, en el forastero que una vez se unió a tu clan, pero eso fue hace mucho tiempo y él murió. Sus dioses le fallaron.

—Todos los dioses fallan —dijo A'Yark, con los brazos cruzados—. La sombra del fracaso persigue a todos los seres vivos. Pasa lo mismo con los dioses.

—Tú no sabes ser líder —gritó H'Raak, con evidente desdén. El enorme tusken sujetó bien su arma con ambas manos e intimidó a A'Yark, que tenía una complexión menos intimidante.

«Ya basta», pensó A'Yark. Luego miró con aplomo a H'Raak y gritó:

—¡A'Deen!

El hijo de A'Yark salió de las cuevas en donde los jóvenes cortaban las carnes para la cena.

—Dime, honorable ser creador.

—¿Pasaste tu prueba, niño?

—Ya soy un tusken. —El joven encapuchado levantó su gaderffii con orgullo.

—Eso es bueno —dijo A'Yark, mirando a A'Deen con su único ojo. Un instante después, levantó el brazo, sujetó a H'Raak por debajo del mentón, y los otros vieron el cuchillo enterrado en la garganta del tusken gigante.

H'Raak dejó caer su gaderffii y se tambaleó hacia atrás dando arcadas. A'Yark pateó a su oponente en la ingle, lo derribó y, poco después de abalanzarse sobre él para terminar su labor, se levantó con el cuchillo ennegrecido en la mano.

Gr'Karr miró el cuerpo en el suelo y exclamó preocupado:

—No podemos perder más guerreros, A'Yark.

—Uno nació y otro murió, todo queda en equilibrio. —A'Yark miró detrás suyo—. Vas a necesitar un bantha, A'Deen. Toma el de H'Raak.

El saqueador de mayor edad se opuso.

—El bantha debería perecer con su jinete, es nuestra tradición…

—Muchas tradiciones están muriendo —repuso A'Yark antes de caminar hacia la oscuridad de Los Pilares. La noche comenzaba, había mucho que planear.

Meditación

Buenos días, Qui-Gon.

Aquí todo sereno, como siempre. Sé que hay estaciones en este planeta, pero todavía no estoy seguro en cuál estoy. Es tranquila, sin embargo.

¿Sabe?, fuimos entrenados para ser capaces de encontrar consuelo incluso en los lugares con más actividad, como en Coruscant, por ejemplo, en donde meditábamos a pesar de que estaba abarrotado de seres. Se pensaría, por tanto, que este lugar es ideal para la meditación, pero por alguna razón que no comprendo no lo es.

Usted solía decir que en casos como este el problema no era el lugar, sino la persona. No estoy seguro de qué es lo que debo hacer al respecto. Creo que cuando haya pasado seis meses aquí, seguiré igual de preocupado por todo. O seis años, o el tiempo que le tome a la galaxia recobrar la esperanza. No voy a recuperar a mis amigos pronto. Tampoco me voy a sentir mejor por lo que le hice al pobre Anakin, no voy a…

No.

No, no, lo siento, no puedo hacer esto ahora.

CAPÍTULO CATORCE

LA REPÚBLICA. Había estado ahí para miles de generaciones. El resplandeciente centro de la galaxia había emitido su brillante luz todo ese tiempo para alimentar la imaginación de quienes vivían en el Borde Exterior. La República fue testigo del cambio y el tumulto, de invasores y opresores. Resistió las incursiones de nómadas armados y sectarios dementes. Incluso le dio la espalda al resto de la galaxia durante algún tiempo para protegerse de una era oscura de miedo y plagas, pero la luz siempre había vuelto.

Algunas semanas antes alguien le mencionó a Annileen en el almacén que la República había cambiado otra vez, pero ella no prestó mucha atención. Para la comerciante de Tatooine, el verdadero centro de luz era el enorme puerto espacial al este, muy lejos de ahí: Mos Eisley. Una metrópolis desbordante que hacía que Bestine, la capital, se viera como la comunidad rural que realmente era. A Annileen le gustaba ir a Mos Eisley a pesar de la bien merecida reputación que tenía como centro de actividad criminal. Además, en un día tan lento como ese, encontraría sin problema algún pretexto de negocios para ir.

Jabe y Kallie estaban en Mos Espa con todos los demás. La carrera de vainas del Circuito Cometa no tenía el alcance que la Clásica de Boonta Eve, pero también vaciaba el Oasis Pika con la misma eficacia que la plaga. Gloamer ya había cerrado los garajes para irse con sus equipos; la mayoría de los mecánicos independientes que normalmente aprovechaban la ausencia del phindiano para hacer más negocios también asistieron al evento. Kallie les había rentado la mitad de los animales a los asistentes a la carrera y, naturalmente, Orrin les había dado el día libre a las patrullas que prestaban servicio a los evaporadores. Los trabajadores del granjero pasaban tanto tiempo en el Claim que Annileen se preguntaba si alguno de ellos todavía veía la diferencia entre los días de trabajo y los de asueto. Lo que Dannar siempre le criticó a su mejor amigo Orrin era que confundía la popularidad con las ganancias. Hacía dinero, pero también gastaba mucho para lucir como un hombre importante.

Annileen jamás cometió ese error. Si quería cerrar el almacén por alguna razón, ni lo pensaba, porque sabía que los parranderos regresarían con ganas de gastar, hubieran ganado con sus apuestas o no. De hecho, las noches después de cada carrera eran las más lucrativas del año en el almacén. Antes de servirle al último cliente, la comerciante ya podía cubrir todos sus gastos del mes con las ganancias.

Los días anteriores a las carreras, en cambio, eran más bien lentos. Annileen desayunó tranquilamente con Leelee y, para variar, se sentó a la mesa. Después de eso, la mujer zeltron se fue a casa, en donde planeaba disfrutar de un lujoso coma que duraría todo el día, hasta que su familia regresara. Annileen le dio a Ulbreck acceso ilimitado al frasco de tasajo de bantha, y le dejó dicho que si Erbaly Nap'tee llegaba a presentarse le dijera que la dueña había emigrado a Heptooine. Por último, después de darle a Bohmer una garrafa completa de caf, tomó su sombrero de tela suave y un morral, y se fue al patio en la parte suroeste.

La mujer se sentó sobre una frazada a la sombra del gigantesco evaporador del almacén, se reclinó sobre la helada base de la máquina y sintió cada soplido de aire fresco que salía flotando del compresor. Luego colocó el datapad en su regazo, miró las imágenes y comenzó a soñar. En tan sólo unos segundos ya estaba sentada en la costa de Baroonda, un lugar desbordante de naturaleza. O en Capital Cay, en Aquilaris, contemplando a los buscadores del mar sacando su pesca. O incluso en las Playas Doradas de Corellia, o en cualquier otro lugar.

Annileen no había revisado ese viejo datapad en muchos años. Deslizó las imágenes con los dedos y vio más lugares distantes, tanto en el espacio como en el tiempo. El holoemisor del artefacto ya no funcionaba, pero eso no parecía importarle. La colección de imágenes era parte de una imposible lista de deseos recopilada por una persona mucho más joven. Sin duda todavía existían esos planetas. Dudaba mucho que el Canciller Palpanosequecosa o alguno de sus contendientes tuviera el poder para desaparecerlos, pero de todas formas estaban totalmente fuera de su alcance.

Annileen sacó el datapad para refrescar su memoria y recordar esos sitios distantes porque Ben la había hecho pensar de nuevo en la galaxia. Siempre pasaba lo mismo cuando conocía a gente que había viajado bastante. Tenía la ilusión de preguntarle si había estado en alguno de los mundos de las imágenes en su datapad, pero esa mañana transcurrió y terminó sin que él apareciera.

Pensó que era una tontería creer que vendría. El hombre ya casi había comprado todo lo que necesitaba, y muchos de los buscadores de agua podían mantenerse alejados del oasis durante varias semanas consecutivas. Tal vez había olvidado por completo que le mencionó que el almacén estaría vacío el día de la carrera. O tal vez también estaba ahí, apostando.

Desechó esta última posibilidad enseguida porque significaba que Ben era igual a todos los de por ahí y, hasta el momento, no había dado señales de serlo. No obstante, debía aceptar que no tenía idea de lo que podría hacer el forastero. Entonces volvió a calcular el tiempo que tomaba recorrer en eopie la distancia de la casa de Ben al oasis. ¿Por qué no tenía un speeder? Era tan sólo un misterio más, pero en el Claim lo único que diferenciaba un día del siguiente eran los pequeños enigmas.

Por desgracia, ese misterio parecía estar condenado a no tener más de tres o cuatro piezas. Condenado. Este era el datapad adecuado para pensamientos así de fatales. Annileen le dio vuelta a otro documento y leyó. Era algo que había escrito muchísimo tiempo atrás. De hecho, parecía un texto plasmado por otra persona.

«Me llamo Annileen Thaney y me gustaría contarte acerca de mí…».

Llevaba casi veinte años de no ser Annileen Thaney y de no escribir nada que no fuera una nota de compra. Por eso esta primera frase la hizo sentir agraviada. Las palabras habían sido escritas por una chiquilla y eran acerca de otra chiquilla. O más bien, acerca de una mujer adulta que nunca existiría.

Cada párrafo que leyó le fue provocando más asco, hasta que llegó a un punto en el que se quebró. Se puso de pie, volteó a la derecha y vio el terraplén de arena acumulada

detrás del evaporador. Entonces tomó el datapad con una mano, dobló el torso y arrojó el artefacto. Este giró como disco y voló por encima de la duna hasta perderse de vista.

Annileen se desparramó de nuevo sobre la frazada, satisfecha y avergonzada a la vez. Era un artefacto viejo que rara vez usaba. Además, el contenido no era de utilidad para nadie. Que se lo quedaran los jawas.

De pronto notó que no lo había escuchado caer.

—¿Perdió algo? —preguntó Ben. El hombre de la capa café estaba de pie en la cima de la duna, con los soles detrás de sí y la eopie a su lado. Tenía el datapad en la mano derecha.

Annileen se tambaleó al tratar de levantarse.

—Lo siento —dijo, apurándose a recobrar la compostura—. Espero no haberlo golpeado con esa cosa.

Ben levantó el datapad con un aire divertido.

—¿Modelo obsoleto?

—Vida obsoleta, más bien —dijo Annileen, con una sonrisa—. Además, le puedo vender diez datapads mejores que ese.

—Me temo que no tengo necesidad de ninguno. —Ben sonrió con amabilidad y avanzó hasta la zona sombreada detrás del evaporador. Una vez que estuvo fuera del resplandor, miró la pantalla y lo que vio escrito lo hizo acercarse y leer con cuidado. «Oportunidades educativas… otro planeta… disposición inmediata». Miró a Annileen con los ojos bien abiertos—. Vaya, ¡esto es una solicitud de ingreso a una universidad!

Annileen sintió cómo se sonrojaba.

—Mire la fecha —dijo.

—Oh. —Ben entornó los ojos—. Hace más de veinte años —señaló.

—La llené luego de que mi padre perdió la mayor parte de su granja, poco después de que tuve que empezar a trabajar para Dannar. En aquel entonces estaba decidida a trabajar con animales.

—Expedición zoológica autorizada por la Universidad de Alderaan. Viaja a diez mundos en un programa de exobiología de dos años —leyó Ben en voz alta, y luego levantó la vista—. Suena enriquecedor.

—Para alguien más. —Annileen se quitó el sombrero y recorrió su cabello con los dedos—. Hace veinte años, tal vez.

Ben analizó la información un poco más.

—No lo sé, parece que han estado ofreciendo este programa durante siglos. —Volteó a verla de nuevo—. Estoy seguro de que siguen enviando expediciones…

Pero Annileen hizo una mueca de dolor. No, no quería volver a pasar por eso, especialmente no con él. Al percibir su incomodidad, Ben apagó el artefacto y se lo ofreció.

—¿No lo quiere?

—Por algo me deshice de él —contestó, y cambió de tema enseguida—. ¿Qué lo trae por aquí?

Ben se irguió y aclaró la garganta.

—De hecho vine a beber algo —dijo, bajando el datapad.

Annileen arqueó las cejas.

—¿En serio?

—Sí —respondió él—. He estado teniendo problemas para hacer funcionar mi viejo evaporador, pero el otro día conocí a Orrin Gault y me ofreció el agua más deliciosa que he probado en mi vida. Me preguntaba si…

Annileen sonrió.

—La vendemos por barriles, amigo mío, por barriles. Pero antes de eso debe probar esto —dijo, tomándolo de la mano.

Ben se sintió sorprendido en cuanto Annileen lo tocó, pero cuando lo giró hacia el evaporador, comprendió lo que tenía en mente. Vio una llave insertada en la cerradura.

—Ah —exclamó al ver la puerta abrirse—. Este es uno de los evaporadores de Orrin. ¿Cómo me dijo que se llamaban? ¿Pretormins?

—Sí —dijo Annileen, y rotó la llave hacia afuera para convertirla en un grifo—. Pero este no es de Orrin, es mío. Dannar instaló el primer GX-9 aquí en el oasis antes de morir. ¿Me permite su cantimplora, señor?

Ben sacó su cantimplora de su capa, se la entregó a la mujer y la vio llenarla. Luego se preparó para beber el agua helada, pero de todas formas resolló cuando separó el contenedor de su boca.

—Asombroso —exclamó, frotándose los labios casi congelados con el dorso de la mano—. Es aun mejor que la de Orrin, si acaso eso es posible.

—Gracias a mi esposo.

—Me parece que… —Ben le puso la tapa a su cantimplora—. Me parece que, ¿falleció?

—Así es. —Annileen señaló los controles parpadeantes en el interior del panel abierto—. Dannar ajustó este evaporador una sola vez, hace años, y nada más estaba jugando, pero produjo lo que usted está bebiendo ahora, por eso nunca cambiamos la configuración. Orrin ha estado tratando de duplicarla en todo el valle.

—Tomó la idea y se la llevó.

—Supongo que sí —Annileen giró y señaló el almacén—, pero a Dannar no le importó, ya teníamos suficientes problemas como para meternos en el negocio de la agricultura húmeda. Ya sabe lo que dicen por ahí: en vez de cavar en busca de oro, vende palas.

De pronto miró el almacén con aire melancólico.

—Supongo que ya estuve aquí afuera lo suficiente —dijo Annileen, y llamó a Rooh con un gesto—. Vamos a darte agua y alimento, pequeña. —El animal trotó hacia ella y Ben las observó por un momento antes de agacharse para recoger la frazada de su anfitriona.

—Lamento haberle recordado a Dannar —le dijo, caminando detrás de ella—. Orrin dijo que se detuvo a ayudarle a alguien en el desierto.

—Sí, así era él —explicó Annileen, mientras guiaba a la eopie entre los abrevaderos cercanos al establo. Luego se arrodilló para atar la rienda del animal a un poste y se quedó en esa posición, completamente ensimismada.

Ben la observó en silencio.

—Espere un momento —exclamó de repente—. Hoy se cumplen ocho años del suceso, ¿verdad?

—Es usted muy perceptivo —dijo ella, mirándolo—. Uno de nuestros clientes estaba en la carrera del Circuito Cometa. Lo íbamos a celebrar aquí en grande. Dannar había ido a Mos Eisley a traer algo especial —narró, y sacudió la cabeza—. Qué locura, ¿no cree? Enviar a alguien a recoger anguilas tiernas y no volver a verlo jamás.

Ben se quedó atrás para respetar ese momento de recuerdos.

—Lo lamento, Annileen. No pienso ser condescendiente y decirle que sé como se siente, porque cada tragedia es distinta y personal, pero creo que puede sentirse reconfortada si piensa que Dannar decidió realizar un acto de generosidad.

—Bueno, Ben, el asunto es que… —repuso ella, con ojos vidriosos— está bien sacrificarse si no se pertenece a nadie más, pero Dannar era nuestro y jamás le dimos permiso de morir —agregó, arrugando la frente y estrujando el nudo de la rienda de Rooh.

La respuesta tomó a Ben por sorpresa, pero en cuanto Annileen lo notó, se irguió y sonrió tenuemente. Deprimir a los clientes no era benéfico para el negocio.

—Lo lamento, es sólo la fecha —explicó ella.

—Puedo irme si lo desea.

—No, no —exclamó, al tiempo que tomaba la frazada de entre sus manos—. En general siempre he pasado este día sola y creía que eso era lo mejor. —«Y a pesar de todo lo invité a venir», pensó. «Tal vez haya llegado el momento de hacer un cambio».

Ben la contempló por un momento y luego su rostro se iluminó de repente con la sonrisa habitual.

—¿Sabe qué? ¿Por qué no? No lo sé, tal vez ambos necesitemos cambiar el ritmo de trabajo por un día.

—¿Ritmo de trabajo? —preguntó Annileen entre risas—. ¡Pero ni siquiera sé a qué se dedica usted!

—Resuelvo problemas —explicó Ben, empujándola hacia la puerta lateral del almacén—, y para solucionar este, propongo una estrategia de distracción mutua: usted me obsequiará un informado discurso acerca de la flora y la fauna de Tatooine mientras comemos. Conozco el lugar perfecto, es cerca de aquí. He escuchado mucho sobre él.

—Más vale que la cocinera no termine siendo yo.

Ben mantuvo la puerta abierta para que Annileen pasara.

—No tema, soy capaz de hacer maravillas con raciones de supervivencia.

CAPÍTULO QUINCE

—BIEN, HEMOS LLEGADO A UNA CONCLUSIÓN, Ben. No sé cuál haya sido su empleo antes de venir, pero definitivamente no era cocinero. Aunque debo admitir que se esforzó.

—No me esforcé, ejecuté una comida —dijo él, sonriendo mientras levantaba los trastes—. Es sólo que la ejecución no fue muy buena. Tengo un amigo muy estricto respecto al tema de sólo esforzarse —explicó, mientras miraba arrepentido los restos en la charola—. Bueno, creo que los omelet gartro deberían saber mucho mejor que esto.

Annileen rio.

—No fue tan malo.

—Tengo otro amigo que también tiene una cafetería —le contó Ben, metiéndose en el hueco—. Estoy seguro de que me habría despedido inmediatamente después del primer bocado.

Annileen escuchó el ruido de los platos chocando entre sí y volvió a reír, reclinada en la silla. «Bueno, sea quien sea Ben, al menos tiene amigos», pensó. No era difícil imaginarlo porque, aunque representaba el papel de un hombre introvertido, a ella le bastaba raspar un poquito la superficie para alcanzar a ver el contagioso entusiasmo que tenía por todo. Su almuerzo duró hora y media, del momento en que tomaron lo que necesitaban de los estantes hasta que desplegaron el ágape sobre dos mesas unidas. Durante ese tiempo él escuchó con atención las historias de Annileen sobre la vida en la granja y el oasis, y ahora estaba lavando los platos.

¿Por qué viviría como ermitaño?

—No se sienta mal —le dijo a Ben cuando este regresó—. Ni siquiera teníamos todos los ingredientes necesarios.

—Pero usted casi me dio todo. En lo que se refiere a almacenes en los confines el suyo es el equivalente a un supermercado de Coruscant.

—¿Ha estado ahí?

Ben la miró por un segundo, y luego volteó hacia el viejo Ulbreck, quien sólo resopló. El granjero llevaba horas roncando en su silla, reponiéndose del atracón de tasajo que se había dado. Annileen incluso llegó a decir en broma que en cualquier momento llegaría a recogerlo un mercenario enviado por Magda Ulbreck o el médico que le cuidaba el corazón. Ben rio al escuchar la broma, pero Annileen notó que se sintió tenso al ver a Ulbreck, e incluso juraría que el viejo lo había reconocido a él, aunque luego descartó la posibilidad y no volvió a prestarle atención. Esto, naturalmente, le parecía a la anfitriona un golpe de suerte para Ben, ya que Ulbreck consideraba que los desconocidos siempre eran ladrones en potencia o el público perfecto para sus historias. Ben señaló con la cabeza al granjero y dijo:

—Se ve feliz.

—Yo me siento aún más feliz de verlo dormido —explicó ella, poco antes de levantarse de la mesa—, pero por favor no cambie de tema.

—¿A qué se refiere?

—A que volvió a hacerlo: logró dejarme hablar durante todo el almuerzo y prácticamente no dijo una palabra.

—Sólo quise ser un invitado educado.

—¿Está seguro de que no lo buscan por alguna razón? ¿No hay alguien en Duro ofreciendo una recompensa por usted por cocinar omelets incomibles?

—No, en absoluto —respondió él, apoyado sobre el mostrador. Luego miró alrededor y escudriñó cada metro cuadrado del almacén—. Supongo que sería válido decir que me dedico a observar y este es un lugar suficientemente tranquilo para hacerlo —explicó, mirando por la ventana que daba al establo.

—¿Qué piensa hasta ahora?

—Parecería que no hay mucho aquí, pero de lo que hay, hay bastante.

A Annileen le pareció que había cierto tono de incertidumbre en su voz, como si Ben aún no pudiera decidir si le agradaba Tatooine o no.

El forastero le dio la espalda a su anfitriona.

—Lo lamento, no quiero que esto suene como un insulto a su hogar. Además, de ninguna manera quisiera juzgar la totalidad de algo basándome sólo en una de sus partes. —Ben regresó a la mesa para recoger los platos restantes.

—Descuide, no corre usted ningún riesgo al juzgar una parte de Tatooine basándose en otra —repuso Annileen, mirando a su alrededor—. Granos de arena, campamentos, colonos… Todos somos más o menos iguales. Siempre ha sido así y no creo que cambie nunca.

—Trato de evitar las palabras «siempre» y «nunca» —dijo Ben con un tono un poco más solemne y comenzó a secar un plato recién lavado—. Las cosas que parecen permanentes y que se dan por hecho suelen cambiar con rapidez y convertirse en algo irreconocible. Y no todos los cambios son para bien.

Annileen lo observó con atención. ¿Era un hombre agradable por fuera y desgarrado en el interior? Con muchas de las personas en su vida sucedía exactamente lo contrario, uno tenía que atravesar capas y capas de aspereza para encontrar lo agradable en ellas, si es que acaso había algo que encontrar. Tal vez esa era la clave para conocer a este hombre.

—Ben…, ¿le sucedió algo?

—No —contestó él, mirando el plato, y luego, casi en un susurro, agregó—: A mí no.

El recién llegado giró abruptamente y empezó a limpiar con el trapo la mesa en donde habían comido. Luego pasó junto a Bohmer, quien seguía sentado e inmóvil frente a la mesa con su bebida. Ben sonrió de repente y lo miró con admiración.

—Vaya, aquí tenemos a alguien que realmente sabe cómo observar.

Bohmer no le había quitado de encima la mirada a su taza humeante.

—No tengo idea de lo que ve ahí —dijo ella—, ni siquiera sé por qué viene todos los días. —A veces Annileen se preguntaba a qué se debería la tristeza en la vida del rodiano.

—¿Habla usted rodiano?

—Ni siquiera estoy segura de que él hable rodiano. En todos estos años no he averiguado nada sobre su vida. —Annileen arqueó una ceja y miró a Ben—. Supongo que es contagioso.

Ben miró el crono en la pared.

—Bien, creo que debería comprar mi barril de agua e irme —dijo—. Los fanáticos de las carreras regresarán pronto. —El forastero caminó hasta la pila de cilindros transparentes que estaba en el rincón. Tomó uno de los contenedores grandes, volteó y busco los créditos que traía en la capa.

Antes de que terminara de contar los créditos, Annileen se dirigió a la puerta del garaje y dijo:

—¡Ben, espera! Espérame afuera, ¿de acuerdo? De hecho… ¿Te puedo tutear?

Ben sonrió, pero también la miró desconcertado.

—Es que ya debería irme y…

—Confía en mí, sólo nos tomará un segundo.

Ben se quedó de pie con su barril en la escalera afuera del almacén. Luego se abrió la puerta de uno de los garajes y salió Annileen conduciendo su viejo X-31. La mujer se estacionó junto a su invitado y bajó del vehículo.

—No creo que alguien regrese en el próximo par de horas —dijo, acercándose al contenedor de agua—. Te llevaré a casa.

—¡No, no es necesario!

—En verdad —repuso ella, levantando el contenedor—. Le daremos la vuelta al almacén, recogeremos a Rooh en el establo y la acomodaremos en el asiento trasero descubierto.

—¿Y podrá viajar ahí?

—Mis hijos lo hacían, así que está comprobado que soporta animales salvajes.

Ben miró el almacén con inquietud.

—En serio, no tienes que hacer esto. Fue una tarde muy agradable, algo que no sabía que me hacía falta, pero no puedes dejar tu negocio solo.

—Sólo están Ulbreck y Bohmer, y creo que el almacén estará a salvo. —Annileen miró a Ben con plena confianza. Ya había logrado que se relajara y no estaba dispuesta a permitir que volviera a comportarse con frialdad. Lo tomó de la mano sin percatarse del distante y agudo quejido que se escuchó—. Está bien, Ben, sólo quiero ahorrarte algo de tiempo, vamos.

El chillido subió de volumen. Ben abrió bien los ojos, se puso muy serio y la sujetó del brazo.

—¡Cuidado, Annileen!

Ella sólo alcanzó a verlo un instante por el rabillo del ojo. Era un objeto de color cobre y forma de cohete que venía dando la vuelta en una esquina del garaje. El vehículo

golpeó ligeramente el landspeeder que se encontraba detenido pero flotando, y lo lanzó en espiral.

En ese mismo instante Ben lanzó su cuerpo hacia el de ella y la empujó con fuerza, por lo que ambos terminaron cayendo juntos sobre la arena. Luego los cubrió por completo una sombra negra y vieron la parte inferior del X-31 rebotando sobre ellos. El speeder golpeó el muro exterior de sintepiedra del edificio y se produjo un estruendo colosal.

Ben giró para liberarse. Se mostró alerta y cauteloso. Annileen pudo sentarse, pero quedó desconcertada al ver su speeder sobre la arena, no muy lejos de la entrada del garaje. El costado derecho del vehículo estaba abollado y el motor izquierdo colgaba. Estaba totalmente torcido. Entonces vio la causa: el Sportster de Veeka Gault estaba medio enterrado en la arena con el frente hundido. Detrás del panel de control estaba la chica, aturdida, y en el asiento del pasajero… ¡Jabe!

Annileen se levantó de un salto. Estaba preocupadísima, pero su expresión cambió en cuanto se acercó al vehículo enterrado. Su hijo la miró y empezó a reír incontrolablemente.

—Hola, mamá, ¡ya llegamos!

Annileen percibió el olor de la cerveza barata de lum que servían los hutt en la carrera.

—¿Estás bromeando? —preguntó, y luego volteó a ver a Veeka, quien estaba igual de ebria. Annileen escaló con dificultad por el toldo golpeado del vehículo para alcanzar a la chica—. ¡Veeka!

Al ver a la madre de Jabe acercarse a ella, Veeka estalló en carcajadas también.

—El hijito de mamá está bien —exclamó, con un tono dulzón—, pero debió estacionarse en otro lugar. Hoy fue la carrera y…

—¿En dónde está tu padre?

Justo en ese momento llegaron dos landspeeders más y dieron vuelta en la esquina del edificio de los garajes. El primero lo conducían Zedd y Mullen, y estuvo a punto de provocar otro choque. Detrás de él llegó el speeder plateado de Orrin con un poco más de cautela. Lo conducía Kallie. Orrin venía conversando con el trío de varones devaronianos cornudos que ocupaban el asiento de atrás. Annileen los reconoció: eran los contactos de negocios de Mos Eisley a quienes Orrin había estado tratando desesperadamente de impresionar.

—Ahora estamos en el místico complejo, amigos —escuchó Annileen decir a Orrin cuando se detuvo el vehículo—. Sacúdanse la arena de los zapatos y hagan una reverencia al entrar. —Orrin bajó del vehículo. Lo primero que vio fue el speeder estrellado de Annileen, y luego a la viuda dirigirse a él furiosa—. Oh, no.

—¡Mira! —gritó Annileen, agitando los brazos—, ¡mira lo que hicieron!

Orrin caminó hasta el Sportster y encontró a Veeka y a Jabe tambaleándose, pero a salvo. Miró a los jóvenes y luego volteó a ver la golpeada pared del garaje y silbó.

—Vaya, parece que hubo una vuelta más en Mos Espa —exclamó. Los devaronianos se rieron.

Pero a Annileen no le divertía en absoluto.

—¡Tu hija viene ebria! ¡Y traía a mi hijo en su speeder!

—El evento terminó temprano —dijo Orrin.

—¡Vaya que terminó! ¿Te parece una buena explicación?

Orrin se acercó a Annileen.

—A la mitad de la carrera sacaron las banderas para detenerla porque dos de los equipos de los hutt se involucraron en una reyerta. No sabes qué decepción. —El granjero habló en voz más baja y señaló el almacén—. Todos van a venir a beber, Annie.

—Llevan toda la mañana bebiendo, ¿acaso no lo notaste? —La comerciante volteó y vio a su hijo caminando hacia el almacén con dificultad, pero lo detuvo con tanta fuerza que estuvo a punto de derribarlo—. ¡Y a ti ni siquiera se te ocurra moverte!

Annileen giró hacia Orrin, quien evidentemente se sentía incómodo con la escena que estaba teniendo lugar frente a sus adinerados clientes. A ella, sin embargo, no le importó.

—Jabe todavía no es un adulto, Orrin. Dije que podía ir a las carreras si tú lo cuidabas, pero ¿a esto le llamas cuidado?

Orrin levantó las manos frente a ella.

—Annie, ya sabes que estas salidas son como viajes iniciáticos para los muchachos. Además, estamos en Tatooine y a cualquiera que tenga un cuerpo capaz de realizar trabajo constante se le considera adulto sin importar su edad. ¿No es cierto eso?

Antes de que Orrin obtuviera el apoyo que esperaba para su argumento, una aguda voz femenina se escuchó por encima de todas las demás. Aunque al principio Kallie quedó encantada con la escena del choque, de repente notó a alguien en la periferia.

—¡Ben!

El forastero, a quien Annileen dejó de prestarle atención desde el choque, se había acercado a Jabe para asegurarse de que se encontrara bien. El chico, sin embargo, no dejaba de mirarlo con odio, igual que Veeka, Mullen y Zedd. El entusiasmo del recibimiento de Kallie era equiparable a la hostilidad de ellos. Orrin, por su parte, lo saludó de manera distinta.

—Ah, hola, Ben —dijo el granjero, en cuanto comprendió de quién se trataba. Luego volteó a ver a Annileen con las cejas arqueadas—. ¿Pasaron aquí todo el día?

Ben se acercó a los restos del deslizador.

—En realidad sólo vine a comprar agua.

Orrin vio el barril destrozado y el preciado líquido derramado en el suelo, evaporándose. Luego notó la etiqueta de su granja y sonrió.

—¡Entonces le gustó! —exclamó con orgullo, antes de empujar a Kallie cuando pasó junto a ella para tomar a Ben del hombro—. ¡Qué maravilla! Ben, me gustaría que conociera a estas personas.

Orrin lo empujó hacia los devaronianos y Ben volteó a ver a Annileen retorciéndose a punto de tener un ataque de pánico. Ella sólo encogió los hombros, ya que no había

fuerza alguna que pudiera proteger a alguien de Orrin una vez que este asumía de lleno su personalidad de vendedor y mucho menos si podía echar mano de la recomendación de una celebridad.

—Ben, esta gente dirige el Lucky Despot, un hotel, casino y centro de conferencia en Mos Eisley. —Orrin giró hacia sus invitados—. Este hombre, por cierto, es un gran héroe en la zona y cabalgó hasta aquí desde los eriales sólo para beber un trago de la Sparkling Seven de Gault: ¡el agua con el mejor sabor salida de cualquier grifo de Tatooine a Taanab!

Ben asintió resignado mientras los devaronianos estrechaban su mano con entusiasmo y parloteaban acerca de su viaje… y de él. Tenían muchas preguntas:

«¿Realmente vino desde tan lejos sólo por el agua?».

«¿Iría a Mos Eisley por ella?».

«¿Cuánto pagaría por un vaso en un elegante restaurante metropolitano?».

«¿De verdad salvó a la hija de la dueña del almacén de morir aplastada por una estampida de banthas como ella nos contó en el speeder durante el trayecto?».

Al escuchar la última pregunta, Annileen miró a Kallie y la chica dejó caer los hombros, avergonzada. La imaginación y el enamoramiento de su hija, sin embargo, resultaban menos importantes porque, al menos, estaba sobria como siempre. Jabe parecía estarse estabilizando, pero si seguía a Veeka al interior del almacén, volvería a tirarlo al suelo de un golpe.

—¡El bar está cerrado! —gritó Annileen.

Orrin dio un paso atrás agitando las manos.

—Por favor, no digas eso. Se supone que le tengo que mostrar a esta gente que aquí se puede pasar un buen rato. ¡Además, sólo pudieron ver la mitad de la carrera!

—Si tus hijos vuelven a estar a un año luz de distancia de mi hijo, lo que tus invitados presenciarán será un asesinato.

Orrin la sujetó de la mano.

—Sabes que me haré cargo de tu speeder, sólo será un trabajo más para Gloamer, pero de verdad necesito cerrar este trato, ¿de acuerdo?

Annileen gruñó. Estaba furiosa.

—De acuerdo, les serviré, pero exclusivamente a los devaronianos. Antes de eso, déjame ir a rescatar a Ben antes de que decida no volver a visitar este…

Annileen se detuvo en cuanto vio la expresión de su invitado en medio de los visitantes. Orrin también la notó.

—¿Sucede algo, amigo mío?

El hombre tenía la vista fija en el almacén y empezaba a entrecerrar los ojos. Iba a decir algo cuando, de repente, la puerta se abrió de golpe. Bohmer apareció en la entrada del Claim con sus oscuros y grandes ojos desorbitados, tropezó con la escalera y luego cayó hacia el frente, dejando al descubierto la daga que sobresalía de su espalda… y al saqueador tusken que estaba parado detrás de él.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LLEGARON AL OASIS POR EL NORESTE. El pasaje fue difícil, pero A'Yark había analizado el problema con minuciosidad. No había otro camino. Los guerreros pasaron tres días en un prolongado trayecto circular que inició en Los Pilares y sólo se detuvieron a pasar la noche en unas chozas construidas con lona y costillas de bantha, las cuales erigieron y desmantelaron con gran velocidad.

A'Yark había diseñado una estrategia basándose en los soles mismos porque, independientemente de sus fracasos, el movimiento de los hermanos celestiales seguía siendo confiable. Las sombras malditas le comunicaban bastante: no sólo le indicaban la hora del día con gran precisión, también le permitían saber en qué época del año estaban. En años pasados, más o menos por esos días, A'Yark había visto al noroeste peregrinaciones de viajeros moviéndose como kreetles atraídos a un cadáver.

¿Sería una especie de rito? Un jinete tusken los siguió con curiosidad en una ocasión y reportó una gran reunión en la que los colonos le rindieron homenaje a sus abotargados dioses hutt con juegos y bebidas. A A'Yark le parecía una vil tontería, pero de todas formas detectó una oportunidad, y cuando vehículos más grandes empezaron a atravesar el desierto y a llevar suministros al noroeste, infirió que se acercaba el día de la próxima fiesta y que la defensa del oasis disminuiría.

Los tusken se infiltraron en el complejo por pares y se ocultaron detrás de los edificios del granjero, ya que esas estructuras eran suficientemente grandes para cubrir los movimientos de los guerreros que había traído A'Yark, los cuales eran muchos, sin duda. Todos estaban ahí: los ancianos, los lesionados e incluso su hijo, A'Deen, en su primera incursión de caza. Las mujeres y los niños fueron los únicos que se quedaron en el campamento a cuidar a los banthas.

Desde una posición elevada, sobre uno de los graneros, A'Yark alcanzó a ver a la Escultora del Viento y al Barbado en el edificio principal. Estaban solos, casi. La situación era perfecta.

Pero sólo hasta que apareció el primer landspeeder, que venía del noroeste sin haber sido invitado, A'Yark reconoció el vehículo colono: era el primero que había aparecido en la incursión a la granja de unos días atrás. Detrás de él venían otros dos, entre ellos el deslumbrante vehículo del Sonriente. Como vio que nada los detendría, A'Yark saltó del techo y comenzó el ataque. Los tusken seguían siendo más y contaban con el elemento de la sorpresa.

Asombraron a todos sus enemigos a la vez. Los guerreros se desplazaron por el establo hacia los edificios y entraron a ellos. A'Yark dio la señal, pero no había necesidad de dar órdenes. Todos sabían qué hacer.

—¡Encuentren a la Escultora del Viento y maten al resto! —ordenó.

***

—¡Son los tusken! —Orrin sacó su bláster de la funda que traía sobre el hombro. Sólo se había colgado el arma para impresionar a los inversionistas devaronianos, pero ahora tenía que usarla. Disparó a la entrada del Claim y el guerrero que traía el rifle se agachó, entró de nuevo al almacén y comenzó a disparar de vuelta.

Los devaronianos estaban desconcertados, tal vez pensaron que se trataba de un acto propio de los confines, montado por Orrin para entretenerlos. Sin embargo, su sorpresa terminó cuando uno de ellos recibió un disparo en el pecho. Orrin les gritó a los otros que se agacharan con él y todos se colocaron detrás de su vehículo para protegerse. A su derecha estaban Zedd y Mullen con sus blásters desenfundados, y a la izquierda, Veeka y Jabe, escondidos detrás del Sportster destrozado. Definitivamente, ver salvajes en el complejo le podía bajar la borrachera a cualquiera. El acercamiento al edificio se llevó a cabo bajo la protección del anaranjado fuego de los disparos.

—¡Alto al fuego! —Ben, quien se encontraba junto al muro exterior cercano a la puerta, señaló a Bohmer. A pesar de que aún tenía la daga enterrada en la espalda y de que no dejaban de pasar los disparos de bláster sobre él, el rodiano empezó a arañar el polvo para tratar de empujarse hacia enfrente.

Orrin miró boquiabierto a Ben. «¿Alto al fuego, ahora?», pensó.

Aunque Ben ya había entrado en acción: latigueó su capa, la desplegó como una red y la lanzó hacia la puerta con un movimiento circular. Los pernos de bloqueo de los rifles siguieron su trayectoria, y mientras tanto, él se lanzó hacia delante y rodó por el estrecho campo de fuego. Al llegar a un lado de Bohmer lo abrazó y se agachó. Un instante después, ambos ya estaban guareciéndose junto al muro de sintepiedra, justo a la izquierda de la puerta central abierta. Los tusken volvieron a disparar y rociaron la zona en donde Bohmer había caído.

Annileen estaba escondida con Kallie detrás de su speeder dañado. Le gritó a Orrin.

—¡No disparen! ¡Van a herir a Ben!

El granjero la miró con lástima. Veeka y Jabe ya habían sacado sus armas del vehículo de la chica y disparaban sin ton ni son. Por el escándalo en el almacén era obvio que el tusken no estaba solo ahí adentro. Era imposible ordenar el cese al fuego, al menos por ahora. Ben también parecía saber que no tendría ayuda, por lo que él mismo arrastró trabajosamente al rodiano sangriento para alejarlo de la zona de fuego y llevarlo a la bahía más cercana de los garajes.

—¡Hay más! —gritó Mullen, señalando al sureste. En la esquina del almacén aparecieron más tusken blandiendo sus gaderffiis en alto. Uno se abalanzó sobre Zedd y golpeó al enorme peón en las costillas. En cuanto lo vio expuesto, Orrin derribó al atacante con un disparo de bláster y les indicó a gritos a Mullen y a Zedd que se tiraran al suelo. Los moradores de las arenas los habían flanqueado sin problemas, y ahora atacaban desde el interior y el perímetro del almacén.

Mullen llegó resollando al lugar en donde estaba su padre.

—¡El Llamado! ¡Activa el Llamado!

—Dejé el activador en casa —exclamó entre palabrotas—. ¡Íbamos a las carreras! —El granjero miró a Annileen, quien estaba detrás del X-31, y le gritó—: ¿Tienes tu activador?

Ella no podía oírlo. En un momento de oportunidad, la comerciante había logrado tomar su rifle del asiento trasero y ahora les estaba disparando con furia a los recién llegados. Orrin repitió la pregunta, pero gritó con más fuerza. Ella lo miró aturdida.

—¡Oye, no ando cargando esa cosa todo el tiempo! Esta es tu base, ¡se supone que es un lugar seguro!

Ben abandonó el garaje hasta donde había logrado arrastrar a Bohmer. Se lanzó al frente, se deslizó y luego paró en seco detrás del landspeeder de Orrin. Mullen lo miró entre disparos y rugió:

—La próxima vez trae un bláster, ¡no pienso prestarte el mío!

Ben lo ignoró.

—¡Vienen más! —gritó y señaló al grupo de tusken recién llegados que, bajo la protección del ataque de sus compañeros, corrieron por el patio sureste del Claim hacia el evaporador gigante.

Orrin los miró confundido en medio del caos. Ese era el Viejo Número Uno. Era la primera torre Pretormin del oasis, y los tusken se lanzaron a atacarla y a golpear su base con sus palos gaffi.

Annileen señaló la cima de la torre.

—¡Es el Llamado! ¡Quieren destruir el Llamado!

Por supuesto, Orrin lo comprendió de inmediato. El Llamado de los Colonos solía ser un transmisor estándar que conectaba a las granjas suscritas con los justicieros, pero la sirena también formaba parte del sistema, y aquí, al igual que en la granja Bezzard, esta yacía en el punto más alto de la zona: sobre el evaporador.

En el mismo lugar en donde también se encontraba el transmisor.

Un ataque en pleno día, ¡y ahora esto! Todo tenía perfecta lógica. «¡Plug-eye está aquí!», pensó. De alguna manera, el ingenioso tusken había entendido el funcionamiento del Llamado y ahora estaba tratando de acallar al oasis antes de que los colonos pudieran lanzar cualquier solicitud de ayuda.

Ben jaló a Orrin de la manga.

—No han llegado al complejo de los garajes todavía.

Orrin miró atrás. Sólo una de las bahías estaba abierta, la del garaje de donde había salido el speeder de Annileen poco antes. Ben tenía razón, pero su información no tenía lógica.

—Hay un pasaje entre el almacén y los garajes —gritó Orrin—. Si están en el almacén, ¿por qué todavía no han pasado por ahí? —Si los tusken llegaban a atacar desde los garajes, los rodearían por completo.

—No lo sé —dijo Ben—. Algo se los impide. Aprovechemos. ¡Hay que poner a la gente a salvo!

Ahora sí tenía lógica. Orrin les hizo un gesto a los dos devaronianos que, aunque atolondrados por el miedo, todavía sobrevivían, y les indicó que trataran de llegar al garaje abierto. Ellos lo obedecieron, y luego los siguieron los demás, uno por uno. Zedd seguía en agonía desde el golpe que recibió, pero Ben le ayudó a entrar al garaje tambaleándose, luego lo siguieron Mullen y Orrin. Ya se habían apoderado de la pantalla que en un principio cubrió a los tusken, quienes seguían en cuclillas detrás de los landspeeders disparando a la bahía.

Orrin volteó a ver el piso de trabajo. Si pudieran evitar las ráfagas de los tusken, podrían llegar a los corredores que llevaban al resto de las bahías, e incluso adonde estaban estacionados los vehículos del Llamado de los Colonos. Ahí encontrarían más armas y la oportunidad de escapar. Tanto Annileen como él tenían códigos para abrir las puertas, pero Ben, que estaba agachado junto al pobre Bohmer, no dejaba de mirar la puerta trasera que llevaba directamente al almacén.

—Debe de haber una razón por la que no han pasado a los garajes —dijo Ben.

Parecía estarse concentrando, pero a Orrin le parecía incomprensible que alguien pudiera concentrarse en medio de esa situación.

—¿Qué más da?

—¡Escuche! —gritó Ben.

Orrin se mantuvo junto a la entrada todo el tiempo que su miedo se lo permitió, pero creía que Plug-eye y sus amigos atacarían en cualquier momento. Lo único que podía escuchar, sin embargo, eran los disparos y los aterradores aullidos de los tusken.

—¿Qué pasa…?

Orrin volteó a ver a la gente escondida detrás del equipo del garaje y vio a todos disparándoles a los tusken: Mullen, Veeka, Zedd, Annileen y sus hijos.

—¿Entonces contra quién estaban luchando los tusken en el interior?

—¿Iba a venir alguien más de Mos Espa? —preguntó Annileen desde donde se encontraba oculta.

—Salimos temprano para evitar el tráfico —dijo Orrin, rascándose un lado de la cara con el mango de su bláster—. ¿Había alguien más en el almacén?

Annileen abrió los ojos sorprendida.

—¡Ben! —exclamó—. ¡Las cámaras de vigilancia!

Ben miró a su lado y vio una pantalla parpadeante. Era la estación de monitoreo de todos los lugares en el interior del garaje. Orrin observó a Ben pasar rápidamente de una a otra. Era evidente que sabía cómo manejar un sistema de seguridad. Al parecer no había un solo tusken en las bahías de los garajes; el único lugar donde había actividad era el almacén, que apareció en la imagen final.

—Justo lo que pensé —dijo Ben, volteando a ver a los otros con determinación. Se levantó del lugar que ocupaba junto a Orrin y tomó uno de los extinguidores de fuego grandes—. Mantengan la defensa —dijo, antes de desaparecer en la esquina y entrar al pasaje.

Orrin se quedó boquiabierto. «¿Acaso está loco este hombre?», pensó.

—¡Ben! —gritó Annileen, y luego, sin prestar atención a la lluvia de disparos que venía, corrió por el garaje hasta llegar a un lado de Orrin—. Ben no está armado —le gritó al granjero—. ¡Tenemos que seguirlo!

—No —dijo Orrin, asiéndola de la manga—. Espera. ¡Mira eso!

Annileen observó el monitor de seguridad por un instante y luego lo volvió a mirar con cuidado. Se quedó boquiabierta, igual que Orrin. Gracias a la cámara con visión periférica sobre el almacén, por fin vieron lo que estaba manteniendo ocupados a los moradores de las arenas. El viejo Ulbreck se había metido con dificultad detrás del estante caído de los rifles y del mostrador de las armas, ¡y estaba usando todo el arsenal que tenía a la mano para mantener a los tusken a raya!

—Vaya, pero qué… —dijo Orrin, ajustando la cámara para enfocarse en el viejo—, ¡pero qué inesperado!

—Me parece que él tampoco se lo esperaba —dijo Annileen—, así que ¡no creo que soporte mucho más! —Todavía había tusken entrando al almacén por la puerta y por el patio del establo. La comerciante jaló a Orrin—. Tenemos que…

En ese momento empezó a nublarse la escena del monitor, pero todavía se distinguían los disparos. Luego sólo se vio un destello de luz azul que empezó a parpadear en medio de una neblina. Orrin sacudió la cabeza, no creía lo que veía. «¿Qué estaba sucediendo allá adentro?».

Annileen se soltó de Orrin y atravesó el corredor a toda velocidad. El granjero miró a los otros que estaban en el garaje.

—¡No permitas que pasen! ¡Ahora regreso! —gritó.

Orrin corrió por el diminuto corredor y derrapó para detenerse en cuanto vio a Annileen parada un poco más adelante, con los tobillos perdidos en una nube de retardador químico al ras del piso. La neblina en el interior era densa, pero los colonos alcanzaron a ver el momento en que las luces azules dejaron de parpadear y, en lugar de que en el monitor aparecieran todos los combatientes que habían estado ahí poco antes, cuando la neblina menguó sólo había alguien de pie en medio de las mesas destrozadas de la cafetería: Ben. El forastero se encontraba entre los cuerpos de más de doce moradores de las arenas, y tenía la mano en el interior de su túnica, como si acabara de guardar su morralito de créditos.

Del lado derecho de Orrin y Annileen, en medio de la neblina, surgió una conocida y vieja voz, ahora sí bastante cansada. Wyle Ulbreck salió de atrás del mostrador de armas recargando el rifle bláster que tenía en la mano.

—Muere, maldito…

Ben caminó rápidamente hasta colocarse entre el viejo granjero y los recién llegados.

—Todo está bien, Maestro Ulbreck, sólo hay amigos aquí. —Ben señaló a los moradores de las arenas esparcidos por el suelo—. Venció usted a todos.

Orrin miró los cuerpos sorprendido y luego volteó a ver a Ben. El forastero lo miró con tiento.

—¿Wyle hizo todo esto?

Ben, sintiéndose observado, tartamudeó.

—Eh…, me di cuenta de lo que enfrentaba el señor —explicó, señalando el extinguidor vacío que estaba tirado por ahí—. Él sólo necesitaba la ayuda de una ligera distracción para terminar el trabajo.

Annileen se veía confundida. Observó a Ben, a Ulbreck y, finalmente, contempló el desastre en el almacén.

—No sé qué decir —exclamó.

Orrin miró al viejo granjero, quien tosió al salir tambaleándose de atrás de la fortaleza improvisada.

—Desperté y estos personajes ya estaban entrando —dijo Ulbreck. Sus ojos divagaban con cansancio y asombro—. No sé bien cómo logré acabar con todos.

— Lo hizo —concluyó Ben con apremio—. Derribó a todos usted solo.

Orrin negó con la cabeza. Sabía que el viejo Ulbreck contaría esta historia durante años, pero en ese momento se acercó al agotado hombre para ayudarle a ponerse de pie. El viejo, sin embargo, rechazó su atención.

—¡Suéltame, Gault! —le gritó Ulbreck al granjero, olvidándose de las formalidades. De pronto recobró la lucidez—. ¿Y tú querías proveerme seguridad? ¡Ni siquiera puedes mantener a salvo tu propia tierra!

Orrin sintió que algo se le atoraba en la garganta. Sí, claro que esto lucía mal, pero afuera todavía se libraba un enfrentamiento, y los otros tusken podrían volver a entrar en cualquier momento. El granjero empujó a Ulbreck hacia el centro del almacén, pero esta vez el viejo no objetó.

Annileen ya había entrado en acción. Caminó sobre los cuerpos y llegó al mostrador.

Ben la vio arrodillarse y excavar entre los objetos.

—¿Qué buscas?

—¡La caja registradora!

Orrin arqueó una ceja.

—No creo que a los tusken les interesen mucho los créditos.

Annileen lo ignoró, y cuando encontró la caja debajo del estante despedazado, deslizó la vieja pistola de Dannar que atravesaba la cerradura.

—Toma —dijo, lanzándole el arma a Ben.

Orrin fue corriendo de un estante a otro, tratando de no pasar por las entradas para que no lo vieran desde el exterior. Afuera había tusken por todas partes, y ahora que la pantalla de neblina química empezaba a disiparse, todas las entradas volverían a ser vulnerables. Se acercó a Ben, y al verlo contemplando la pistola que le había dado Annileen, le dijo:

—Espero que le hayan enseñado a usar eso en su lugar de origen.

Justo cuando Ben iba a responderle al granjero, varias figuras se asomaron por las entradas al almacén. Eran tusken armados con gaderffii y rifles bláster. Orrin comenzó a levantar su rifle, pero Ben lo sujetó de la muñeca y lo detuvo.

—No ahora —le dijo.

Los tusken al frente del almacén se alejaron para permitirle la entrada a alguien más. Orrin entrecerró los ojos, esforzándose por ver a través de la neblina. Este tusken era de menor estatura que los otros y usaba una túnica más holgada. No llevaba cartuchera y sólo tenía una torreta, la del lado izquierdo. Y en el lugar donde debería estar el ojo derecho, sólo se veía el brillo de una gema roja.

—Plug-eye —susurró Orrin, con solemnidad. Hasta aquí habían llegado. Esperaba que sus hijos lo hubieran comprendido.

Sin embargo, a Plug-eye no le interesaba el granjero. Levantó la mano envuelta y señaló a Annileen.

—*Ena'grosh* —dijo una grave voz, menos gutural que las de los otros tusken a quienes Orrin había escuchado. Entonces, oyó muchas voces más, ya que los otros empezaron a repetir la misma palabra. «Ena'grosh».

—Se refieren a ti —dijo Ben, al ver a Annileen saliendo de la parte de atrás del mostrador con la caja del dinero en las manos.

Orrin se movió para detenerla, pero Ben volvió a sujetarlo de la muñeca.

—Creo que ella puede lidiar con esto —le dijo, con aire confiado.

Annileen se paró valerosamente frente a los tusken, abrió la caja del dinero y presionó el botón del pequeño artefacto en el interior. Orrin reconoció el artefacto: era el control remoto para activar el Llamado de los Colonos, el cual salió del oasis manifestándose de dos maneras: como ondas de radio y como el grito apabullante que produjo una sirena en el exterior que todavía funcionaba.

Entonces se escuchó el aullido del dragón krayt y los moradores de las arenas que estaban detrás de Plug-eye respondieron de la manera acostumbrada.

—Está cerrado —dijo Annileen, con frialdad—. ¡Lárguense de mi almacén!

CAPÍTULO DIECISIETE

ESTA ERA LA SEGUNDA OCASIÓN en un mes que A'Yark se encontraba frente a un campamento humano gritándoles a los cobardes tusken en plena huida.

—*¡Prodorra! ¡Prodorra!*

¡Engaño!

Era inútil. A pesar de sus esfuerzos por enseñarles a los otros, la situación del ataque matutino a la granja se estaba repitiendo. Ya les había explicado que el aullido del dragón krayt era un engaño; incluso sabían que para acallarlo sólo necesitaban atacar el artefacto generador de ruido colocado en la cima de la elevada sanguijuela acuática. Sus mentes lo habían comprendido y sus cuerpos siguieron el plan inicial, pero como no lograron destruir la sirena durante el ataque, ahora los traicionaba el espíritu. Hasta el mismo A'Deen ignoró a su «honorable ser creador» y salió huyendo del hogar de la Escultora del Viento.

A'Yark volteó, echó un vistazo por encima de la cuesta y vio la construcción. La Escultora del Viento seguía ahí, rodeada de los cadáveres de la primera oleada de atacantes tusken. ¡Qué masacre! ¿La Escultora los habría vencido a todos? Este era su santuario, así que resultaba lógico que invocara todos sus poderes para defenderlo, sin embargo, A'Yark sabía que los números seguían favoreciendo a los tusken…, si lograba convencerlos de pelear, claro.

El joven A'Deen subió por la duna para escabullirse.

—Debemos irnos —dijo el joven. A través de la boquilla salieron los silbidos provocados por su respiración agitada.

—¡No!

A'Deen era el único hijo que le quedaba, pero a A'Yark le estaba costando trabajo reprimir las ganas que tenía de partirle la cara. ¿Un miedo así en su linaje? ¡Eso era inaceptable!

Por eso decidió no pensar en el asunto.

—No. Convoca a los otros. O conseguimos aquello por lo que vinimos o…

A'Yark volteó. La sirena seguía aullando y los gritos se habían convertido en un aburrido monólogo. Sin embargo, había otro ruido presente.

—Speeders —dijo, con desdén. ¿Estaban respondiendo a la alarma o llegaron por casualidad? No importaba. A'Yark miró al sur. La retirada de sus compañeros se había convertido en una carrera demencial. Habían ignorado sus órdenes y salieron disparados sin preocuparse por su equipo de campamento, el cual dejaron en la zona de preparación.

A'Deen agachó la cabeza. De pronto se vio muy pequeño.

—Debemos irnos, honorable ser creador.

—Todos mis hijos nacieron bajo el influjo del sol cobarde —dijo A'Yark, al tiempo que pasaba zapateando junto al niño guerrero—. Debemos alcanzar a los otros.

—Es cierto, van a un lugar seguro.

—No —exclamó A'Yark, sin poder creer lo que estaba sucediendo—. Debemos alcanzarlos porque… ¡se dirigen al lugar equivocado!

La tierra se estremeció debajo de las botas de vestir de Orrin. La sirena del Llamado de los Colonos seguía ululando su ensordecedora advertencia a unos doce metros de altura, pero ni las ondas sonoras ni los tusken en retirada hicieron que el granjero dejara de contemplar el lastimero panorama que tenía enfrente. La base del viejo evaporador Número Uno lanzó chispas y los paneles de control se hicieron pedazos. La fórmula secreta de Dannar había sido destruida porque, aunque les había pedido permiso a los Calwell para registrar la configuración muchas veces a lo largo de los años, el agua de los Pretormins nunca salió tan dulce. El agua del Viejo Número Uno era única. Tal vez se debía a alguna falla, a un corto circuito o incluso a un cableado del que Dannar jamás le habló; Orrin nunca quiso husmear más en el artefacto por miedo a destruir su magia.

Una magia que ya no existía.

La sirena, sin embargo, había cumplido con su objetivo y continuaba a salvo sobre su base. Fue a Orrin a quien se le ocurrió colocarla ahí, aunque habría preferido ubicarla en cualquier otro lugar para que no afectara el desempeño del valioso artefacto. Para evitar eso mismo, Dannar se encargó de que la fuente de poder de la alarma fuera independiente a la rejilla eléctrica del evaporador. Una decisión tomada por un amigo fallecido fue lo que los salvó a todos. A menos de que escalaran hasta arriba o derribaran la columna entera, los salvajes no tenían manera de inhabilitar el clarín.

Dannar los había salvado, y ahora la sirena lo vengaría a él y a su hogar. Los colonos llegaron en speeders, dewbacks, eopies y moto speeders. Como venían de regreso de Mos Espa y ya se dirigían al Claim, la sirena y la señal digital sólo los hizo acelerar la marcha. Orrin volteó a ver a la gente que se estaba reuniendo. Los colonos se amontonaron afuera de los garajes y del almacén. Los tusken no lograron que el primer landspeeder se arruinara, pero los vehículos que se chamuscaron debido a los disparos de bláster le daban al lugar la apariencia de una zona de guerra. Jabe y Veeka estaban en el interior del almacén pasándose los rifles que quedaron al descubierto frente a los aspirantes a justicieros al caerse los estantes.

Afuera, Mullen levantó las manos y les indicó a los colonos que formaran un perímetro porque, aunque los tusken se habían retirado, podrían regresar en cualquier momento. Alguien tan demente como Plug-eye era capaz de cualquier cosa. Orrin sacudió la cabeza al recordar al elogiado guerrero. No era un demonio vengativo, sólo un tusken fornido y de baja estatura que mostró no temerle a la sirena, pero que fue incapaz de apaciguar a los otros. Bueno, tal vez eso mantendría a salvo al Claim por el momento.

El granjero volteó al lugar en donde Ben seguía arrodillado al lado del rodiano. El doctor Mell, que ya había regresado de las carreras con su hijo, se acercó a Orrin.

—Bohmer está vivo —le informó el Mon Calamari.

—¡Vivo!

—No puedo explicármelo. ¿Mencionaste que lo atendió el humano?

—Sí, en cuanto se fueron los tusken. Vi a… no, de hecho no vi lo que hizo Ben, pero seguramente vendó su herida. —Orrin respiró aliviado. Era la primera vez que lo hacía en por lo menos una hora—. La piel de rodiano debe de ser muy resistente.

El doctor Mell miró hacia atrás lleno de asombro.

—De todas formas necesitamos llevarlo de inmediato a Bestine en mi landspeeder.

Orrin asintió.

—Nosotros despejaremos el camino —dijo el granjero.

En el lugar había un embotellamiento terrible. Durante los ejercicios los granjeros se habían entrenado para llegar ordenadamente, tomar sus armas y partir en los vehículos listos para la guerra pertenecientes al Fondo del Llamado, pero en esta ocasión, todos llegaron del mismo lugar y transformaron la zona de estacionamiento en un caos.

—¡Señor!

Era una voz alienígena que Orrin había olvidado por completo. Los dos ejecutivos devaronianos aparecieron a su lado, llevaban a su colega muerto en una camilla.

—Le pagamos a alguien para que nos lleve de vuelta a Mos Eisley —explicó el más viejo de los dos con tono sombrío—. Tenemos que preparar un funeral.

Orrin bajó la cabeza.

—Si me esperan, puedo…

—No, no esperaremos. —Los devaronianos llevaron el cuerpo hasta uno de los speeders que acababan de llegar.

—Reconozco su pérdida —dijo Orrin, batallando para sonar respetuoso y, al mismo tiempo, hacerse escuchar por encima de la conmoción creciente—, pero ¿cree que podamos volver a hablar pronto? Es decir, ustedes todavía tienen un hotel y yo todavía tengo…

—No —respondió el devaroniano más joven con aire severo—. Nos trajo aquí a ver las granjas Gault, pero lo que encontramos fue un lugar de bárbaros que usted no puede defender ni siquiera un día. —El ejecutivo bajó la cabeza y miró con tristeza a su amigo muerto—. El pobre Jervett pensaba que este viaje sería en vano y, al parecer, tenía razón.

Orrin levantó las manos.

—Comprendan, por favor.

—¡Con permiso!

Orrin vio, con pena, cómo los individuos que habrían podido convertirse en sus socios de negocios continuaban con su triste tarea. Su mente trabajaba a toda velocidad, estaba seguro de que todavía había manera de salvar el negocio, pero estaban sucediendo demasiadas cosas al mismo tiempo y, además, ahora oía una voz áspera cerca de él. Ulbreck estaba afuera del almacén. Se había recuperado y ya había empezado a contarles la historia de su heroísmo a quienes estaban dispuestos a escucharlo.

La gente, sorpresivamente, le prestó atención llena de asombro. Había unos doce tusken muertos en el almacén, por lo que todos los que estaban cerca de alguna de las

entradas se asomaron a ver cómo Annileen y los otros movían los cadáveres. Los disparos de bláster mataron a algunos, pero otros sólo tenían quemaduras y cicatrices. Ulbreck les había disparado con algo que encontró debajo del mostrador, pero ¿qué sería? Además, poco antes el hombre daba la impresión de no tener idea ni de quién era, y ahora estaba llenando los huecos de la narración tan pronto como podía imaginarlos. Ben, el vagabundo, seguía formando parte de la historia; pero, según Ulbreck, el tonto y loco aquel llegó cuando todo había terminado ya y sólo traía consigo una lata de retardador de fuego para participar en un combate de blásters.

Para colmo, en cada tercera frase de la historia el viejo repetía:

—¡Claro que lo hice yo solo! Uno no puede confiar en absoluto en Gault y su clubcito. ¿El Llamado de los Colonos? —dijo el viejo, despotricando con sus dientes manchados—. ¡El Fracaso de los Colonos, diría yo!

—¡No es justo, Wyle! —Orrin se abrió paso entre la multitud y caminó hacia el viejo—. Esto fue una casualidad, en un día festivo…

—Si yo fuera ustedes, ya no le daría un crédito más a ese fondo —gritó Ulbreck—. ¡Yo exigiría un rembolso! —Varios de los colonos que lo escucharon asintieron y empezaron a conversar entre sí.

—¡No! —Orrin sentía que el corazón se le salía—. ¡Escúchenme todos! —gritó, y luego caminó hasta su speeder y colocó su bota sobre el toldo de la misma manera que lo había hecho días antes cuando celebró su victoria. Era la misma pose y la misma multitud, pero las cosas habían cambiado demasiado—. Escuchen, el Llamado sí funcionó. El problema fue que Annie no tenía su activador a la mano. En cuanto sonó la alarma, los tusken salieron huyendo como ratas womp. —El granjero líder levantó la voz—. ¡Todos lo hicieron! ¡Incluso Plug-eye!

¿Plug-eye? De pronto, las disonantes conversaciones entre la multitud se convirtieron en una sola.

—¿Plug-eye estuvo aquí? —preguntó uno de los granjeros.

—Sí, y todos, incluso él, huyeron en esa dirección —dijo Orrin, señalando al sur—. Recibimos el reporte de un skyhopper. ¡Se dirigen al Desfiladero de Hanter!

El zumbido se transformó en silencio por un instante, luego todos estallaron en gritos. Uno de los presentes articuló el deseo de todos:

—¡Vayamos ahora! ¡Podemos atraparlos a todos!

Orrin miró alrededor con incertidumbre mientras el clamor iba en aumento. Claro, la multitud tenía razón, era obvio que tenían posibilidades. Plug-eye había traído más guerreros de los que el granjero había visto reunidos en tiempos recientes. Ahora todos ellos se dirigían al Desfiladero de Hanter, una zona bien cartografiada de los Eriales de Jundland, adyacente a la entrada más cercana a la Grieta de Roiya, el pedregoso laberinto en donde les gustaba esconderse a los tusken. Tal vez Plug-eye creía que se dirigían a un lugar seguro; pero, de hecho, iban directo a una trampa. Esta podía ser la oportunidad para que las patrullas del Llamado de los Colonos eliminaran a los moradores de las arenas y terminaran con esa amenaza de una vez por todas.

Orrin observó a los devaronianos, quienes ya se iban, y luego volteó a ver a Ulbreck. El viejo ya había perdido a la mitad de su público, pero dentro de poco estaría despotricando de nuevo y Orrin tenía que evitarlo.

El granjero miró a los soles y supo que todavía quedaba mucha luz diurna, así que tomó una decisión. No, no podía dejar de responder a esta incursión. Estuvieran o no conscientes de ello, los tusken habían atacado su centro de operaciones, y los colonos le pagaban al Fondo con créditos que les costaba mucho trabajo ganar. Si el Llamado no era capaz de proteger su propio cuartel, entonces no servía de gran cosa, ¿verdad?

El líder miró directamente a su hijo.

—¡De acuerdo! Ha llegado el momento. Los pilotos reúnanse a la izquierda y los artilleros a la derecha. —Orrin sonrió enigmáticamente y disparó su bláster al aire—. ¡Vamos de cacería!

***

Leelee arrugó su nariz color carmín al empujar el cadáver de un tusken con el mango de una escoba.

—Qué asco —exclamó—. Creo que no volveré a comer aquí.

—Gracias por tu apoyo —dijo Annileen. La comerciante iba arrastrando el cuerpo de un guerrero tusken con la ayuda de una lona. El cuerpo, que iba bocabajo, no dejó de chocar con todo en su camino hacia la puerta del Claim, que daba al este. No sabía con qué se alimentaban los moradores de las arenas, pero este pesaba bastante.

Poco tiempo después de que el grupo de Plug-eye abandonó el lugar, Annileen se puso a pensar en cómo repararía el Claim. Era algo que no podía esperar porque mucha de la gente que vio el desastre reaccionó de la misma manera que Leelee. Volver a abrir ese mismo día quedaba completamente descartado; los tusken no sólo arruinaron su propiedad, también la dejaron imposibilitada para obtener las ganancias que esperaba recibir esa noche. Así que, si acaso quedaba esperanza para el futuro, tenía que empezar a limpiar de inmediato.

Kallie volvió a entrar con su pañuelo de montar cubriéndole la boca y le aventó un par de guantes a Leelee.

—Lista para el siguiente —dijo la chica—. ¿Crees que deberíamos empezar a apilarlos en el establo de los dewback?

—Imposible —repuso Annileen—, apestan demasiado. Los dewbacks no querrán volver a dormir ahí jamás. —La comerciante volteó a ver a su hija—. Amarra una tarima flotante a la parte de atrás del LiteVan. En cuanto Orrin nos diga que no hay peligro, los arrastraremos hasta los Retumbos.

—¿A los Retumbos? Pero entonces habrá cadáveres rodando por todo el lugar.

—Realmente no me importa. —Annileen le lanzó una mirada de odio a la mancha negra que quedó sobre el piso, en el lugar donde estuvo el tusken.

Esa había sido una violación absoluta de todo lo que ella amaba, y para colmo, ¡precisamente ese día! Annileen sólo salió en una ocasión del almacén, y nada más el tiempo suficiente para ver lo que le había pasado al Viejo Número Uno. El evaporador era una de las pocas cosas que aún quedaban en su mundo con las que sentía la presencia cotidiana de Dannar, y a pesar de que lo vio desde unos veinte metros de distancia, supo que no podría repararse jamás.

Al menos la familia de Annileen se encontraba bien, aunque se le ocurrían mejores maneras de hacerle a Jabe recobrar la sobriedad que un ataque tusken. Todo lo que le preocupaba antes ahora parecía una fuente de alivio. Después de esa experiencia, disciplinar a su hijo, a quien no sabía qué rayos le pasaba, sería pan comido.

Ben regresó del garaje y apareció junto a la entrada.

—El doctor Mell ya se llevó a Bohmer —dijo, limpiándose las manos con un trapo—. Sé que sobrevivirá.

—Es un milagro —exclamó Annileen, aliviada—. No sé qué hiciste, Ben, pero me alegro de que hayas estado hoy aquí.

Leelee dejó de trapear, levantó la vista y señaló a Ben y luego a Annileen.

—Tú. Y tú también. ¿Estuvieron aquí juntos esta mañana?

—Todo el día —dijo Kallie en un supuesto susurro, lo suficientemente fuerte para que Annileen la escuchara—. Solos. —Leelee volteó a ver a su amiga de nuevo y arqueó una ceja.

—Bueno, también estuvieron aquí algunos tusken —aclaró Ben—. Será mejor que me vaya. —El forastero se cubrió la cabeza con la capucha y pasó caminando rápidamente junto a la mujer zeltron, quien no pudo contener una risita al verlo salir.

Annileen dio un profundo y cansado suspiro, y asintió. Luego se dirigió a la pila de contenedores de agua que seguían intactos a pesar de haber quedado inclinados.

—Creo que deberías llevarte el agua por la que pagaste. —La comerciante se quitó los guantes y caminó hacia Ben, pero él ya estaba abriendo la puerta.

—¡Wa-hooo! —gritó alguien en el exterior.

Ben se detuvo en la salida y vio pasar varios deslizadores en fila, llenos de alegres pasajeros. Annileen caminó con dificultad hacia la puerta. «Si son fanáticos regresando de la carrera, van a sentirse muy desilusionados», pensó.

Sin embargo, cuando salió y llegó junto a Ben, vio que los vehículos del Fondo de los Colonos ya no estaban en los garajes. Todos se dirigían al sur, rebosantes de escandalosos granjeros viejos y jóvenes armados con blásters. Más que nada, había jóvenes. De hecho, varios de ellos iban al frente de la formación, a bordo del USV-5 de Orrin.

—Ay, no —exclamó Ben—. No creerás que van a…

—Creo que sí —dijo Annileen, maldiciendo entre dientes, y se dirigió de inmediato a los garajes gritándole a su hijo.

Al único que encontró fue a Zedd, que estaba sentado, masajeándose las costillas. Parecía estar bajo el influjo de algún medicamento, por lo que tuvieron que gritarle dos veces antes de que les respondiera.

—Van detrás de Plug-eye —respondió al fin, haciendo un gesto de dolor—. Al desfiladero de Hanter.

—¡Jabe! ¿Se llevaron a Jabe?

—Fue el primero en partir —dijo el peón, con una sonrisa que dejaba ver sus dientes rotos—. Espero que fría a varios de mi parte.

Annileen se puso furiosa. Pasó corriendo junto al joven herido y entró al garaje. Veinte segundos después salió montando un moto speeder; era el vehículo menos usado entre los que Gloamer rentaba. La mujer aceleró en la esquina del almacén y vio a Ben caminando hacia su eopie.

—Jabe se fue con ellos —le dijo, flotando sobre la arena—. Se dirigen al Desfiladero de Hanter.

Ben la miró preocupado.

—No conozco el lugar. ¿Qué tan terrible es?

—Bastante. No hay manera de salir de ahí —explicó—. ¡Los tusken no tendrán otra opción más que luchar!

Ben entrecerró los ojos.

—Jabe está con Orrin…, pero hace rato eso no sirvió de gran cosa.

—Lo sé. —Annileen asintió y apretó el acelerador con fuerza—. Tiene dieciséis años, Ben, y había estado bebiendo. No sé en qué condiciones se encuentre ahora.

—Lo que me preocupa es en qué condiciones estás tú. Te ves exhausta. —Ben se acercó a ella y asió uno de los manubrios. El moto speeder estaba en posición neutral, pero las manos le temblaban de todas formas y tenía los ojos encendidos por la ira y la determinación.

—Este día perdí a Dannar y estuve a punto de perder el almacén. ¡No pienso dejar que también mi hijo muera!

—Yo iré en tu lugar —dijo Ben, enseguida—. Cuidaré al muchacho.

—Tendrás que cuidarnos a ambos o a ninguno —repuso ella, al mismo tiempo que giró el acelerador y se deslizó sobre el asiento hacia el frente—. ¡Porque no pienso quedarme aquí!

CAPÍTULO DIECIOCHO

A PESAR DE LOS KILÓMETROS QUE RECORRIERON a toda velocidad, el pulso de Annileen no se desaceleró en absoluto. Sin embargo, tener a Ben a su lado la tranquilizaba. Cada vez que el moto speeder se ladeaba para tomar una curva, sentía sus brazos alrededor del vientre. Eligió conducir porque sabía adonde iban y porque Ben parecía dispuesto a dejar que ella los guiara.

Los soles del atardecer trataron su frente con inclemencia. Salió con tanta premura que olvidó su sombrero. ¿Qué le había dicho a Ben respecto a los soles y el envejecimiento? «Sólo trata de criar hijos», pensó.

¡Jabe! ¿Qué le pasaba a ese muchacho? De acuerdo, odiaba trabajar en el almacén. Ella había llegado a aburrirse a su edad pero tenía que trabajar, y él también. Podía entender que le gustara pasar tiempo con los Gault para desfogarse, pero era un chico menudo. No se parecía en nada al bravucón de Zedd ni era un pistolero con ojos vidriosos como Mullen. El prospecto de convertirse en mercenario no formaba parte de su futuro. Entonces ¿para qué arriesgar el pellejo yendo a cazar tusken?

Annileen ya sabía la respuesta. Porque fueron quienes mataron a su padre. El aniversario luctuoso que se celebraba ese día involucraba a Jabe directamente.

Sólo esperaba llegar a él a tiempo.

A'Yark lanzó un grito de agonía.

Jamás había corrido con tanto ímpetu ni durante tanto tiempo. Los moradores de las arenas sabían huir, porque el sol cobarde les había enseñado, pero existía una razón por la que rara vez se alejaban de sus campamentos y sus banthas. El gaderffii era un arma excelente para cargar en una carrera, pero después de recorrer cierta distancia se convertía en una carga, e incluso el más ágil corría el riesgo de lastimarse una rótula. De hecho, A'Yark ya se había vapuleado ambas en esta persecución, con lo que empeoró la situación de los músculos de sus piernas que, de por sí, ya le ardían como si se estuvieran quemando.

Además, si no contaban con sus banthas para guiarlos, los guerreros verdes corrían el riesgo de perderse. Eso fue lo que pasó con el grupo del frente. Ellos habían sido unos tontos, pero el fracaso era totalmente atribuible a A'Yark, quien pronosticó que tendrían una incursión exitosa y se retirarían en orden. Ahora, para colmo, a menos de que lograra que los guerreros que iban huyendo dieran un giro de ciento ochenta grados, todos perecerían.

A'Deen contaba con la velocidad que le brindaba la juventud. El guerrero más nuevo del clan pegó la carrera y se adelantó para hacer llegar a los otros la advertencia de A'Yark. Los tusken ya habían atravesado el cañón en forma de caja conocido como Boca

Falsa porque pensaron que los llevaría a Los Pilares. Efectivamente, existía un sendero que conducía hacia arriba y al exterior, pero sólo A'Yark sabía dónde estaba.

Un landspeeder plateado pasó rechinando. Era el vehículo del Sonriente. «Debí matarte cuando pude», pensó A'Yark. Luego se lanzó detrás de un montículo oscuro que encontró en la escarpada ladera y desde ahí observó a los otros landspeeders que seguían al primero. Algunos se dirigieron a la Boca Falsa, pero otros se separaron del grupo y fueron a las cuestas navegables al este y el oeste del hueco. Una máquina voladora con alas angulares se cernió sobre el mismo, a una altura en la que quedaba apenas fuera del alcance de un rifle.

Demasiados colonos, demasiados vehículos. Las fuerzas del Sonriente ya habían frustrado los esfuerzos de la cuadrilla de tusken anteriormente. Habían logrado matar a algunos y hacer huir a otros, pero esto era distinto. A'Yark atacó la guarida del humano y falló. Sabía que no les darían cuartel.

La gran nave avanzó entre los dos soles. El hermano mayor también había fallado en su cometido de matar y su condena fue pasar toda la vida corriendo. A'Yark podría huir ahora y vivir, pero los otros no.

Además, había enviado a A'Deen a que los alcanzara. Al último hijo que le sobrevivía. Su linaje llegaba a su fin.

«Muchos linajes van a perecer». A'Yark maldijo su dolor y subió corriendo por la colina.

—¡Los tienes! ¡Los tienes!

El rostro de Orrin se iluminó cuando apagó el comlink. El skyhopper había guiado bien a los humanos y ahora su piloto estaba transmitiendo la ubicación de los tusken que veía abajo. La confirmación de las ubicaciones llegó cuando las criaturas dispararon inútilmente al aire en un intento por derribar la nave de tres alas.

El Desfiladero de Hanter era un barranco volcánico a los pies de las dunas de los Eriales de Jundland, y a partir de su amplia abertura se retorcía hacia atrás y rodeaba dos esquinas. De ahí se ramificaba en doce empinadas escalinatas que, en su mayoría, eran tan altas que ni un wookiee podía escalarlas. Los muros oriental y occidental del cañón, en cambio, estaban parejos en la cima. Además, los colonos contaban con algo que los tusken no tenían: ojos en el aire. Las repugnantes criaturas acababan de entrar a una cámara de muerte.

—No pasen del borde —les ordenó Orrin a los colonos estacionados cerca de ahí. No tenía caso disparar—. Esperen hasta que traten de escalar para salir y, entonces, ataquen.

Ya estaba sucediendo. En la cima de una escarpadura que sobresalía hacia el desfiladero, otro grupo de colonos ya había comenzado a disparar hacia abajo y a derribar a los tusken como si fueran insectos en la pared. Los disparos anaranjados salpicaron el frente del acantilado que rodeaba a los nómadas, y uno tras otro gritaron de dolor y

cayeron. Luego otros, entre los que Orrin reconoció a Jabe y a Veeka, les dispararon a los que fueron cayendo al suelo.

A la izquierda del líder se oyeron los vítores mientras la misma escena se repetía más arriba del cañón. Después del ataque al oasis, Orrin se negó a salir demasiado pronto, pero ahora se daba cuenta de que eso era justamente lo que tenía que hacer. La gente lo necesitaba. Si no conseguían algo que cauterizara la herida, los colonos no volverían a ver al Claim ni al Llamado de la misma manera. El ataque ameritaba una respuesta.

Sí, esto tenía que suceder. Caminó con naturalidad hasta el borde con su rifle levantado y le sorprendió lo bien que se sentía. No estaba solo. En los rostros de quienes lo rodeaban vio ese mismo espíritu de alegría. Entre ellos reconoció a varios vecinos del este que habían ido a enterrar los cuerpos de la patrulla de Cliegg Lars algunos años atrás. Le era imposible imaginar lo que esa gente habría visto aquel día, y muy pocos hablaron del asunto desde entonces. Algunos siempre habían deseado tomar represalias, pero entendían que salir de cacería y alejarse tanto del territorio que conocían sólo garantizaba un desastre.

Orrin pensaba que presenciar una escena como la de ese día y sólo alejarse sin hacer nada le provocaba algo a la gente. Uno podía esconderse y convencerse de que hacía lo correcto, pero entonces toda la sangre de los humanos abatidos se convertía en polvo. O en ácido. Este momento era el adecuado para los colonos.

Era necesario.

El líder se puso en cuclillas al llegar al borde, a pesar de que no era indispensable tener tal precaución. Del suelo del desfiladero no salió ningún disparo en respuesta. Docenas de guerreros envueltos en trapos corrieron por aquí y por allá, y algunos abandonaron sus palos gaffi y sus armas en busca de senderos que les permitieran salir de la zona de la masacre.

«Qué idiotas», pensó Orrin. Cuando atacaron el oasis, temió que se hubieran vuelto más inteligentes, lo cual era improbable, por supuesto: vendarse la cabeza viviendo en el desierto no era señal de mucha inteligencia. No obstante, hicieron una incursión al Claim de Dannar, que era el centro de defensa de todos los territorios que rodeaban el Oasis Pika. Además, ¿qué no atacaron la torre con la sirena? Ahora que veía a los salvajes luchando por sobrevivir, le parecía que todo lo anterior había sido pura suerte. Tal vez Plug-eye tenía algo de inteligencia, pero el resto de los tusken eran basura.

Orrin se arrodilló y se puso a trabajar para acabar con los que aún quedaban. En la cuesta más lejana había un saqueador tratando de escalar por el escarpado camino que llevaba a una oquedad. Orrin le apuntó y jaló el gatillo. El disparo le dio en el centro de la espalda y lo lanzó al otro lado de la cresta, en donde ya no se le pudo ver más.

—¿Ese era Pluggy? —preguntó su vecino.

—No, este era demasiado alto. No importa, los identificaremos después —dijo Orrin, y luego cacareó—. Estas criaturas visten ya su mortaja, amigos. ¡Acabemos con ellos!

Annileen resolló.

Ella y Ben habían subido por la parte occidental del acantilado, siguiendo un camino en espiral alfombrado de guijarros, y llegaron a cierto nivel sobre la colina. Luego subieron arrastrándose por la cuesta de piedra quebrada y la mujer escuchó el eco de los tiros en todo el cañón. Ahora que estaba en el suelo, apoyada en su vientre, podía verlo todo.

—Los están… los están masacrando.

Ben se encontraba a unos metros de ella. No dijo nada.

—Me refiero a los tusken —aclaró Annileen, mirando hacia atrás por encima del hombro—. Los están masacrando.

—Lo sé —confirmó Ben. Se encontraba arrodillado con los ojos cerrados. Parecía que tenía un dolor de cabeza. ¿Sería debido a los soles, a los sonidos o a los sucesos del día? Annileen no sabía. Al parecer, había vuelto a esa zona oscura otra vez, el lugar del que había escapado gracias a sus visitas al Claim. Ella también sentía que la cabeza estaba a punto de dolerle, en especial cuando espió a Jabe, disparando muy feliz con sus amigos, en el campo de tiro.

Annileen sacudió la cabeza. No había manera de llegar desde ahí adonde estaba Jabe, pero no le pareció que estuviera en peligro, como tampoco lo estaban ni Ben ni ella. Se puso de pie para tratar de gritarle a su hijo, pero de pronto los músculos que había mantenido en tensión desde que los tusken llegaron al Claim se transformaron en gelatina. Sintió que se quedaba sin aire y luego cayó de rodillas sin dejar de observar a Jabe.

Ben la alcanzó en el mirador. Se hincó a su lado y habló de una forma pausada y solemne.

—Tomando en cuenta lo que los tusken le hicieron a Dannar y a tu almacén, ¿cómo te hace sentir esto?

—Mal. —Annileen cerró los ojos sin comprender por qué había respondido de esa manera, pero luego repitió la palabra—: *Mal*.

Ben bajó la cabeza y, por un instante, a ella le pareció escucharlo decir: «Bien».

A'Yark saltó y su capa se infló cuando las botas hicieron contacto con el suelo. Otro guerrero salió de la hondonada y fue a guarecerse justo debajo de una saliente. Al ver a A'Yark, el aterrado guerrero se arrastró temblando.

«No puede ser mi hijo». A'Yark sólo señaló la pequeña elevación de atrás. Otro cobarde, otro tonto perdido que no merecía ser salvado. Pero ya después habría tiempo para recriminaciones.

Un disparo de bláster dio en una roca cercana, y el sonido de pies en movimiento se escuchó de nuevo. A'Yark conocía el desfiladero y los lugares en él donde uno podía

esconderse. A'Deen estaría en alguno de ellos. A'Deen, que escuchó y decidió no huir. Que escuchó y fue a buscar a los otros.

A'Yark oyó más voces de tusken al otro lado de la elevación. Todavía tenían una oportunidad.

—Ese se mueve rápido —dijo Mullen, mientras veía cómo disparaba su padre.

—Sip. —Orrin no podía mantener al tusken en la mira, pero eso no importaba porque, en cuanto un morador de las arenas salía del alcance de la mirilla de su rife, aparecía otro suplicando que lo achicharraran.

Los disparos de bláster pasaban por todos lados, pero se dirigían a un solo lugar. A Orrin le pareció que esta era una de las grandes batallas de la historia.

Siglos antes, Alkhara, un investigador que después se convirtió en delincuente, les dio la espalda a sus aliados tusken en la Gran Meseta Mesra y los aniquiló a todos. Y apenas poco más de diez años antes, montones de tusken fueron asesinados al quedar atrapados en medio de una batalla entre los hutt. Nadie contó los cadáveres en esas ocasiones, y de la primera masacre, lo único que quedaba era la leyenda. Orrin era granjero, no militar; aunque tenía la sensación de que la gran Batalla del Día del Circuito Cometa ocuparía un lugar importante en la lista de todos los asaltos a los tusken registrados en la historia.

Era abrumador. El líder bajó su rifle y sus ojos saltaron de un cuerpo a otro y a otro más. Eran tantos que tuvo que hacer una pausa.

—Esto es demasiado —le susurró a su hijo.

Otro granjero lo escuchó y se rio.

—¿Qué pasa, muchachos? ¿Les preocupa que acabemos con el negocio del Llamado de los Colonos?

Mullen miró a su padre con ansiedad.

—No —dijo Orrin, levantando la voz—. Siempre habrá arenosos detrás de las rocas de los Eriales.

El líder volvió a ponerse en cuclillas y a través de la mirilla de su arma escudriñó los huecos en las rocas del otro lado del desfiladero. Siguió de manera ascendente las líneas de una grieta y, cuando detectó movimiento, rozó el gatillo por un instante, hasta que su mente comprendió lo que había visto.

—¿Annie?

Mullen dio un paso y se paró junto a Orrin, quien estaba apuntando al frente. Luego se pasaron los macrobinoculares varias veces. Era Annileen sin lugar a dudas.

Con Ben. Otra vez.

—Sólo están ahí sentados —dijo Mullen—. ¿Qué no quieren formar parte de esto?

Orrin lo miró y sonrió.

—No todos son guerreros.

Annileen giró hacia el moto speeder que seguía suspendido al pie de la escalinata de rocas y pensó que no tenía gran cosa que hacer ahí. Orrin llevaría a Jabe a casa y, además, todavía quedaba mucho por atender en el almacén. Dejó caer los hombros y miró a Ben.

—Mis invitados ya se fueron, y estoy segura de que me vendría bien tu ayuda para limpiar, si quisieras quedarte en…

—Creo que debo recoger a Rooh e irme a casa.

—De acuerdo. —Annileen no quiso discutir, sólo empezó a descender por la colina entre los enormes peñascos para ir al vehículo.

Sin embargo, nunca llegó hasta allá porque, de pronto, de la parte de atrás de una enorme roca salió un corpulento tusken sujetando su gaderffii con ambas manos por encima de su cabeza. Annileen se quedó inmóvil por un momento, pero luego empezó a correr.

El tusken hizo lo mismo en cuanto la reconoció.

—¡Ena'grosh!

La mujer sintió que Ben la tomaba del brazo desde atrás, y luego todo empezó a volar a su alrededor. Un instante después, Ben ya estaba de pie en el lugar de ella. Tenía los brazos levantados y estaba tratando de quitarle al tusken el control de la pesada arma. La capa café y la túnica color arena giraron en una especie de baile a tropezones sobre el disparejo suelo. Las botas de ambos apenas alcanzaban a eludir el lugar donde ella cayó.

Annileen se estiró con la esperanza de alcanzar la bota del tusken y hacerlo caer, pero en medio de la confusión tomó la de Ben y le hizo perder el equilibrio. El tusken, furioso, se lanzó al frente y empujó a Ben hacia atrás. En cuanto este chocó con el suelo, se aferró al gaderffii con ambas manos, empujó hacia arriba para contrarrestar el peso de su atacante y trató de aporrearlo.

La comerciante se puso de rodillas y de pronto recordó que, además de Ben y el moto speeder, había traído algo más consigo. Entonces sacó el bláster de su funda, caminó a traspiés hacia el tusken y se preparó para dispararle a quemarropa…, pero entonces vio al saqueador ablandarse hasta convertirse en peso muerto. Ben levantó el gaderffii y la criatura giró una y otra vez, chocando mientras caía por la pendiente que bajaba hasta el vehículo.

Annileen se acercó a Ben.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —contestó él, sacudiéndose la arena—, pero creo que nuestro amigo estaba casi muerto cuando llegó a nosotros.

Annileen continuó apuntándole al cuerpo con su pistola y se acercó lentamente. La túnica del tusken estaba chamuscada como resultado del disparo de un rifle bláster de precisión.

—¿Casi muerto? ¡Pero si trató de matarte!

—Fue un último esfuerzo —dijo Ben, bajando por la pendiente con el arma del guerrero.

Annileen lo miró incrédula. Como siempre, estaba tranquilo. Pasó junto a ella y se arrodilló al lado del cadáver del tusken.

—Sí —agregó Ben, mientras examinaba el cuerpo—. Está muerto, sin duda. Creo que tiene más o menos la edad de Jabe.

Annileen abrió los ojos sorprendida. Jamás había visto con detenimiento a un morador de las arenas porque no era buena idea acercarse mucho a ellos, ¡como lo demostraba su experiencia reciente! Los vendajes, la túnica y la capa ocultaban el cuerpo, pero cuando Ben volteó a la criatura, pudo verla mejor. Sí, el guerrero tenía complexión delgada, como su hijo.

—Es de la edad de Jabe —dijo ella, mirando a Ben con escepticismo—. ¿Son gente igual a nosotros?

—No, eso no es lo que hay que aprender de esta situación. —Ben levantó la mirada— . Tú querías estudiar exobiología y la galaxia está repleta de criaturas que no se parecen a nosotros en nada. Podemos tratar de entenderlas y, de hecho, debemos hacerlo. Pero, aunque aceptemos que lo que hacen es parte de su naturaleza, no estamos obligados a obedecer a los sarlaccs cuando nos pidan de comer.

Después de lo sucedido en el almacén, esa era la primera vez que Annileen reía en lo que iba de la tarde, pero la exhalación de alivio que siguió a su risa todavía no acababa de salir de sus pulmones cuando vio a alguien más contemplándola desde la cresta al norte. La imagen la dejó helada.

—Es Plug-eye —dijo, al reconocer el rostro que había visto esa mañana.

—Y compañía —agregó Ben, señalando al oeste y al sur. Parecía que todos los supervivientes estaban ahí, acechando desde las laderas. Las cabezas emergieron y luego desaparecieron, junto con los gaderffii y los rifles bláster.

Annileen se dirigió al moto speeder, pero Ben se levantó y la detuvo.

—No —exclamó—. Nos dispararán de la misma forma que la patrulla les disparó a ellos.

¡La patrulla! Annileen volteó a la cuesta del este. Claro, si Ben y ella trataban de subir hasta allá, les dispararían, y nadie del grupo de Orrin estaba al tanto de que se encontraban ahí.

Ben vio movimiento detrás de las colinas.

—Se están reagrupando. Tal vez quieren asegurarse de que estemos solos —explicó, en voz baja—. Mantente tranquila y haz lo que yo.

Annileen lo miró sorprendida.

—¿Qué vamos a hacer?

—Un pequeño experimento de exobiología —contestó él, arrodillado a un lado del tusken muerto—. Ayúdame, ¡rápido!

CAPÍTULO DIECINUEVE

«¡ES UNA LOCURA! ¡ES UNA LOCURA!».

Annileen tembló a pesar del calor de los soles de la tarde. El miedo le había transformado la sangre en hielo desde muchas horas atrás y los músculos los tenía petrificados. Pero cada vez que Ben dio un paso, ella dio otro.

Caminaron a ambos lados del moto speeder, el cual seguía flotando. Cada uno sujetó un lado del manubrio. El gaderffii del guerrero muerto estaba apoyado sobre las dos barras frente a ellos, a la altura del pecho, y ambos iban empujando el vehículo hacia el frente. El cuerpo del tusken estaba desparramado sobre el asiento y colgaba un poco por la posición en la que Ben pudo acomodarlo.

Momentos antes, cuando Annileen vio a Ben levantar el apestoso cuerpo del suelo, pensó que estaba loco, y luego, cuando lo vio recostarlo sobre el moto speeder, levantó la voz para objetar, pero él la acalló enseguida. Los tusken supervivientes seguían por ahí y probablemente los estaban observando. Ben le explicó que el hecho de que no los hubieran atacado todavía significaba que estaban tratando de averiguar si estaban solos, pero todo era cuestión de tiempo, por eso empezó a empujar el vehículo hacia la cuesta al norte.

De pronto Annileen los vio a todos al otro lado de la colina. Plug-eye estaba arrodillado con su arma en la mano, y junto a él había siete supervivientes. Los guerreros se habían refugiado en una especie de valle. Se trataba de un hueco formado por el paso acelerado del viento, el cual creaba remolinos contra las pendientes que llevaban al desfiladero. Los tusken estaban recostados bocabajo sobre recovecos poco profundos. Sus capas color dorado se mezclaban con la arena, lo que impedía que los viera quienquiera que estuviera en el skyhopper.

Annileen miró hacia arriba preocupada. No había visto el objeto volador por un buen rato. Tal vez tuvo que volver a cargar combustible o quizá la patrulla ya no lo necesitaba. A ella, en cambio, le urgía divisarlo de nuevo. Los moradores de las arenas vieron a los humanos aproximarse. Algunos los observaron directamente y otros mantuvieron la vista hacia arriba. «Ya lo saben», pensó la mujer. El aire se le atoró en la garganta. «Saben que estamos solos».

—No estás sola —dijo Ben.

Plug-eye se levantó de la arenosa muesca a unos doce metros de distancia y los otros hicieron lo mismo. Annileen soltó la barra del manubrio y tomó sin querer el mango del bláster que tenía enfundado en la cadera.

—No —dijo Ben.

A'Yark se quedó mirando sin saber qué esperar. Era obvio que el único ojo que le quedaba había empezado a fallar. Los humanos, el Barbado y la Escultora del Viento caminaban con paso firme hacia ellos.

Aquí, la Escultora no tenía sirenas ni trucos. ¿Sería su poder tan grande como para permitirle traspasar desvergonzadamente la neblina de los tusken? Si acaso lo lograba, su arrogancia tendría que ser castigada. Porque incluso después de haber sido cazados y aterrorizados, los tusken se vengarían.

—¡A'Yark! —exclamó un guerrero—. ¡Mira!

A'Yark miró entre los humanos y reconoció la blanda figura sobre el vehículo.

A'Deen.

Cuando Annileen vio gruñir al guerrero de un solo ojo, olvidó la advertencia de Ben y soltó la barra para desenfundar su bláster. Plug-eye caminó hacia ellos y, detrás, los otros moradores de las arenas se levantaron de entre las muescas. Antes de que ella pudiera disparar, Ben se colocó frente al moto speeder, justo en la línea de fuego.

No fue sino hasta ese momento que Annileen se dio cuenta de que su amigo tenía el arma del joven muerto entre las manos. Ben levantó el gaderffii y luego hizo algo que la dejó asombrada a ella y a los tusken.

Lo colocó sobre la arena.

Lo hizo lentamente para que las criaturas pudieran ver con claridad qué estaba haciendo.

Plug-eye ya había recorrido la mitad del camino hasta ellos, pero se detuvo.

Ben no dejó de mirar a los tusken en ningún momento, sólo depositó lentamente el arma sobre la arena y caminó hacia atrás.

—Les estoy mostrando —dijo, en un volumen apenas perceptible— que no quiero llevarme un trofeo.

Dio otro paso atrás y empujó suavemente el moto speeder con la mano. Annileen, que seguía asombrada, se aferró en vano al asiento y vio el vehículo avanzar.

El moto speeder flotó lentamente hasta Plug-eye, quien lo recibió. Con un movimiento apresurado, jaló el cuerpo, se arrodilló y se cernió sobre él. Los otros guerreros permanecieron atrás.

Annileen vio cómo el odiado saqueador examinaba el cuerpo y notó que algo no estaba bien. Los pliegues de la tela, la forma que adoptó al arrodillarse…, pero principalmente la forma en que tocó el rostro del joven muerto.

—Es una mujer —le susurró Annileen a Ben—. Es su madre.

A'Yark levantó la vista al escuchar la voz de la Escultora del Viento y aulló.

«¿A quién le importa si los colonos escuchan?». La furia recorrió sus cansadas extremidades. Muchos guerreros tontos habían muerto ese día, ¡pero A'Deen sí se comportó como un tusken!

A'Yark bramó y puso en alto el gaderffii de su hijo. Los otros levantaron sus rifles detrás de ella. La Escultora del Viento había causado todo eso. Su existencia obligó a A'Yark a llevar a su gente a esa gran masacre. «¿A quién le importa si la Escultora tiene un bláster o poderes increíbles? ¡Tiene que pagar!».

Antes de que A'Yark diera un paso más, el Barbado se colocó rápidamente frente a la Escultora. Su capa se abrió en dos con el movimiento y un objeto metálico en su cintura reflejó la luz de los dos soles de la tarde con un destello.

«¿Un arma? ¡No importa!».

A'Yark se lanzó contra…

Pero luego se detuvo y volvió a mirar el corto tubo de metal que colgaba de un gancho entre los pliegues de la capa del hombre. La Escultora del Viento no podía verlo pero A'Yark sí, y ella recordaba haber visto un objeto similar antes, años atrás.

—Sharad —dijo A'Yark, señalando el arma medio escondida del hombre—. *Sharad Hett.*

Ahora fue Ben quien se quedó estupefacto. Annileen no alcanzaba a ver qué había detenido a la mujer tusken, pero era evidente que lo que acababa de decir dejó atónito a su amigo.

—¿Sharad? —Ben juntó los pliegues de su capa. De pronto pareció entender lo que sucedía—. Conociste a Sharad Hett.

Detrás de ellos, un par de guerreros empezaron a moverse de nuevo, pero la líder les gruñó. Se produjo una discusión y Ben escuchó muy interesado.

—A'Yark —dijo por fin Ben, atreviéndose a interrumpir—. ¿Ese es tu nombre? ¡A'Yark!

A'Yark se encogió horrorizada al escuchar su nombre en la boca de un colono. Para los tusken, los nombres eran algo muy valioso. Los humanos nombraban a los animales para hacerlos venir cuando los llamaban, pero ningún colono tenía derecho a llamar a un tusken. Al menos, no si quería seguir viviendo.

El Barbado, sin embargo, era distinto. Portaba la cuchilla que producía luz, igual que Sharad Hett, el guerrero hechicero que fue a vivir con los tusken tantos años atrás, un ser que poseía los mismos poderes mágicos que A'Yark le había atribuido a la Escultora del Viento.

Uno de los compañeros jóvenes de A'Yark empezó a avanzar de nuevo. Como no conoció a Sharad, no entendía el poder del humano. Antes de que A'Yark pudiera decir algo, el Barbado levantó la mano.

—*Ustedes no quieren lastimarnos* —declaró, usando las extrañas palabras de los colonos. A'Yark las entendió con dificultad. Había aprendido la lengua gracias a su hermana adoptiva K'Sheek, y a Hett, con quien ella se casó.

El joven guerrero no conocía las palabras humanas, sin embargo, las repitió en la lengua tusken:

—No quiero lastimarlos.

—*Ya hubo suficientes muertes* —agregó el Barbado.

—*Ya hubo suficientes muertes* —repitió el guerrero.

A'Yark se quedó boquiabierta. Ningún tusken había dicho eso en ninguna lengua. No quedaba duda, A'Yark comprendió su error. La Escultora del Viento no se salvó a sí misma de ser aplastada en el desierto aquel día. Fue el Barbado quien lo hizo con sus poderes. Siempre fue él.

A'Yark recordó lo sucedido en el edificio de los colonos esa mañana. Recordó los cuerpos en el suelo. Las lesiones de sus congéneres no se parecían a las marcas que dejaban los blásters, las cuales los tusken conocían tan bien. A A'Yark no se le ocurrió nada cuando las vio, pero ¿ahora?

—Manténganse atrás —les dijo A'Yark a sus compañeros—. Más tarde les explicaré. Manténganse ahí y tengan cuidado.

Los tusken se movieron con ansiedad, pero obedecieron y regresaron al valle de las muescas.

—¿Ben? —dijo la Escultora del Viento, dirigiéndose al Barbado. Estaba muy asustada y confundida.

—*Ben* —repitió A'Yark, volviendo a mirar el arma plateada que apenas se dejaba ver entre los pliegues de su capa—. Eres Ben.

***

Annileen creía que ya había pasado del punto de conmoción, pero escuchar esas palabras en básico y con la ronca voz de un morador de las arenas era algo que todavía podía dejarla anonadada.

Ben sólo asintió.

—Conoces las palabras, ¿verdad? —preguntó, con tiento. Su voz era reconfortante, tanto como cuando les habló a los compañeros de A'Yark poco antes. Por alguna razón le entendieron… y siguieron sus órdenes.

Annileen se quedó boquiabierta. «¿Quién es este tipo?».

—Tal vez puedas entender esto —dijo Ben, señalando el cuerpo detrás de A'Yark—: Esta mujer, Annileen, no le disparó a tu hijo. Tú conoces las quemaduras. La marca es de un disparo salido de un rifle de largo alcance.

A'Yark no volteó a ver.

—Un colono mató. Todos los colonos mataron.

—Te equivocas.

A Annileen le pareció que no era buena idea debatir ese asunto porque, ciertamente, ella también les había disparado a muchos tusken esa mañana en el Claim. Parecía que Ben estaba tratando de calmar la tensión presente. O al menos, lo estaba intentando con sus palabras, ya que su cuerpo continuaba en postura defensiva y estaba listo para actuar, aunque Annileen no sabía qué podría hacer un hombre desarmado frente a una mujer tusken y su cuadrilla.

La mujer tusken. Annileen miró a A'Yark, a quien poco antes sólo había divisado a través de una nube de retardador de fuego, y a quien los otros nada más vieron en medio del pánico. Por lo que Annileen había escuchado a lo largo de su vida, los tusken tenían distintos papeles de género. Los varones peleaban y las mujeres cuidaban a los banthas. Las pocas imágenes que había visto mostraban a las mujeres vestidas con atuendos todavía más voluminosos y con las capuchas extendidas sobre grandes placas faciales. La tusken de un solo ojo que estaba frente a ellos, sin embargo, vestía como todos los demás, excepto por el hecho de que no tenía cartuchera.

Ben señaló los soles, que se acercaban cada vez más a las alturas de la zona occidental de Jundland. Habló con palabras y términos sencillos, apelando a los conceptos de los tusken.

—Ustedes atacaron. Los colonos atacaron. El día termina. Todos nos iremos. —Luego señaló al este, en donde, detrás de las colinas, ya habían comenzado a escucharse gritos y sirenas—. Nosotros nos vamos y ustedes se van… —añadió, como si fuera un ominoso presagio— *mientras puedan.*

A'Yark bajó la vista y vio el palo gaderffii que tenía en las manos. Le había pertenecido a su padre, pero no lo salvó. Tampoco a su hijo. Era perfecto. Su punta se podía hundir en los humanos, su peso servía para aplastarlos y los rebordes, para molerles los huesos. El Barbado, Ben, tal vez tenía el poder de matarla. Ella moriría, pero los otros vivirían y cobrarían venganza.

Entonces pensó otra vez en el arma mágica que portaba el hombre y en la última vez que vio una. Quería saber más, pero ningún mago muerto podía impartir conocimiento, y si el vítor humano que se escuchaba del otro lado de la cresta significaba que el resto de los tusken ya se había ido, entonces A'Yark y los supervivientes no podían quedarse.

A'Yark volteó hacia A'Deen. Le entregó su gaderffii a otro tusken y levantó el cuerpo del suelo.

—Nosotros nos vamos y ustedes se van —dijo—. Mientras *ustedes* puedan.

—Cuarenta y ocho —dijo Mullen.

—¡Cuarenta y ocho! —Orrin miró al fondo del cañón mientras bajaba por la escalinata de rocas—. ¿Contando esa cabeza?

Mullen se carcajeó. Su risa era un extraño ruido gutural que siempre había avergonzado a su padre.

—No puedo garantizar nada respecto a partes del cuerpo sueltas —dijo el chico—. Algunos de los arenosos que cayeron se golpearon muy fuerte.

Orrin escudriñó el panorama. Era un verdadero desastre. El rastro de los cuerpos de los tusken daba la vuelta en la esquina del desfiladero y luego se perdía de vista. Al ver eso, silbó.

—¡No creí que nos hubieran atacado tantos en el oasis!

—Había algunos en los campamentos al este del Claim. Jayla Jee los vio —explicó Mullen, refiriéndose a la amiga que iba a bordo del skyhopper.

—Creo que se mantenían en reserva para atrapar rehenes, pero cuando los tusken del Claim empezaron a huir, los de los campamentos también se fueron.

La mayor parte de los justicieros ya había llegado al lugar para asegurarse de que ninguno de los moradores de las arenas heridos regresara a acosarlos. La hija de Orrin también estaba ahí, tratando de pasar a través del obstáculo orgánico al pie de la cara este de la cuesta.

—Qué asco —dijo Veeka, tapándose la nariz—. Salgamos de aquí.

Antes de que Orrin pudiera responder, en su bolsillo se escuchó un estridente pitido.

—Permítanme un segundo —dijo, y sacó el comlink—. Sky One, ¿cómo va la misión de reconocimiento?

—Todo en orden, Maestro Gault. —La voz de la piloto del skyhopper crujió. Orrin la había enviado a describir un círculo completo—. Parece que usted tenía razón —dijo Jayla—, Annie Calwell y el forastero sí estuvieron aquí, si bien ya se fueron en dirección al oeste.

«¿El oeste?». Orrin arqueó las cejas. ¿Habrían ido a la vivienda de Ben? El Claim quedaba al norte. Pensó en seguirlos, pero al ver que se acercaba a él un grupo de colonos celebrando recordó lo que tenía que hacer enseguida. Jabe estaba entre ellos y portaba un rifle; los otros colonos iban dándole palmadas en la espalda. Orrin apagó el comlink y sonrió.

—¿Mataste a algunos?

—Sí, señor. Bueno, eso creo.

—Muy bien, elige un premio para poder irnos.

Jabe sonrió lleno de alegría, caminó hasta los dos montículos de metal. Los justicieros habían amontonado los palos gaffi y los rifles por separado. El chico volteó a ver a Orrin.

—¿Crees que entre estas armas esté la que mató a mi padre?

—¡Por todos los soles, muchacho! No lo sé, sólo elige la que más te guste. —Mientras Jabe deliberaba, Orrin se acercó a la parte de atrás para hablar en privado con Mullen—. ¿Necesitamos algo de esta basura?

—No, ya tenemos bastante.

Jabe se acercó a la pila de los gaderffii y encontró uno un poco más corto que los otros y relativamente limpio. Veeka se rio.

—Justo de tu talla, enano. —Los otros se carcajearon al ver al chico sonrojarse, pero luego lo rodearon y lo felicitaron.

Orrin volteó a ver la zona de la matanza. Por supuesto, los tusken se merecían absolutamente todo lo que les había sucedido. Varan, su hijo y Dannar Calwell, incluso la mujer de la familia Lars. Todos ellos recibieron justicia ese día. Sin embargo, el granjero convertido en líder comprendía que haber cuadrado las cuentas ahí tendría un impacto en el resto del balance.

—¿Zedd estará listo pronto para volver a pelear? —le preguntó a su hijo, en un susurro.

—Yo no contaría con ello —contestó Mullen—. El doctor Mell sólo estuvo unos instantes con él, pero dijo que esta vez podría quedar fuera de circulación un mes. Tal vez más. —El chico arqueó sus tupidas cejas—. ¿Por qué? ¿Temes que lo de hoy empeore las cosas?

—No lo sé —contestó Orrin, y enseguida giró hacia la multitud y fijó la vista en Jabe. El chico siempre se veía feliz cuando salía del almacén, pero esta vez sentía que estaba por encima de los soles. Jabe divisó a Orrin y levantó su deslumbrante trofeo, lo que le ganó un vítor más de los otros colonos.

El muchacho realmente estaba creciendo. Orrin le devolvió la sonrisa y se unió al aplauso.

—Eso es, amigos —dijo, acercándose a la multitud—. Primero los corredores de la carrera trataron de arruinar nuestro día, y luego llegaron los tusken. ¡Volvamos al Claim y demostrémosles que todavía sabemos celebrar!

CAPÍTULO VEINTE

A'YARK COLOCÓ UNA ROCA SOBRE OTRA con cuidado. Era importante elegir la combinación correcta de piedras porque ese montículo tenía que durar toda la eternidad y porque guardaría los restos de A'Deen sobre la superficie de Tatooine. Los mañanas sólo les importaban a los muertos.

El clan de A'Yark no enterraba a los suyos. Aparte, ni siquiera podían hacerlo ahí, bajo las sombras de Los Pilares, en donde el suelo era tan duro que rompía la punta de cualquier herramienta o pico. No, A'Deen yacería sobre la cama-altar, y para protegerlo de la fauna lo rodearían de macizos, esos reptilianos entrenados que los tusken utilizaban como guardianes de los campos. Luego iniciaría su batalla con los soles. Sería su espíritu contra el de ellos.

Tarde o temprano, incluso el cuerpo del guerrero más desafiante sucumbe al viento. Entonces se construye un nuevo nivel sobre sus restos, y el moho que llega a crecer ahí provee una torre para sostener los cuerpos de los hijos o los nietos del guerrero. Sin embargo, las tumbas de los ancestros de A'Deen estaban lejos de ahí, en una zona distinta de los eriales.

Por eso, entre las sombras nocturnas de ese enredado sitio, A'Yark construyó en silencio un ataúd solitario para un muchacho que fue guerrero menos de una semana. Ningún descendiente se uniría a esta torre, pero su espíritu duraría el mismo tiempo que las piedras de su lugar de descanso. A'Yark eligió con cuidado. Ese era el trabajo de una madre.

Justo lo que era A'Yark: madre y guerrera. Los tradicionales roles divididos del pasado eran un lujo que el clan no podía darse porque, sencillamente, no tenían suficientes integrantes para llenarlos. Todo cambió tras un solo día aterrador, trece ciclos antes. Las pérdidas de hoy habían sido malas, pero no eran nada comparadas con lo que sucedió el día que el clan luchó contra los hutt.

El día que Sharad Hett murió.

A'Yark dejó de elegir piedras y se quedó pensando. Ahora era un momento seguro para detenerse y reflexionar. O al menos, el momento más seguro que tendría en algún tiempo. Pensó en el arma de Ben y visualizó al dueño de la otra que había visto. Sharad Hett era el *ootman*, es decir, el forastero de la leyenda local. Para A'Yark, sin embargo, era un ser real. De hecho era parte de su familia, gracias a otro humano al que conoció antes: K'Sheek.

A'Yark nació siendo K'Yark, la más pequeña de seis hermanos. Tres de ellos murieron debido a la plaga, y entonces Yark, su padre, volvió a llenar su hogar por medio de una honorable práctica del pasado: el secuestro. K'Sheek, bautizada así por los tusken que la secuestraron de su campamento local, ya casi era adulta cuando llegó a vivir con la familia de A'Yark. Como esta seguía siendo una niña, tenía el privilegio, o más bien la tarea, de conferirle a K'Sheek las costumbres y las palabras de los tusken.

Al cumplir con esta misión, A'Yark aprendió varias de las desalmadas exhalaciones a las que los colonos llamaban palabras. Evidentemente, algunas las recordaba bien, como lo demostraba el hecho de que el humano llamado Ben la hubiera entendido ese día. K'Sheek enunció muchas palabras humanas. La mayoría, tristes. Con el tiempo A'Yark comprendió que cuando su nueva hermana vivía con los humanos, era en calidad de esclava. La vida con los tusken tampoco implicaba libertad porque ellos mismos no eran libres: habían sido maldecidos y estaban obligados a vivir en las tierras malditas. Para la pálida y miserable K'Sheek, sin embargo, vivir con ellos era casi más horrible que la muerte; por eso, con frecuencia A'Yark deseaba que su hermana desapareciera con el viento.

Pero, tal como ya lo había aprendido una larga cadena de torturadores tusken, en lo que se refería a los humanos, a veces los cuerpos frágiles contenían espíritus perdurables. Yark les permitió a A'Yark y a K'Sheek aprender las costumbres de los guerreros. El padre imaginó, muy acertadamente, que K'Sheek aprendería con más rapidez y defendió a sus hijas de todas las críticas. «Llegará un tiempo en que todos tengan que luchar», les dijo a los ancianos. «Somos muy pocos».

Mientras K'Sheek estudiaba las palabras de los tusken, las dos hermanas aprendían a combatir. A'Yark notó que los humanos tenían gran potencial, ya que el talento de K'Sheek no dejaba de asombrarla. Sin embargo, tiempo después llegaría al campamento tusken algo todavía más asombroso venido del horizonte de las ciudades: un voluntario.

Sharad Hett se había internado por su propia voluntad en los eriales. Estaba decidido a suicidarse o, más bien, a unirse a los tusken, que era más o menos lo mismo. Un colono tomado a la fuerza podía unirse a la tribu, de la forma que sucedió con K'Sheek, sin embargo aquí había una gran diferencia. Los tusken habían elegido a la chica, pero Sharad Hett había dado mucho por hecho, y primero tendría que ser domado.

La gente de A'Yark lo intentó, sin duda alguna, pero Sharad sobrevivió a todos los castigos y resurgió cada vez más fuerte. Los ancianos murmuraban y decían que había pertenecido a algún antiguo ejército extranjero y que poseía poderes otorgados por espíritus iracundos. Además, Sharad portaba un arma maravillosa y mágica que ningún otro colono tenía. Una resplandeciente cuchilla verde de energía.

Con el tiempo Sharad se ganó el atuendo y el gaderffii de un tusken y le mostró su rostro al cielo por última vez. Luego tomó como pareja a su congénere, K'Sheek, y ambos formaron una unión que no era producto de la conveniencia, sino del afecto. Luego tuvieron un hijo: A'Sharad. Sin embargo, K'Sheek no vivió lo suficiente para ver a su hijo crecer. El poder en contra del enemigo era una cosa, pero Tatooine presentaba amenazas propias. Poco después del nacimiento de su hijo, K'Sheek desapareció en una tormenta de arena.

Sí, desapareció con el viento…, pero A'Yark no lloró por la muerte de su hermana porque la presencia del niño había atado a Sharad a los tusken de por vida. El hombre usó su arma y los terribles poderes que tenía a su disposición, se convirtió en un líder de guerra y entrenó a su hijo, a quien siempre tenía a su lado.

A'Yark no veía a los humanos con frecuencia en aquel tiempo. Como su permisivo padre había muerto, se vio forzada a vivir como cualquier otra hembra de la tribu. Tomó un esposo y tuvo hijos. El grupo creció conforme se unieron supervivientes de otros clanes y los tusken se mantuvieron fuertes por algún tiempo. El dominio de Sharad logró que la estructura y el orden remplazaran al caos. El liderazgo, un concepto que todos los tusken desafiaban por principio, empezó a practicarse debido a que Sharad siempre podía inclinar la balanza a su favor en cualquier discusión.

Le temían, sí, pero también lo obedecían. Sharad jamás creyó que los tusken fueran gente maldita, así que, contando con un guerrero como él, o mejor dicho, con un hechicero, la raza podría escapar de su destino y volverse muy influyente.

Eso, por desgracia, también era una suposición, ya que en Tatooine existían otras fuerzas más poderosas que cualquier guerrero solitario. Por alguna razón, Jabba, el más grande de los hutt, había manipulado a tribus tusken de todo el territorio de Jundland, para que se enfrascaran en una guerra sin cuartel contra los colonos, batalla que ya había cobrado la vida del hijo mayor de A'Yark, cuando sólo tenía seis ciclos de edad. Tenían que responder al ataque, por lo que Sharad condujo a su clan y a otros a la batalla contra los hutt. Sin embargo, Jabba llevó suficientes esclavos ese día, y una cantidad increíble de tusken murió, entre ellos Deen, su esposo. Luego, Sharad también pereció. Incluso su hijo desapareció, aunque los tusken nunca encontraron el cuerpo.

Fue un mal presagio que se volvió realidad. La improvisada alianza tusken que Sharad había forjado se desmoronó y los clanes supervivientes se dispersaron en las dunas. De pronto, A'Yark, que era madre de dos niños pequeños, se vio forzada a mantener unidos a los integrantes que quedaban de su tribu. Los pocos guerreros que habían supervivido se encontraban muy dañados física y espiritualmente. Podían portar sus gaderffiis, pero eran incapaces de dar órdenes a otros. Sharad no había dejado un sucesor.

A'Yark nunca quiso ocupar el lugar de líder de guerra, ya que tan sólo la tarea de asegurarse de que el clan comiera era suficiente para mantenerla ocupada. Sin embargo, como nadie se ofreció, ella lo hizo. Después de todo, esa fue alguna vez la tribu de su padre, y a ella ya la habían visto cabalgar junto a los guerreros. Además, su diezmada gente entendía ahora más que nunca el significado del credo del clan: «Cualquiera que tenga dos manos puede sostener un gaderffii».

Las pérdidas continuaron durante la década que siguió a la muerte de Sharad. A'Yark resultó afectada también: perdió otro hijo y, más adelante, debido a la infección provocada por una herida, perdió un ojo. El cristal que ahora ocupaba su lugar había sido un regalo de Sharad. El mayor golpe, sin embargo, fue el que recibió el espíritu del clan. Varios años atrás, una banda de tusken más poderosa que ellos literalmente desapareció de la noche a la mañana dejando atrás sólo lo que quedó de su campamento. Los compañeros de A'Yark se tornaron cada vez más tímidos. Ella trató de reanimar su espíritu dándoles el ejemplo y, más adelante, atreviéndose a llevar acabo hazañas como

las incursiones matutinas. Después de lo de hoy, sin embargo, eso sería imposible. Al escultor ya no le quedaba más arcilla.

A'Yark miró atrás y contempló el área que había entre las torres de piedra y las tiendas de campaña. Su gente deambulaba con apariencia espectral, como esperando el golpe final, y no había manera de prevenirlo. Sólo quedaban siete varones con edad de ser guerreros: los mismos que trajo consigo del desfiladero. Para colmo, únicamente habían sobrevivido porque su cobardía los hizo correr más rápido que los demás.

A'Yark no tenía objeción en armar al resto del clan, pero incluso si colocara un rifle en las manos de cada madre, anciano y niño, las probabilidades eran pocas. Los tusken no se entrenaban, toda su experiencia provenía de los combates mismos. Esta gente moriría antes de poder aprender algo.

No, era inútil resistirse. El clan se disolvería y sus miembros vagarían hasta unirse a cuadrillas en las que no tendrían ni un puesto ni estatus. A menos que…

A'Yark levantó la vista, sorprendida. Sí. Anteriormente, cuando su gente se sentía desesperada, Sharad usaba sus poderes para darle un propósito. De hecho logró atraer grupos más grandes. Si tuvieran un líder parecido, el clan Yark podría llegar a ser mucho más que el trasero de una tribu que alguna vez fue poderosa. El grupo de A'Yark podría convertirse en el núcleo de un segundo frente unido que aplastaría a los colonos de una vez por todas… si sólo tuvieran otro Sharad.

Si tuvieran a Ben.

Si Ben era otro Sharad, los tusken no podían, de ninguna manera, darse el lujo de verlo aliarse con los colonos. Pero ¿qué tal si pudieran obligarlo a unirse a ellos? Tendrían que forzarlo. Ya había mostrado violencia hacia los tusken en el almacén del oasis, así que… ¿cómo podrían obligarlo?

Parecía que Ben quería proteger a la comerciante, pero no había manera de usarla como señuelo. Otra incursión al complejo quedaba descartada. Los humanos eran seres peculiares que creaban vínculos con otros seres y otras cosas irrelevantes. Tal vez había alguien más en Tatooine que le importaba, alguien por quien estaría dispuesto a hacer cualquier cosa.

Incluso a convertirse en tusken.

Con su único ojo completamente abierto, A'Yark decidió averiguar. Su extenuado cuerpo se llenó de energía y voluntad otra vez. Si existía algún punto para presionar, A'Yark lo descubriría… y lo explotaría.

Pero primero tenía que llevar a dormir a su hijo más pequeño.

CAPÍTULO VEINTIUNO

BEN HABLÓ MUY POCO cuando regresaron a casa desde el desfiladero. Annileen, por el contrario, hizo una pregunta tras otra mientras el moto speeder se deslizaba flotando por las crecientes sombras de la zona occidental de Jundland.

¿Qué sucedió en el almacén con Ulbreck?

¿Cuál fue el nombre que Plug-eye, A'Yark, te dijo?

¿Y cómo lo reconociste? Especialmente tomando en cuenta que eres nuevo en Tatooine.

Pero él no respondió a ninguna, sólo actuó como si no pudiera oír por el chirrido del moto speeder. Tal vez de verdad no podía. Annileen manejó cada vez más lentamente con la esperanza de quitarle esa excusa, pero no funcionó.

—Estás perdiendo altura —le dijo él en cada ocasión.

«Bien, eso no lo puedo negar», pensó ella. Annileen sintió el peso del día caer sobre sus hombros mientras se dirigía a la casucha de Ben.

—Ya llegamos —dijo la mujer, empezando a frenar.

Poco antes, cuando todavía estaban cerca del desfiladero, debatieron brevemente sobre si debían regresar al Claim para que Ben recogiera a su eopie, pero la noche empezaba a caer, y aunque parecía que los tusken restantes se mantendrían a raya, de todas formas estaban en Tatooine, un lugar en donde había otros depredadores acechando en la oscuridad.

—Gracias —dijo él, al tiempo que bajaba del moto speeder. Ella le echó un vistazo a su refugio. Ben había avanzado un poco en la limpieza del área que lo rodeaba, pero no lo suficiente—. Mañana, al amanecer, iré rápido al almacén para recoger a Rooh —dijo—. Ni siquiera te darás cuenta de que estaré ahí.

Annileen descendió del vehículo y lo siguió.

—¿Sabes?, si quieres ahorrarte una caminata, mi oferta sigue en pie. El cuarto para invitados está libre esta noche y me encantaría…

—*¡No!* —exclamó Ben, pero luego, un poco avergonzado, adoptó una actitud más apacible—. Es decir, estoy seguro de que tu familia y tu almacén requerirán toda tu atención después de lo ocurrido hoy. No necesitan estorbos.

—De todas formas habrá estorbos, quiera yo o no —dijo ella, al recordar la tradicional rutina de los justicieros después de las grandes hazañas. ¿Realmente pensaban celebrar en un almacén devastado por los tusken?

«Sí, posiblemente», pensó.

—Entonces no necesitas una carga adicional —dijo Ben, y empezó a caminar hacia su casa—. Espero que tu cliente, el más fiel, mejore.

Annileen palideció al recordar la imagen del rodiano herido.

—Pobre Bohmer —susurró—. Yo también pensé en él hace rato. Siempre se sentaba ahí a contemplar su caf y nunca supe por qué. Sólo imaginaba que debía haber demasiada *tristeza* en su vida para pasar sus días así. Y ahora, también resultó lastimado como…

Ben se detuvo y miró atrás.

—No era tristeza.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, lo vi hoy ahí, y también lo vi el día de mi primera visita —explicó Ben, con las palmas unidas—. Y lo supe. No era tristeza, sino alegría.

Annileen se quedó viéndolo.

—¿Cómo lo sabes?

—Es sólo una corazonada —dijo, mirando con sus ojos azules la puesta de los soles y dándole la espalda a Annileen—, pero también he visto la tristeza antes, en todo tipo de rostros. Bohmer estaba contento. La bebida que le servías por la mañana, la mesa frente a la que se sentaba…, ese era su lugar en el universo.

—Pero lo lastimaron justo ahí…

—Porque estaba protegiendo el lugar que amaba. Creo que estará satisfecho con eso. —Ben giró y continuó subiendo la colina en silencio.

Annileen recordó que Ben había hablado de la pérdida ese mismo día, pero más temprano. Se daba cuenta de que estaba tratando de lidiar con algo bastante malo, pero al mismo tiempo, se veía perfectamente centrado. Centrado, en medio de la nada.

Annileen busco las palabras adecuadas antes de decidirse finalmente por dos:

—¿Quién eres?

Él rio.

—Soy Ben. Pero esta conversación ya la tuvimos.

«No me digas».

Annileen negó con la cabeza.

—Filósofo independiente del desierto. ¡Haciéndola de doctor y rescatista!

—Creo que las cosas no han sucedido así. Más adelante las recordarás de manera distinta.

Annileen se paró al pie de la duna y colocó las manos sobre su cadera.

—Bien, creo que estás desperdiciando tu talento aquí. Alguien como tú debería… debería estar *haciendo* algo. —La comerciante hizo una pausa y luego continuó con ímpetu—. O al menos deberías tener una familia que cuidar.

Ben se quedó callado. Luego volteó y la miró por encima del hombro con una sonrisita en el rostro.

—Bueno, uno nunca sabe, tal vez *ya tengo* una familia que cuidar.

Annileen puso los ojos en blanco, giró y abordó su moto speeder.

—Oh —gritó Ben de repente, metiendo las manos entre los pliegues de su capa. Sacó un objeto rectangular de su bolsillo—. Acabo de recordarlo. Con tantos sucesos… olvidé que todavía tenía tu datapad.

—Consérvalo —dijo Annileen, e hizo girar el acelerador—, como recuerdo de un día demencial.

—Pero el safari y tu solicitud…

—No iré a ningún lugar —agregó ella—. Aquí mismo ya hay especies nuevas que estudiar. —La mujer soltó el freno y se fue planeando.

En lo que se refería a jornadas estresantes para Annileen, esta acababa de calificar en segundo lugar, sólo debajo de aquel difícil día del nacimiento de nalgas de Jabe.

Después de dejar a Ben se detuvo en la casa del doctor Mell y, luego de que le informaron que Bohmer se encontraba descansando sedado en Bestine, regresó a casa; en el camino se fue preparando para el desastre que encontraría en el almacén y para la siguiente guerra que libraría en cuanto encontrara a su hijo. El chico dejó de hacer su trabajo, se fue con esos amigotes suyos de pacotilla y la desafió al irse a cazar a los tusken… ¡dos veces! Una cosa era llegar al mundo con el trasero por delante y otra poner a prueba el límite de resistencia de tu madre.

A Annileen no le sorprendió ver las luces encendidas en el interior del Claim y los speeders desperdigados afuera. Lo que le extrañó fue lo que vio en el almacén mismo, en cuanto cruzó la puerta.

Sí, había borrachos celebrando, más de los que jamás habían visitado el lugar. Sin embargo, el almacén se veía inmaculado. El mostrador de armas y las repisas habían sido reparadas, las asquerosas manchas del piso ya no estaban ahí, y los productos ya se encontraban de nuevo en los estantes y razonablemente cerca del lugar que les correspondía. Además, ya no apestaba.

Leelee, que se encontraba conviviendo con un grupo formado principalmente por parranderos varones, levantó su vaso y le sonrió a su amiga.

—Todos los que no nos unimos a la patrulla ayudamos a limpiar —explicó—. Eso nos dio algo en qué ocuparnos.

Annileen miró alrededor con suspicacia. No le daba nada de confianza que el almacén estuviera lleno de gente sin un Calwell presente.

—¿Todo sigue aquí?

—Tal vez aprovechamos un poquito lo que había en las alacenas para alimentarnos, pero… es un precio bajo a cambio del servicio de limpieza, ¿no?

Annileen caminó hasta su amiga. Leelee se veía sonrojada, incluso para una zeltron. Obviamente la fiesta llevaba un rato de haber empezado. Entre los hombres del grupo Annileen reconoció a Waller, un amigo de su esposo. Estaba contando historias del asalto a los tusken.

—¿Quién se quedó con tus hijos? —preguntó la comerciante.

—Los guardias droides —gritó Waller, y brindó con una taza vacía—. Plug-eye está acabado. ¡Lo único que necesitamos son los droides!

—Lo único que necesitamos *esta noche* —dijo Orrin, aclarando la garganta sonoramente desde atrás de la barra. Su apariencia era sorprendente. Llevaba puesta la elegante ropa urbana que guardaba en la oficina… y un mandil encima. El anfitrión y barista se encontraba rellenando vasos con una sonrisa. Cuando vio a Annileen, señaló las botellas vacías con la cabeza—. Estoy llevando la cuenta —dijo.

—Claro que no. —Annileen se acercó—. Dame lo que sea que quede —dijo, mientras se sentaba con cansancio en un banco frente a la barra de su propio bar.

Orrin ya estaba sirviendo la bebida.

—Estuviste hoy ahí, ¿no es cierto? —preguntó el granjero, riéndose—. Annie, eres una maravilla. ¿Cómo decía Dannar? No puedes deletrear «adrenalina» sin decir Annileen.

—Dannar nunca pudo deletrear —aclaró la viuda y tomó el vaso—. Por eso me contrató. —Annileen se bebió el trago en tres segundos y depositó el vaso sobre la barra frente a él—. Ahora dime, ¿en qué estabas pensando al llevarte a Jabe a esa cacería?

La sonrisa de Orrin desapareció por un instante, pero entonces una joven voz lo salvó.

—No lo culpes, mamá. ¡No fue idea suya!

Annileen fulminó a Jabe con la mirada en cuanto lo vio entrar al almacén. El chico se detuvo frente a Orrin.

—Wyle Ulbreck ya se fue, señor.

—Maldita sea —exclamó Orrin, sacudiendo la cabeza—. Tenía la esperanza de restregarle la gran victoria en la cara. —El granjero miró alrededor y levantó la voz—. Ahora todos saben que el Llamado de los Colonos funciona, ¿no es cierto? ¡Este lugar es prueba de ello!

Un vítor desigual de embriaguez se escuchó en el almacén, pero Annileen lo ignoró. Bajó del banco y se puso frente a su hijo para que no pudiera unirse a la alegre multitud.

—Jabe. Tienes que dejar de hacer esto.

—¿De hacer qué?

—Estoy demasiado cansada para decirte la lista —dijo, asiéndolo de la camisa—, pero podemos empezar con el desfiladero. ¡Estabas matando!

—Sí, ¡matando tusken! —El chico agitó las manos con un aire dramático—. No son criaturas civilizadas, mamá. ¡No son *nada*!

—Eso no lo sabes —dijo Annileen—. ¡No son ratas womp a las que les puedes disparar para divertirte!

Jabe se zafó de su madre.

—Mataron a papá, ¡y hoy trataron de matarnos *a todos*!

—Lo sé, pero…

—Pero nada. Al menos yo hice algo. —La ira se encendió en los ojos del joven—. Después de que papá murió, ¿hiciste *tú* algo?

Annileen se quedó mirando a su hijo petrificada. A pesar de que actuaba como alguien a quien no conocía, cada vez se parecía más a Dannar.

—Claro que hice algo después de que murió —dijo, por fin—. Al día siguiente abrí el almacén. —Y con un aire más calmado, añadió—: Como él habría querido que lo hiciera.

Jabe pasó junto a su madre empujándola, pero ella no lo detuvo. El chico hizo una pausa en el bar y habló con Orrin en voz alta para que su madre escuchara.

—Zedd está fuera del juego, así que tienes una vacante en tu equipo principal de evaporadores. Estoy disponible.

—No, no lo está —gritó Annileen, desde atrás del chico.

Orrin se secó las manos con un trapo y le sonrió con incomodidad a Jabe.

—Lo lamento, hijo, ella es quien manda. —Orrin miró a Annileen y asintió, pero ella no respondió. Entonces el granjero se inclinó y habló en voz baja—. Estoy seguro de que hay otras maneras en que puedes ayudarme.

Annileen levantó los brazos agitadamente.

—Puedes ayudarle a limpiar lo que quede del almacén esta noche. Yo ya estoy harta. —Annileen tomó una comida previamente empacada de atrás del mostrador, abrió una botella, pasó junto a su hijo empujándolo y caminó con dificultad entre la multitud hasta su vivienda.

El ruido de la celebración continuó haciendo eco en el Claim y en su casa casi toda la noche, pero ella no oyó gran cosa. Comió con desgano y se arrastró hasta la cama. En cuanto su cabeza hizo contacto con la almohada, Annileen se dio cuenta de que no había visto a Kallie desde que regresó, pero su cuerpo se negó a aceptar más preocupaciones ese día y su mente sucumbió al sueño.

Meditación

No sé lo que usted alcance a ver desde donde está, Qui-Gon, pero dudo que se haya perdido el viaje de hoy.

Una vez más, debo decir que no estaba tratando de que fuera un gran evento. No tiene usted que repetirme lo que nuestro maestro mutuo solía decir. En realidad, sé que no debo anhelar ni emoción ni aventura, o como él diría: ni emoción ni aventura anhelar debo. Sólo fui al almacén por agua, en un día que se suponía que nadie estaría ahí. Eso es todo.

En algún momento pensé que lo más complicado de la jornada había sido cuando me encontré con el encorvado anciano del incidente en Anchorhead, quien parece ser un cliente regular del Claim. Cuando me di cuenta de que no me recordaba, supuse que me había librado del problema.

Sin embargo, luego me vi involucrado en un disturbio y una guerra sin límites, y se me olvidó el agua. Y mi eopie.

¿Habrá un incidente galáctico cada vez que salga de este refugio? Porque, en ese caso, puedo quedarme aquí. En serio, ¡eso no sería problema!

Por otra parte, dado lo que pasó en el almacén, fue bueno que estuviera ahí. No estoy seguro respecto a la segunda parte de la tarde, cuando salí a buscar a Jabe. No había manera de impedir lo que ocurrió ahí, pero es demasiado difícil ver algo así y no hacer nada.

Aunque… supongo que es mejor que sólo contemple sin hacer nada, a que ni siquiera vea. Me estoy perdiendo mucho de lo que sucede en otros lugares, pero no puedo vivir con una venda en los ojos. Ese no es el estilo Kenobi.

Hablando de lo que vi, no estoy seguro de que me haya gustado la faceta de Orrin Gault que conocí hoy. Después de que el complejo fue atacado, tuvo que defender su honor, y eso lo entiendo. Sin embargo, el hombre ejerce una cantidad de poder enorme aquí. Esta gente lo escucha y seguramente él lo sabe. Ser así de influyente exige responsabilidad.

Tal vez estoy siendo demasiado duro. Él actuó de esa manera porque su familia y sus amigos estaban en peligro, pero ambos sabemos hasta dónde puede conducir ese pretexto.

Los tusken…, bueno, esa fue otra sorpresa, aunque tal vez no debió serlo. Hace mucho tiempo conocí al hombre al que también A'Yark conocía, y luego escuché su *historia. Estoy esforzándome por recordar más detalles al respecto, pero tal vez vengan a mí después.*

Y luego está Annileen.

Justo ahora estuve tentado a llamarla «la Intrépida Annileen» porque parece capaz de lidiar con cualquier horror que este planeta pueda presentar. Y eso es lo que yo tengo que hacer, familiarizarme con todos los peligros en este sitio. Ella se los toma con calma no porque sea audaz, sino porque sabe que tiene que seguir adelante y cuidar de toda la gente que forma parte de su vida.

Creo que no es un mal ejemplo a seguir. Supongo que, de ser necesario, podría convertirme en «el Intrépido Kenobi».

Si debo continuar, y ambos sabemos que debo hacerlo, tendré que encontrar la manera de dejar de desgarrarme por lo que sucedió. Sí, hay dolor, pero en tiempos recientes la mayor parte la he infligido yo mismo.

Como esto. Usted sabe a lo que me estoy aferrando… una vez más. Me he dicho que es un último recuerdo y que ahora lo voy a guardar bajo llave. Estaría mucho mejor si me deshiciera de él de una vez por todas y tratara de continuar.

Así como lo ha tenido que hacer Annileen. Creo que puedo aprender algo de ella.

Sin embargo, cuando pienso en ella tengo que considerar…

… Espere.

Un momento.

…

¡Hay alguien aquí!

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—¡KENOBI!

Annileen se frotó los ojos.

—¿Cómo?

—Kenobi —dijo Kallie, con una sonrisa deslumbrante y una taza de leche azul en las manos—. Así se llama.

—¿Cómo dices? —Annileen fulminó a su hija con la mirada. Esa mañana se levantó a la mortal hora de costumbre, recordando que no había visto a Kallie en el almacén la noche anterior. Sin embargo, la chica estaba aquí, ahora, sentada a la mesa en la casa de la familia. Completamente despierta y temblando de emoción.

—Es su apellido —dijo Kallie.

—¿Su apellido? ¿Apellido de quién?

—¡De Ben!

Annileen dio un paso al frente.

—¿Cómo lo sabes?

Jabe gritó desde la despensa.

—¡Fue a su casa!

Annileen volteó al mostrador, en donde, afortunadamente, su hijo ya había dejado lista su fusión de caf de altura. Lo bebió todo de un trago y regresó a la mesa.

—Veamos. *¿Qué dijiste?*

—Que fue a su casa —repitió Jabe, al tiempo que llevaba un plato a la mesa. Se veía adormilado, como si se hubiera quedado dormido con la ropa puesta—. A casa de Ben.

Annileen se quedó boquiabierta.

—¿Fuiste antes de que lo llevara yo allá?

—No. —Kallie siguió desayunando como si no pasara nada malo—. Fue después de que él regresó. O sea, después de que tú te fuiste y él se quedó ahí.

—Espera. ¿Estuviste ahí *en la noche*? —preguntó Annileen.

—Sola —añadió Jabe. Su hermana lo miró con odio.

—En la noche. Sola. —El cuerpo de Annileen se estremeció—. *¿Con Ben?*

Kallie soltó una risita.

—Tranquilízate, mamá. No me mires con esos ojos de rodiana.

Annileen luchó contra las ganas que tenía de salir del almacén y empezar a gritar, pero en lugar de eso rellenó su taza y se sentó a la mesa junto a Jabe, quien no dejaba de reír disimuladamente.

—De acuerdo —dijo, frotándose la frente con el dorso de la mano—. Empieza desde el principio.

Con una actitud más sumisa, Kallie explicó:

—Como lo ordenaste, saqué el LiteVan para deshacernos de los cuerpos.

—Lo que quería era que les pidieras a los peones de Orrin que nos echaran una mano, ¡no que te fueras a hacerlo tú sola!

—Pero fue horrible, mamá. La peste estaba poniendo a los dewbacks como locos y a mí tampoco me estaba haciendo nada bien —dijo la chica, arrugando la nariz—. En cuanto llegué a los Retumbos desenganché la tarima flotante y la dejé ahí. Créeme, no querrías volver a usarla jamás.

«Un gasto más», pensó Annileen frunciendo el ceño.

—¿Y luego?

—Pasé por el Desfiladero de Hanter, pero para ese momento ya todo había acabado y los landspeeders se estaban yendo. Te vi con Ben dirigiéndose a su casa y quise asegurarme de que estuvieran bien y…

—Entonces ¿nos seguiste?

—Traté, pero tu moto speeder iba mucho más rápido que el LiteVan. Yo creo que cuando llegué ahí, ya te habías ido.

—Si ya me había ido, ¿entonces como supiste siquiera que estabas en el lugar correcto? —preguntó Annileen.

Kallie señaló detrás del mostrador.

El otro día, cuando regresaste, marcaste su casa con un círculo en el mapa.

—¡Tal vez estaba marcando un agujero de sarlacc para evitarlo!

—Pero no fue así —repuso Kallie—. Además, ya me habías contado sobre la cortina que tiene en vez de puerta.

Annileen frunció el entrecejo.

—¿Y hablaste con él? No puedo creer que lo hayas ido a molestar a su…

—Ah, no, él nunca supo que estuve ahí —explicó la chica—. Bueno, eso creo. Yo…, digamos que me quedé… paseando afuera.

Annileen se puso de pie abruptamente y su silla rechinó en el suelo de piedra.

—¿Lo espiaste?

—No pude ver gran cosa…

—¡No me importa!

Annileen miró el techo mortificada.

—¿Invadiste la privacidad de ese hombre?

Entre mordida y mordida, Jabe movió la cabeza de un lado a otro.

—Me alegra que el regaño no sea para mí esta vez.

Kallie hizo una mueca.

—Cállate.

—Espera —dijo Annileen, volteando a ver a su hija—. Pensaste que *yo* estaba ahí, ¿no es cierto? ¡Que estaba en su casa!

Kallie se sonrojó.

—Pues… *sí*, me pasó por la cabeza.

—¡Entonces pegaste la oreja a la puerta para escuchar!

—No es una puerta, mamá, es una cortina. Además, no me quedé mucho tiempo —replicó la chica.

—¿Cuánto?

—Sólo un par de horas.

Annileen la miró boquiabierta.

—*¿Un par de horas?*

—Necesitaba asegurarme de que no estuvieras en otra habitación —dijo Kallie, con una sonrisa resignada—. Y luego las cosas se pusieron muy interesantes.

—No me importa qué tan interesantes se pusieron —exclamó Annileen—. ¡Te pudieron matar por pasear ahí en la noche!

—Pero no fue así.

Annileen negó con la cabeza. En lo que a sus hijos respectaba, nunca había un argumento suficientemente bueno. La discusión sobre su seguridad se repetía una y otra vez. En cuanto sobrevivían a un peligro, este dejaba de serlo y se convertía en una anécdota.

Además, la intromisión a esta escala era un concepto completamente nuevo en el portafolio de las fechorías de sus retoños, y eso empeoraba la situación. «¿Qué le hizo pensar a Kallie que su comportamiento era aceptable?». Annileen se sentó en su silla y permitió que la gravedad se hiciera cargo de ella.

Kallie interpretó la expresión vacía de su madre como un permiso para continuar con su narración.

—Se apellida Kenobi.

—¿Alguien lo llamó así?

—Él mismo lo hizo —explicó Kallie—. No sé con quién estaba hablando, pero lo dijo. Sólo se sentó en su casa y habló respecto a su día, a la gente con la que había estado y a los tusken.

Annileen la miró con escepticismo.

—¿No estás inventando todo esto? —preguntó, y luego dijo el nombre para ver cómo se escuchaba—. «Ben Kenobi». —A lo largo de los años la comerciante había conocido a otros clientes con ese apellido, e incluso lo había visto escrito de diferentes maneras en sus recibos.

Jabe lengüeteó hasta la última gota de salsa de carne que había en su plato.

—Hay muchos Kenobi por ahí. Como esa pareja que vive cerca del Cañón de Bildor.

—También aquel piloto de carreras de vainas —repuso Kallie, emocionada.

—¡No! ¡Él se apellidaba Muun!

—Por favor, no empiecen, que ya tengo dolor de cabeza —dijo Annileen—. Sólo dime lo que escuchaste. Todo.

Kallie volvió a sonreír coquetamente después de limpiarse el bigote de leche azul.

—Pensé que querías proteger su privacidad.

—Ya es un poco tarde para eso, así que habla.

Kallie le contó lo que recordaba, hasta donde pudo: «Ben Kenobi» estaba molesto por su visita al Claim. Molesto porque seguía coincidiendo con los altercados. Estaba preocupado por lo que vio en el Desfiladero de Hanter; «Pero quién no lo estaría», pensó

Annileen. Además, no le encantó la forma en que Orrin dirigió el ataque. Jabe puso los ojos en blanco al escuchar eso. Después habló sobre la Intrépida Annileen.

—¿Y luego? —preguntó la madre.

—Luego nada —dijo Kallie—. Creo que me escuchó u oyó algo afuera. Entonces corrí de vuelta y crucé la colina hasta llegar adonde había dejado el LiteVan.

Jabe resopló.

—¿No salió a perseguirte con un enorme cuchillo de carnicero?

—¡No! —Kallie se encogió de hombros—. Bueno, si lo hizo, no me di cuenta. —La chica se mordió el labio—. Pero, ahora que lo pienso, antes de eso vi *algo*…

A Annileen casi le daba miedo preguntar.

—¿Qué?

—Bien, como ya dije, estaba sentado frente a un arcón, dándome la espalda. Creo que tenía algo en las manos, algo especial, me parece. Habló de guardarlo bajo llave… y eso fue lo que hizo.

Jabe se quedó viendo a su hermana con curiosidad.

—¿Qué era?

—Si lo supiera, ya te lo habría dicho, idiota —exclamó Kallie.

Annileen permanecía sentada como bajo una especie de hechizo.

—«Sin embargo, cuando pienso en ella tengo que considerar…». —La mujer levantó la vista y balbuceó—: Por el Gran Foso, ¡qué se supone que significa eso! ¿Estás segura de que no dijo nada más?

—¿Te refieres a nada más respecto a ti?

—¡Kallie!

—No —dijo la chica, recargada tristemente con el codo sobre la mesa—. Y *a mí* ni siquiera me mencionó.

Jabe rio entre dientes.

—Vaya, qué ingratitud la suya, después de que hasta dejaste que te salvara y toda la cosa.

Kallie refunfuñó.

—¡Eso! —dijo la chica, convencida.

Annileen estaba teniendo problemas para asimilar toda la información.

—Dices que no había nadie más ahí.

—Creo que no, pero no estoy segura.

Annileen se quedó pensando. Tal vez habló con alguien a través de un sistema comm. Sí, aunque las transmisiones que salían de los Eriales de Jundland solían tener problemas. O tal vez estaba dictando.

O quizá realmente tenía esa familia secreta de la que habló. ¿Sería eso lo que Kallie lo vio sosteniendo? ¿Un objeto que le recordaba a la familia que dejó atrás? Eso explicaría la tristeza que parecía embargarlo a veces.

Jabe tenía otra explicación.

—Creo que tiene problemas mentales —declaró, cuando se levanto de la mesa con sus platos—. Es un chiflado que se sienta en el desierto a hablar solo.

—No puedes saberlo —dijo Annileen—. Además, ese chiflado nos salvó aquí y luego me ayudó a rastrearte hasta el cañón.

—A pesar de que yo estaba completamente a salvo ahí —dijo Jabe, limpiándose las manos—. Si lo pienso bien…, creo que tú corriste más peligro quedándote sola con él ayer.

Annileen bajó la vista.

—En realidad no estábamos tan solos, los tusken llegaron de inmediato.

—Me refiero a otras cosas —dijo Jabe—. Como ¿qué sabes de este tipo?, por ejemplo.

—Es obvio que no lo suficiente. —Annileen se quedó callada un momento y reflexionó. Luego rio a carcajadas—. ¿Qué no te das cuenta, Kallie? Te oyó. *Sabía* que estabas ahí afuera. ¡Todo lo que dijo fue para que lo escucharas!

Kallie se levantó de la mesa.

—Puedes darlo por hecho si quieres, pero creo que Ben Kenobi piensa en ti —aseveró, dándole palmaditas en la espalda a su madre cuando pasó detrás de ella.

Annileen apoyó la cabeza en las manos.

—No puedo creer esto. ¡Crié a un sádico y a una mirona! ¿Acaso mis dos hijos están locos?

Jabe, que ya estaba junto a la puerta abierta con su hermana, respondió:

—No lo sé, mamá. Quien se fue a perseguir a los tusken acompañada de un demente fuiste tú.

Annileen permaneció inmóvil frente a la mesa cuando sus hijos se fueron a trabajar.

—No está chiflado —dijo, frunciendo el rostro—. Nada más… *habla solo*. —La comerciante hizo a un lado su taza y concluyó que ese asunto requeriría más tiempo de reflexión, y poco después se quedó dormida en la silla.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

—¡REY DE JUNDLAND!

Orrin asintió y saludó cuando los cuatro miembros de una familia pasaron junto a él y partieron del oasis. Ya no tenía ningún caso ser modesto. El día anterior los justicieros ganaron una batalla histórica y la noticia ya se había propagado por toda la región. El granjero se encargaría de que también les llegara a los devaronianos de Mos Eisley. Así sabrían que vengó la muerte de su socio sin demora, y tal vez eso le daría la oportunidad de salvar el contrato con el hotel.

A pesar de que la celebración duró hasta muy entrada la noche, Orrin se levantó temprano, con ganas de empezar ese gran día lo antes posible, y un poco más tarde, la situación ya había excedido sus expectativas. Todos sabían que ese era el día de la semana que atendía gente en el Claim, por lo que varios lo visitaron. Los elogios que recibió de los vecinos fueron agradables, pero lo más importante fue que mucha de la gente a la que había planeado llamar llegó por su propio pie para suscribirse a los servicios de protección del Fondo.

«El éxito vende».

El granjero no dejó que nada lo desanimara ese día, ni siquiera Ulbreck, quien llegó al Claim después del desayuno, armado con una nueva serie de historias para aburrir a la clientela. Orrin esperaría y le trataría de vender la suscripción al Llamado de los Colonos otra vez en cuanto se quedara sin gente a quien torturar.

Tampoco permitió que le molestara la costosa reunión que tuvo con Gloamer, el mecánico. Era gracioso pero, aunque ya había sido reparada la mayor parte de los estropicios que los tusken le causaron al Claim, el daño más importante fue el que ocasionó su mimada hija al estrellar el X-31 de Annileen contra la pared. Las reparaciones mantendrían estacionado varias semanas el landspeeder de la viuda de su amigo. Orrin estaría feliz de prestarle un vehículo de su flota de trabajo, pero a Veeka, cuyo Sportster había quedado todavía peor, la orillaría a buscarse su propio transporte por algún tiempo. Tal vez le vendría bien aminorar la marcha un poco.

Lo único que puso a prueba la sonrisa de Orrin ese día fue el Viejo Número Uno. Sus técnicos estaban enfrentándose ahora a lo que él ya había descubierto poco antes. El mecanismo del evaporador sobrevivió porque los Pretormins eran aparatos de uso rudo, pero la valiosa configuración de Dannar se había perdido. La primera ampolleta de prueba produjo algo que a Orrin le pareció un ordinario coctel de dos partes de hidrógeno y una de oxígeno. Las pruebas siguientes no dieron mejores resultados… y eso le rompió el corazón.

Al menos por hoy, sin embargo, la pena podía esperar. Todos los visitantes le habían traído algo: negocios, felicitaciones e incluso un pastel de azúcar. Por eso, en cuanto vio a otra persona acercarse a pie por el suroeste se preguntó qué buenas noticias traería consigo.

El granjero entrecerró los ojos. «Bueno, pero vaya», pensó. Enseguida se puso de pie y ondeó la mano a manera de saludo.

—¡Oye, Kenobi! *¡Ben Kenobi!* —El hombre encapuchado desapareció por un instante detrás de la duna, pero cuando Orrin remontó sobre la arena encontró a Ben arrodillado, ajustándose la bota—. Me pareció que eras tú —dijo Orrin.

Ben se puso de pie, y cuando el granjero estrechó y agitó su mano vigorosamente, dijo:

—Lo siento, Orrin, me parece que lo escuché decir…

—Ben Kenobi. Así te llamas, ¿no?

Sorprendido por la familiaridad del saludo y el tuteo, Ben miró abajo, alrededor y luego de vuelta a Orrin.

—Sí, pero…

—Pero ¿qué? —preguntó el granjero, con una sonrisa.

—Sólo me da curiosidad cómo lo supiste.

—¡Ah! Ya te enterarás cuando entres. —Orrin rio a todo pulmón, le dio un par de palmadas a Ben en la espalda y luego giró hacia el Claim, persuadiendo al recién llegado de entrar.

—Tal vez otro día. —Ben señaló más allá del almacén—. No pensaba entrar, sólo vine a recoger a mi eop…

De pronto se escuchó un agudo grito desde el interior.

—¡Ben!

Ambos voltearon y vieron a Kallie saludando frenéticamente desde la puerta abierta del almacén. Detrás de ella estaba Annileen, quien lucía avergonzada.

—Creo que vas a tener que entrar, hermano —sentenció Orrin, poniendo su mano sobre el hombro de Ben—. Kenobi, ¿eh? En Arnthout había un Kenobi que vendía bobinas de amortiguamiento para vehículos repulsores. ¿Son parientes?

—Cualquier cosa es posible. —Ben apretó los dientes y le ofreció un remedo de sonrisa al granjero, quien ya lo iba empujando hacia la entrada.

Kallie dio algunos pasos para recibirlo con una sonrisa.

—Rooh te ha estado esperando, Ben.

Annileen caminó hasta su hija, la asió de los omóplatos y la hizo girar 180 grados.

—Tú. Aléjate de aquí. Ahora. —Kallie volteó a ver a Ben, le sonrió dejándole entrever sus dientes y se apresuró a entrar muy feliz al almacén.

Orrin se rio y Ben miró a Annileen.

—En verdad, sólo vine a recoger a mi eopie…

—De ninguna manera —exclamó Orrin. Esa mañana, ocho personas que se habían negado hasta entonces por fin se espabilaron y pagaron por una suscripción. Tal vez Ben sería el Número Nueve—. ¡Un trago para nuestro nuevo vecino!

Orrin mantuvo la puerta abierta para Ben. El forastero iba a entrar cuando la dueña del almacén lo detuvo y lo miró directo a los ojos.

—Antes de que entres quiero decirte que… lo lamento.

—No estoy seguro de por qué te estás disculpando —dijo Ben, y entró al Claim enseguida.

—*¡Kenobi!*

El hombre abrió los ojos como platos en cuanto escuchó al grupo de gente al final de la barra decir su nombre, pero Orrin continuó guiándolo hasta el fondo.

Entonces Leelee Pace dejó de ocuparse de sus paquetes y saludó.

—Oye, ¡hola, Ben Kenobi!

El doctor Mell estaba junto al pasillo de artículos diversos con su hijo:

—Mira, ese es Ben Kenobi. ¡Creo que también es doctor!

Y llegando a la barra, Jabe contribuyó con el recibimiento lanzándole una mirada furiosa sin dejar de limpiar el mostrador.

—El chiflado Ben. ¿Todavía sigues hablando solo?

Ben miró a Annileen y luego a Orrin. Al granjero le dio gusto ver al visitante ligeramente desconcertado. Siempre sucedía así. La gente venía al oasis con la esperanza de alejarse un poco de los demás por alguna razón, pero nadie sabía que la vida en un pueblo pequeño hacía que la privacidad fuera algo completamente imposible. Al ver que Wyle Ulbreck se acercaba, Orrin miró a Ben como disculpándose.

—Tú eres el individuo de ayer —exclamó el anciano, jalando la manga de la capa de Ben como si fuera un droide sastre revisando una costura—. ¿Es cierto que eres un Kenobi?

Ben levantó el brazo y jaló su manga para soltarse.

—Yo…

—En una ocasión contraté a un Kenobi. Lo llamaban Gormel. Un ladrón. Apestaba a especias todo el tiempo. Lo despedí más rápido de lo que tú podrías decir tu nombre.

—Bueno, de hecho, nunca dije mi nombre. Al menos no a usted. —Ben hizo un gesto amable y dio la vuelta para alejarse—. Disculpe, por favor.

Ulbreck lo siguió.

—Tú me viste ayer cuando estuvieron aquí los arenositos. Tú viste a cuántos puse fuera de combate. —Ulbreck señaló las mesas—. Ven a contarles a estos colonos lo que hice, porque hay gente incapaz de creerle a un hombre honesto como…

Entonces Orrin intercedió por Ben.

—En verdad, Wyle, déjelo para otra ocasión —dijo, y enseguida despegó a Ben del viejo y lo condujo hacia el bar—. Lo siento —agregó, en voz baja—. Algunas personas se te pueden pegar como mynocks si las dejas.

—No hay problema —dijo Ben, que en ese momento fijó la vista en Kallie. La chica estaba parloteando con algunos amigos adolescentes—. Creo que ya sé qué fue lo que sucedió.

—Lo lamento —dijo Annileen—. Kallie fue a buscarnos ayer y terminó husmeando. Me siento muy mortificada.

Orrin les hizo un gesto a los otros para indicarles que abandonaran la barra, ya que quería sentarse ahí con Ben.

—Cuando no hay mucha actividad, los chismes se propagan con bastante rapidez.

Ben asintió.

—Creí que la invasión y la masacre mantendría a la gente ocupada por algún tiempo.

El granjero arqueó una ceja.

—Yo no la llamaría masacre —dijo Orrin, en un tono más serio. Obviamente, no le agradó la palabra—. Fue *justicia*.

Ben bajó la vista como dándose cuenta de que dijo algo fuera de lugar.

—Entre los tusken no hay inocentes, Ben. Sabemos que ese grupo fue el que nos atacó aquí…, aunque eso realmente no importa. Son depredadores, igual que los krayt.

—Lo entiendo.

Orrin le hizo un gesto con la mano a Jabe para que les llevara unas bebidas. No quería avergonzar *demasiado* a Ben. Al menos, no si pensaba suscribirse al Fondo. Sin embargo, no le molestaba bajarle un poco los humos al forastero. Orrin conocía a los tipos como Ben. Sabía que, primero, actuaría con modestia y desapego hasta que lograra que todas las mujeres del oasis se interesaran en él…, y entonces saldría a flote la verdad: que era un individuo problemático. El asunto era que el granjero todavía no sabía qué tipo de problemas causaría. La historia que Kallie estuvo propagando por todo el lugar antes de la hora de la comida añadía más evidencias de que estaba loco. No obstante, sus acciones del día anterior indicaban que tal vez se trataba de algo más…, que quizás era una especie de veterano de las Guerras de los Clones que había perdido el valor para pelear. Eso coincidía con la compasión que había mostrado por los tusken.

«En ese caso, cambio de táctica», pensó Orrin. Luego tomó su vaso y brindó:

—Por nuestro deber de mantener segura a la gente.

Ben asintió.

—Eso sí puedo aceptarlo.

Orrin comenzó a darle su discurso de ventas otra vez. En esta ocasión describió al Fondo del Llamado de los Colonos como la mayor esperanza para tener paz. El granjero dijo que si los tusken eran seres inteligentes, como parecía demostrarlo el encuentro con Plug-eye, entonces tal vez podrían aprender. Si los tusken entendieran que todos los hogares de los colonos en el desierto estaban protegidos por el mismo escudo, podrían empezar a interesarse más por el Mar de las Dunas.

—Dejemos que molesten a los jawas para variar.

Luego empezó a hablar de precios. Sabía que como el hogar de Kenobi estaba cerca de los Eriales de Jundland, podía solicitarle una cuota considerable, sin embargo, Ben lo interrumpió con una duda que lo desconcertó.

—¿Cuánto costaría extender tu protección un poco más lejos? —preguntó Ben, sondeando la situación, y con la mirada fija en el vaso que tenía entre las manos—. Digamos… Hasta ese lugar en donde sucedió el secuestro del que me hablaste.

—¿Dónde? ¿En la granja de los Lars?

—Bueno, por ahí —señaló Ben.

Orrin notó que Annileen se detuvo cerca de ellos. Desde que empezaron a hablar, la comerciante había estado caminando en círculo, como yendo de aquí para allá y lidiando con asuntos del almacén. Sin embargo, el granjero, ahora líder, se dio cuenta de que no dejaba de pasar por el bar de vez en vez para tratar de escuchar.

—La granja de los Lars. Queda bastante lejos, ¿no es así, Annie?

—Pasando el Oasis Motesta —dijo, y regresó a colocar artículos en los estantes.

—Incluso más allá de los jawa —agregó Orrin, mientras hacia cálculos—. ¿Qué tipo de negocios tienes? ¿Por qué necesitarías proteger esa zona?

—Sólo tengo curiosidad —respondió Ben, en un tono casual—. Hace un momento estabas describiendo el potencial del Llamado. Me preguntaba cuál sería su posible alcance.

Orrin asintió.

—Bien, veamos —dijo, y sacó un datapad del bolsillo de su chaleco.

Ben esperó mientras Orrin fingía estar haciendo cálculos que en realidad era imposible llevar a cabo. El granjero sabía que no había posibilidad de extender el alcance de las patrullas hasta la granja de Owen Lars. Quedaba a más de cien kilómetros del oasis, y en el camino se atravesaba una buena porción de las tierras altas orientales. El Llamado de los Colonos tendría que instalar armerías en zonas más alejadas del este antes de siquiera considerar una extensión del servicio. Además, no podían hacer nada de eso porque, en esencia, el Fondo era un colectivo local.

Kenobi, sin embargo, no tenía por qué enterarse de eso.

—Me parece que mil novecientos créditos al año podrían cubrirlo —dijo Orrin. Era una cifra enorme. Más de lo que cualquiera pagaba en ese momento, excepto Ulbreck, si acaso llegaba a suscribirse—. Además, necesitaríamos esa cantidad por adelantado para construir los escondites para las armas e integrar las patrullas. —Orrin miró a Ben directo a los ojos—. No sé si tengas esa cantidad.

Ben tuvo que suprimir su risa.

—¡Yo tampoco lo sé!

«Justo como lo imaginaba». Orrin asintió y empezó a guardar el datapad, pero entonces Ben agregó algo en voz baja:

—Aunque tampoco sé si no la tenga.

Orrin arqueó una ceja. Sabía que Kenobi contaba con dinero suficiente para comprar suministros, pero ¿por qué alguien con recursos viviría y vestiría como él?

—¿Qué tipo de trabajo reali…?

De pronto un agudo aullido del exterior interrumpió a Orrin. El grito hacía síncopa con un *thumm thumm thumm* que cada segundo se escuchaba más fuerte, y con el repiqueteo de las latas sobre los estantes. Annileen levantó la vista.

—¿Qué suce…?

Jabe se asomó por la ventana detrás del mostrador.

—¡No vas a creer esto, mamá! —El rechinido pasó de este a oeste y se dirigió a la zona de estacionamiento. Annileen corrió a la puerta lateral y Orrin se le unió en el camino.

El granjero tuvo que mirar dos veces antes de entender qué era lo que tenía enfrente. Era un landspeeder, pero algún idiota lo había modificado para que pareciera nave unipersonal de combate y le agregó alas a ambos lados, además de una larga y afilada punta injertada al frente. El vehículo estaba pintado de un escandaloso tono de rojo y tenía flamas falsas en las tomas de entrada de aire. En ese momento la nave empezó a girar violentamente sobre la arena y sus falsos cañones en los alerones estuvieron a punto de golpear a varios de los vehículos estacionados cerca.

El *thumm thumm thumm* se convirtió en un ritmo musical. Orrin notó entonces que, de hecho, la turbina central del ridículo landspeeder era una bocina gigante que emitía sonidos tan atronadores que la gravilla del suelo estuvo a punto de elevarse.

Kallie, que estaba detrás de Orrin y Annileen, tuvo que gritar para que la escucharan.

—¡Los animales se están volviendo locos! ¿Se descompuso la sirena del Llamado?

—No sé *qué* es esto —dijo Annileen, boquiabierta.

El toldo del extraño vehículo se deslizó hacia el frente y dejó ver al piloto: una cosa larguirucha con cara como de cuero y cabeza en forma de gota. El cráneo se estrechaba hasta convertirse en un rizo gris que apuntaba al cielo. A pesar del intenso calor de Tatooine, el individuo vestía una misteriosa gabardina negra, y cuando se puso de pie en el interior del compartimento para el piloto, Orrin divisó no una, sino tres fundas de blásters para colgarse al hombro que se asomaban entre los pliegues de la prenda. El recién llegado levantó un bastón enjoyado y salió del peculiar speeder.

La mitad de los clientes del almacén ya estaba en las ventanas observando al conductor. Sus piernas estaban divididas en tres partes, ya que en ambas tenía dos rodillas, y en cuanto pisó la arena con los cascos, sus ajorcas doradas se agitaron hacia atrás y hacia delante. Todo el tintineo que producían los anillos era inaudible frente a los estruendosos sonidos que seguía produciendo la bocina.

—Es un gossam —dijo Ben, quien ya también estaba asomado por una ventana.

—Es un idiota —agregó Annileen desde la entrada—. ¿Y qué trae consigo?

Los colonos lo averiguaron rápidamente. En el asiento trasero de su vehículo había dos enormes masas verdes apretujadas que de pronto empezaron a pelear. Aunque el piloto les resultaba un misterio a muchos de los clientes del Claim, todos reconocieron a los gamorreanos: enormes guerreros porcinos que trabajaban para cualquier malhechor que pudiera alimentarlos. Las criaturas se enfrentaron porque ambas querían pasar a empujones por el pequeño espacio que servía de salida del vehículo. Cuando uno de ellos finalmente ganó y trepó para salir por el lado derecho, el remedo de speeder estuvo a punto de volcarse. El conductor gossam reprendió a los gamorreanos y les dio fuertes golpes en la cabeza con su bastón enjoyado.

—¡Por todas las galaxias! ¿Qué se supone que es eso? —preguntó la comerciante.

Orrin se quedó petrificado. De pronto comprendió algo terrible. «No, no, no serían capaces de enviar a alguien aquí, ¿o sí?».

Pero sólo le tomó un segundo responder a su pregunta. El granjero retrocedió y estuvo a punto de tropezar él solo. Su gran día acababa de tomar otra dirección.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

—VINIMOS A VER A ORRIN GAULT —dijo el gossam de rostro arrugado que ya se encontraba de pie en la entrada del Claim.

—No lo escucho —gritó Annileen—. Nos acaba de ensordecer a todos. —La comerciante le había permitido a la criatura entrar al almacén, tan sólo después de que esta aceptó apagar la supuesta música. La negociación tomó dos minutos de un improvisado lenguaje de señas.

Los cascos del gossam repiquetearon en el piso de sintepiedra. Sus enfermizos ojos amarillentos siguieron los estantes alrededor como si estuviera haciendo un inventario. De pronto sacó una ánfora del interior de su gabardina y permitió que Annileen viera con toda claridad sus blásters. Un instante después, sus labios empezaron a chasquear con fuerza.

—Orry-Orry-Orry —dijo, como si estuviera hablando un nuevo idioma—. Orrin. Orrin Gaa-woooolt. Orrin Gault. ¿Alguno de estos sonidos te resulta familiar, gusano?

Orrin no se encontraba ahí, pero por encima de unos estantes Annileen vio que la puerta de su oficina estaba abierta. Tal vez había ido por su bláster. Jabe seguía detrás del mostrador y ya había sacado la pistola de la caja de créditos. Annileen le hizo una señal para disuadirlo de usarla. Si no quería que su hijo cazara tusken, tampoco quería que terminara muerto en una balacera con…, ¿qué era eso? Lo que quiera que fuera esa gente.

—Soy Bojo Boopa —dijo el gossam, sondeando a Annileen—, aunque usted puede llamarme Maestro Boopa.

—No, si no quiere que me ría. —La comerciante miró a su izquierda y vio que Ben estaba parado casualmente junto a un exhibidor de ropa, como no prestándoles atención a los visitantes. Sin embargo, notó que su mirada viajaba entre ella y Jabe, y eso la reconfortó.

Los gamorreanos cargaron con fuerza hacia el frente y chocaron contra los estantes. Algunos artículos cayeron al suelo causando un estrépito.

—¡Oigan! —Annileen dio un paso al frente…, pero luego se quedó paralizada en cuanto uno de los titanes le gruñó. El otro cerró el puño y golpeó un exhibidor. Los paquetes terminaron desperdigados por el pasillo y Jabe empezó a moverse detrás de la barra.

—No hay necesidad de causar problemas —dijo Ben, interponiéndose entre los gamorreanos y Annileen.

Boopa lo miró malintencionadamente y volvió a guardar el ánfora en su gabardina con un movimiento que le sirvió para desplegar los blásters y que los clientes los vieran.

—¿Qué se supone que eres? ¿Un héroe?

—En absoluto —contestó Ben, arrodillándose—. Soy el mozo —susurró. Luego empezó a recoger los contenedores que cayeron y a colocarlos de nuevo sobre los estantes.

Orrin salió de su oficina, al fondo del almacén.

—Soy Orrin Gault —dijo, sin la sonrisa que había tenido durante el día. Se acercó a Boopa y lo miró con frialdad—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Lo dudo. —El gossam estiró el cuello, olfateó con desdén al hombre y señaló el cuarto de donde acababa de salir Orrin—. ¿Ahí es en donde haces negocios, Orry?

—A veces.

—Bueno, pues vayamos. —Boopa hizo girar su bastón y caminó por el pasillo que llevaba a la oficina.

Antes de girar y seguir al gossam, Orrin miró a Annileen de frente y a Ben de reojo.

—Esto sólo tomará un minuto —les dijo desde la oficina y cerró la puerta.

«Me has estado mintiendo, Orrin», pensó Annileen. No fue sólo uno: ya casi llevaba quince minutos alternando entre la ansiedad y el enojo.

Sentía ansiedad por no saber lo que estaría pasando en el interior de la oficina. Era evidente que los recién llegados no eran agricultores de humedad. Orrin ya había hecho negocios con gente de dudosa reputación en el pasado porque, cuando uno dirigía una granja, casi tenía la obligación de hacerlo. Siempre había algún proveedor atrapado bajo el enorme pulgar de un hutt, y ella sabía que de vez en vez Orrin negociaba con comerciantes con propiedades conseguidas ilegalmente. Sólo lo hacía para acortar presupuestos. Esto, en cambio, parecía algo distinto.

—¿Crees que los devaronianos los hayan enviado para vengarse por la muerte de su socio? —le preguntó a Ben en un susurro.

—Nunca me ha parecido que los hoteleros sean gente vengativa —respondió.

Annileen ahuyentó a Kallie y a Leelee para que abandonaran el almacén. De hecho, varios de los clientes salieron en cuanto vieron, y ocasionalmente oyeron y olieron, los productos gaseosos de los gamorreanos. Claro, algunos de los parroquianos más rudos se quedaron y observaron con cuidado desde sus mesas. Jabe también se negó a irse y prefirió hacer base en el mostrador de armas. Annileen pensó que si Ulbreck pudo resistir a una multitud de tusken desde ahí, entonces Jabe se encontraba razonablemente a salvo. La comerciante notó que también el viejo granjero se había ido. Tal vez decidió que su aventura del día anterior ya era suficiente para una semana.

Ben, en cambió, se quedó ahí acomodando frazadas y revisando la calidad de las llaves de tuercas. Su mirada viajaba casualmente hasta los gamorreanos y a la puerta cerrada de la oficina. Por supuesto, tenía curiosidad, pero como él no estaba tan ansioso como Annileen, había logrado hacerla sentir más tranquila, al menos lo suficiente para permitirle encolerizarse.

Annileen no tenía idea de si los gamorreanos habían estado en algún almacén antes, pero aquí empezaron a tomar lo que se les dio la gana de los estantes, como si estuvieran en su alacena. Iban a provocar un desastre, pero mientras sólo estuvieran llenándose la boca, y no rompiendo objetos o lastimando gente, todo estaría bien.

—Esto no me gusta —musitó Ben cuando pasó junto a ella.

—Este almacén ya sobrevivió a los tusken, creo que puedo lidiar con esto.

—No, me refiero a que el más bajito acaba de tragarse un puñado de pernos de metal y se va a arrepentir.

Para cuando la puerta se abrió, Annileen ya había barrido cinco pasillos desde que llegaron los gamorreanos, pero en ese momento se esforzó por escuchar lo que decía Boopa.

—… no va a funcionar, Gault. Eres un hombre importante aquí —dijo el gossam cuando salió de la oficina—, pero este pequeño reino tuyo es sólo una mota de polvo en el ojo del jefe.

Orrin salió por la puerta y apoyó las manos en su cintura.

—Bueno, le puedes decir a tu jefe, o a cualquiera que esté interesado en saberlo, que este oasis está lleno de gente buena, y que ¡no los queremos por aquí! —El granjero miró la zona del comedor por el rabillo del ojo, y ahí vio a los clientes con expresión de asombro, escuchando muy atentos. Entonces señaló la salida—. ¡Ahora vete y llévate a tus musculosos guerreros!

Boopa llamó a sus gordos acompañantes con un gesto.

—Vamos, muchachos, este lugar apesta. —El gossam miró alrededor y arrugó el hocico—. ¡Los tusken estuvieron aquí!

Cuando el trío de alienígenas salió del edificio, Orrin los siguió hasta la puerta, desde donde les gritó.

—¡Y más les vale mantener esa maldita música apagada mientras se van!

Annileen se acercó a la ventana y se quedó mirando asombrada. Boopa había vuelto a su ridículo vehículo y lo echó a andar… en silencio. La comerciante volteó a ver a Orrin.

—¿Qué fue todo eso?

El granjero giró hacia los ocupantes del almacén.

—No fue nada —aclaró, estirándose—. Son sólo unos maleantes que creen que podrán extorsionar a la gente honesta y hacerla pagar por protección. La historia de siempre. —El empresario señaló afuera de la ventana—. Pero resulta que el Llamado de los Colonos tiene varios usos. En cuanto se enteraron de lo rápido que logramos traer aquí un ejército para luchar contra los tusken, perdieron el interés.

Además de ser la declaración más modesta salida de la boca de Orrin que Annileen podía recordar, logró que a los presentes los embargara una oleada de emoción. De hecho, varios se acercaron, ansiosos por hablar con él para unirse al Fondo del Llamado. Annileen miró a Ben. Lucía tan confundido como ella por la experiencia.

La comerciante giró para barrer los restos de lo que comieron los gamorreanos, pero Orrin se alejó de la multitud y la jaló de la manga.

—Oh, Annie, necesitamos hablar… respecto a tu *landspeeder*.

Annileen tuvo que mirarlo dos veces, ya que no creía que de verdad tuviera ese asunto presente ahora que tenía la oportunidad de hacer nuevos negocios.

—Hubo un retraso —dijo Orrin. Sonaba sincero—. Me lo dijo Gloamer. Pero no te preocupes —agregó. Luego soltó su manga y la tomó de la mano—. Voy a arreglar algo para ti. Puedes usar el USV-5 mientras tanto.

—¿Quieres que use tu landspeeder? —La oferta dejó atónita a Annileen. De hecho, como el vehículo de lujo de Orrin era el orgullo de su existencia, sospechaba que la única razón por la que dejaba que Mullen lo condujera era porque quería que pareciera que tenía chofer.

—No me molesta —dijo Orrin, poniendo su otra mano sobre las de ella. Luego las estrujó y la miró directamente a los ojos—. Después de todo, casi eres de la *familia*.

Annileen abrió los ojos sorprendida. En cuanto Orrin mencionó la reparación de su landspeeder, imaginó que empezaría con su rutina típica para ofrecer disculpas con una sonrisa, pero esto era distinto. Ahora se veía serio. En el caso de muchos otros, la seriedad era una expresión significativa, pero en Orrin la veía tan rara vez que realmente no tenía un índice de referencia para medir qué tan sincero estaba siendo con ella.

—*Familia* —repitió el granjero en voz alta para que lo escucharan quienes estaban alrededor. Entonces, Annileen se dio cuenta de que la gente los observaba. Por un instante quiso preguntarle a qué se debía el ofrecimiento, pero al final sólo contestó tartamudeando:

—Gr… gracias.

La comerciante retiró sus manos y retrocedió. Orrin giró la cabeza y vio a Ben en el siguiente pasillo.

—Ah, Kenobi —dijo, llanamente—. ¿Ya estabas listo para hablar de negocios y del Fondo?

Ben se encogió de hombros.

—Lo lamento, tal vez te he estado haciendo perder el tiempo.

Orrin lo miró con un aire sereno.

—¿Sabes, Ben?, cada vez que vienes siguen sucediendo cosas. Detesto causarte tantos inconvenientes.

—Sí, en realidad debería enfocarme en mis asuntos —contestó Ben con amabilidad, antes de inclinarse ceremoniosamente e irse.

Orrin caminó de vuelta a su oficina con los emocionados clientes detrás de sí. Annileen tenía los ojos desorbitados. «¿Acaba Orrin de decirle a un amigo mío que se vaya?».

Con una indignación repentina, la dueña del Claim caminó zapateando detrás de Orrin para hacerle justo esa pregunta. Si en verdad lo había corrido, entonces lo hizo de la manera más sutil y educada que había visto jamás, sin embargo, la única que tenía derecho en su almacén de decirle a alguien más qué hacer era ella. En cuanto llegó a la parte de atrás de la multitud, sin embargo, algo la instó a voltear a la salida.

Ben se había ido.

Justo afuera de la puerta que daba al establo encontró a Kallie, quien, ansiosa y casi sin aliento, le preguntó:

—¿Se fue Ben? ¡No encuentro a Rooh!

—Sip. —Annileen suspiró y miró al interior del almacén—. Y nunca le entregué el barril de agua que le debemos.

—Qué extraño. ¿De dónde crees que sea, mamá?

—No lo sé, pero estoy segura de que, sea cual sea ese lugar, sus habitantes no entienden lo que significa comprar.

Meditación

Basta.

Sólo tres visitas… y el caos total.

No debí ir. Estoy poniendo en peligro la misión.

No volveré jamás.

Sobra decir que, de ahora en adelante, estas conversaciones serán mentales. Espero que lo entienda.

TERCERA PARTE

EL CENTRO DEL RESPLANDOR

CAPÍTULO VEINTICINCO

LOS MORADORES DE LAS ARENAS LIDIABAN CON las llagas durante toda su vida. A todos los niños tusken los envolvían con vendajes ajustados al nacer y, de hecho, trabajaban con tanta rapidez que A'Yark, por ejemplo, nunca vio los rostros de sus hijos. Sólo escuchó los chillidos de sus pequeños a través de unas boquillitas; fue un sonido metálico y agonizante. Los bebés no tenían manera de entender la maldición que representaba la existencia ni comprendían la vergüenza de la carne expuesta, pero se familiarizaban muy pronto con el precio que el cuerpo tenía que pagar por los vendajes.

Los tusken simplemente tenían que soportar las incontables llagas de toda una vida. A K'Sheek le tomó mucho tiempo aprenderlo cuando la secuestraron, años atrás. De hecho, la humana secuestrada creía que uno se podía cambiar los vendajes por limpieza o comodidad, pero estaba equivocada. Conforme crecían, los moradores de las arenas iban añadiendo más vendajes a los de su nacimiento, y cada uno era un testamento a su resistencia y supervivencia. Si algún guijarro se incrustaba entre las telas, sólo le ponían más capas encima y el forúnculo se convertía en un recordatorio del pasado. Al igual que las plantas funnel, los tusken eran capaces de producir piel nueva sobre sus heridas.

A'Yark entendía que la derrota era sólo una llaga más con la que tenía que vivir su gente. Todos los fracasos debían sentirse y recordarse profunda e individualmente, y desde la masacre en el desfiladero, cada vez que abría los ojos, el dolor estaba ahí. Los que sobrevivieron en Los Pilares se aferraron a la vida de una manera patética, como si fueran líquenes. Los primeros días fueron los peores; los poquísimos guerreros que quedaron hicieron lastimeras incursiones para ir en busca de calabacines hubba. ¡Vaya, qué orgullo!

Las discusiones continuaron, aunque de una manera menos peligrosa para A'Yark porque la mayoría de sus rivales tusken había muerto. Sin embargo, los desventurados ancianos no dejaban de caminar en círculo y de quejarse de su destino, y eso la irritaba demasiado.

Para colmo, el pozo sagrado de Los Pilares, que normalmente era confiable, ahora casi siempre estaba seco. La masacre no disminuyó las necesidades del clan, ya que todavía quedaba toda una manada de banthas sin dueño y no tenía caso sacrificarlos como marcaba la tradición. Los más preocupados culparon de los problemas con el agua a A'Yark y a la incursión fallida, a pesar de que ya corría el rumor de que otros clanes, en todo el planeta, estaban teniendo problemas similares. Si Tatooine en verdad se había enojado con sus inquilinos, todos los moradores de las arenas lo estaban sufriendo, no sólo una tribu.

A'Yark no tenía tiempo para recriminaciones, ya que, aunque sus esfuerzos por evitar que el clan se dispersara habían ocupado la mayor parte de su tiempo, también encontró la manera de dedicar algunas horas libres a una tarea de gran relevancia: vigilar a Ben.

La guarida del humano estaba cerca, un poco más al oeste, a lo largo de la cara norte de Jundland. A la guerrera no le costó trabajo encontrarlo; los vientos eran ligeros, y

aunque Ben había mostrado astucia en sus intentos por ocultar sus huellas, nadie rastreaba como un tusken.

Ya habían pasado varios días desde la última vez que el humano estuvo en el oasis, lo cual le provocaba curiosidad a A'Yark. ¿Qué no se encargaba de proteger a Annileen, la mujer humana? El complejo era su hogar, ¿o se habría mudado a la guarida de él? No lo sabía, pero no pensaba aventurarse a visitar el oasis para averiguarlo. Sería una locura en ese momento.

Un día, sin embargo, A'Yark divisó a Ben cabalgando al este. Había algunas ciudades en esa dirección, pero el hombre no tomó la ruta más rápida para llegar ahí, más bien se mantuvo cerca de línea de la cresta y evitó el contacto con los campamentos. Como la guerrera no podía alejarse demasiado de su indefenso clan, al final lo perdió de vista.

Por eso se sentó con su bantha y esperó sin dejar de observar.

Ben regresó a casa al siguiente día, cargado solamente con el equipo de campamento que había llevado consigo. Era obvio que, cualquiera que haya sido la razón que lo llevó al este, no tenía nada que ver con un simple viaje para conseguir suministros.

¿Qué era lo que impulsaba a un humano? A A'Yark le habría gustado pasar más tiempo escuchando a Sharad Hett. El humano siempre se mostró renuente a hablar de su vida anterior con sus congéneres porque, después de todo, eso fue lo que lo instó a unirse a los tusken. La guerrera tampoco le hizo suficientes preguntas a K'Sheek, porque los moradores de las arenas no tenían ningún interés en entender a sus enemigos. Les bastaba con saber que, si los atacaban, sangrarían y morirían.

Ahora que el poderío de su clan se había desmoronado, sin embargo, la líder necesitaba entender. El tal Ben anhelaba algo; todos los seres eran iguales. Eso era lo que regía sus hábitos y sus movimientos. ¿Lo que el humano deseaba estaría en el este?

A'Yark tendría que pensar en eso en otra ocasión. Los recolectores de calabacines ya se habían tardado en regresar. «Ni siquiera eso pueden hacer bien». La guerrera terminó de afilar la punta de su gaderffii y bajó de Los Pilares hasta la meseta del desierto.

Entonces vio algo peculiar en el lejano noreste: en el horizonte fueron apareciendo un bantha tras otro. La última bestia la montaba el miembro más viejo del grupo de buscadores de alimento. El cuarto y último bantha tenía un cable alrededor del cuello y venía arrastrando algo parecido a un landspeeder, sólo que este vehículo era tres veces más largo que los que A'Yark conocía.

«¿Y ahora qué?», se preguntó, levantando indignada su gaderffii. La guerrera se lanzó por el desierto para tratar de captar la atención de la caravana improvisada. El landspeeder tenía una extensa plataforma en la parte de atrás y sobre esta había un objeto descomunal.

«Una torre de evaporador», pensó A'Yark.

La guerrera se detuvo con un derrapón. Un joven tusken operaba el vehículo, aunque definitivamente no de la manera que se suponía que debía hacerlo. El objeto se sacudió dando trompicones y golpeó las patas traseras del irritado bantha que venía al frente. La

máquina se veía reluciente, pero por abajo del toldo salían gases. Este sería, muy probablemente, su último viaje a algún lugar.

Los jinetes de los banthas pararon en seco en cuanto vieron a A'Yark y eso provocó que el landspeeder volviera a chocar contra el bantha de atrás. El animal chilló y pateó, y su enorme extremidad hizo que el enorme landspeeder se meciera y zigzagueara en el aire.

A'Yark no sabía a qué guerrero abofetear primero, pero eligió al de la máquina.

—Un colono lo abandonó —dijo el improvisado conductor.

—¿Y lo mataron?

El tono en que la líder hizo la pregunta bastó para que el joven guerrero agachara la cabeza avergonzado.

—Huyeron. Pensamos que el botín era más importante.

—¡El botín! —A'Yark caminó a lo largo de toda la plataforma—. ¿Qué vamos a hacer con esto? —La guerrera golpeó el evaporador con su gaderffii, lo cual produjo un estruendoso ruido metálico—. ¿Qué? ¿Ahora son jawas ustedes? ¿Van a ofrecer basura a cambio de migajas?

—Produce agua —dijo el guerrero sentado sobre el bantha guía—. ¡Agua! Necesitamos…

—¡Ya sé lo que hace! —A'Yark le lanzó una mirada malintencionada a la abominación de metal. Le asombraba que ningún tusken supiera la ofensa que ese objeto representaba para el orden natural—. Los colonos profanan la tierra con los evaporadores. Por eso nosotros los destruimos, no los…

A'Yark hizo una pausa.

—Esperen —dijo, reconsiderando el asunto. Volteó a ver al conductor—. ¿Tomaron esta cosa de la granja del Sonriente?

—¿El líder de guerra humano del oasis… y del desfiladero? —preguntó el joven y luego se hundió en su asiento: el recuerdo de la masacre seguía fresco—. No, nos dijiste que nos mantuviéramos alejados de sus tierras. Esto estaba en un lugar distinto.

«Bueno, al menos me hicieron caso en eso», pensó A'Yark. Sus viajes de reconocimiento le habían dado una idea de lo que el Sonriente consideraba su territorio. Tomar algo que le pertenecía podría ocasionar que su ejército volviera a salir de cacería. A'Yark nunca le temía a una batalla, pero los otros tusken no estarían preparados para un encuentro así. Lo mejor era evitarlo.

De pronto se escucharon ruidos en el interior de la formación rocosa. La guerrera volteó y vio que los niños estaban fisgoneando. Tenían curiosidad y querían ver los objetos recién llegados. Si su clan dejaba el artefacto gigante cerca de la entrada a la gran grieta, otros lo verían también. A'Yark señaló con su gaderffii y gruñó una orden.

—El objeto cabrá en la cueva debajo de la saliente. Llévenlo ahí… y traten de no romperlo.

Los jóvenes guerreros se miraron azorados ante el cambio de opinión, pero el grito de la líder los puso en movimiento enseguida.

A'Yark vio pasar el objeto e hizo cálculos. No estaba segura de lo que harían con él, si decidían usarlo del todo. Sin embargo, las circunstancias eran extremas, e incluso un objeto que no significaba nada para los tusken podría convertirse en algo importante para el enfrentamiento con los colonos. Para provocar una llaga, sólo se necesitaba un guijarro.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

—DAME LAS MALAS NOTICIAS —dijo Orrin, entornando los ojos al amparo del ala de su sombrero de granjero.

Veeka bajo contoneándose por el andamio.

—Ochenta y siete mililitros.

—¿Eso es todo? —Orrin se quedó anonadado. En Tatooine un humano podía sudar más que eso en cinco minutos—. Las configuraciones tienen que estar mal.

La joven se enjugó el sudor de la frente con ira y le lanzó una mirada de odio a su padre.

—¿Quieres subir y comprobarlo tú mismo?

Orrin no lo hizo. La situación llevaba algún tiempo siendo la misma en toda la zona oriental. Tan sólo un mes antes, la fórmula del agua dulce Gault había generado una buena producción en las torres de prueba, y ahora se estaba usando para programar todos los Pretormins en lo que normalmente era la época más productiva del año.

El cielo parecía haberlos abandonado.

—¿Tu diagnóstico?

—No va a darnos una lectura distinta a la que nos dio ayer —dijo Veeka, limpiándose las manos en su pantalón de trabajo—. Tenemos que hacer algo más, papá.

Pero ¿qué? Orrin no tenía idea. Este desempeño no era normal. Iba en contra de todo lo que sabía respecto al arte y la ciencia. No había cambiado nada en la atmósfera, todo seguía dentro de los parámetros esperados, pero todas sus costosas máquinas de diez mil créditos estaban produciendo agua común y corriente, y sólo un vaso en cada ocasión.

Algunos granjeros simplemente perdían el don, pero le resultaba imposible creer que esa fuera la respuesta. Todo pasaba por alguna razón, sí, pero era casi como si el hecho de que los tusken hubieran dañado el Viejo Número Uno un par de semanas antes estuviera destruyendo la receta en todos lados. No había ningún vínculo, porque las máquinas eran entidades discretas y cada una se ajustaba a mano, pero los evaporadores se comportaban como si la magia se hubiera acabado.

Veeka volvió a escalar la torre y se preparó para cerrar las puertas de mantenimiento colocadas en lo alto, fuera del alcance de los moradores de las arenas y de la fauna. De pronto se colgó hacia un lado y gritó:

—Alguien viene.

El viejo vehículo repulsor de Wyle Ulbreck se deslizaba con desenfado en el horizonte. Venía del oasis. Orrin lo reconoció de inmediato, también su hijo, que estaba trabajando cerca de ahí. Mullen vio a su padre alisarse la camisa.

—¡No me digas que lo vas a intentar otra vez!

—Un granjero vive de la esperanza —dijo Orrin, ondeando su sombrero en lo alto para captar la atención del viajero.

El vehículo de Ulbreck aminoró la marcha y se detuvo cerca del grupo de trabajo. El viejo miró por la ventana con los ojos entrecerrados.

—Oh —exclamó, al reconocer a Orrin—, es usted.

Orrin sonrió. «¿Quién más podría estar en mi propia tierra, imbécil?», pensó.

—Se va usted temprano, Wyle. —dijo Orrin, caminando hacia la puerta—. ¿Ya terminó de contarles a todos que salvó al Claim de la horda iracunda?

—No fui a eso —dijo Ulbreck—. Recibí una llamada. ¡Unos malditos arenositos robaron una de mis torres nuevas antes de que pudiéramos instalarla siquiera!

El viejo empezó a despotricar y a quejarse de los tusken, de los jawas y de los incompetentes que habitaban en todo el planeta. Orrin ni siquiera trató de ocultar lo divertido que estaba, pero finalmente aprovechó una pausa para hablar.

—Lamento mucho escuchar eso —repuso—. ¿Hubo algún herido?

—¡Sólo mi bolsillo! —Ulbreck golpeó el panel de control con su puño—. ¡Por todos los soles! ¿Para qué querrían los tusken un evaporador de todas maneras?

Orrin no tenía idea, porque jamás había escuchado hablar de un robo similar. Algunos evaporadores eran apenas más altos que un humano, pero sus Pretormins y las nuevas máquinas industriales de Ulbreck eran descomunales. Si los tusken lograron robar uno de esos, era porque el elogiado personal de seguridad de Ulbreck seguramente huyó y dejó el vehículo de transporte encendido.

La crisis le venía como anillo al dedo.

—Tal vez ha llegado la hora de despedir a algunas personas… y contratar a profesionales comprobados —sugirió el granjero y empresario.

—¡No empiece de nuevo! —Ulbreck miró a Orrin con odio—. Usted ni siquiera puede proteger el Claim, ¿cómo va a proteger mis tierras? —exclamó, y luego giró y escupió en una taza que tenía a la mano—. Son una peste estos arenosos. Sólo me hacen perder tiempo, gastar dinero y…

No había nada que detuviera a Orrin.

—Bien, veamos, Wyle, desde que los tusken atacaron el oasis y nosotros respondimos, nadie ha visto a Plug-eye ni a ningún otro morador de las arenas, sin embargo, a usted lo acaban de atacar y su tierra es la franja más grande que aún no cuenta con la protección del Llamado de los Colonos.

—¿Qué está tratando de decir? —Ulbreck estaba hecho una furia. Cuando apagó el motor, su vehículo repulsor cayó sobre la arena con un golpe seco.

—Estoy diciendo que tal vez algunos de los tusken que dejamos vivos averiguaron dónde están los puntos débiles y usted es uno de ellos.

Ulbreck maldijo.

—Está loco. Los tusken tienen cabeza de piedra, son incapaces de pensar. —Luego miró la torre del evaporador de Orrin, cerniéndose en lo alto—. Además, no me mienta. Yo puedo poner mis sirenas igual que usted.

—Sí, pero ¿quién responderá a ellas? —Orrin metió la mano a su bolsillo y sacó el activador remoto. Tras la incursión al oasis, empezó a llevarlo consigo a todos lados—. No se trata solamente del sonido, Wyle. Con este aparato puedo hacer que mi ejército

venga aquí, el mismo ejército que puedo enviar a recuperar su evaporador y, de paso… a romper algunos cráneos envueltos en tela.

—Esos malvivientes no son un ejército, sólo quieren los tragos gratis que usted…

—Sí, hago lo que sea necesario —repuso, mirando al viejo enigmáticamente—. Ahora bien, puedo suscribirlo con las tarifas anteriores. Los precios ya subieron e incluir todo su territorio lo obligará a incurrir en costos que tendrá que cubrir. Ya sabe, el último en suscribirse…

—¡Querrá decir el que nunca se suscribirá!

Orrin levantó los brazos exasperado y el vehículo repulsor produjo un gruñido metálico y siguió su camino.

Mullen miró a su padre.

—Te dije que era una pérdida de tiempo.

—Pensé que valía la pena intentarlo una vez más —dijo Orrin—. A estas alturas, estando tan cerca la temporada de cosecha, el único que tiene dinero es Wyle. —El granjero se quedó pensando por un instante y rio entre dientes—. Y tal vez ese Kenobi.

Mullen arqueó una ceja.

—¿Kenobi?

—Ben, el tipo que te hizo quedar como idiota, ¿recuerdas? Así se apellida —explicó Orrin, y luego le contó rápidamente a su hijo que Ben lo había interrogado sobre la posibilidad de extender la protección al este.

—¿Hasta Anchorhead? —preguntó Veeka, que ya venía bajando por la escalera—. ¿Y por qué le interesa proteger esa zona?

—No tengo idea. —Orrin se esforzó por recordar los detalles de la conversación. Ben mencionó la granja de los Lars. «¿Por qué tendría qué importarle lo que sucede por ahí?».

Veeka lanzó su caja de herramientas a la parte trasera del vehículo de trabajo.

—¿De verdad crees que tiene dinero? ¿No estaría sólo alardeando? —La chica sonrió—. Me pareció que dijiste que era un idiota.

—Sí, lo hice —dijo Orrin, mientras contemplaba las cimas de Jundland en la lejanía—. El hombre vive en la periferia, habla solo y viste como si los tusken le hubieran robado toda su ropa. Es el tipo de ser humano a la deriva que tu mamá adoptaría. —«Y con el que huiría», pensó, sin atreverse a decirlo—. Sin embargo, los chiflados también necesitan protección y algunos hasta tienen dinero.

«Aunque tal vez no sea el caso de este chiflado». Orrin sabía que no valía la pena perder el tiempo pensando en ese hombre. Ben no había aparecido en días, y se avecinaban problemas más importantes. El granjero contempló su evaporador con tristeza por última vez, y dijo:

—Dejemos esto por la paz. No vamos a terminar de arreglarlo para la fecha límite.

Mullen se quedó estupefacto.

—¿No habrá cosecha entonces? Pero esa gente que vino a verte…

—Nadie debió dejar que se acercaran siquiera al Claim —dijo Orrin, ofendido. Era un asunto delicado en la familia, alguien de los equipos de trabajo debió detener al «Maestro Boopa» antes de que llegara al Claim o, por lo menos, alertarlo a él.

Veeka estaba de pie a un lado de su hermano. Por primera vez se veía seria.

—¿Qué vas a…? Es decir, ¿qué vamos a hacer?

—Su bisabuelo me dijo algo una vez —les contó Orrin a sus hijos—: «Todo problema tiene dos soluciones, así que tienes que esperar hasta que encuentres dos maneras distintas de resolverlo, y luego aplicas las dos al mismo tiempo, porque para cuando uno necesita un plan de respaldo, siempre es demasiado tarde».

El granjero hizo una pausa y pensó en lo que estaba programado para las siguientes veinticuatro horas y en los planes que tenía para lidiar con todo eso.

—Averigüen si Zedd ya está listo para trabajar —dijo, sonriéndoles a sus hijos para reconfortarlos, y luego subió a su vehículo de un salto—. Tengo que preparar algunas cosas.

CAPÍTULO VEINTISIETE

LEELEE ESTUVO A PUNTO DE DEJAR CAER sus paquetes cuando abrió la puerta.

—*¡Annileen!*

En medio de la zona del comedor del Claim había un andamio inclinado en cierto ángulo, con dos de sus soportes reclinados contra el domo del techo. Annileen se encontraba aferrada a la parte superior de la estructura y colgaba peligrosamente. Cuando escuchó a su amiga, volteó y la miró por encima del hombro.

—Hola, Leelee, ¿qué hay de nuevo?

La mujer zeltron dejó los paquetes y se apresuró a ayudar. Cerca de la tambaleante torre había una cubeta volteada, en medio de un charco blanco y jabonoso.

—¿Estás limpiando el techo?

—No, ya no. —La mano mojada de Annileen volvió a resbalarse, y cuando trató de volver a sujetar la estructura, esta se estremeció—. ¡Le he estado gritando a Jabe, pero creo que está en el depósito!

—Querrás decir dormido. —Leelee empujó una mesa para alcanzar el andamio. La fijó lo suficiente para que Annileen pudiera girar y alcanzar uno de los soportes verticales.

Annileen bajó con cautela.

—Gracias —exclamó y respiró hondo varias veces—. Me dio miedo pensar que tendría que esperar hasta la hora de la cena.

Leelee miró alrededor. En la época de cosecha era cuando menos clientes había. El almacén se encontraba vacío, excepto por la vieja Erbaly Nap'tee, quien estaba husmeando en una canasta de retazos.

—¿Erbaly no te ofreció ayuda?

—No, pero sí me pidió que la ayudara yo a ella —explicó Annileen, secándose las manos en el overol—. Me da gusto decir que, incluso estando colgada del techo, sé lo que tengo en el inventario. —La comerciante levantó la cubeta y buscó el trapeador como si no hubiera pasado nada.

Leelee estaba maravillada.

—Entonces, decidiste lavar el techo… sola.

—En realidad estaba aplicando sellador —explicó Annileen—. Ustedes hicieron un buen trabajo después del ataque, pero quería alcanzar esas marcas de bláster que quedaron en el pourstone antes de que provocaran fisuras.

—¿Cuándo?, ¿como en treinta años?

Annileen encogió los hombros.

—Ahora es cuando tengo tiempo —dijo, y empezó a trapear enseguida.

Leelee estaba desconcertada, pero fue a recoger sus paquetes.

—Qué bueno que vine. Aunque, si tuvieras el control contigo, habrías podido activar el Llamado de los Colonos.

—Uy, habría sido todo un éxito en las dunas, seguro —dijo la comerciante—. Ya me imagino el holo: «Mujer llama al ejército para que la salve de su propia estupidez».

Annileen dejó el piso para después y caminó hasta la parte de atrás del mostrador. Se quedó mirando asombrada la pila de paquetes que Leelee llevó al almacén para enviar. En su tiempo libre, la zeltron era una talentosa escultora especializada en diseños primitivos y tenía clientes en todos los mundos del Borde Exterior.

—¿Cómo conoces a esta gente? —preguntó Annileen.

—Son exnovios —dijo la zeltron. Luego sonrió con delicadeza y deslizó su dedo color carmesí sobre una sarta digital de nombres en la lista de embarque que tenía en la mano—… que siguen siendo admiradores.

—¿De tu trabajo o de ti?

—Una artista trata de no preguntar —afirmó Leelee—. ¿Sabes? A ti también te vendría bien tener un pasatiempo. Llevas varias semanas hecha una bomba de energía. ¿Qué sucede?

—No lo sé —dijo Annileen, mientras procesaba los paquetes. Leelee tenía razón, por supuesto. Tan sólo en las últimas dos semanas había cambiado la disposición del área de productos empacados, le había ayudado a Kallie a volver a erigir la cerca del corral de los dewbacks, y reestructurado los procedimientos de contaduría del almacén. Esa mañana construyó con sus propias manos una nueva mesa especial para Bohmer y su nueva silla flotante. Quería que estuviera lista para cuando el rodiano por fin tuviera permiso del médico para regresar y continuar con su ingesta de caf. La realidad de su vida no había cambiado recientemente, pero ella se estaba asegurando de que, de todas maneras, se sintiera como un tornado.

—Sé cuál es el problema —declaró la mujer zeltron.

—No estoy solicitando consejos, Leelee. —Annileen dejó de transcribir—. Mira, lo entiendo. Las grandes dificultades de mi mundo no van a cambiar jamás, pero al menos hay toda una serie de tareas menores que puedo emprender, así que voy a hacerlo.

—Pamplinas —repuso Leelee—. Lo que yo digo es que no has visto a Ben desde que se fue del almacén en esa ocasión y eso te tiene colgada del techo. Literalmente —añadió.

Annileen puso los ojos en blanco.

—En serio —dijo, con frialdad—, ¿qué te hace pensar eso?

—Tal vez el hecho de que a mi obra de arte más reciente le acabas de pegar una etiqueta de envío a un lugar llamado «Sistema Kenobi».

Annileen miró las letras que había impreso distraídamente y se ruborizó.

—Ups.

—Está bien —dijo Leelee, señalando el paquete con la etiqueta equivocada—, sólo se trata de una estatua de la fertilidad.

—Eso es todo lo que necesito —dijo Annileen entre risas. Entonces negó con la cabeza y corrigió el rótulo—. De acuerdo, lo admito, me molesta que no haya regresado.

Annileen ya casi perdía la cuenta de los días que habían pasado desde el ataque de los tusken y del demencial y surrealista día subsecuente. Desde la visita del «Maestro

Boopa». Desde el extraño cambio en el comportamiento de Orrin para con ella. Y desde la desaparición de Ben tras haberse convertido en el centro de atención. Porque, efectivamente, no había regresado desde entonces.

—Supongo que lo asustamos —dijo. Los recién llegados eran así a veces. No sabían que la gente local chismeaba acerca de todos los que se mudaban a la zona, pero que luego los olvidaban en cuanto alguien más llegaba. Annileen incluso había evitado añadir más leña al fuego, por eso no comentó nada respecto al encuentro que tuvieron con la matriarca tusken. De hecho funcionó, ya que sólo dos personas le habían mencionado a Ben en días recientes. Orrin preguntaba ocasionalmente si no había vuelto, igual que Kallie. La diferencia era que la chica lo preguntaba cada cinco minutos.

Orrin apareció en el corredor del garaje. Annileen lo vio echarle un breve vistazo al andamio antes de meterse a su oficina y desaparecer sin decir una palabra.

—Ahí va otro loco —le susurró a Leelee. El amable comportamiento de Orrin cuando estaba cerca de Annileen era el enigma más reciente, la nueva historia que estaba capturando la atención de los clientes regulares—. Si quieres hablar con alguien, habla con él.

Leelee resolló e hizo un anuncio:

—Annie, amiga mía, Ben es exactamente lo que has necesitado todo este tiempo.

—¿A qué te refieres?

—A que a Orrin lo has mantenido a distancia durante años —explicó la zeltron—, y ya se acostumbró. Sin embargo, ahora que hay otro pretendiente para la princesa Annie, tiene que actuar.

Annileen miró aterrada la puerta de la oficina.

—¡Pero, yo *no quiero* que actúe!

—¿Estás segura? —Leelee rio con sutileza—. Yo creo que sí quieres mantener a Orrin interesado, para forzar a tu hombre misterioso a hacer algo al respecto.

—Estás loca —concluyó Annileen—. En serio, ¿qué les pasa a ustedes, los zeltron? Si los droides les prestaran atención, también tratarían de emparejarlos a ellos.

—Los droides sí nos prestan atención, Annie, por eso hay tantos.

Annileen gruñó. En verdad no necesitaba lo que Leelee sugería, ni estaba tratando de conseguirlo. Las cosas estaban bien con Orrin tal como estaban. «Bueno, no, no es así». Sin embargo, Orrin era más como un hermano mayor o, a veces, como un tercer hijo. Fue el mejor amigo de Dannar y ella lo seguía viendo como tal. ¿Por qué querría cambiar las cosas ahora?

Empezó a decir algo, pero Leelee la acalló de repente. Orrin salió de la oficina; ya se había cambiado la camisa y arreglado el cabello después de un largo día en las dunas. Vio a las dos mujeres y sonrió.

—¿Qué tal está mi gente favorita el día de hoy?

—Una de nosotras estuvo a punto de enterrar a la otra —dijo Leelee, señalando el andamio—. Tienes que sacar a Annie de este lugar antes de que empiece a acomodar las

latas de aceite por orden alfabético. Orrin, resplandeciente, caminó con desenfado detrás del mostrador.

—No teman, Orrin Gault tiene el plan perfecto y ya lo echó a andar. —Rodeó a Annileen con su brazo y medio la estrechó—. Mañana tendrás el día libre —le dijo, con una sonrisa—. Feliz cumpleaños.

La comerciante se separó de él.

—¿Qué quieres decir?

—Que acabo de hablar con Tar Lup —dijo, refiriéndose al asistente de los Calwell que ya había trabajado con ellos antes—. Va a tomarse unos días de vacaciones de su trabajo en Eisley, y lo convencí de que pasara el día de mañana aquí, cuidando el almacén.

—¿Por qué Jabe no podría…? —Los verdes ojos de Annileen comenzaron a sospechar—. Espera, ¿en dónde estaré yo?

—En Mos Eisley. Mereces un día en la ciudad —explicó—. Además, quiero que te lleves a toda la familia. Kallie puede cerrar el establo porque, de todas maneras, no hay nadie por aquí ahora. —Orrin entrecerró los ojos—. Llévate también a Jabe. Tal vez si pasan más tiempo juntos como familia, las cosas mejoren.

Annileen se quedó estupefacta, y cuando miró a la mujer zeltron, la vio con los ojos abiertísimos y escuchando con atención absoluta.

—Vas con nosotros, supongo —le dijo Annileen a Orrin.

—Oh, no —aclaró él, mientras buscaba algo en su bolsillo—. ¡Sería imposible con la cosecha encima!

—Claro. —Annileen lo observó, incapaz de dilucidar cuál era su objetivo real—. ¿Por qué a Mos Eisley?

Orrin encontró lo que estaba buscando: un pequeño sobre sellado.

—Toma —dijo—. Esta es la segunda parte de tu sorpresa; asegúrate de ir. Ábrelo hoy por la noche.

Annileen tomó el sobre.

—¿Qué traes entre manos, Orrin?

El granjero se rio.

—Sólo asegúrate de que yo esté cerca cuando lo abras —dijo. Luego le guiñó a Leelee y salió de detrás del mostrador.

—Mi cumpleaños es pasado mañana —aclaró la comerciante.

—Esta oferta es válida sólo para mañana —afirmó Orrin, caminando hacia su oficina—. Pasé toda la tarde diseñando este plan, ¡por favor no mandes a volar al pobre Tar! —El hombre cerró la puerta detrás de sí y le echó llave.

Leelee se estiró para tomar el sobre.

—¡Dámelo! ¡Quiero ver!

—¡No! —dijo Annileen, poniéndolo fuera de su alcance. Se sentía mareada. «¿Qué está pasando ahora, por todos los soles?».

Meditación

Meditación

Volví a tener ese sueño.

Fue como ya lo he descrito. Yo no era yo, pero veía el mundo a través de… algo. Un túnel, un filtro. Luego, escuchaba un grito.

Supongo que está cansado de escuchar sobre este sueño. Lo he tenido una vez a la semana desde que llegué a Tatooine y siempre me levanto azorado. Siempre siento que tiene que ver con Anakin de alguna manera.

Sólo las últimas dos veces ha variado un poco. El túnel es más estrecho, más brillante. Normalmente la vista es borrosa y roja, pero en esta ocasión fue como si estuviera mirando a través de… bueno, aunque suene extraño, a través de los ojos de un tusken.

Además, esta vez no me lastimó tanto escuchar el grito. Me sentí más alejado, ajeno. Antes tenía un efecto más fuerte en mí.

No sé lo que significa.

Me preocupa que el sueño represente la extinción de la luz en la galaxia y mi propio recelo por estar tan lejos de la acción. ¿Podría permanecer aquí lo suficiente para dejar de oír los gritos de los perjuicios que causó Palpatine?

No se preocupe, Qui-Gon, no estoy diciendo esto en voz alta. Todavía sigo avergonzado por haber permitido que me escucharan, lo que seguramente a usted le debe parecer una tontería enorme. Lo más probable es que piense que soy como un padawan otra vez.

Pero sé por qué sucedió. Me he estado enfocando demasiado en tratar de hacer contacto con usted, en recrear los sentimientos que tenía cuando hablaba usted con Yoda y conmigo. Estaba tratando de separarme mentalmente de mi entorno y por eso no escuché a Kallie acercarse.

No me parece que la chica haya escuchado nada demasiado revelador ni que me haya visto blandiendo el sable de luz de Anakin. La Fuerza estaba conmigo en ese momento. Además, parece que hay una buena cantidad de gente que tiene apellidos parecidos a Kenobi, así que nadie ha hecho la conexión. Aún.

De cualquier manera, no puedo volver a arriesgarme. Ya me estaba sintiendo demasiado apegado a la vida de la gente del oasis. Qué ironía. Usted fue quien siempre me dijo que tenía que enfocarme más en la Fuerza viva…, en la existencia de quienes nos rodean, en lugar de tratar de entender el panorama general que el Maestro Yoda contemplaba. Vivir aquí e involucrarme con este pequeño mundo y sus dramas ha sido iluminador.

Todo este tiempo había extrañado el ajetreo de salvar a la galaxia, y el hecho de comprender que las luchas menores de muchos son tan importantes para ellos como nuestras grandes batallas lo son para nosotros, fue una buena lección para mí.

Pero tiene que terminar ahora.

Por eso limitaré de manera estricta mis viajes al objetivo de mi misión. A principios de la semana fui a ver cómo estaba el niño. La granja se ve bien. Esta vez logré mantenerme alejado de Owen Lars, a quien no le agrado en absoluto.

También seguiré trabajando en mi refugio. Tengo que hacer algo respecto a la unidad refrigerante, que creo que fue construida en los tiempos de Arca Jeth. No se preocupe, hay otros almacenes en Tatooine además del Claim. No muchos, pero los hay…

CAPÍTULO VEINTIOCHO

—¡FELIZ CUMPLEAÑOS, ANNIE!

Annileen se despidió ondeando la mano desde la ventana del camión speeder.

—¡Gracias!

No tenía ningún caso decirle al ayudante que todavía faltaba un día para su cumpleaños. Todos los que fueron al Claim la noche anterior se enteraron de la razón de su viaje, y los trabajadores de la cosecha, propagados en las últimas tres dunas, ya también le habían gritado para desearle lo mismo, muy emocionados por ella.

Annileen también estaba entusiasmada. Iba bien vestida y se dirigía a Mos Eisley. Su hija iba en el asiento del pasajero y su hijo en el de atrás. Lo mejor de todo era que todavía no se habían peleado para nada: un verdadero milagro de cumpleaños.

Viajaron en el LiteVan II. El año que se casaron, Dannar rehabilitó el vehículo modelo SoroSuub, que hasta la fecha les seguía sirviendo para llevar a cabo el trabajo pesado del Claim. Por alguna razón, Orrin necesitó que Annie le devolviera su USV-5, pero a ella no le importó. Seguía impresionada y todavía no se creía del todo el contenido del sobre que Orrin le dio. Jabe y Kallie iban discutiendo el asunto en la oscura cabina.

—Siempre te he dicho que Orrin es un gran tipo —afirmó Jabe.

—Supongo que estaba equivocada —dijo Kallie. Su hermana mayor también iba aseada y vestida con coloridas prendas que había tomado de los estantes. La chica leyó la tarjeta dorada bajo la luz que entraba por la ventanilla.

—«Para Annie. Este certificado es válido por…». ¡Ben!

Sorprendida, Annileen volteó a ver a su hija.

—¿Qué?

—Ahí —gritó Kallie. Bajó la tarjeta y señaló por la ventana—. ¡A la derecha! ¡Es Ben Kenobi!

Annileen frenó y dejó caer el vehículo al mismo tiempo. Efectivamente, Ben y Rooh estaban frente a ella.

Era una imagen graciosa, le hizo recordar la primera visita a la casa del misterioso hombre y al furioso jato de bantha. Ben estaba apoyado sobre las manos y las rodillas, en medio de una maldita llanura, tratando de hablar con Rooh. La eopie tenía la panza sobre la arena y las patas flexionadas debajo de sí, y masticaba algo sobre una cama de follaje del desierto. Su arnés estaba conectado a un trineo improvisado sobre el que había una pesada y vieja bomba refrigerante.

Annileen acomodó el LiteVan a un lado del camino.

—¿Vas a algún lado? —preguntó.

—Esa era la idea original, pero no está saliendo como lo planeé.

Annileen apagó el motor y Kallie abrió la puerta de su lado. Jabe sólo se recargó en el asiento delantero, ofendido.

—Otra vez no, mamá, por favor. Este tipo…

—Él nos ayudó y ahora necesita apoyo —dijo su madre—. Sólo quédate sentado aquí y mantente fuera de los rayos de los soles.

Para cuando Annileen bajó del vehículo y caminó sobre la arena del desierto, Kallie ya estaba ahí, esforzándose por hacer que Ben notara su festivo atuendo rojo. La atención del hombre, sin embargo, continuó enfocada en la eopie.

—Rooh nada más decidió detenerse —explicó—. Está comiendo este… lo que quiera que sea.

—Es salvia del desierto —dijo Annileen.

—No creí que creciera aquí.

—En todos lados crece algo. —La comerciante se arrodilló junto a él y acarició el lánguido hocico de la eopie—. Muy bien, chica, todo estará bien.

Incómodo por la cercanía de Annileen, Ben se puso de pie y señaló la carga.

—Ha sido imposible hacer que se mueva. No dejo de pensar que tal vez até mal el trineo.

—No, está bien —le aseguró Annileen.

—Entonces sólo se niega a cargar peso adicional —dijo Ben, parado junto a Rooh, que seguía bocabajo.

—Eso es definitivo —dijo Kallie. La chica trató de reprimir una risita, pero no pudo. Annileen le indicó con un gesto que se callara, aunque a ella también se le dificultó no sonreír.

Ben las miró, ligeramente sonrojado.

—Aquí hay algo que no estoy cachando, ¿verdad?

—Para nada. De hecho, aquí hay algo que vas a tener que *cachar* —dijo Annileen. Estaba arrodillada acariciando el abdomen de la eopie—. En un par de días, por lo que se ve.

—No querrás decir que… —Ben miró conmocionado el abdomen de Rooh—. ¿Está preñada? —tartamudeó—. Eso no es posible, ¡sólo tengo un eopie!

—Pronto tendrás dos —señaló Kallie, riéndose.

Annileen se recorrió un poco y palpó el abdomen de Rooh.

—¿Desde cuando ha estado contigo?

—Ehh… no lo recuerdo. La compré hace algún tiempo. —Ben frunció el entrecejo—. No creerás que… eh, *sucedió* en el oasis, ¿o sí?

Kallie estalló en risa.

Annileen también sonrió, pero bajó la vista para no avergonzar más a Ben.

—La gestación de los eopies es un *poquito* más prolongada. Al parecer compraste dos por el precio de uno.

—Bueno, uno no puede echarle la culpa a los asuntos del amor —dijo Ben—. O como sea. —El forastero sonrió a pesar de lo cohibido que se veía. Luego se arrodilló y frotó la cara del animal—. ¡Tenías un gran secreto guardado, amiguita!

—Felicidades, abuelo —dijo Annileen.

Kallie ayudó a su madre a retirar el arnés del lomo de Rooh. En cuanto se sintió libre, la eopie se paró y continuó masticando la hierba. Annileen volteó hacia la unidad refrigerante.

—Está bastante maltratada —dijo.

—Sí, ya la han usado antes —asintió Ben.

—Tal vez en la Gran Guerra del Hiperespacio. —Annileen negó con la cabeza—. Nunca había visto una bomba refrigerante tan vieja.

Ben aclaró la garganta.

—Sí, bueno, tenía la esperanza de que la gente del taller de reparación en Bestine sí hubiera visto una —dijo, señalando al este.

—¿Vas a ir a otro almacén? —preguntó Kallie, mirándolo consternada.

—Así es la gente, cariño —dijo Annileen—. Si les haces un descuento una vez, jamás volverán a respetarte.

Desde atrás de la ventana polarizada del LiteVan surgió una voz sarcástica.

—¡Eso no te lo van a reparar en Bestine!

Ben miró a Annileen y arqueó una ceja.

Ella puso los ojos en blanco.

—Es mi hijo, el otro ermitaño. —La mujer caminó al speeder y dio un golpecito en el marco de la ventana—. ¿Cómo lo sabes, Jabe? ¡Ni siquiera has visto la bomba!

El chico se asomó.

—Porque la tienda de suministros de Bestine está cerrada. El hijo de los Geeler se va a casar. Estarán fuera una semana.

Ben elevó la vista. Miró a los soles con preocupación, luego se quedó contemplando la unidad dañada. Tragó saliva.

—¿Dijiste una semana?

—Tal vez más —contestó Jabe, y volvió a hundirse en la oscuridad del asiento trasero—. La boda es en Naboo. Decidieron tomar vacaciones de paso.

—Me da gusto por los Geeler —dijo Ben, con desgano.

Kallie jaló a su madre del brazo y casi la derribó.

—¡Mamá! ¡Ben puede ir a Mos Eisley con nosotros!

—¿Mos Eisley? —A Ben se le paralizó el rostro. Miró al este con aprehensión—. ¡No necesito ir a Mos Eisley!

La voz de Jabe se volvió a escuchar.

—¿Oyeron eso? No necesita ir a Mos Eisley.

—Cállate —dijo Annileen, mirando de nuevo la bomba refrigerante—. Podrías recibir el servicio aquí mismo. Hoy —dijo.

Ben se negó con las manos.

—No, no, estoy seguro de que vas a comprar suministros. Necesitarás espacio para…

Kallie estaba a punto de estallar de entusiasmo.

—¡No, para nada! ¡No vamos a transportar nada!

—¿Ah, no?

—¡No! ¡No! —La hija de Annileen sacó la tarjeta de su bolsillo y se la puso a Ben enfrente—. Mira, ¡lee esto!

Ben leyó en voz alta las palabras escritas a mano en la tarjeta que Kallie sostenía, sin tocarla. «Para Annie: Este certificado es válido por un landspeeder de lujo, modelo SoroSuub JG-8, de Delroix Speeders de Mos Eisley. Pregunta por Garn. Lamento los problemas que hubo con tu speeder familiar. Espero compensarlos con esto». Ben hizo una pausa antes de concluir. «Feliz cumpleaños. Con amor, Orrin».

Ben miró a Annileen con las cejas arqueadas y sonrió amablemente.

—Esto significa que…

—No lo sé. Orrin se ha comportado así últimamente. No tengo idea de lo que signifique.

Kallie aplaudió emocionada.

—Yo sí sé: significa que voy a tener un landspeeder nuevo. ¡Me darán el viejo vehículo de mamá en cuanto Gloamer lo repare!

—¡Sí, claro, corriendo! —gritó Jabe desde el LiteVan—. ¡Aún no hemos acordado nada de eso!

Annileen se encogió de hombros.

—Todavía seguimos negociando la distribución de los bienes. Tal vez el landspeeder sea para ambos.

—¿Te parece eso sabio?

—Oh, sí —contestó Annileen—. De esa forma, cuando por fin decidan huir de casa se irán más lejos. Vamos, ven con nosotros.

—No, en serio, no es necesario. —Ben señaló un par de siluetas que se veían en una lejana cresta al norte—. Sólo les pediré ayuda a los dueños de estas tierras.

Annileen entrecerró los ojos.

—Ni te molestes en hacerlo —dijo, al reconocer a las personas—. Estamos en la franja de tierra de Wyle Ulbreck. Los tusken le robaron ayer, así que probablemente sus centinelas están encadenados a los evaporadores.

—Ese viejo tacaño haría cualquier cosa para no unirse al Llamado de los Colonos —dijo Jabe desde el camión speeder—. Ya aprenderá algún día.

Annileen señaló a Ben con falsa severidad.

—Y si usted sigue luchando contra el azar, Maestro Kenobi, este le responderá de vuelta. Vamos ya —dijo, y caminó hasta el trineo—. Subamos esta unidad al camión.

Ben se rindió y acarició la cabeza de Rooh.

—¿Deberíamos llevarla con nosotros?

Del interior del vehículo salió un chillido.

—¡No van a subir a ese animal a *mi camión*! —gritó Jabe.

—¿Tu cam…? —Annileen suspiró—. ¡Hace un minuto querías mi landspeeder!

No hubo respuesta del LiteVan.

—Está enfurruñado —le dijo a Ben—, pero no hay problema. Creo que esa mamita primeriza estará más contenta en casa. —Annileen volteó a Rooh hacia el oeste y le dio

una palmadita en el trasero. El animal empezó a trotar siguiendo el rastro arenoso que había dejado el trineo—. Ya encontrará el camino de vuelta.

Ben miró a Rooh preocupado.

—¿Sabes? Creo que debería ir con ella para asegurarme de que esté bien.

Kallie se rio.

—¡No creo que se pueda meter ya en más problemas!

—No te preocupes —dijo Annileen, sacudiéndose las manos—. Llegará a casa antes del feliz suceso y tú repararás la bomba y vivirás en una casa cómoda y fresca.

Resignado, Ben giró para ayudarles a subir la unidad refrigerante.

—En verdad no quiero imponerme y cambiar sus planes…

—Créeme que no cambiarás estos planes —dijo Kallie, con entusiasmo—. ¡Vamos a Mos Eisley!

Annileen sonrió. La renuencia de Ben era casi encantadora. Sospechaba que el hombre sencillamente no quería deberle favores a nadie. Sólo tenía que convencerlo de que no representaba ningún problema para ella.

—El clan ha hablado —dijo—. Más te vale venir.

Ben respondió con una dolorosa sonrisa.

A Orrin le pareció que el shistavanen tenía un rostro malévolo: era puros colmillos, orejas puntiagudas y cabello color lodo. Sin embargo, Tar Lup se comportaba como el individuo más animado que había conocido y se veía todavía más contento por estar detrás del mostrador del Claim de Dannar con su elegante chaqueta comprada en la ciudad.

—Gracias de nuevo por esta oportunidad, Maestro Gault —dijo Tar. El gruñido natural de su voz sonaba amable de alguna manera—. Me agrada estar a cargo aunque sea sólo por un día. En mi trabajo no me dejan hacer esto.

Orrin estaba parado sobre una silla en el área del comedor. Bajó el holocam que sostenía y dijo:

—Con gusto, Tar. Me alegra que hayas vuelto para ayudar. —El hombre apagó el artefacto y bajó de la silla. Él también se había asegurado de lucir lo mejor posible ese día. Por eso llevaba puestas las finas prendas que Annileen ordenó del mundo exterior. Necesitaba verse bien.

El granjero se detuvo frente al empleado sustituto, bajó la vista y miró el holograbador que tenía en las manos.

—Ah, esto es parte de otra sorpresa para Annileen —dijo—. Voy a poner un piso decente en este sitio. Para variar.

Tar sonrió mostrando todos los dientes.

—Qué maravilla. Siempre estimé mucho a los Calwell.

—Yo también —dijo Orrin, cuando pasó junto a la mesa donde estaba Bohmer. El rodiano eligió regresar el día en que Annileen no estaba, pero en realidad la mujer no se

estaba perdiendo de mucho. Bohmer se encontraba mucho mejor, pero seguía bajo el efecto de bastantes medicamentos. De hecho, se veía más catatónico que de costumbre. Orrin pasó por el hueco del mostrador.

—Tar, si no te molesta, tengo que volver a pasar un momento.

—De ninguna manera —dijo el shistavanen, quitándose del paso.

«Con eso bastará», pensó el granjero, al ver de nuevo la lista electrónica detrás de la caja de efectivo. Luego miró el crono en la pared. Ya tenía todo lo que necesitaba y todavía le quedaba bastante tiempo para llegar a sus reuniones. Todo iba de acuerdo con el plan. Con *ambos* planes.

Veeka entró al almacén. Venía de la zona de estacionamiento.

—Cuando tú digas, papá. —La chica caminó hasta el bar y sacó una ánfora de su chaleco. Saltó a la barra y pasó junto al asombrado Tar para tomar una botella.

—No, no te atrevas —dijo Orrin, antes de que empezara a rellenar el ánfora—. Hoy no.

—Como sea. —Irritada, Veeka dejó caer la botella, que aterrizó de nuevo en su lugar con un tintineo. Orrin le pasó el holograbador.

Tar miró anonadado al padre y la hija dirigirse a la salida.

—¿Va a regresar para el almuerzo, señor?

—No, estaré fuera casi todo el día —contestó, echándole un último vistazo al almacén—. Pero, eh…, dile a Annileen que tengo que hablar con ella sobre algo esta noche.

Tar respondió, pero Orrin ya no escuchó. Tenía cosas que hacer.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

DURANTE LA PRIMERA MITAD de la vida de Annileen, Mos Eisley no fue nada más que un concepto. A su padre le daba miedo el lugar y el hecho de ser empleada no le brindaba muchas oportunidades de viajar. Sin embargo, la ciudad siempre estaba ahí como un imán que atraía a las naves que ocasionalmente veía cerniéndose en lo alto. Era un lugar que inspiraba su joven imaginación.

Las imágenes que había visto mostraban a Mos Eisley como una red anudada de calles abarrotadas que separaban domos polvosos, usados y decadentes. Annileen nunca quiso creer lo que veía en los datapads. Esas naves en el cielo venían de lugares cosmopolitas con torres deslumbrantes. ¿Visitarían Tatooine del todo si Mos Eisley no fuera algo especial? La joven anhelaba averiguarlo por sí misma.

Cuando por fin llegó el momento de conocer la ciudad, las expectativas eran demasiado altas, ya que se trataba del día de su boda. Después de la estridente despedida de sus amigos, Dannar la sorprendió al conducir el landspeeder que Orrin le había prestado más allá de Bestine para luego dirigirse al este. Conforme los kilómetros pasaban a toda velocidad, las expectativas de la joven novia crecieron. Aquí, todas las naves que planeaban silenciosamente en el cielo del oasis retumbaban y brillaban. Todas se dirigían o venían del humeante espejismo en el horizonte. Durante algunos minutos maravillosos Annileen se permitió imaginar que su luna de miel sorpresa incluía un viaje en una de esas naves. Tal vez para ir a los Mundos Centrales o, mejor aún, a alguno de los lugares salvajes que se mostraban en el folleto del safari universitario. Llegar a las calles de Mos Eisley, que resultaron tan descuidadas y frenéticas como las que había visto en las imágenes, no ayudó en nada. La joven tenía expectativas más altas.

Dannar detuvo el vehículo en el Twin Shadows Inn, un lugar cercano a Kerner Plaza. El hotel tenía un grado aceptable de limpieza, pero distaba mucho de ser lujoso. La estancia sería su regalo: eso era todo lo que el dueño de una tiendita rural que apenas empezaba podía costear.

A pesar de que sus esperanzas estelares se habían desmoronado, Annileen pronto se dio cuenta de que, si lo que buscaba era un lugar exótico con criaturas extrañas, Mos Eisley bastaría. Kerner Plaza era un barrio hasta cierto punto elegante con galerías de arte a lo largo de los bazares exteriores. Estaba cerca de la oficina de ayuda para viajeros de la República, y las calles eran lo suficientemente seguras para caminar a la hora del ocaso sin necesidad de traer un bláster en la mano. Además, Dannar la llevó a cenar a la Corte de la Fuente, en donde todo lo que vio la maravilló. Sólo un establecimiento hutt podría contar con suficiente dinero para permitirse usar agua en su decoración.

Mos Eisley sí era una ciudad violenta, un congestionado desastre; sin embargo, también era emocionante y sorprendente. Era como una puerta atorada y medio abierta para ir a otra dimensión de la aventura. Tal vez no era lo mejor que le seguía a un viaje a las estrellas, pero al menos se le acercaba mucho más que cualquier otro de los lugares de Tatooine. Hasta la fecha, Annileen recordaba cada instante de su viaje.

Ella y Dannar jamás regresaron juntos a Mos Eisley, porque siempre se interpuso alguna emergencia en el almacén. Sin embargo, ella regresó varias veces después de la muerte de su esposo. Por lo general sola, pero también con sus dos hijos, por separado. Annileen y Dannar siempre hablaron de llevar a toda la familia en algún momento, pero la oportunidad no se presentó nunca.

Ahora iba caminando por las calles de la ciudad con sus dos hijos al mismo tiempo y, por primera vez, con otro acompañante. Ben se mantuvo detrás de la familia sin quitarse de la cabeza la capucha que también le cubría casi toda la cara. Caminó con premura para seguirles el paso a los Calwell y casi no habló. Parecían cualquier otra familia en la ciudad, sólo que con un hijo molesto por tener que pasear con su padre, y un padre que tampoco se veía contento.

—Pudo esperarnos en el taller de reparación —dijo Jabe, cuando dieron vuelta en una esquina.

—¡Habrían sido cinco horas! —exclamó Kallie.

—No me habría importado —dijo Ben, en tono amable—. Había una silla ahí.

—¡Con un motor de recolección encima! —dijo Annileen, negando con la cabeza. El desagrado que sentía el chico por el acompañante encapuchado que le habían impuesto no disminuyó en absoluto durante el irritante paseo por el desierto. El joven empezó a caminar con más rapidez entre la multitud, dejando atrás a su madre y a su hermana.

—Aminora la marcha, Jabe —dijo Annileen—. Mantente con el grupo —le ordenó, y luego volteó a ver a Ben con una sonrisa—. Tú también.

Ben se adaptó con valentía, pero la comerciante se dio cuenta de que deambular en una ciudad llena de barullo no era la primera opción para él de pasar un buen rato. Qué extraño, tenía la impresión de que era un hombre que había viajado bastante. Bueno, tal vez ella podría cambiar sus costumbres.

No obstante, al dar la vuelta para entrar a Kerner Plaza, los cuatro paseantes se enfrentaron a un tipo distinto de tráfico. Docenas de ithorianos cabeza de martillo estaban apiñados en el espacio abierto, pisoteando con sus patas en forma de troncos y agitando con júbilo cornetas y borlas plateadas. En tan sólo un segundo, la multitud de gigantes de piel café rodeó a los visitantes humanos.

—Creo que llegamos a una boda —gritó Ben, esforzándose por hacerse escuchar en medio del escándalo.

—Organizan muchas aquí —respondió Annileen, con una sonrisa.

Un ithoriano con la piel cubierta de cuero pasó bailando sobre sus larguiruchas patas. La criatura de cuello largo se quedó viendo a Annileen y luego la tomó de los hombros y la hizo girar hacia la festiva muchedumbre. Annileen dio vueltas y alcanzó a ver a Jabe acercando la mano a la funda de su bláster, y luego a Ben tocando la muñeca del muchacho para detenerlo. Entonces, la mujer se dio cuenta de que, al igual que todos los pobres peatones que pasaban cerca del festejo, su hija ya también estaba bailando.

La velocidad de los giros se redujo lo suficiente para que Annileen alcanzara a ver al aterrorizado Ben entre los brazos de una alta hembra ithoriana engalanada con guirnaldas.

¿Sería la madre de la novia? Imposible saberlo. Al ver a la pareja girar, lo único que le quedó claro fue que Ben no quería bailar en absoluto, pero no le quedaba opción, especialmente ahora que resurgía la oleada de invitados.

Finalmente, el alienígena soltó a Annileen y la fuerza centrífuga la lanzó a un lado de la calle. La mujer se apoyó en una columna de piedra y continuó riendo a pesar de que aún jadeaba. Kallie, que estaba fascinada, fue la siguiente en zafarse y luego siguió Ben. La capucha se le había caído y tenía el cabello desordenado; parecía piloto al final de una carrera de vainas.

Annileen recuperó su sombrero y buscó a Jabe entre la multitud. Lo encontró recargado en el edificio más cercano con cara de pocos amigos. Evidentemente estaba listo para sacar su bláster y apuntarle a cualquiera que se le acercara.

—Pensé que querías salir del almacén para divertirte —dijo su madre.

—Esta no es la idea que tengo de la diversión —contestó el chico. Sin embargo, su aturdimiento desapareció un instante después cuando, de un edificio detrás de él, surgió una procesión de hembras twi'lek escasamente vestidas. Traían consigo charolas repletas de bebidas multicolores.

«Bueno, creo que ya encontraste algo que sí coincide con tu idea de diversión», pensó Annileen.

Después salió otro grupo de mozos. Eran machos twi'lek vestidos con atuendos más adecuados para los peligrosos soles. Traían charolas de plata con alimentos exóticos para cualquiera que deseara comerlos.

—Esta fiesta se pone mejor a cada momento —exclamó Kallie, con una sonrisa—. ¿Nos podemos quedar?

Annileen miró a Ben: se veía gris. Era obvio que no quería quedarse en aquel festival ni un minuto más. Curiosamente, al ver el edificio de donde habían salido los meseros, supo en donde estaba. «Casualidad pura», pensó, divertida.

Le hizo un gesto al atribulado Ben para indicarle que esperara un momento y llevó a sus hijos a un rincón.

—Chicos, ustedes pueden almorzar aquí. Tienen una hora —dijo.

—¡Dos! —suplicó Kallie.

—¡Tres! —añadió Jabe, mirando a las twi'lek boquiabierto.

—Hora y media —les advirtió su madre, clavándole un dedo a Jabe en el esternón—. Mantente alerta, no quiero tener otro Mos Espa. Si dejas de cuidar a Kallie por un instante o si te acercas a cualquier cosa más fuerte que la leche azul, tu hermana me va a llamar, yo estaré aquí en un parpadeo y tú terminarás en un mundo de dolor infinito. —Annileen levantó la cabeza y miró a los enloquecidos invitados—. Y ninguno de los dos se comprometa con… bueno, ¡con nadie!

Kallie se rio, y su hermano asintió poniendo los ojos en blanco.

—¿En dónde estarás *tú*? —preguntó Jabe.

Annileen miró a Ben, quien estaba demasiado lejos para escuchar.

—Tengo algunas preguntas que requieren de respuesta —dijo—. Diviértanse, chicos.

Orrin bajó por la escalinata de la sucursal de Aargau Investment Trust con su sombrero en la mano. No tenía ningún caso sentirse desalentado, ya que el funcionario no le había dicho nada que no hubiera escuchado una vez al mes durante tres años. Los banqueros irritaban al granjero más que los abogados. Pero ¿qué se podía pensar de la gente que tenía tanto dinero y estaba dispuesta a dejarlo ir por montones, para apoyar a otros seres de la galaxia sólo porque se les ocurrió una idea?

«Incluso si fuera una buena idea», pensó Orrin. Bueno, al menos el banquero le confirmó lo que quería saber. Al abordar su USV-5 sacó el holocam de su morral y lo aventó al asiento trasero.

Mullen estaba ahí roncando. Orrin miró alrededor. No sabía adónde se había ido Veeka.

—Despierta —dijo, tratando de espabilar a su hijo con algunos golpes de su sombrero.

Mullen estuvo a punto de desenfundar su arma por reflejo, pero reconoció a su padre enseguida.

—¿Y bien?

—Toda va de acuerdo con el plan. Con el Plan Uno, por lo menos. —El granjero escudriñó el edificio frente al banco hasta que encontró lo que buscaba. Ubicó la cantina, de donde venía saliendo su hija con tres viajeros espaciales humanos desaliñados. A pesar de que apenas pasaba del medio día, todos se veían incapaces de pilotar. Veeka se despidió de los viajeros en cuanto vio a su padre.

—Vaya que hace amigos con rapidez —dijo Orrin, con un aire de resignación.

—Es porque siempre compra —dijo Mullen, al tiempo que se deslizaba al asiento del frente.

Orrin se colocó las manos en la cintura y le lanzó a su hija una mirada fulminante cuando esta se acercó.

—¿Alguna vez obedeces?

—Estoy bien —aseguró la chica. Luego le dio un golpe al holoemisor para quitarlo del camino y se sentó en el asiento trasero del landspeeder—. Estaré lista.

A Orrin le pareció que se veía suficientemente sobria. Bueno, no podía empezar a preocuparse por rehabilitar a su familia en ese momento. Ya habría oportunidad de hacerlo… después.

Se ajustó la funda del bláster y subió al asiento del pasajero. El motor se encendió y el vehículo volvió a internarse en las abarrotadas calles de Mos Eisley.

—Activa la configuración de polarizado del parabrisas —ordenó—. No quiero encontrarme con Annie hoy.

CAPÍTULO TREINTA

ANNILEEN VOLVIÓ A ENCONTRAR EL CAFÉ con facilidad. Ella y Dannar lo descubrieron años atrás; estaba tan sólo a unos pasos del Twin Shadows Inn, un poco más adelante sobre la misma calle del edificio de donde salieron los twi'leks. Ben no se pudo resistir cuando su guía lo tomó de la mano y lo condujo hasta el interior a través de la multitud.

—Gracias —dijo Ben exhalando al llegar al vestíbulo—. Te debo la vida.

—Realmente odias a las muchedumbres, ¿verdad? —preguntó Annileen, mientras subían por la escalera que llevaba al siguiente nivel.

—Cuando los ithorianos bailan, lo mejor es salir corriendo.

El anfitrión los recibió calurosamente. A Annileen siempre le agradó el Café Tatoo II. Lo visitaba cada vez que iba al puerto espacial. El amable anciano los condujo hasta un balcón que daba a la plaza. Ambos se acomodaron bajo la sombra del amplio toldo; Ben eligió una silla en una mesa alejada de los otros comensales y ella se sentó frente a él. Ordenó el almuerzo especial para ambos, unió las manos con una palmada y se preparó para analizar a su sujeto de estudio. Llevaba una eternidad esperando otra oportunidad para hablar con él a solas, pero ahora no tenía idea de qué preguntar primero, si acaso Ben la dejaba hacerlo.

El misterioso hombre se movió incómodo en la silla.

—El empleado del taller de reparación dijo cinco horas, ¿cierto?

—Cinco horas —confirmó ella—. Quítate la capucha, estás en un lugar civilizado.

Ben obedeció.

—Me preocupé al ver que no regresabas al almacén —dijo ella—. Ha pasado bastante tiempo.

—Ah, sí, es que he estado ocupado —explicó él, y levantó su copa para beber.

—¿Haciendo…?

—Cosas.

—Cosas —repitió ella, con aire incrédulo. Era asombrosa la forma en que ese hombre podía ocultarse detrás de algo tan pequeño como una copa.

Ben percibió su frustración, así que bajó su bebida y sonrió.

—Ya has visto los terrenos de mi palacio. Todavía sigo trabajando para deshacerme de la basura que podría ser tóxica.

Annileen asintió.

—Me atemorizó pensar que te habíamos espantado. Ya sabes, porque Kallie estuvo fisgoneando y les dijo tu apellido a todos.

—Casi todos tienen apellido, ¿por qué habría yo de ser la excepción? —dijo Ben.

Annileen apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

—También me preocupó que Orrin te hubiera alejado —agregó, en voz baja.

—Ah, no. —Ben se reclinó casualmente en el respaldo y puso algo de distancia entre ellos—. Me agrada Orrin. Y… tú pareces agradarle a él.

—Al menos esta semana —dijo Annileen—. Por lo general eso significa que quiere algo a cambio.

—Regalarte un landspeeder es un lindo gesto. Tal vez lo hace de corazón.

Annileen se enderezó y lo miró incrédula.

—Por favor —dijo.

Ben volvió a acomodarse y trazó con su dedo la circunferencia de su copa.

—¿Sabes? No estoy muy enterado de estas cosas, pero a veces las actitudes de la gente pueden cambiar con el paso de los años. Los otros pueden tratar de acercarse a nosotros —explicó, con una sonrisa incómoda.

—Aaaajá. —Annileen tomó su copa y bebió. Ahora era ella quien ocultaba su expresión. Por dentro estaba divertida a un grado inconcebible. No sabía si Ben estaba tratando de enjaretársela a Orrin o no, pero acababa de revelarle algo que era cierto. Ben Kenobi podía detener a dewbacks desbocados y hablar con tusken, pero en lo que se refería a los asuntos del corazón, estaba en un terreno completamente desconocido.

Un tambaleante droide mesero se acercó por detrás de Ben y lo salvó de seguir avergonzándose más. Annileen reconoció al artefacto.

—Hola, Geegee.

El droide bípedo color violeta colocó los alimentos sobre la mesa e hizo una reverencia.

—Es usted muy gentil en recordarme, señora. —El droide era un modelo antiguo; sus manos temblaron ligeramente cuando colocó los platos frente a la pareja—. Buen provecho, señores.

Annileen sonrió y el mesero electrónico se fue cascabeleando.

—GG-8 nos atendió cuando Dannar y yo estuvimos aquí en nuestra luna de miel —le contó a Ben—. Era la primera vez que un droide me servía algo. Me sentí como la Reina de Alderaan.

Ben tomó su tenedor.

—Estoy seguro de que podrías tener un droide en el oasis, ¿no es así?

—A los peones no les agrada verlos porque les quitan sus empleos en las dunas.

—Bueno, pero tú eres amable con ellos —señaló él.

—No hay razón para no serlo.

Ben sonrió y empezó a comer.

A lo largo de todo el almuerzo, Annileen se sintió como un rastreador que perdía la pista. Ben todavía parecía albergar aquella tristeza en lo profundo de su ser. Era algo que proyectaba, le gustara o no. Sin embargo, cada vez que ella lo alentaba a hacer alguna revelación personal, él recurría pronto a otro tema. A ella le era imposible enfadarse, porque incluso este enfrentamiento de esgrima verbal era igual de divertido y cómodo

que el encuentro que tuvieron el día de la carrera de vainas. Si acaso, sentía pena al verlo esforzarse tanto por cambiar el tema de conversación.

De acuerdo. Cuando terminaron de comer el postre Annileen decidió que si Ben iba a insistir en mostrarse más interesado en su vida que en hablar de la de él, bueno, entonces haría el sacrificio. Pero, efectivamente, Ben sí estaba dispuesto a escuchar toda su letanía de preocupaciones, por ejemplo, acerca de Kallie y el futuro que podría tener. El trabajo del establo todavía no la fastidiaba, pero tampoco había muchas más opciones fuera de esa. ¿Realmente sería feliz si terminaba casada con un peón?

Por supuesto, también hablaron de Jabe. Desde la masacre de los tusken, Annileen había vigilado de cerca a su hijo. El chico no estaba fuera de control, pero por alguna razón quería pensar que así era. Ben parecía estar preocupado por lo mismo.

—Cuando la gente te muestra señales, es importante leerlas —aseveró.

Sin embargo, hablaron principalmente de ella. De su infancia y de los animales. De su padre y de la granja fallida. Y de aquello que ocupaba la mayor parte del territorio de su vida, por encima y más allá de los saqueadores tusken, las bromas pesadas de Orrin, o incluso de la crianza de sus hijos.

El Claim.

Pero Ben no iba a permitir que se quejara.

—Sé que te encanta. Te he visto. Disfrutas ser el centro de atención, el núcleo que mantiene todo unido.

La comerciante se rio.

—¿Quieres mi empleo? Es todo tuyo.

—Oh, no —dijo Ben, levantando una porción de su postre—. Yo no estoy hecho para la política de espacios grandes. —Tomó otro bocado—. Ni pequeños.

Annileen sonrió.

—Piensa en las fiestas —sugirió—, siempre me parecieron grandes experimentos descontrolados de dinámicas sociales. Es como si quisieras probar cuánto estrés soportan todas tus relaciones, al mismo tiempo.

—¿Ofreces muchas fiestas allá en los eriales?

—Sólo somos yo y la eopie…, que pronto serán eopies.

—A quienes se suma una selección de fisgones —dijo Annileen—. Espero que no te moleste que lo mencione, pero no pareces estar hecho para la vida de ermitaño.

Ben tenía la boca llena de pastel, por lo que tuvo que forzarse a sí mismo a contener la risa.

—Estábamos hablando de *ti*.

—Claro. Bien, la vida en el almacén no es como la gente la imagina. —Annileen miró el desgastado toldo que los cubría y apretó los puños. «Muy bien, si realmente quiere escuchar, aquí voy».

—Te escucho.

—Tú ves el Claim como un lugar adónde ir —explicó—. A interactuar, a alejarte de la nada. Bueno, pues toda la gente del oasis lo ve de la misma manera. Todos. Aparecen antes de que el segundo sol salga en la mañana, y luego… no se van nunca.

—He notado que algunos tienen una especie de estatus de residentes.

—¿Algunos? —Las manos de Annileen temblaron sobre la mesa e hicieron repiquetear sus cubiertos—. Dannar solía bromear y decir que cuando el Claim estaba lleno era la décima ciudad más grande de Tatooine, y no creo que haya estado tan equivocado. —La comerciante contempló su plato vacío—. Apenas puedo mantener unida a mi familia, y también tengo que ayudar a toda esa gente a seguir viviendo. No sólo tengo que alimentar y vestir a los míos, ¡sino a todo mundo!

Annileen recuperó el aliento y miró a Ben. Seguía escuchándola con atención, pero ella de todas formas estaba avergonzada.

—Lo lamento —dijo—. ¿Crees que estoy despotricando?

Ben habló pausadamente y puso en evidencia su estoica reserva.

—Una vida que parece pequeña en el exterior puede no tener límites en el interior. Incluso una persona que vive en el lugar más remoto puede preocuparse por cientos, o por la galaxia entera.

Annileen se quedó viéndolo como si estuviera hipnotizada.

—¿Quién eres?

—Pues tu hijo asegura que soy «el loco Ben» —dijo, sonriendo—. De hecho creo que me gusta como sue…

Ben se detuvo abruptamente. Annileen siguió su mirada hasta el otro lado de la calle y vio a un humano con uniforme negro y sombrero, parado junto a un ser cubierto por una armadura blanca.

¿Sería una especie de traje espacial?

—¿*Qué* es eso? —preguntó Annileen.

Ben se deslizó hacia atrás sobre su silla para alejarse de la baranda del balcón.

—Bueno, no estoy seguro —dijo, hablando mucho más bajo que antes, y volvió a mirar por el rabillo del ojo—. Casi podría decir que parece un soldado clon. Es que yo… he visto holos de ellos. —Ben observó a la figura un segundo más antes de voltear—. Sin embargo, los uniformes son ligeramente distintos.

Annileen miró al extraño par, pero ellos no la estaban viendo a ella, ni siquiera le prestaban atención al festival que se desarrollaba a su alrededor. En realidad estaban concentrados en el edificio frente al que estaban parados.

—Ese traje debe ser una pesadilla con este calor —dijo ella—. Me pregunto por qué estarán aquí.

—No lo sé —dijo Ben. Tenía la cabeza agachada y seguía raspando su plato—. Eh…, ¿qué están haciendo ahora?

Annileen observó el datapad que tenía en la mano el individuo del sombrero y reconoció los gestos de inmediato.

—Están haciendo un inventario —dijo—. Ese edificio solía ser la estación de ayuda de la República en Tatooine. No sé qué sea ahora, tomando en cuenta que ha sucedido mucho en el exterior.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó Ben.

—Creo que tú podrías saberlo mejor que yo, porque nunca he salido de planeta —respondió ella—. Pero si siguen con este asunto del Nuevo Orden o como quiera que se llame, tal vez todavía están tratando de averiguar cuáles son sus posesiones.

—Mmm —dijo Ben, y miró alrededor. Otra vez lucía incómodo.

Annileen revisó su crono.

—Creo que será mejor que bajemos y regresemos adonde están los chicos.

—¿Sabes? Creo que deberíamos esperar un poco —Ben se estiró y se dio unas palmaditas en el estómago— antes de bajar a la calle.

Annileen se sorprendió un poco, pero asintió.

—Claro. Más tiempo para platicar…, supongo.

—Además, sucede algo extraño: de repente me dio frío. —Ben se frotó la garganta—. Espero no estarme enfermando de algo. —En cuanto terminó de hablar volvió a cubrirse la cabeza con la capucha y se hundió en su asiento.

Annileen sacudió la cabeza. Kenobi el oscuro estaba de vuelta.

Al otro lado de la ciudad, Mullen hizo una señal desde su puesto, cerca del edificio redondo.

—Todavía nada —dijo Veeka, hablando a través de su comlink.

Orrin, que iba en el asiento del pasajero del landspeeder, sacudió la cabeza.

—Dijeron Bahía de atraque 87. —El granjero verificó por tercera vez en un minuto si su bláster seguía en su funda. Se sentía más cómodo sabiendo que estaba en su lugar.

Orrin estaba consciente de que su segunda entrevista en Mos Eisley no tendría lugar en la bahía de atraque. Como él fue quien convocó la reunión, la otra parte haría todo lo necesario para ponerlo en desventaja. Dados sus planes, sin embargo, no tenía de qué preocuparse. Asimismo, quería que Mullen y Veeka estuvieran cerca para echar un vistazo, ya que, aunque sus hijos tenían muchos defectos, había pocas cosas con las que no podían lidiar cuando se trataba de un enfrentamiento.

En general estaba convencido de que la situación no llegaría a ese punto, pero de todas formas volvió a acariciar el mango de su bláster.

—No vas a necesitar eso —dijo una voz detrás de él.

Orrin volteó y vio a Bojo Boopa sentado en el asiento trasero del USV-5, apuntándole con un bláster. Nunca escuchó al gossam subir al vehículo, y ahora, además, los compañeros gamorreanos de la criatura estaban tomando su lugar en ambos costados del vehículo. Luego se separaron, pero sólo para permitirle la entrada a un personaje que Orrin no había visto nunca antes.

—Lindo speeder —dijo el klatooiniano con rostro lleno de escamas que se sentó del lado del conductor. La criatura con piel color bronce se atacó de la risa—. ¡Quiero uno! ¡Quiero uno!

Orrin miro alarmado al alienígena y luego a Boopa.

—Sólo conduce, Jorrk —dijo el gossam antes de bajar su arma y estirarse en el mullido asiento—. Aquí nuestro amigo Gault tiene que ir a un lugar y más le vale decirnos lo que queremos escuchar.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

—A VER, CHICOS —DIJO ANNILEEN—, sí entienden que este será *mi* landspeeder y no suyo, ¿verdad? Sólo para que quede claro.

—¿Eh? —preguntó Jabe, quien ya estaba sentado detrás de los controles.

Kallie, sumida en una fascinación similar, deslizó la mano por el capó.

—Ah, sí, sí, seguro, mamá.

Ben le sonrió a Annileen.

—Creo que estás en problemas.

—Lo he estado durante diecisiete años —dijo ella.

Annileen dio una vuelta por la sala de exhibición de Delroix Speeders. Encontró modelos que nunca había visto y que difícilmente vería algún día en el desierto. El JG-8 tenía cabina de mando abierta y veletas de dirección al frente, lo cual lo hacía parecer el vehículo menos práctico de todos. De hecho tendría que mantenerlo en el garaje para conservar su color rubí.

—Es lindo —dijo Ben, mientras examinaba el exhibidor cercano. Ahí, hasta abajo, estaba el precio con opciones de compra y sin ellas. Ambas cifras eran de varias decenas de miles de créditos. Volteó hacia arriba y vio a Annileen—. Es un regalo generoso, sin lugar a dudas.

—Un regalo, claro —dijo Kallie, poniendo los ojos en blanco—. Si no te puedes ganar su corazón, cómpralo. Ese es el estilo de Gault. —La chica giró hacia su madre, quien se encontraba admirando el interior—. Sin embargo, esa es la única forma en que podríamos conseguir algo como esto en la vida.

—Bueno, yo podría darme el lujo de comprarlo —explicó Annileen—, pero no lo haría jamás.

Ben arqueó una ceja.

—No creí que a una comerciante de la frontera le fuera tan bien.

Annileen sonrió.

—¿Cómo?, ¿pensaste que las entregas personales a los recién llegados las hago por puro gusto?

—En realidad yo…

—No. La verdad es que llevo veinte años apretándome el cinturón, ahorrando… y evitando todas las propuestas de inversión que me ha hecho Orrin. —Annileen deslizó la mano sobre la suntuosa tela de los asientos—. Sin embargo, esto es asombroso. No creí que existiera algo así.

—Sí, es asombroso, ¿no es cierto? —preguntó una voz ronca. El vendedor, un alegre humano de cincuenta y tantos años, sentado en cuclillas, le dio unas amorosas palmaditas al motor trasero del vehículo y señaló el asiento de atrás—. Este es el modelo extendido, señora; acaba de llegar de Sullust. Tiene espacio adicional en la parte anterior para una carga ligera o para sus hijos. —El vendedor miró a los adolescentes desviviéndose por el vehículo, y luego a Ben—. Felicidades por criar una familia tan encantadora, señor.

Ben tartamudeó.

—Oh, no, ellos no son…

—… tan encantadores como usted cree —terminó de decir Annileen, y sonrió al ver a su acompañante tan incómodo. «Respira, Ben». Finalmente, miró de nuevo al vendedor—: Pero el landspeeder se ve increíble, Garn. ¿Qué procede?

—El Maestro Gault autorizó el contrato ayer por la tarde, señora. Es todo suyo. —El vendedor le entregó un estuche que contenía los manuales de mantenimiento del vehículo—. Asegúrese de decirle a Orrin que Gran Delroix le dio un buen servicio, por favor.

—Lo haré. —Annileen volteó y vio que Kallie ya estaba en el asiento del pasajero y que Jabe ya había encendido el motor—. Si alguna vez quiero volver a ver este landspeeder, será mejor que me vaya ahora. ¡Vamos, Ben!

Ben la siguió hasta el asiento de atrás. Annileen resopló al sentarse.

—¿Alguna vez habías viajado en algo tan lindo como esto?

—Tienes razón, es lindo —dijo él.

Jabe condujo el vehículo a través de la amplia salida y se internó en las concurridas calles de Mos Eisley. Los peatones hacían muchísimo más ruido que los landspeeders.

—Maneja con cuidado, Jabe —le advirtió Annileen a su hijo, inclinándose hacia el frente para que la escuchara.

—No hay problema. —El chico sonrió de oreja a oreja, asió la palanca de control, y el landspeeder salió disparado hacia el frente con una repentina aceleración que obligó a los tres Calwell y a Kenobi a recargarse en los asientos lujosamente tapizados. Jabe manejó el deslumbrante vehículo por las curveadas calles a un paso vertiginoso. El landspeeder se acercó a un edificio y luego a otro antes de pasar latigueando debajo del cuello de un sorprendido rontosaurio. Para cuando el gigante reaccionó, el JG-8 ya iba a toda velocidad por otra calle.

—¡Detente! ¡Detente!

Un instante después de que Annileen gritara la orden, Jabe presionó el freno y el mundo dejó de moverse en el exterior. El conductor y los pasajeros salieron disparados hacia el frente y quedaron en las redes de protección que los atraparon como una madre a su hijo.

Annileen, sin embargo, fue menos tierna con su propio muchacho.

—Jabe, ¿qué te pasa?

—¡Lo lamento! Apenas si lo toqué —respondió, sin dejar de acariciar la abrazadera de manejo con admiración—. No es tan bueno para las vueltas como me gustaría, pero apuesto que Gloamer podría mejorar el desempeño.

—¡Eso no va a suceder! —amenazó Annileen. Ben parecía divertido.

La comerciante miró a su hija.

—Los dos, al asiento de atrás, ahora. Los adultos van a hacerse cargo.

Kallie abrió la puerta y descendió del vehículo flotante, mientras Annileen se acomodaba en su asiento, preguntándose en dónde habían terminado. Estaban en un

bazar, en alguna zona de Mos Eisley que ella nunca había visitado. Kallie, que estaba de pie del lado de su madre, señaló a la izquierda.

—Oye, ¿no son esos los Bezzard?

Annileen volteó a ver. Era una pareja joven, sí, pero se veían de mayor edad que la familia a la que habían albergado recientemente.

—No son los Bezzard —dijo, entornando los ojos—, pero los conozco.

Ben reclinó su asiento y sonrió sutilmente.

—Annileen conoce a todo mundo.

—Ajá, el hombre fue una vez al almacén en busca de refacciones para algo —explicó ella—. Es Owen, el hijo de Cliegg Lars.

Ben abrió los ojos sorprendido y fijó la vista en la pareja que iba saliendo de atrás del puesto de fruta. El hombre llevaba una canasta de cosas que acababan de comprar.

—Es una historia triste la de los Lars —dijo Annileen, quien en realidad no notó el repentino movimiento que hizo Ben para ajustar su bota. Al otro lado de la calle, la mujer de cabello castaño que acompañaba a Owen Lars volteó y Annileen vio lo que llevaba en los brazos.

—¡Oigan, tuvieron un bebé!

Kallie ondeó la mano para saludar a la pareja.

—¡Hay que llamarlos!

De repente, a pesar de que Jabe ya no tenía la mano sobre la palanca de control, el vehículo se volvió a precipitar hacia el frente. Entonces la propulsión a chorro de los motores gemelos zarandeó a Kallie, y esta giró y cayó sobre la calle arenosa. Annileen, que seguía a bordo, pero no se había puesto la protección, cayó hacia atrás y aterrizó justo en los brazos de Ben.

Jabe sujetó la palanca de control con una expresión de pánico. El vehículo esquivó la parte superior de una carretilla y atravesó a sus anchas una intersección a pesar de que el joven conductor seguía peleándose con los controles.

—¡Está atorada! —gritó.

Annileen se lanzó sobre la consola central y le ayudó a su hijo a jalar la palanca, la cual cedió de inmediato. El vehículo aminoró la marcha y flotó hasta detenerse frente a una nave estacionada ilegalmente, cuyo dueño huyó por la rampa de carga antes de que llegaran las autoridades.

La comerciante volvió a caer en el asiento de atrás, casi sin aliento. Ben se veía intacto, aunque todavía estaba agitado y miraba alrededor con suspicacia. Annileen jaló a su hijo de la manga.

—¡Jabe! ¡Te dije que dejaras de jugar!

—¡Yo no fui, mamá! ¡El landspeeder se movió solo!

—¿Solo? —Annileen sintió que una arteria se le reventaba en el cerebro—. ¡Estuviste a punto de matar a tu hermana!

Ben se incorporó con precaución y levantó la mano.

—No, no, yo lo vi —exclamó—. Lo que Jabe dice es cierto. Vi la palanca de control, se deslizó hacia el frente por sí sola mientras tú veías hacia fuera.

Los dos Calwell miraron a Ben: Annileen, con cara de incredulidad, y Jabe, absolutamente estupefacto.

—Gra… gracias —dijo.

—No puedo creer esto —dijo su madre, muy enojada—. Los landspeeders así de costosos ¡no se conducen a su propio antojo!

—Lo sé, pero eso es lo que vi —dijo Ben—. Jabe nos salvó —agregó, agachando la cabeza ligeramente hacia el chico, quien lo miró sorprendido.

Annileen seguía ofendida y negó con la cabeza.

—¡Voy a ir a decirle unas cuantas verdades a ese distribuidor!

Ben levantó la mano.

—No creo que sea necesario tanto…

Su amiga lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo? ¿Nos puedes salvar de animales salvajes y de tusken, pero no de vehículos defectuosos?

Ben se quedó sin habla.

Annileen nunca le había hablado de una manera tan grosera. Se arrepintió de inmediato, pero sólo pudo desplomarse sobre el asiento y tratar de calmarse.

Miró alrededor. Se encontraban en un vecindario que jamás había visto.

—¿En dónde estamos?

Ben se volvió a colocar la capucha en la cabeza y escudriñó la zona.

—Bastante lejos de donde empezamos —afirmó, casi con un aire de satisfacción. Por fin comenzó a respirar con calma. Al notarlo, Annileen se sintió mejor. Hasta que se encendió su comlink.

—¡Jabe trató de matarme! —chilló la aguda vocecita.

—No, todo fue un error —le explicó Annileen a su hija a través del comm—. Quédate donde estás, Kallie. Regresaremos por ti en…

Ben la jaló de la manga.

—Annileen —dijo, señalando desde su lado del vehículo.

Al asomarse, la mujer vio un landspeeder que se parecía al de Orrin, sólo que lo conducía un klatooiniano. El vehículo se detuvo cerca del Mos Eisley Inn y Bojo Boopa salió de la parte de atrás. Luego se abrió la otra puerta del pasajero.

«¡Orrin!», pensó.

Annileen se levantó del asiento y observó como hechizada. Al otro lado de la calle, dos humanos caminaron hasta el granjero y lo registraron. Alcanzó a ver que la funda de su bláster estaba vacía y que no se opuso a la revisión. Lucía devastado.

—¡Es el gossam que fue al almacén! —gritó Annileen.

—¡Lo están atracando! —dijo el chico y enseguida trató de sacar su arma.

—No. —Ben se estiró y tocó con firmeza el hombro de Jabe.

—No creo que eso sea lo que está sucediendo.

«Entonces ¿qué pasa?», se preguntó Annileen mientras los matones humanos y el alienígena llevaban a Orrin más allá del hotel, hacia un callejón. Volteó a ver a Ben y exclamó:

—¡Se suponía que Orrin ni siquiera iba a estar hoy en la ciudad!

Jabe volvió a moverse, pero Annileen lo detuvo.

—¡Mamá, se lo están llevando! ¡Tenemos que ayudarlo!

—No sabemos qué sucede —repuso su madre—. Podría ser un asunto de negocios. O nada —añadió, pero en realidad no lo creía.

Volvió a ver a su acompañante con cara de preocupación, pero él ya estaba afuera del vehículo. Ben caminó hasta el lado del conductor y habló con rapidez:

—Ustedes dos vayan por Kallie y regresen aquí. Yo veré qué puedo averiguar.

—¿Tú? —objetó Jabe—. Estás loco, ¡ni siquiera tienes un bláster!

—Si se necesita uno, más razón para que tú no vayas —dijo Ben, con un tono estricto, pero luego su expresión se suavizó—. Descuida, Orrin fue una de las primeras personas que me dio la bienvenida a Tatooine: si necesita ayuda, sabré brindársela.

Aunque renuente, Jabe accedió. Ben se despidió de Annileen.

—Los veré pronto.

***

Orrin caminó hacia las puertas de duracero de la construcción urbana. Era un lugar modesto, una casa de pourstone bajo la sobra del Mos Eisley Inn, con un domo grande a la izquierda de la entrada del frente. No era lo que esperaba en absoluto y, aunque lo iban escoltando, afuera del edificio no había guardias. No era lógico.

O tal vez sí. ¿Quién estaría tan loco para atacar *ahí*?

Boopa le señaló la entrada principal y Orrin subió los escalones. Aunque estaba listo para lo que fuera, casi cayó de bruces cuando un sensor esférico color negro salió de un iris cerca de la entrada.

El sensor habló en huttés primero y luego otra vez en básico.

—¡Identificación y propósito!

Orrin respiró hondo.

—Orrin Gault. —Miró sus manos y flexionó los dedos—. Tengo asuntos importantes que discutir… ¡con Jabba el Hutt!

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

HABÍA SUDOR HUMANO DERRAMADO SOBRE mosaicos de cerámica finamente tallados. La opulencia con que estaba decorado el vestíbulo de Jabba contrastaba con la modestia del exterior. A Orrin no le sorprendió, había escuchado que aparte de su palacio en las montañas Jabba tenía un lugar en Mos Eisley. No obstante, parecía que el hutt quería darles a los vecinos la impresión de ser un individuo benévolo y paternal.

Sin embargo, no había una gota de benevolencia en ese lugar. Orrin se dio cuenta de que *ahí* era donde estaban los guardias. También había cuatro gamorreanos más, dos a cada lado de la puerta. Estaban armados con hachas de petos, pero lucían aburridos.

Bojo Boopa y Jorrk siguieron a Orrin a lo largo del amplio corredor con sus blásters listos para disparar. El granjero volvió a sentir el vacío en su funda. Boopa le había quitado hasta los comlinks, así que Mullen y Veeka no tenían idea de dónde estaba.

El granjero vio la cámara de audiencias al frente, detrás de una puerta deslizable. De ella salió caminando un droide plateado que escaneó su cuerpo para confirmar que no estuviera armado. Orrin sintió que todos lo observaban. ¿Por qué sometían a la gente a tal humillación? ¿Realmente era necesario?

—Jabba lo verá ahora —dijo el droide con una voz gutural.

«Por todos los soles, ¿cómo llegamos a esto?», pensó Orrin. Al forzarse a caminar, sintió su pulso acelerado.

El granjero dio un profundo respiro y atravesó las puertas. Al centro de la rotonda, sobre una alargada base de madera construida para la plataforma deslizable de un hutt, Orrin vio algo más.

En lugar de la plataforma había un pequeño ser vestido con traje formal color verde claro. La criatura de color rosa y café estaba apiñada sobre un escritorio, ingresando números en un datapad. Sobre el escritorio había pilas bien ordenadas de créditos de todos colores. Cerca de él había un droide de seguridad balanceándose sobre sus ruedas, inclinado y con las fauces abiertas, listo para aceptar las divisas.

Orrin no pudo identificar a qué especie pertenecía el empleado del escritorio. Prácticamente tenía cara de simio y mejillas acentuadas por sus patillas: dos mechones rectos delicadamente peinados que semejaban plumas. Sus grandes e inquisitivos ojos permanecían fijos en los cálculos que tenía enfrente, y en cada una de las cifras que iba registrando con fervor. Al igual que los gamorreanos de la entrada, tampoco le prestó atención al recién llegado.

Jorrk lo empujó al centro del salón. Orrin vio a tres gamorreanos más detrás, sobre el perímetro del lugar, y a Boopa, quien colocó los comlinks y el bláster del granjero sobre una mesita.

Orrin miró arriba y vio que a través de una densa malla de alambre, suspendida a varios metros sobre el piso, se filtraban los rayos de luz de las hendiduras de ventilación de un domo. La red de metal no tenía ninguna lógica arquitectónica: el único espacio libre en la trama se encontraba en el punto principal del domo, donde también había una

masa cuadrada, justo sobre el centro del salón. Orrin entrecerró los ojos. ¿Había algo ahí arriba?

El granjero miró con cautela a los guardias, se quitó el sombrero y habló.

—Estoy aquí.

—¡Claro que estás aquí! —El ser del escritorio volteó hacia arriba y sonrió mostrando los dientes—. Me *agrada* este humano. Observador.

—Me dijeron que Jabba estaba aquí —continuó Orrin. De pronto sintió que la sangre volvía a llegarle a las extremidades—. O se equivocaron al informarme o el hutt bajó un poco de peso.

—¡Ja! —El alienígena del traje golpeó el escritorio para enfatizar su conclusión—: Observador y con sentido del humor. —Luego soltó su datapad y se puso de pie—. ¡Sí, me gusta esto! Quiero hacer negocios con alguien así, ¡claro que sí!

—Pero ¿quién es usted?

—Ah, soy Mosep Binneed, su humilde servidor —dijo la criatura, haciendo una reverencia. Orrin le sacaba una cabeza de altura—. Manejo las inversiones de Jabba cuando él no está aquí.

Orrin apretó el ala de su sombrero y se movió con incomodidad.

—Boopa dijo que este era el lugar de Jabba, por eso creí que…

—Su Gran Inmensidad es una criatura ocupada —explicó Mosep, al tiempo que levantaba una charolita con dinero. Como si estuviera desechando los restos de comida en un plato, dejó caer los créditos al interior del droide de seguridad—, pero Jabba sabe que la gente de Mos Eisley se siente mejor cuando cree que anda por aquí. Por eso, digamos que siempre está en esta oficina. Mi primo Lhojugg y yo compartimos la tarea de cuidarla.

—¿Ah, sí? —dijo Orrin, despreocupadamente. ¿Jabba no estaba ahí? ¡Qué maravilla!

Mosep volvió a levantar la vista. Sus ojos brillaban.

—De vez en cuando también viajo bajo el nombre de Jabba para representar sus intereses. Confundir a la competencia no nos viene nada mal, así que, para efectos del día de hoy, y con la venia de nuestro señor, se puede decir que sí, yo soy Jabba.

Jorrk reprimió la risa.

—¡Simio Jabba, simio Jabba!

—Qué desconsiderado, Jorrk —dijo Mosep, lanzándole una intensa mirada de soslayo al matón—. Tendrá usted que disculpar a mi asociado. En una ocasión vio a un mono de arena geniseriano y hasta la fecha sigue riéndose de su chiste. Yo, por supuesto, soy un nimbanel. En fin, es una buena técnica para Jabba, ¿no cree?

Orrin comenzó a impacientarse.

—¿Por qué me dice todo esto?

—Porque usted es parte de la familia, Orrin, hijo mío. Entre nosotros no hay secretos, ¿no es cierto?

—¡Yo no soy parte de su familia!

Jorrk volvió a reírse.

Mosep se peinó las patillas y tomó su datapad.

—Si usted insiste en que empecemos a negociar…, veamos. Sí, aquí está su cuenta. —La criatura leyó en silencio, pero sus labios lampiños chasqueaban con frecuencia—. Ay, qué perturbador es esto.

Mosep continuó con su rutina y empezó a chasquear con la lengua también. Orrin, por su parte, tuvo que luchar contra su deseo de moverse y decir algo. «¡Qué tortura!».

De repente miró hacia arriba y detectó movimiento encima de la red. Una figura ágil y oscura se desplazó por las luces, miró a través de la red y levantó un objeto.

—Hay… hay algo allá arriba.

Mosep no despegó la vista del datapad.

—Deben de ser los silbadores kayven —dijo el empleado—. Son voladores carnívoros. Viven en las vigas, pero de vez en cuando les subimos un postre.

Orrin volvió a mirar, alarmado. En ese momento se dio cuenta de que el objeto cuadrado que estaba casi encima de él era una jaula enganchada a un sistema de poleas que llegaba a una altura incalculable.

—¿Un *postre*?

Mosep miró a Boopa.

—Sí. ¿Quién fue el postre hoy?

Boopa levantó un hueso de pierna humana del suelo.

—Creo que fue el apostador problemático.

Mosep le sonrió al granjero.

—Puede usted relajarse, ya les dieron su ración.

Era imposible que se relajara. Arriba había más sonidos y sombras. Por un instante casi le pareció ver una figura bípeda en movimiento, planeando de una hendidura de ventilación al cable. Luego escuchó otro repiqueteo y más alas golpeando las redes.

—Ya leí lo suficiente. —El contador nimbanel bajó el datapad—. Nos debe usted bastante dinero, hijo mío.

—¡No soy su hijo, Binneed!

—Lo único que sé es que no se ha cumplido con algunos compromisos —repuso Mosep—, pero bueno, me estoy adelantando. *Usted* solicitó esta reunión. —El contador se sentó en su silla y se tronó los peludos nudillos—. Aunque sospecho que no lo hizo porque estuviera listo para pagar el total de su deuda.

—Estoy trabajando en ello —dijo Orrin, tratando de reunir valor—. No. Lo que quiero es que se quite —afirmó.

—¿Que me quite? —preguntó Mosep, con una sonrisita. Sus patillas se erizaron—. ¿A qué se refiere?

—Quiero que se quite de mi camino. Sus muchachos han estado visitando mi granja, mi almacén…

—¿Su almacén? —De repente Mosep se interesó y volvió a ver su datapad—. No, no, según mis registros, sus bienes sólo incluyen la granja, los vehículos en los garajes y las barracas de sus bestias.

—¡Son *peones*! —aclaró Orrin, encolerizado—. Pero, claro, cómo podrían saberlo sus matones, si en toda su vida no han tenido un solo día de trabajo honesto.

—Oh, pero sí trabajan —dijo Mosep, acomodando créditos—. Tal vez no jugueteen en la arena ni le expriman agua al aire, pero sí trabajan. Aquí se hacen inversiones, el capital se emplea, y también esperamos una ganancia.

—Ajá, ¡porque si no, entonces nos exprimen ustedes a nosotros!

—Orrin, o Maestro Gault, si prefiere que lo llame así: está usted haciendo esto muy incómodo. El hecho de que esté tratando conmigo debería ser una señal de respeto. Mi superior cree que hay distintos tipos de negocios, y que cada uno debe ser tratado de la manera que corresponde. —El contador volteó a ver a Orrin con sus ojos negros—. Créame, si Jabba *quisiera* hacer esto de una manera desagradable, usted ya se habría enterado. De cualquier forma, nosotros tenemos que supervisar nuestras inversiones, y eso implica visitar los lugares involucrados, como es el caso del almacén en donde usted parece tener sus oficinas.

Se volvió a oír otro ruido en el techo, pero los rufianes no prestaron atención.

—Mi negocio depende de mi reputación —dijo Orrin, con un poco más de humildad—. La buena voluntad forma parte importante de mi operación y he trabajado durante veinte años para fortalecer estos aspectos. Si sus rufianes empiezan a visitarme, perderé eso.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto —dijo Orrin—. La gente va a empezar a medir el agua de cada barril Gault para asegurarse de que no les esté vendiendo menos de lo estipulado.

Mosep se levantó del escritorio y empezó a caminar.

—Como el buen hombre de negocios que es, Orrin, usted sabe que ya es demasiado tarde para preocuparse por esas cosas. O como el hombre de negocios que *fue*, mejor dicho. Porque también está consciente de que no podemos permitir que esto continúe, ¿verdad?

Orrin miró alrededor, a la espera de cualquier movimiento.

—Mire, la cosecha de este año va a ser grande, *muy* grande. Nos ha tomado algún tiempo configurar bien los nuevos evaporadores, pero el resultado será…

—Me temo que no entiendo mucho de agricultura —dijo el contador, interrumpiendo—. Pero sé de matemáticas. Incluso si nos apegáramos al plan de pagos que tiene usted, no veo de qué manera podría resarcir al pobre Jabba —señaló—. Ni siquiera si utilizara sus *otros* recursos.

El último comentario desconcertó a Orrin.

—¿A qué otros recursos se refiere? ¿De qué habla?

Mosep tocó el datapad y sonrió como si supiera algo.

—Es muy inteligente lo que están haciendo sus muchachos allá en el desierto. Aunque esto se le ocurrió a Jabba primero, hace más de diez años.

—No sé qué quiere de…

—Muy bien, hágase el inocente. —Mosep aventó el datapad al escritorio e hizo temblar las pilas de créditos—. Supongo que es tan sencillo que cualquiera puede hacerlo. Aunque parece que los tusken de este año no quieren devolver el ataque.

Otro alboroto allá arriba. Orrin negó con la cabeza y trató de asimilar lo que pasaba.

—Espere, ¿dijo que íbamos a cambiar el plan de pagos?

—Así es —contestó Mosep—. Podría decirse que queremos *zafarnos*. —La criatura señaló los botones de su chaleco—. Tiene que pagar el doble de la suma correspondiente mañana… y cubrir todo el resto en dos semanas.

«¿Dos semanas?». Orrin tragó con dificultad. Ni siquiera podía cumplir la primera condición.

—He tratado de mantener el paso, ¡ustedes lo han visto! Sólo me he retrasado en los últimos dos pagos. ¿Por qué ahora?

Mosep sonrió.

—Pensé que quería terminar con esto.

—Nunca se va a terminar —dijo Orrin, furioso—. ¡Ya los conozco! ¡Una vez que le ponen las garras encima a alguien, no lo dejan ir jamás!

—En algún otro momento nos habría encantado tener un… *compromiso* a largo plazo con su negocio. Nos parece que es usted bastante creativo, para ser una criatura agrícola, claro, pero la verdad es que lo que Jabba necesita ahora es efectivo, no hacer inversiones.

—Jabba necesita… —Orrin miró alrededor. Fuera del macabro desastre en el techo, hasta las paredes del salón apestaban a dinero, como era el caso de la tapicería finamente tejida que colgaba detrás de una plataforma donde se mostraba una escena de la historia de los hutt—. ¡A mí me parece que les está yendo bastante bien!

Mosep vio los créditos sobre el escritorio y se rio.

—No, Jabba necesita un poquito más. Es por el Imperio Galáctico en que se convirtió esta República. Ha sido un cambio bastante radical. Hasta que no sepamos cómo van a tratar a los hutt, Jabba no quiere tener sus recursos en nada que no sea efectivo disponible.

—¡Para poder sobornar a la gente nueva, querrá decir!

—O para lo que sea necesario. A ningún negocio le viene bien la incertidumbre. —Mosep miró su crono de bolsillo—. Bueno, entonces digamos, ¿veinticuatro horas para hacer el penúltimo pago?

Orrin se encorvó en cuanto sintió sobre sí todo el peso de la galaxia y tartamudeó.

—Tengo… algunos planes. Puedo conseguirlo, pero necesitaré más tiempo. Si la cantidad de mañana pudiera ser menor…

Mosep, quien se encontraba al centro del salón, chasqueó los dedos. Había recordado algo de repente.

—Ah, claro, se me olvidaba. De hecho le hemos cobrado un poco menos en los últimos tres recibos. Por eso enviamos a Bojo. —El contador miró a los guardias—. Y como ya nos hizo usted el favor de venir hasta acá, creo que lo podemos castigar por eso de inmediato.

Orrin dejó caer su sombrero. «¿Qué?», pensó.

—Destrózale las manos —dijo Jorrk, riéndose a carcajadas—. Al fin que ya no necesitará manejar para divertirse y fanfarronear.

—Nah —dijo Boopa, dándole un golpecito al klatooiniano en el pecho con el dorso de la mano—. Mejor las piernas. Pasa mucho tiempo en ese almacén y ahí tiene todo lo que necesita. Sólo tendrá que gatear un poco para alcanzarlo.

—¡No, no, no! —Mosep negó vigorosamente con la cabeza y su rostro desapareció detrás de la maraña que formaban sus patillas—. Este amable ser todavía tiene un día para pagar. No podemos permitirnos medidas punitivas que limiten su movilidad, sin importar cuán justas sean. —Mosep volteó a ver a Orrin—. Sólo lo dejaremos una hora conectado al interruptor nervioso del sótano. Señor, ¿qué tal está su salud cardiaca?

A Orrin se le desorbitaron los ojos.

—Yo… yo…

—Supongo que ya lo averiguaremos —dijo Mosep, y asintió mirando a los guardias—. Un boleto para el espectáculo, por favor. —Luego le hizo una señal al droide que estaba parado junto a la puerta—. Yo veré los avances desde aquí arriba. ¿Me puedes traer un poco de caf?

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

ORRIN SE MOVIÓ RÁPIDAMENTE A LA DERECHA. Ya había visto la puerta sellada que daba a la calle y que tenía la anchura necesaria para que por ella pasara un hutt. Sin embargo, frente a la salida había un gamorreano con una cuchilla gigante en su enorme mano. Otra descomunal figura se movió con pesadez detrás de Orrin. Bojo Boopa y Jorrk le bloquearon la entrada principal, así como cualquier oportunidad de llegar a sus comlinks y a su bláster, que seguían atormentando al granjero desde la mesa.

—Llegó la hora de jugar a «¡Vamos a freír al granjero!» —dijo Boopa.

—¡Sí, a freírlo! ¡Freírlo! —exclamó Jorrk con alegría.

Orrin miró alrededor desesperado, pero lo único que vio fue a Mosep tratando de escapar del centro del salón antes de que el descomunal gamorreano le cayera encima.

—¡Con cuidado, amigos! —gritó el contador—. No hay necesidad de apresurarse. ¡La mayor parte de los accidentes suceden en el lugar de trabajo!

El gamorreano se movió con torpeza detrás de él. Orrin giró y unos dedos gordos se juntaron en su espalda, sin embargo, el movimiento sólo sirvió para que el granjero quedara al alcance de Jorrk.

—¡FreírFreírFreír!

—¡No! —Orrin se liberó del klatooiniano y cayó sobre la plataforma de madera. Su pecho golpeó contra el piso de mosaico. Trató de contonearse hacia el frente, pero Jorrk lo tomó de los pies. El granjero giró retorciéndose de dolor, y en ese instante, escuchó un golpe metálico y una sombra oscura apareció sobre la cabeza de sus atacantes.

¡Klaaang! La pesada jaula de metal colgada en las vigas cayó y aporreó a uno de los gamorreanos que iban caminando. Este hizo carambola con el bruto verde y tiró al suelo a Jorrk. Otro de los gamorreanos se asustó, tropezó hacia atrás y aterrizó sobre Mosep, quien empezó a aullar de dolor.

Boopa señaló el domo: en el lugar de la malla donde antes estuvo la jaula, ahora había una apertura cuadrada. Orrin seguía tirado de espaldas, pero vio lo mismo que Boopa: a un ser ataviado con capa oscura que se movía entre las sombras del techo, aferrado a lo que quedaba de la cadena.

—¡Hay alguien allá arriba! —gritó el gossam—. ¡Dispárenle!

Boopa se olvidó del granjero y empezó a disparar con su bláster al techo. Jorrk se unió a él, y luego entraron dos guardias más que venían por el pasillo con sus blásters levantados. Orrin miró rápidamente al ser en las alturas. Fuera lo que fuera, se movía de una manera espectacular y estaba usando la cadena cortada de la jaula para saltar de un muro a otro. El granjero no esperó más; se apoyó en las palmas y las rodillas, y se escabulló por la plataforma hasta ocultarse detrás del escritorio.

Orrin comprendió de inmediato que el mueble del nimbanel era el lugar más seguro del salón, ya que todos los rufianes estaban disparando hacia arriba y apuntaban al hueco y la malla de metal. Aunque los disparos parecían no tener efecto sobre el increíblemente ágil intruso, sí captaron la atención de los más de diez silbadores kayven que estaban en

el domo. La ráfaga de disparos hizo enojar a los reptilianos voladores de un metro de largo, los cuales cruzaron el hueco y planearon en dirección a todo lo que se movía abajo.

—¡Yaaaghh! —gritó Jorrk, cuando un silbador prensó su hombro y lo mordió. Los gamorreanos estaban aullando y tratando de esquivar a los silbadores con sus hachas.

—¡La puerta! —gritó Boopa, encogiéndose detrás de una estatua—. ¡Abran las puertas que dan a la calle!

—¡Sólo la plataforma deslizable de Jabba puede activar la puerta! —gritó alguien en el salón.

Orrin seguía escondido debajo del escritorio. El aterrado granjero escuchó varias veces un ruido sordo y carnoso. Se asomó para buscar un arma, pero lo único que vio fueron créditos tirados en el piso, alrededor suyo.

—Cierren la puerta deslizable —gritó alguien más—. ¡Se van a meter a la casa! —Pero Orrin no escuchó que nadie moviera la puerta. Lo único que oía eran los gritos, el golpeteo de los pies y los agudos silbidos de los depredadores kayven que, evidentemente, estaban rompiendo su dieta. El alboroto menguó, por fin, cuando las partes involucradas llevaron la pelea a otras partes de la residencia.

El salón se quedó en silencio. Orrin seguía agazapado debajo del escritorio, el cual ya se había volcado en medio del ajetreo. Antes de volver a salir, sin embargo, vio a Boopa arrastrándose desde atrás de una estatua de bronce. El agotado gossam miró con cautela alrededor. Al ver a Orrin sacó un bláster de una de sus fundas.

—¡Yo no hice esto! —gritó el granjero.

—Estoy seguro de que no, recolector de agua, pero alguien tiene que sufrir por ello —advirtió Boopa, al tiempo que escalaba la plataforma para luego apuntar su bláster a la parte inferior del escritorio, donde estaba Orrin.

El granjero percibió el repentino ruido sordo que provocaron unas botas sobre la superficie del escritorio, pero no alcanzó a ver de qué se trataba. Sólo vio a Boopa mirando hacia arriba con cara de asombro.

—¿Tú? —gritó—. ¡Te he visto antes! —Orrin vio al gossam levantar su bláster…

… y desaparecer. Boopa salió disparado como cohete y voló hacia el muro más lejano. Su cabeza fue lo primero que se estrelló contra la superficie de pourstone, y luego su blando cuerpo se deslizó hasta el suelo como un insecto cayendo por el parabrisas.

Orrin parpadeó. ¿Uno de los silbadores habría jalado a Boopa? El granjero no entendía cómo, si esas criaturas no eran suficientemente grandes. Una de ellas, sin embargo, se acomodó sobre el cuerpo del gossam y empezó a darse un festín. Como Orrin no oyó a nadie más, salió de debajo del escritorio. No encontró a nadie encima del mueble. ¿A quién habría visto Boopa?

En el techo, seguía oscilando la cadena rota que atravesaba el hueco cuadrado de la malla, iluminada por la luz que entraba por las ventanitas. Una de ellas estaba abierta hacia fuera, pero ya no había ningún silbador en el salón que quisiera escapar por ella: excepto por el que ahora estaba ocupado con Boopa, ya todos se habían ido.

Orrin tropezó con el borde de la plataforma y se percató del desastre que quedó en el salón. Había dos gamorreanos agonizando en el suelo, y dos secuaces más a los que no había visto antes. Su bláster y su comlink blanco se encontraban tirados en el piso junto a la mesa volteada. El granjero escuchó el comlink rojo sonando entre los escombros, pero no se molestó en buscarlo. Su sombrero, por otra parte, estaba aplastado debajo de la jaula.

Ah, y también estaban los créditos del escritorio de Mosep desperdigados por todos lados. Sin siquiera pensarlo, el granjero empezó a llenarse los bolsillos. Después de todo, parte de ese dinero era suyo. Además, aquí nadie sería…

—¿Ho… la?

Orrin paró en seco en cuanto escuchó la voz. Mosep gimió desde abajo del gamorreano.

—¿Hay alguien ahí? Creo que estoy fracturado.

—Mosep, yo no hice esto —dijo Orrin, quien se olvidó de los créditos y se dirigió a la puerta—. ¡Sólo soy un hombre de negocios!

El granjero se detuvo en la salida e hizo un cálculo momentáneo. Luego volteó y, haciendo un gran esfuerzo, giró al gamorreano para liberar el cuerpo de Mosep. Entonces el nimbanel pudo respirar al fin.

Mosep giró la cabeza lentamente a la derecha y suspiró al ver el desastre.

—Estoy empezando a pensar que esta trampa en particular está mal diseñada. —Luego miró a Orrin—. Tiene usted mi gratitud —dijo el contador con un resuello, todavía tirado bocabajo.

—¿Me daría algo más? —preguntó Orrin, pegando los brazos a sus costados para ocultar los créditos que se desparramaban de sus bolsillos.

—Veinticuatro horas. —Mosep observó el salón—. Creo que tendré que pagar por algunas obras de remodelación antes de que regrese Jabba.

Orrin miró el lugar por última vez y salió corriendo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

ANNILEEN APAGÓ su comlink rojo.

—Orrin sigue sin contestar —dijo. ¿De qué servía tener un medio de comunicación directa si el hombre nunca contestaba? Claro, si es que *podía* contestar. Aunque lo mejor era quitarse ese mal pensamiento de la cabeza.

La comerciante estaba parada junto a su nuevo landspeeder frente al Mos Eisley Inn. Orrin y Ben tenían una hora de haberse ido. Mientras tanto, recogió a Kallie acompañada de Jabe; y luego fue a dejarlo a él para que recogiera el LiteVan y tuviera algo en qué entretenerse. Haría cualquier cosa por evitar que el muchacho entrara como loco a esa casa para salvar a Orrin, si es que necesitaba ser salvado.

Annileen guardó el comlink. Estaba cansada de esperar.

—Sólo me voy a acercar a la puerta —dijo.

Pero entonces Kallie la jaló de la manga.

—Espera, mamá, ¡ahí viene Jabe!

El LiteVan se detuvo y flotó junto al landspeeder nuevo.

—Mira a quién encontré —dijo Jabe, bajando del vehículo de un salto. La puerta se abrió, y Mullen y Veeka descendieron también.

—Ah, qué alegría —dijo Kallie.

—Cállate. —Annileen caminó hasta el hijo de Orrin. Se veía más desconcertado que de costumbre—. Mullen, ¿has podido contactar a tu padre?

El joven balbuceó algo inaudible, y Veeka, que estaba a su lado, sólo negó con la cabeza.

Annileen los presionó.

—¿Qué están haciendo en Mos Eisley?

Mullen continuó mudo y sólo miró a su hermana. Veeka encogió los hombros incómodamente.

—Nada más estábamos, ya sabes, paseando por la ciudad.

Annileen se les quedó viendo.

—Vaya, son una gran ayuda.

Era obvio que los hermanos Gault sabían algo, lo cual era bastante inusual para Annileen, pero antes de que pudiera preguntarles algo más, un espantoso grito atravesó el aire.

—¡Miren ahí! —dijo Jabe, señalando un poco más adelante en la calle.

La pesada puerta de la casa se abrió y unos seis seres de distintas especies salieron disparados, corriendo por su vida. Un instante después, tres criaturas aladas surgieron como cohetes por la puerta, una detrás de la otra, y planearon muy bajo sobre los aterrados peatones, antes de remontar hacia los techos.

—Silbadores kayven —dijo Annileen, con cara de incredulidad. Después de todo, sí estaba como en un safari a un mundo exterior, ¡sin siquiera salir de Tatooine!

Al último, Orrin salió de la casa ruborizado y con el cabello despeinado. El hombre lucía como si hubiera tenido una discusión con un wookiee. Primero tomó cierta dirección en la calle, aunque luego se arrepintió y cambió de rumbo. Estaba a punto de volver a virar cuando Annileen lo vio y le gritó.

—¡Oye!

Luego se acercó a él.

—Orrin, ¿qué sucede aquí? ¿Qué fue todo eso?

Orrin, sonrojado, volteó a ver la construcción y empezó a caminar. En ese momento llegó el equivalente a la policía de Mos Eisley, y varias personas se reunieron para ver a los gordos silbadores posados a lo largo del camino. Orrin corrió hacia la multitud y Annileen tuvo que caminar con paso rápido para alcanzarlo. Él finalmente aminoró la marcha cuando llegó al lugar en donde Boopa había estacionado el USV-5, a cierta distancia de la casa.

Llegando ahí recuperó el aliento y le sonrió atribulado a la viuda de su amigo.

—¡Definitivamente no le voy a vender agua a esa gente!

—¿Bromeas? ¿*Quiénes* eran?

—Un callejón sin salida —contestó, sacando un espejo del interior de su landspeeder—. Me merezco esto por tratar de venderle a todo el que parece que me va a comprar. —El granjero se peinó con los dedos.

Annileen miró a los otros, incrédula.

—Ajá, eso, era un asunto de negocios —dijo Mullen.

Veeka asintió.

—Exacto. O sea, por eso… es que estamos aquí —agregó, tragando saliva—. Sip.

Orrin puso los ojos en blanco y se enderezó el cuello de la camisa. Al hacerlo, sin embargo, se le cayó un montón de créditos de los bolsillos del chaleco.

Tanto los Calwell como los Gault se quedaron boquiabiertos.

—¿Qué es esto, Orrin? —Annileen exigió una respuesta.

Orrin se sonrojó y se agachó para tratar de levantar los créditos del polvoso suelo. En general era sólo cambio, pero provenía de varios sistemas distintos, y era bastante.

—Ah, es que… el *cliente* me compensó por haber hecho el viaje.

Kallie miró la pila de divisas que el hombre tenía en la mano y se rio.

—¿Qué? ¿Venías desde Coruscant?

Orrin seguía agitado y, en vez de responder, miró a su hijo.

—¡Mullen! ¡Ven acá y dame tu sombrero!

El chico se le quedó viendo como tonto.

—¿Dónde está el tuyo, papá?

—¡Cállate y dámelo!

Mullen le pasó el sombrero a su padre. Orrin continuó recogiendo los créditos con frenesí, y sólo levantó la vista cuando divisó movimiento al otro lado de la calle, en dirección opuesta a la casa. El granjero dejó caer el dinero y se irguió.

—Kenobi —musitó, al ver a Ben acercarse.

Annileen giró.

—¡Regresaste! —La mujer miró a Ben y luego volteó a ver la casa—. Pensé que ibas a ver qué pasaba con Orrin.

Ben hizo una reverencia.

—Parece que ustedes lo encontraron primero.

Annileen se quedó viéndolo inquisitivamente y Jabe negó con la cabeza.

—Qué gran ayuda resultó tenerte aquí.

Orrin miró al suelo y trató de dilucidar qué sucedía. Entonces abrió los ojos, sorprendido.

—¿Me estaban buscando? ¿Estuvieron…? —Se quedó a media frase y volteó a ver la casa a lo lejos. Luego giró hacia Ben—. ¿Estuvieron aquí todo el tiempo?

Ben señaló con el pulgar sobre su hombro.

—Me están reparando un equipo en un taller. Los Calwell fueron muy amables en llevarme al lugar que debía ir. Ah, sí, a Annileen le pareció verte hace rato. Fui a tu encuentro, pero me interceptó un vendedor callejero demasiado insistente —explicó, juntando las palmas—. ¿Sucedió algo emocionante?

Orrin lo miró con odio.

—No, en absoluto. —Volteó hacia Annileen, y al ver el deslumbrante landspeeder detrás de ella, se le iluminó la cara—. ¡Oye, lo recogiste!

—A eso nos enviaste —aclaró ella—. Es precioso, Orrin, pero cuesta demasiado y…

—No es nada, ¡además puedo pagarlo sin problema! —El granjero señaló sus pies. Mullen seguía ahí recogiendo los créditos que faltaban. Luego saltó a su hijo para unirse a Annileen y ver el vehículo nuevo. Colocó la mano izquierda sobre la veleta de dirección frontal del JG-8, y el brazo derecho alrededor de la cintura de ella. De esa manera pudo abrazar el landspeeder y a Annileen al mismo tiempo.

—Es una belleza, ¿no es cierto?

Annileen aceptó el abrazo a pesar de que la incomodaba, y asintió.

—Lo es.

—Y también mi Annie —les anunció a los otros, asiéndola con más fuerza—. También es una belleza, quiero decir.

Orrin la soltó y la volteó para que lo mirara.

—Escucha, Annie, esto es importante. Eh…, la razón por la que quería estar aquí en la ciudad contigo ahora. Sabía que Mos Eisley era importante para ti —explicó, tomándola de la mano—. Este landspeeder es sólo el principio. Quiero que te cases conmigo.

—¡Que me case contigo! —A Annileen se le desorbitaron los ojos—. ¿Qué?

—Toda la gente del oasis da por hecho que somos un matrimonio desde hace años. ¿Para qué seguir esperando?

—¿Hemos estado esperando? —Todo esto era nuevo para la viuda. Volteó a ver a los otros. Kallie y Jabe se veían tan sorprendidos como ella. Mullen y Veeka sólo observaban con atención. Y Ben contempló a la pareja sin inmutarse.

Orrin le estrujó la mano.

—Podría decirse que he criado a tus hijos la mitad de su vida; tú me has ayudado a criar a los míos…

—¡A mí no me quieras culpar de *eso*! —exclamó ella, soltándose, y volteó a ver a los hijos de Orrin—. Sin ofender.

—Descuida, no nos ofendes —gruñó Mullen. Los hermanos Gault aún no soltaban sus sombreros llenos de créditos.

Annileen volteó a ver a Orrin.

—Tienes que admitir que esto es extraño. Hasta hace poco, ¡nunca mostraste el menor interés en mí!

—Vamos —imploró el granjero—, ¡sabes que eso no es verdad!

—Claro que has bromeado, pero hablo de un interés *real*.

—Si bromeaba era porque tenía miedo —dijo Orrin—. Miedo de que pensaras que no valía lo suficiente para ocupar el lugar de Dannar —explicó, mirando a otro lado—. Pero, bueno, he estado trabajando. Todo este tiempo he mejorado mi granja y me he enfocado en el Llamado de los Colonos. Es decir, he estado trabajando en *mí*, ¡pero lo hice por ti!

—¿Por mí?

—Sí, para que vieras lo que podía llegar a ser —explicó.

A Annileen se le volvieron a desorbitar los ojos. Para ese momento, ya tenían público: transeúntes que ya habían renunciado a atrapar a los silbadores kayven como los demás. De repente, la mujer cobró consciencia de que la observaban y dio un paso atrás.

—¿Acaso esperas una respuesta ahora?

—Pronto —dijo Orrin, y volteó a ver la casa más adelante sobre la calle—. Claro, ¿por qué no? Sé que te gusta Kerner Plaza, y ahí hacen bodas todo el tiempo. ¿Qué te parece?

—¡Creo que necesitas tomar una de tus pastillas para el estrés!

—No bromeo, Annie —aclaró, apoyándose en el suelo con una rodilla—. ¡Hablo en serio!

Annileen estaba alterada. Miró alrededor otra vez. Vio el landspeeder, luego a Ben. A los otros, y luego a Ben de nuevo. Cuando volvió a dirigirse a Orrin, habló un poco más fuerte para que escucharan los presentes.

—Necesitaré un poco de tiempo para pensarlo —declaró.

A Orrin se le marchitó un poco la sonrisa, pero se levantó y se sacudió la pierna del pantalón. Le hizo una reverencia a Annileen y regresó a su vehículo. Los transeúntes se dispersaron al darse cuenta de que la escena había llegado a su fin.

Annileen vio a Orrin hablando con sus hijos e hizo lo mismo.

—¿Alguna vez habían visto algo así?

Kallie negó con la cabeza.

—Si Veeka Gault llega a ser mi hermana, yo me voy a convertir en uno de esos monjes B’omarr.

—Para ingresar a su orden tienes que dejar que te saquen el cerebro —dijo Ben.

—Eso sería preferible, créeme —dijo la chica.

En voz baja y en treinta segundos, Orrin terminó de narrarles a sus hijos lo que sucedió en la casa.

—No vamos a librarnos de esta sólo hablando —explicó y se limpió el sudor de la frente—. Pero tampoco nos cae de sorpresa. Dos planes, ya lo saben.

—No estoy seguro del Plan Dos —repuso Mullen.

El granjero miró a su hijo, exhausto.

—Por todos los soles, ¿y ahora qué le pasa a Zedd? Sus costillas ya debieron haber sanado para estas…

—Llamó de la clínica. Ha estado tomando los analgésicos equivocados —explicó Veeka—. Se hizo adicto a las medicinas wookiee.

Orrin negó con la cabeza.

—Ese chico queda despedido de por vida.

—¿Tenemos que ir *esta noche*? —preguntó Mullen—. No creo que podamos ir sin él.

—Es esta noche o nunca —afirmó Orrin—. Necesitamos un cuarto elemento, y rápido. Aunque creo que ya lo tenemos. —El granjero miró a los Calwell reunidos entre el LiteVan y el ostentoso vehículo nuevo de Annileen. Jabe asintió mirándolo con respeto.

Orrin se había estado ganando la confianza de Jabe poco a poco, y ahora el chico parecía más que dispuesto a colaborar con él.

—Sí, de hecho creo que va a funcionar bastante bien —murmuró el empresario frustrado, caminando hacia la familia.

—Jabe —gritó—. ¿Quieres regresar con nosotros al oasis?

Al chico le sorprendió la oferta, pero luego vio a Veeka parada junto al vehículo de los Gault. La chica le guiñó, y él volteó emocionado a ver a su madre.

Annileen estaba renuente.

—Kallie tiene que llevar el LiteVan a casa ahora para alimentar a los animales y no quería que se fuera sola.

—Manejaré detrás de ella hasta mi casa —ofreció Orrin—. Mi droide cocinero le dará de comer a Jabe y luego lo llevaré a tu casa esta noche. Así todos estaremos seguros.

Abrumada por todas las atenciones que le había extendido el granjero ese día, aceptó.

—No se diga más —exclamó Orrin, haciéndole a Jabe un gesto para que se subiera a su landspeeder. Luego volteó y notó que Ben llevaba un rato contemplándolo bajo la sombra que proyectaba su capucha en su rostro—. Pensé que tenías que recoger el equipo que te estaban reparando —gritó el granjero, con frialdad.

—Así es. —Ben asintió y giró hacia Annileen—. Puedo regresar solo a casa.

—No —dijo ella—. Te llevaré con todo y la unidad refrigerante hasta allá. —Annileen volteó a ver a Orrin, que no se veía nada feliz—. En mi vida todavía mando yo…, creo.

—De acuerdo —dijo, con la vieja sonrisa de siempre—. Entonces te veré esta noche.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

«ENTONCES ASÍ ES COMO VIVE UN ERMITAÑO», pensó Annileen al ver el interior del refugio de Ben. Como lo imaginó, adentro estaba más limpio que afuera. Resultaba lógico, conociéndolo. Sin embargo, el mobiliario era sumamente exiguo. No podía imaginar al hombre habitando ese lugar sin comodidad alguna. Seguro todos los días eran como estar de campamento para él; lo cual tal vez no era tan malo, pensó, al recordar el acumulamiento que ensombrecía su propia vida.

Annileen terminó de lavarse las manos en el cuenco y las secó rápido. No tenía caso quedarse ahí, ya que sólo había entrado para refrescarse y, de hecho, lo había logrado haciendo trampa.

Pero tenía un buen pretexto. Rooh llegó bien a casa como ella lo había predicho; en lo que se equivocó fue en lo cerca que estaba de dar a luz. Annileen y Ben llegaron justo cuando el primer sol tocó las montañas del oeste de Jundland, y encontraron a la madre y a su hijo precisamente junto al abrevadero. La comerciante examinó a la eopie y a su bebé y verificó que ambos estuvieran bien de salud. El esfuerzo que había hecho Rooh esa mañana seguramente propició que la labor de parto comenzara antes.

La mujer miró alrededor por última vez, atravesó la cortina y sintió el calor de la noche. Ben se arrodilló junto a Rooh, que estaba masticando su alimento muy feliz. Annileen se quedó afuera de la puerta para no perturbar la serenidad del momento.

Pero Ben notó su presencia.

—A pesar de la dura prueba, Rooh se ve desbordante de energía —dijo, mientras acariciaba el hocico de la nueva madre—. ¿Cuánto tiempo deberá descansar?

—Los eopies parecen hechos de bandas elásticas —dijo Annileen, en broma—. Tal vez ya esté lista para correr.

Ben se quedó maravillado.

—¿Tan pronto?

Annileen se rio.

—Créeme, la envidio. Jabe me dejó tirada en cama un mes.

La mujer caminó al patio. La unidad refrigerante recién reparada estaba entre la demás basura en el exterior. Durante el trayecto para ir a recogerla, y luego de vuelta a su casa, Ben se mantuvo callado. En realidad no había añadido nada a su narración de la ausencia de Orrin, excepto por una pregunta acerca de sus finanzas que a ella le pareció que surgía en un momento peculiar. Ben no curioseó más y tampoco preguntó nada respecto al tema sobre el que ella más deseaba oír su opinión.

—Bueno —dijo él, levantándose—, será mejor que meta el equipo mientras todavía hay luz. Fue un día encantador. Gracias por la ayuda.

Tras decir eso, pasó junto a ella y caminó hacia la unidad refrigerante. Annileen se quedó petrificada mientras lo veía arrodillarse junto al artefacto.

Al final, sucumbió y caminó hasta donde él pudiera verla.

—Ben —dijo—, ¿debería casarme con Orrin?

Ben se quedó callado un instante.

—¿Quieres casarte con él?

—No, realmente —contestó ella—, pero mucha gente cree que debería hacerlo.

Ben levantó la unidad del suelo.

—Estoy seguro de que tus otros amigos están más calificados para aconsejarte. Como Leelee…

—No —exclamó Annileen—. Leelee no. —Caminó hasta él y le bloqueó el paso a la puerta. Él la miró desconcertado mientras ella le quitaba la unidad de las manos y la dejaba en el suelo—. Quiero saber qué es lo que tú quieres que haga.

Ben se encogió de hombros.

—Es tu vida. Todo individuo elige su propio destino y…

Annileen gruñó.

—¡Para ti todo es un adagio! Ben, ¿me estás diciendo que nunca has tenido que lidiar con una situación de la vida real? ¿Una encrucijada en la que hayas tenido que tomar una decisión respecto a alguien más?

Cuando por fin sintió la frustración de Annileen, Ben miró en otra dirección.

—Soy humano —musitó—. Hubo alguien, hace tiempo. No estaba destinado a suceder.

—¿Y entonces renunciaste y te mudaste a los Eriales de Jundland? —preguntó ella, riéndose—. Yo diría que no encontraste a la persona correcta.

—Tal vez sí —dijo Ben, mirándola desde la sombra de su capucha—, pero yo no era el indicado.

—Más evasivas del loco Ben —dijo ella. Al sentir que recobraba la confianza en sí misma, dio un paso hacia él y acortó a la mitad el espacio entre ambos—. Bueno, yo no creo que estés tan loco. Pienso que encontraste a alguien que no esperabas, y eso no tiene nada de malo —agregó, acercándose.

Ben levantó las manos para detenerla.

—No, Annileen. No puedo hacer esto.

—¿Estás seguro? —preguntó, mirándolo directo a los ojos—. Yo creo que sí.

—No, *definitivamente* no puedo.

—Todos pierden el control de vez en cuando.

El se rio entre dientes con cierta incomodidad.

—Yo mismo dije eso, ¿no es cierto?

—Sip. —Annileen tomó sus manos y lo acercó a ella…

… y él retrocedió y se alejó.

—¿Qué sucede? —preguntó. Sólo podía ver su espalda—. ¿Es por Orrin? No te preocupes, ya te dije que no siento eso por él.

—Y tampoco creo que lo sientas por mí —afirmó Ben, mientras caminaba adonde estaban los eopies.

—¿Acaso eres experto en lo que pienso? —Annileen sonrió tiernamente—. Porque, bueno, eso es prueba de que algo sucede entre nosotros. Orrin me ha conocido toda la

vida y no sabe lo que tengo en la cabeza. Tú sólo me has visto algunas veces y puedes leerme la mente. —Sus ojos resplandecieron con la luz de la noche—. Además, sucede con frecuencia. O tienes una percepción sobrehumana, Ben, o has estado completamente atento a quién soy.

Ben tomó la rienda de Rooh y la llevó a su corral. Su bebé los siguió tambaleándose.

—Annileen, creo que tienes un buen hogar, una familia adorable y un negocio exitoso. Pero también creo que te estás volviendo loca de aburrimiento.

Annileen lo miró incrédula.

—¿Crees que soy así de simple?

—No —contestó él, levantando al eopie bebé para ayudarle a cruzar la valla—. Creo que eres así de *complicada*.

Annileen cruzó los brazos.

—¿Piensas que la pobre Annie se aburre en Tatooine y que se vuelve loca con el primer hombre de otro mundo que se presenta?

—Ya les ha sucedido a otros.

—Pues te equivocas.

Ben la miró.

—¿En serio? ¿No estás aburrida?

Annileen volteó y le dio una patada a la unidad refrigerante.

—¡Estoy demasiado *cansada* para estar aburrida! Tengo un hogar que se está desmoronando porque para cuando llega la noche siempre estoy muerta. La mitad del tiempo me quedo dormida en la mesa de mi cocina. Mis hijos se la pasan buscando nuevas maneras de matarse, como si este lugar no fuera suficientemente peligroso. Y mi negocio… —balbuceó mientras caminaba hecha una furia hacia el corral—. ¡Mi negocio la hace de mamá bantha para una manada de adultos huérfanos! La gente no vuela hasta el Borde sólo para cambiar de lugar con la vieja Annileen.

—Sé de alguien que lo haría —dijo Ben, con la espalda apoyada en la valla. Annileen le lanzó una mirada fulminante.

Ben comenzó a decir algo pero se detuvo y, por un momento, lo único que se escuchó fue el sonido del bebé eopie acariciando con la nariz a su madre.

Finalmente, habló.

—Annileen, creo que ya aprendiste a vivir con estas cosas, pero no puedes seguir fingiendo que representan un desafío para ti. Tú eres mucho más. —Ben giró, colocó las manos sobre la valla y miró el desierto—. Has llegado a tu límite y estás buscando algo que te impulse a seguir viviendo, pero como crees que no te puedes mover, estás desesperada por que llegue alguien que te haga compañía en tu mundo, alguien que te desafíe.

—No lo sé —dijo Annileen, uniéndose a él junto a la valla—. Erbaly Nap'tee es todo un reto.

—Sabes a lo que me refiero.

Annileen miró a los eopies y suspiró. Claro que sabía a lo que se refería.

—Me estás diciendo que uno no puede escapar de una trampa atrayendo a alguien más a ella.

—Todas las trampas tienen varias salidas —dijo Ben—. De eso me di cuenta hoy. —A ella le pareció que el comentario era extraño, pero Ben cambió de tema enseguida—. Además —dijo—, yo sería terrible atendiendo un almacén.

—Bueno, ni siquiera puedes comprar bien —agregó Annileen.

Ambos rieron.

Ben se separó de la valla, pero Annileen tocó su hombro, aunque con menos insistencia que antes.

—Espera —le dijo—. No te vas a escapar tan fácilmente. Esto no es sólo respecto a mí —explicó—. También te concierne.

Ben volvió a levantar la mano.

—Ya te dije, no estoy buscando un…

—Espera —lo interrumpió Annileen—. No me refiero a eso. Afuera del Claim te pregunté si te había sucedido algo malo y tú dijiste que le sucedió a alguien más.

—Sí.

Annileen lo tomó de la muñeca

—Eres un mentiroso.

—¿Cómo?

—Te estás mintiendo a ti mismo. Eso malo que sucedió… tal vez le pasó a alguien más, alguien que te importa, supongo. Pero eso significa que también te pasó a ti.

Ben se resistió.

—Yo no…

—Sí, es verdad. Sucedió algo horrible y te está destruyendo por dentro. Tal vez por eso estás aquí. Sin embargo, estás tratando de seguir adelante como si no te importara, como si no estuvieras…

Annileen hizo una pausa. Ben, que ahora estaba apoyado de nuevo sobre la valla, la miró.

—Estuviste ahí —musitó Annileen—, ¿no es verdad? Cuando eso malo sucedió…, *tú estuviste presente*.

Ben cerró los ojos y asintió.

—No solamente sucedió —explicó él, respirando con dificultad—: *yo lo provoqué*.

El cerebro de Annileen comenzó a trabajar a toda velocidad. Dio vueltas y se internó en oscuros escenarios que quiso descartar, pero independientemente de a qué se refiriera Ben, estaba hablando en serio y ella tenía que responder con reciprocidad.

—¿Lastimaste a alguien?

—Ellos se lastimaron a sí mismos —dijo Ben—. Yo llegué al final, cuando terminó todo. Sin embargo, también estuve ahí al principio y debí impedirlo.

Annileen sacudió la cabeza.

—Pero eres nada más un hombre.

—*¡Debí impedirlo!* —La valla se estremeció—. ¡Fallé! Estaba en mis manos detenerlo y no lo hice. Cargaré con eso en la conciencia por siempre.

Annileen miró de un lado a otro. La valla temblaba con tanta fuerza bajo sus manos que pensó que en cualquier momento los postes saldrían disparados de la tierra.

—Ben, no te puedes culpar por…

—No lo sabes. —Ben giró y la sujetó de los hombros sorpresivamente—. Les fallé a todos. ¿Tienes idea de cuánta gente pagó por eso? ¿Sabes cuánta gente sigue sufriendo *ahora*?

—Sólo sé de una persona —dijo.

Annileen nunca había visto tanta angustia en la mirada de alguien. ¿Por qué habría atravesado Ben? ¿Qué habría hecho? ¿Qué *creía* que hizo? Desde que lo conoció, en su mente empezaron a surgir incontables teorías que luego se dispersaron, por eso ahora le costaba tanto trabajo pensar en ellas. ¿Habría sido una tragedia doméstica? Tal vez fue un soldado y sus actos provocaron la muerte de su pelotón. O quizás antes era ejecutivo y su negligencia destruyó su empresa.

Sus pensamientos fueron del de menor importancia al increíblemente fatal, pero luego concluyó que nada de eso importaba. El dolor era dolor, y si Ben había lastimado a alguien antes, ella no tenía por qué dar por hecho que representaba un peligro ahora. Excepto, tal vez, un peligro para su propia felicidad.

Todo su instinto humano la instaba a abrazarlo, pero algo más, en algún lugar, le decía que se alejara. Y eso fue lo que hizo.

—Ben, creo que te entiendo. Supongo que estás aquí para sanar. Tal vez para algo más que eso, pero no lo sé. Todo es parte del proceso. Si hablar de lo sucedido te ayuda…

Él negó con la cabeza.

—No, no me ayudará. —Ben observó a los dos soles ponerse. Respiró hondo y se irguió—. Lo lamento. Te agradezco el paseo de hoy, pero creo que deberías volver a casa mientras todavía haya luz.

Annileen lo vio girar y dirigirse a su refugio. Su carácter reservado de costumbre estaba de vuelta. Ella había logrado entrar por un momento, de eso estaba segura, pero sabía que no llegaría más lejos. Al menos, no esa noche.

La mujer caminó con los brazos caídos y se dirigió a su landspeeder que, bajo la luz del atardecer, resplandecía con tonos color carmesí. Cuando llegó al vehículo giró y miró a Ben.

—De acuerdo —dijo—. No me voy a ocultar detrás de tu puerta a esperar que hables conmigo. Puedes tomarte el tiempo que quieras para hacerlo.

Ben se detuvo y miró con melancolía hacia el este.

—Tiempo es lo que tengo.

—Bueno, yo también —afirmó ella. Se acomodó frente a los controles de su vehículo—. No pienso ir a ningún lugar. —Encendió el motor—. ¿Escuchaste, Ben? *No pienso ir a ningún lugar*. Así que, cuando estés listo, ya sabes lo que dice el letrero.

Annileen desapareció en el crepúsculo y dejó atrás a Ben reflexionando. Tenía la sospecha de que él sabía bien a qué se refería.

«ENCUENTRE LO QUE NECESITA EN EL CLAIM DE DANNAR».

Meditación

Annileen.

Esto se está convirtiendo en un problema. Para ella. Aunque, tal vez eso lo hace un problema para mí también.

Sé lo que está pensando. Ya he sido puesto a prueba en este sentido antes y sé lo que significa acercarse demasiado a alguien. Sucedió hace años con Siri Tachi, usted estuvo ahí y fue testigo de una parte de la historia.

Y luego, Satine… Aunque juré que jamás volvería a poner a nadie en un peligro similar.

Eso quedó atrás: no soy un padawan deslumbrado. Ya no. Sé que los lazos personales pueden ser usados en nuestra contra. A veces ponemos a los otros en peligro por la naturaleza de nuestras tareas y, aún peor, los convertimos en posesiones que protegemos y con las que nos obsesionamos.

Debo admitir que a veces me pregunto si esto no les resta méritos a los jedi. No todos son Anakin, y si el simple hecho de tener sentimientos profundos por alguien, especialmente alguien tan especial como Padmé, resulta destructivo en principio, entonces creo que la Fuerza tiene una visión peculiar de lo que constituye el Bien y el Mal. Usted mismo me dijo que los jedi no siempre estaban en contra de las relaciones personales. Además, considere esto: las familias tienen un peso importante en la Fuerza. Pero ¿la Fuerza entiende realmente lo que desea?

No importa, yo me entiendo a mí mismo y puedo renunciar al amor. Ya lo he hecho antes. Es sólo que no estaba preparado a renunciar a lo que sustituía al amor para mí: la comunidad.

He pasado toda mi vida en la estructura de la Orden Jedi. Sí, era una organización con un objetivo, pero también era una familia. Antes solía decirme a mí mismo: Anakin es mi hermano. Tenía muchos hermanos y hermanas; padres y madres. Incluso un peculiar y pequeño tío verde.

Pero ahora no poseo un hogar ni cuento con esa familia.

Casi todos los amigos que he tenido están muertos.

Nunca… Nunca había pensado en el asunto exactamente en estos términos. De hecho, me acabo de quedar sin aliento: casi todos los amigos que he tenido están muertos ahora. Y casi todos fueron asesinados por el mal Sith.

Además, nunca he vivido sin contar con el apoyo de la Orden Jedi, sin su ayuda cuando las cosas salen mal. ¿Qué significa ser un jedi solitario?

Creo que usted trató de decírmelo en más de una ocasión con sus historias acerca de otros jedi que vivieron fuera de los alcances de la Orden, pero que de todas formas siguieron el Código, como Kerra Holt, a quien marginaron de la República en el tiempo de Bane. ¿Quién era el otro medio jedi…? ¿Zayne algo? Zayne Carrick. Él no era parte de la Orden, pero de todas formas realizó buenas acciones por su propia cuenta. Contaba con sus amigos y no necesitaba un imprimátur para hacer lo correcto.

Tal vez yo también sea capaz de hacer eso. No puedo reconstruir la Orden Jedi, pero sí puedo establecer el sistema de apoyo que esta otorgaba. Si no lo suficientemente fuerte para resistir al Emperador, al menos con el ímpetu necesario para brindar fuerza emocional.

Tal vez podría empezar con Annileen y el Claim…

No. Eso sería como seguir a la Fuerza viva solo, como envolverme en mi presente. Implicaría no preocuparme por el futuro, ni por las otras facetas, ni por los problemas más grandes. Un jedi es responsable de equilibrar las dos cosas, y ahora yo soy el encargado. Especialmente porque no hay nadie más que lo haga.

Aunque, Annileen…

Espere.

Un momento.

Acabo de comprender algo.

Regresaré pronto.

CUARTA PARTE

LA GRIETA

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

LAS TORRETAS METÁLICAS QUE USABAN LOS TUSKEN PARA VER estrechaban y confinaban el mundo, pero también lo volvían el centro. Ahora, tan sólo algunas horas después de la puesta de los soles, había mucho por ver en la creciente granja al sureste del oasis.

Los domos de la finca resplandecían con tonos amarillos a través de las lentes. Lucían como racimos de burbujas bajo la luz de las lunas que empezaban a elevarse. Esta finca era más grande que muchas de las otras que había en el desierto, y contaba con el alumbrado de muchas más luces de seguridad en postes. La vivienda estaba unida a los garajes por plataformas cubiertas colocadas sobre la arena.

El viejo estaba de pie en uno de estos porches, abrazándose a sí mismo para disminuir la sensación helada de la noche. Detrás de él se encontraba la puerta abierta de su casa, y a través de ella escapaba la luz… y la voz de su mujer, la cual se podía escuchar hasta la cresta del norte. Todas las noches el viejo Ulbreck buscaba algo de paz afuera, y esta no era la excepción. El hombre estaba fumando un cigarro que tanto su doctor como su mujer le habían prohibido. Se veía relajado y confiado en sus dominios. Aquí, nadie podía decirle qué hacer.

A la otra persona que también estaba presente habría sido más difícil divisarla debido al movimiento. Langer, el guardia nocturno, se envolvía para protegerse del frío al mismo tiempo que caminaba de ida y de vuelta formando un surco en la arena. Por lo general, el guardia permanecía inmóvil, pero ese no era el caso cuando el viejo estaba afuera. Se decía que Langer era muy buen tirador con su rifle, pero no lo había usado en muchos años. El guardia estaba emparentado de alguna forma con la esposa de Ulbreck y su labor consistía en proteger la finca. Los otros centinelas estaban lejos, patrullando los evaporadores en las dunas. Esos eran los que realmente le importaban al viejo.

Los cuidadosos intrusos habían estudiado la granja en las noches previas y estaban al tanto de todo lo anterior. Conocían los hábitos y las defensas de Ulbreck, y también sabían los horarios en que los centinelas hacían los recorridos de vigilancia en landspeeder. El robo a plena luz del día de un evaporador, treinta y siete horas antes, había provocado que el viejo asignara más centinelas a cada vehículo, pero ni las rutas ni los horarios cambiaron.

Los integrantes del grupo que llevaría a cabo la incursión llegaron por separado y venían de dos lugares distintos. Los cuatro convergieron para el acercamiento final. Corrieron en una sola fila, a la manera de los tusken, y no se detuvieron sino hasta llegar a las estaciones que habían elegido detrás de la cresta del norte. Todos veían lo mismo a través de sus torretas oculares. La situación era justamente la que imaginaron; ya sólo quedaba esperar a que las nubes atravesaran frente a la luna más grande.

Cuando esto por fin sucedió, entraron en acción. El primer par de saqueadores corrió por la cresta, con cuidado de no caer debido a su voluminosa vestimenta. Detrás de ellos, los dos que quedaron en la cima de la duna levantaron sus rifles y dispararon. Después de

que las luces de seguridad recibieran varios disparos, la granja quedó sumida en la oscuridad.

Langer fue el primero en notarlo.

—¡Tusken! —gritó, pero su aviso sólo produjo más disparos de blásters como respuesta. El cuidador se tiró al suelo para esquivar los disparos, aunque estos de todas maneras se detuvieron lo suficiente para permitirle al par de saqueadores dar el golpe. El atacante más veloz llegó primero con su gaderffii en alto. La punta roma del arma golpeó a Langer en el rostro dejándolo inconsciente.

Ulbreck había entrado en acción desde que escuchó el grito del centinela. Su rifle estaba en el lugar que acostumbraba dejarlo por las noches, justo afuera de la puerta de su casa. Sin embargo, los disparos provenientes de la cresta empezaron a caer de repente como lluvia sobre la plataforma y eso le impidió llegar a su arma. Se escondió detrás de un poste y gritó hacia la puerta abierta.

—¡Magda! ¡Pide ayuda!

Era demasiado tarde. Con Langer fuera de acción, los merodeadores de la avanzada llegaron a la casa con facilidad. El atacante más fornido pateó la puerta y lanzó algo al interior. Hubo un destello, unos segundos después empezó a salir humo de la construcción.

Una mujer mayor salió de la casa tosiendo y tropezándose, y ahí la recibieron los saqueadores con sus manos enguantadas. En cuanto sintió que la habían sujetado, la señora comenzó a gritar aterrada.

—¡Wyle! ¡Wyle!

—¡Ya voy, Maggie! —gritó Ulbreck, sin embargo, no podía ir a ningún lado con esa lluvia de disparos cayendo en la plataforma. De pronto ya no hubo tiros, pero fue porque los tiradores venían bajando de la cresta, emitiendo su grito de guerra. El viejo granjero se levantó trabajosamente, pero el atacante de menos altura estuvo de inmediato sobre él, agitando su rifle como si se tratara de una macana. Le pegó en la nariz al granjero con la culata del arma. Ulbreck aulló de dolor y cayó con fuerza sobre la plataforma. La cara le sangraba.

Magda Ulbreck gritó cuando los invasores la arrastraron frente a la casa, a plena vista de su esposo lesionado. El líder de los cuatro bajó su rifle y sacó un cuchillo de su cartuchera. Una cuchilla oxidada brilló a la luz de las lunas, y el ser envuelto en túnicas se cernió amenazante sobre Ulbreck.

Magda volvió a gritar, pero incluso en su agonía, su esposo se mantuvo desafiante.

—Malditas cosas, ¡no pudieron matarme en el Claim! ¡Ahora tampoco les pienso suplicar!

El saqueador que blandía el cuchillo asintió. Era la respuesta que esperaba. Todos sabían que Ulbreck se mantendría desafiante hasta que viera amenazada a su esposa. Los atacantes se enfocarían en Magda y la asustarían. Podrían perpetrar algunos daños cosméticos para tener un mayor impacto, pero la situación real empeoraría si ella decidiera luchar.

El plan era, sin embargo, que los Ulbreck se mantuvieran vivos, que recibieran un escarmiento y que se quedaran aterrados. Si esa desgarradora noche no lograba convencer a Wyle Ulbreck de lo equivocado de su comportamiento, entonces Magda lo haría.

Todo saldría de acuerdo con el plan. Ya había funcionado antes en todos los demás lugares.

Perfecto.

Excepto por el ser que apareció y saltó desde el techo del porche.

Las botas cayeron con energía sobre los hombros del líder, y lo hicieron volcarse. En cuanto golpeó con el suelo y sus *goggles* de visión nocturna se movieron hacia un lado debajo de la envoltura estilo tusken que llevaba en la cabeza, el cuchillo salió volando de su mano. Durante algunos instantes no pudo ver nada; sólo escuchaba una lucha alrededor.

El líder se levantó los *goggles* para ver al menos con un ojo, luego se colocó bocabajo y trató desesperadamente de alcanzar el rifle que estaba en el suelo. Sin embargo, el hombre que le había caído de encima ya estaba luchando con los captores de Magda. O mejor dicho, con quienes en algún momento la *habían* atrapado, ya que la mujer pudo liberarse en cuanto el ser de la capa color arena clara llegó, se colocó entre ella y los atacantes y empezó a esquivar, uno tras otro, los golpes de los gaderffiis.

El misterioso ser se lanzó, se agachó y, con un movimiento increíblemente rápido, atrapó una de las armas. Luego saltó hacia atrás, llevándose el gaderffii con él. Aterrizó, y luego regresó a la pelea con el arma. El saqueador que se había quedado sin gaderffii cayó de espaldas y dejó al otro luchando solo, a pesar de que a él ni siquiera le había parecido un mal movimiento, al verlo con su único ojo disponible. El gaderffii retumbó con fuerza y el metal brilló en medio de la noche.

Magda pasó gateando junto a ellos, con una energía que contradecía su edad. El más pequeño de los invasores estaba cautivado por el combate que se libraba frente a él y, por lo mismo, no hizo nada cuando vio a la mujer levantar a su esposo ensangrentado y ayudarlo a llegar a los garajes para escapar. Cuando los Ulbreck huyeron, el líder de los atacantes encontró por fin el rifle errante. Trató de dispararle al ser que había llegado al rescate, pero una vez más los vendajes de su rostro se doblaron y se lo impidieron.

Cerca de ahí, el duelo de gaderffiis estaba a punto de terminar. El héroe de los Ulbreck golpeó a su oponente debajo del brazo con el reborde del arma y lo hizo emitir un chillido sumamente agudo… y bastante humano.

—¡Basta! —El líder de los invasores se arrancó los vendajes y los *goggles* de visión nocturna, y levantó su rifle. Con los ojos libres por fin, Orrin Gault miró cara a cara al salvador de los Ulbreck.

Ben Kenobi.

El granjero lo contempló en medio de la oscuridad. Por un instante no lo pudo creer.

—¿Tú?

Y luego disparó.

Ben giró y usó el gaderffii de alguna manera para desviar el disparo. El rayo pasó zumbando junto a Orrin y dio en uno de los soportes del porche, justo encima de la cabeza del supuesto tusken más pequeño. El chico, asustado, giró y salió corriendo.

—¡Vamos, Orrin!

El granjero volvió a disparar.

Orrin vio a los otros dos invasores detrás de Ben. Se estaban ayudando mutuamente a ponerse de pie, y cuando el recién llegado desvió el segundo disparo, ambos caminaron hacia él.

Ben volteó para mirar atrás.

—Ni lo intentes, Mullen —gritó—. Se acabó la farsa.

De pronto se abrió un domo en el extremo alejado de Orrin y el vehículo repulsor de los Ulbreck salió a toda velocidad conducido por Magda. El vehículo viró con violencia y se alejó de la finca con dirección al este. Orrin sabía que ahí estaban las barracas y, por lo tanto, más centinelas.

Sus hijos también lo sabían.

—¡Vamos, papá!

Después de decir eso, Mullen y Veeka huyeron y se dirigieron a la parte de atrás de la casa.

Ben los miró satisfecho y luego se quedó viendo a Orrin directamente a los ojos.

—Hoy noté algo. Que no funcionas muy bien cuando estás solo.

Orrin giró y empezó a correr.

En la oscuridad que se veía al norte, Orrin divisó a dos moradores de las arenas que navegaban a toda velocidad en moto speeders. Era una imagen surrealista, sin embargo, significaba que Mullen y Veeka habían escapado. El corazón empezó a palpitarle con fuerza, pero decidió apurarse y caminar a las dunas del oeste.

«¿Por qué tuve que estacionarme tan lejos?».

El hombre se quedó sin aliento y miró atrás. Acababa de perder su rifle. Cayó a un costado de una duna, aunque no pensaba regresar por él. Particularmente no ahora que Ben había llegado a la cima. El hombre dejó caer el gaderffii de Mullen en la arena.

Orrin se golpeó el pecho mientras corría. Había perdido su pistola en la visita a la casa del hutt esa tarde. Ya la había repuesto, pero no tenía el plan de empezar a hurgar y buscarla entre todos los pliegues del estúpido traje de tusken. Además, su moto speeder estaba ahí y, gracias a su joven asistente, incluso el motor ya estaba prendido.

Jabe ya se había quitado la máscara de tusken, pero estaba a punto de enloquecer por el susto.

—¡Orrin! ¡Apresúrate! —gritó, desde el lugar que ocupaba entre los moto speeders—. ¡Ahí viene!

Orrin echó un vistazo detrás de sí. Ben seguía en la cima de la cresta y no dejaba de gritar.

—¡Orrin! ¡Cuidado!

El granjero no caería en la trampa. Llegó al moto speeder y…

… en ese momento aparecieron cuatro figuras de la nada y se abalanzaron sobre él.

Genuinos moradores de las arenas.

Dos tusken sujetaron a Jabe y se lo llevaron en medio de la oscuridad. Otro se lanzó contra Orrin y golpeó la parte de atrás de su moto speeder con un gaderffii. El vehículo comenzó a dar vueltas en espiral hacia el granjero, quien sin pensarlo mucho se subió de un salto.

El speeder siguió girando con él a bordo, y entonces todo empezó a dar vueltas en la cabeza de Orrin también. Vio a Kenobi, quien seguía paralizado en la duna. Vio a Jabe rasguñando el aire en vano. Vio a uno de sus captores levantando una piedra para golpearlo. Y vio al cuarto tusken lanzándose hacia él con el gaderffii en alto.

«Plug-eye».

Orrin apretó el acelerador y desapareció en medio de la noche.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

ANNILEEN CAMINÓ FATIGOSAMENTE sobre el piso del almacén en tinieblas. Otra noche, otro niño perdido. ¿Acaso había algo nuevo?

No tenía idea de qué habría detenido a Jabe, pero al menos esta vez sabía en dónde se encontraba. O al menos, eso creía. Orrin había llevado a sus hijos y a Jabe a la granja Gault, y Kallie siguió su camino hasta el Claim tal como lo prometió. Eso fue todo lo que su hija le contó antes de irse a acostar a la casa porque estaba exhausta.

Sin embargo, ya casi era medianoche y nadie contestaba los mensajes que había enviado a la casa de los Gault. Incluso había tratado de comunicarse con Orrin a través del comlink rojo, pero tenía la impresión de que algo andaba mal con la red subespacial. Al otro lado sólo escuchaba gruñidos y ruidos como los que habían hecho los gamorreanos en su almacén. Seguramente la conexión andaba mal. ¡Los gamorreanos ni siquiera sabían usar los comlinks!

Bueno, al menos esta vez podía preocuparse en paz, ya que el almacén estaba vacío. Lo encontró así desde que regresó de casa de Ben. Tar Lup había cerrado el Claim a la hora que marcaba el horario: una hazaña que ella casi nunca lograba. El empleado shistavanen se iba a quedar con un amigo de la localidad y pasaría a dejar las claves de acceso en la mañana. Annileen se recordó a sí misma que debía agradecerle sus servicios porque, aunque ella dirigía el almacén de una manera muy estricta, tenía que admitir que algún día Tar seguramente llegaría a ser un gerente bastante bueno en su propio negocio.

Desde la ventana de atrás del mostrador, Annileen vio las dos lunas brillar afuera y proyectar los contornos interiores del Claim en una sombra azulosa. La mujer suspiró. Sin duda el almacén era mucho más amigable por la noche. Durante el día siempre estaba tratando de matarla de estrés o de aburrimiento excesivo. No había puntos medios.

A lo largo de los años Annileen se había hecho a la idea de que nada cambiaría jamás aunque, naturalmente, habría algunas tendencias entre los desastres cotidianos y el abatimiento intermitente. Jabe y Kallie le presentarían nuevos desafíos. Sería más difícil soportar a los clientes y cada vez podría tomarse menos tiempo para ella al final de cada día. Sin embargo, todos estos serían deslizamientos sutiles que terminarían sólo cuando tuviera una silla flotante y le fuera imposible pasar detrás del mostrador. Entonces la registrarían en una casa para ancianos en las afueras de Bestine, en donde, sin duda alguna, su compañera de cuarto sería Erbaly Nap'te, y entonces Annileen pasaría el resto de sus años explicándole que no, que no trabajaba para ese centro.

El deslizamiento había sido sutil… hasta ahora. En el camino habían aparecido más obstáculos y las subidas habían sido más altas, lo que la llenaba de emoción y expectativas. Asimismo, los momentos lentos le resultaban interminables. Cada vez le preocupaba más gastar días que créditos. Era como si su vida de pronto hubiera adquirido una importancia y un peso que antes no tenía, o que ella misma había negado; pero no sabía por qué.

Bueno, claro que algo *había* cambiado: ahora estaba ahí Ben.

Desde aquel día en los Retumbos, cada momento que había compartido con él le había parecido lleno de vida. Era asombroso que, de hecho, sólo se hubieran reunido pocas veces. Habían pasado tantas cosas en ese tiempo.

Los tusken *atacaron el oasis,* cosa que no habían hecho en años. Ella había asistido a una batalla y conocido ahí al caudillo tusken más buscado, el cual terminó siendo en realidad matriarca y madre como lo era ella misma. Luego, a ella y a Orrin los molestaron unos rufianes de la gran ciudad, y después el hombre al que sus hijos conocían como su jovial tío de repente le declaró su amor.

Además, Annileen había empezado a imaginar una vida distinta para sí misma, y todo esto sucedió desde que Ben llegó de… ¿dónde? Aún no lo sabía. Era increíble.

«Algunas personas son como imanes para los problemas», le dijo en alguna ocasión su madre. Pero con «personas» en realidad había querido decir «hombres», y con «algunas» había querido decir «todos». A Dannar le tomó cuatro años pasar la Prueba del Estrés de Nella Thaney. Cuatro años durante los cuales tuvo que demostrar que, aunque alguna vez fue un buscapleitos del desierto, era capaz de permanecer en el mismo lugar y abrir el almacén todos los días. Los primeros dos años que Annileen trabajó en el mostrador, su madre contó su sueldo cada semana sólo para ver si Dannar estaba cumpliendo con su palabra. Si hubiera faltado aunque fuera con un solo crédito, habría vuelto a caer bajo el estigma de «soñador no-confiable». Sin embargo, Dannar se convirtió en el mejor vendedor de Tatooine y logró venderse a sí mismo a Nella Thaney.

Nella no habría permitido, por ejemplo, que Ben Kenobi se acercara a su hija a menos de un rifle de distancia.

Las antiguas recomendaciones de su madre sonaban actuales ahora. «Un hombre sin pasado es un hombre sin futuro. Nadie con sentido común se muda a Tatooine. Nada bueno puede salir de los Eriales de Jundland». Annileen las recordaba bien. De hecho, ella le había dicho lo mismo a Kallie en algunas ocasiones aunque, al menos, tuvo la honestidad de maldecirse a sí misma después de hacerlo. Ben no tenía medios evidentes para sostenerse ni una ocupación, ni parecía dispuesto a comprometerse con nada más allá de su solitaria existencia. Además, a pesar de sus esfuerzos, los problemas parecían perseguirlo adonde quiera que fuera.

Pero si el hombre era una maldición, ¿entonces por qué ella se sentía mucho mejor teniéndolo cerca?

Annileen caminó al mostrador y cerró la hoja con bisagras. No necesitaría su bláster porque no pensaba salir en su nuevo landspeeder en la noche para ver si las luces estaban encendidas en la casa de Orrin. Sólo imaginaría que Jabe se quedó atorado toda la noche jugando sabacc con Mullen, Veeka y sus amigos en casa de Orrin, y con eso se quedaría tranquila.

Porque volvería a ver a Ben pronto, en algún momento. Tal vez muy pronto, y entonces todo estaría bien. Así era siempre que él estaba cerca.

La comerciante caminó entre las mesas y las sillas apiladas y se dirigió al pasillo que llevaba a su vivienda. Al fondo de este, algo se movió en la oscuridad y la asustó increíblemente.

—¡Kallie!, ¡pensé que te habías ido a dormir! —dijo Annileen, con el corazón palpitándole a toda velocidad. Entornó los ojos y se asomó al pasillo—. ¿Kallie?

Una oscura silueta se desplomó en la entrada al corredor que llevaba a los garajes.

—Soy yo, Annie. —La voz de Orrin se oía rasposa y demasiado aguda—. Tenemos que hablar.

El líder caído se sentó en el banco del bar que Annileen sacó de debajo del mostrador.

—No enciendas las luces.

—Nunca lo hago a esta hora —dijo ella, sirviéndole un trago en la oscuridad—. Lo último que quiero es que alguien piense que este lugar está abierto. —Annileen le negó la taza el tiempo suficiente para escrutarlo. Bajo la luz de las lunas, Orrin se veía tan gris como siempre. Tenía el cabello despeinado y el rostro sucio. Ya no traía puesta la elegante ropa que había llevado a Mos Eisley ese día. Se veía como si se hubiera vestido con lo que guardaba en la parte de atrás de su landspeeder—. Trajiste a Jabe, supongo.

Orrin estiró el brazo más allá de la taza y tomó la botella.

—No sé por dónde empezar —dijo.

—Empieza por el principio —dijo ella, al tiempo que vertía el contenido de la taza en el fregadero.

Él la miró y empezó a hablar, pero luego sacudió la cabeza.

—No, no puedo decirte esa parte ahora. Jamás me…

—¡Comienza por algo!

Orrin juntó sus temblorosas palmas. Reunió valor y habló.

—Me quedé sin tiempo. Mañana, para esta hora… —Hizo una pausa y miró con dificultad el crono detrás del mostrador—. No. En aproximadamente quince horas tengo que entregar 56 mil créditos.

—¿Es esta otra de tus locas estratagemas? —preguntó Annileen, riéndose.

—No es ninguna estratagema —dijo Orrin, entre tragos, y se enjugó la cara con la manga—. Sólo es un plan para salvar mi vida, mi granja. Todo.

Annileen lo miró boquiabierta un instante y volteó a ver la puerta de la oficina.

—Espera. ¿Se trata del gossam y los gamorreanos? —Colocó las manos sobre el mostrador y se acercó a él—. ¿Fue eso lo que sucedió en Mos Eisley?

Orrin se quedó en silencio con la cabeza agachada.

—Claro —exclamó Annileen, y caminó medio aturdida hasta el final del mostrador—. ¡Por supuesto! —Volteó a verlo—. ¡Te llamé por la línea directa y me contestó un gamorreano!

Orrin, que seguía con la cabeza agachada, giró la botella hasta acercarla a su frente.

—Perdí el comlink en la casa de la ciudad de Jabba.

—¡Jabba! —Annileen estalló.

Orrin no se movió.

—Me van a matar, Annie.

—¡Primero tendrán que formarse en la fila! —gritó y caminó pisoteando hasta él—. ¿Esto tiene que ver con los evaporadores? ¡Pensé que el banco de Mos Eisley te había prestado el dinero para comprar los Pretormins!

—Lo hizo —explicó Orrin—. Pero eso fue hace seis años, cuando Dannar murió y Liselle se fue. Mis tierras eran la garantía aunque la cosecha que necesitaba nunca llegó. Nunca pude averiguar la fórmula. —Se paró abruptamente y comenzó a dar vueltas—. Tuve que pedir prestado… más y más; pero ya no quisieron seguir dándome dinero en el banco y tampoco pude pagar los intereses.

—¿Entonces le pediste dinero prestado a Jabba? —siseó Annileen. Nada de lo que había hecho su hijo hasta entonces ni ninguno de los descabellados actos de Orrin la había hecho enojar tanto en la vida—. ¿Al hutt? ¿A ese criminal?

—Fui a todos lados —explicó Orrin, mirándola. Bajo la luz de las lunas que entraba por la ventana, parecía un animal herido—. ¡Nadie le ayuda a un granjero! Además, no busqué a Jabba. Alguien me ofreció el dinero y lo tomé…

—Sin hacer preguntas —terminó de decir ella.

Orrin dejó caer la cabeza avergonzado.

—No, no hice suficientes preguntas. Ahora necesito de tu ayuda. —Levantó la mirada y vio el lugar en donde ella guardaba sus datapads y su caja de efectivo—. Sé cómo ahorras. Puedes salvarme, salvar mi mundo…

Annileen se dejó caer contra el fregadero. Estaba anonadada.

—Quieres mi dinero. ¡Para pagarle al hutt!

—No —dijo Orrin, ondeando la mano—. Es decir, sí, pero no, no sería así. Sería nuestro dinero, y mis tierras serían tus tierras. ¡Cuando nos casemos!

Annileen se frotó las sienes.

—Creo que me va a dar un derrame cerebral. —Volteó a verlo—. ¿Todavía sigues pensando en eso?

—¡Sí! ¡Somos el uno para el otro! —exclamó Orrin con una sonrisa, pero esta empezó a marchitarse frente a los ojos de Annileen.

Ella negó con la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Estás en problemas financieros, pero tienes suficiente dinero para comprarme un landspeeder y ganarme? Debe haber costado…

—Miles, sí, sin embargo, miles de créditos ya no hacen ninguna diferencia para mí. Mi problema es mucho más grande. Voy a necesitar todo lo que tengas en tu cuenta para lograr que Jabba me deje en paz.

—¿Cómo puedes estar seguro de que lo hará? ¡Es un hutt!

—No lo sé —contestó Orrin—. Tal vez no lo haga. Lo que sé es que el *banco* no me dejará tranquilo, y a ellos les debo muchas veces más esa cantidad. —Se acercó otra vez

al mostrador y trató de recuperar la calma—. También hablé con ellos hoy —dijo, un poco más tranquilo—. Estarían dispuestos a renegociar…, ahí es donde entra en juego el almacén.

Annileen estaba en *shock*. Miró alrededor, en todas direcciones.

—¡No les voy a dar mi almacén!

—Sería *nuestro* almacén —aclaró Orrin—. Si se añade el Claim a mi tierra como garantía, puedo negociar con ellos un nuevo plan de pagos. En tu cuenta de efectivo hay suficiente para que Jabba me deje en paz por el momento. Luego, el flujo de efectivo del almacén me ayudará a pagar el préstamo hasta que tengamos una buena cosecha. —El granjero señaló los estantes oscuros detrás de él—. Saben lo que vale y lo que produce, ¡*quieren* que siga operando!

Annileen se tambaleó. Le estaba costando mucho trabajo entender todo aquello.

Orrin plegó las manos nerviosamente sobre el mostrador.

—Sólo quieren una garantía blindada de que el Claim siempre estará ahí como fianza, de que siempre estará en funcionamiento para pagar la deuda.

—Yo no puedo garantizar eso —aclaró Annileen. Al verlo, sintió lástima por un momento—. ¿Sabes? Si me lo hubieras pedido como una persona normal, habría tratado de ayudarte. Pero incluso si ese hubiera sido el caso, yo no podría sólo encadenarme a este lugar más años nada más para ayudar a un amigo. ¡Más años!

—Por eso es que tenemos que casarnos —dijo Orrin, y luego caminó al mostrador y levantó la hoja con bisagras—. En el banco me dijeron que…

—¿Le dijiste a la gente del banco que me habías pedido matrimonio? —Annileen estaba a punto de colapsar de la indignación—. ¡Qué romántico! ¿Te dieron su bendición?

—Bueno, si nos casáramos se quedarían bastante satisfechos —dijo Orrin, y terminó de pasar al otro lado del mostrador para tomarla de la mano—. Sabrían que estaríamos juntos en esto, que convertiríamos a la granja y al Claim en un éxito. —El granjero trató de sonreír otra vez—. De esa manera el banco no rematará nuestras propiedades y Jabba no me rematará a mí. Todos estaremos bien.

Annileen trató de separarse de él. No podía participar en ese plan pero tampoco quería que le sucediera algo malo a Orrin. Por un momento se preguntó si Jabe estaría enterado de todo eso. De hecho, ¿habría regresado a casa con Orrin?

Luego pensó en algo más y se soltó bruscamente.

—Espera —dijo ella, acercándose adonde guardaba la caja de dinero y los datapads—. ¿Cómo supiste cuánto tengo en mis cuentas? ¿Y cómo se enteró el banco del valor de este lugar?

Annileen vio a Orrin agachar la cabeza de nuevo bajo la tenue luz.

—Hice copias de los registros esta mañana después de que te fuiste —explicó él, con un suspiro.

—¿Hiciste qué? —Annileen se quedó boquiabierta.

—También algunos hologramas.

La comerciante golpeó la parte trasera del mostrador con las manos. Ahora comprendía todo. Por qué quería Orrin sacarla del almacén ese día. Por qué le propuso un viaje familiar a Mos Eisley para ir a recoger el landspeeder nuevo. Con eso bastaría.

—¿Tar Lup te ayudó a husmear en mis registros?

—No, para nada. Tú me dejaste los códigos para que pudiéramos trabajar. Esto lo hice antes de que Tar llegara al almacén.

—Sal de aquí —le ordenó Annileen.

—Annie…

—No me salgas con «Annie» —gritó, dándole la espalda—. No pienso ayudarte a solucionar tu problema. Lárgate.

Orrin se acercó a ella.

—Annie, me van a matar.

Ella siguió parada al final del mostrador sin decir nada. No había palabras suficientes.

—Annie, te lo suplico —dijo él, ahogándose—. Tienes que casarte conmigo. La gente del banco dice que…

—Te dije que te fueras —exclamó Annileen. Las lágrimas empezaron a inundar sus ojos. Sentía su presencia detrás de ella, incluso lo escuchaba respirar. El hombre había arruinado su vida, y ahora estaba invadiendo el único lugar que le pertenecía por completo y tratando de despojarla—. Sólo lárgate.

—De acuerdo —dijo Orrin, con los brazos caídos. Giró y empezó a caminar, pero un instante después se detuvo. El granjero se quedó detrás del mostrador con ella, haciendo cálculos—. Tal vez haya otra manera.

Annileen lo miró pero no dijo nada.

—El almacén sólo tiene que pertenecerle a la familia —dijo Orrin, dando un paso al frente con una mirada demencial—. Tal vez los chicos…

Annileen hizo un gesto de dolor. La situación se había vuelto casi cómica.

—¡Realmente no creo que alguien se quiera casar con Mullen!

—No —dijo Orrin—, pero yo podría casarme con Kallie.

Annileen arqueó las cejas de inmediato.

—¡Qué!

Orrin levantó las manos para explicarle.

—Ya casi cumple veinte…

—*¡Faltan tres años!*

Antes de que el granjero pudiera decir algo más, Annileen le golpeó la mandíbula con el puño cerrado. *¡Krakk!*

Orrin se puso la mano sobre la boca ensangrentada y la miró con cara de asombro, sintiéndose traicionado.

—¡Lárgate! —gritó Annileen. En un intento por sacarlo de la parte de atrás del mostrador, le dio un empellón, pero él, que era mucho más grande, le sujetó los hombros como si sus manos fueran tenazas.

Tenía la mirada desbordante de ira.

—¡No me importa lo que tenga que hacer, pero ya me cansé de rogarte! ¡Necesito salvarme! ¿Qué no te das cuenta?

Annileen luchó por liberarse.

—¡Suéltame!

Orrin luchó con ella apretadamente detrás del mostrador. Varias botellas se voltearon y se rompieron al rodar hasta el suelo. Conforme su enojo creció, empezó a sacudirla. Annileen aulló de dolor.

—Annie, sólo escúchame…

¡Kr-choww!

Un rayo de luz azul se encendió en la oscuridad e iluminó la pared, justo detrás del hombro de Orrin. Annileen seguía paralizada sin poder soltarse. Orrin miró al otro lado del mostrador. Ahí estaba Kallie bajo la luz de las lunas, en camisón y con el rifle temblándole entre las manos.

—¡Aléjate de ella! —gritó la chica.

—Kallie, tú serías incapaz de dispararme.

—¡No estés tan seguro! —Kallie volvió a tirar e hizo añicos una botella que estaba justo al lado izquierdo de Orrin—. ¡Ustedes nunca me han agradado! —La chica tenía el rostro descompuesto por la furia—. ¡Tú siempre te aprovechas de mamá y ahora quieres arruinar a Jabe! ¡Suéltala… y dime qué es lo que pasa aquí!

Orrin soltó a Annileen y sacudió la cabeza.

—Kallie, es que no entiendes. Ninguna de las dos comprende. —Orrin levantó la vista y, con el rostro iluminado por la luz de afuera, dijo—: Jabe está muerto.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

A'YARK MIRÓ HACIA ABAJO y vio el rostro desnudo del colono inconsciente vestido como tusken. La carne se veía grotesca, como siempre. A la guerrera le daba gusto que fuera de noche y que no hubiera tanta luz; sin embargo, se dio cuenta de que el humano no era mucho mayor de lo que sería su hijo si estuviera vivo. La frente le sangraba debido al golpe que le habían dado con la roca y, de hecho, sólo seguía con vida porque A'Yark quería saber algo. «¿Por qué está él aquí?».

La curiosidad fue lo que llevó a la guerrera a la granja en primer lugar. Los tusken que robaron el evaporador el día anterior eran la escoria del clan, pero se habían tropezado con un hueco en la zona que vigilaban las patrullas del Sonriente y A'Yark insistió en regresar con ellos al anochecer para averiguar más.

Los hallazgos la decepcionaron, pero sabía que con el hurto del inútil aparato para hacer agua, los tontos jóvenes tusken habían puesto al granjero en alerta y decidió atacar. Aunque la finca carecía de defensas suficientes, A'Yark no confiaba en que sus congéneres pudieran atacarla solos. Así que antes de que pudiera siquiera darles la espalda a Los Pilares, llegaron los tusken falsos. El ojo en uso de A'Yark era suficientemente bueno para detectar a impostores incluso a lo lejos y en la oscuridad. Además, ni los peores tusken se comportaban como los torpes seres disfrazados. Luego apareció Ben y pasó galopando en su eopie. A'Yark decidió de inmediato que se quedaría y les ordenó a los otros que cavaran y formaran un lugar para ocultarse cerca de donde los impostores habían estacionado sus moto speeders.

Estando sola, en la cima de la cresta occidental, vio a Ben llegar sin armas a luchar con los colonos disfrazados. La lucha confirmaba sus sospechas.

—Tú eres Ben —le dijo ahora.

—Sí —contestó él. Se encontraba a medio camino de la cuesta, mirándola a ella y a los otros tusken, quienes estaban de pie alrededor del chico inmóvil.

A'Yark se esforzó por recordar las palabras que usaba K'Sheek cuando hablaban, tiempo atrás, y estas llegaron a su mente ahora que las necesitaba.

—Tú eres… gran güerero.

Ben rio sutilmente.

—Sí, supongo que lo soy.

—Gran guerrero —se corrigió A'Yark, molesta.

—Las guerras no… —iba a decir algo, pero se detuvo. A'Yark lo vio sonreír bajo la luz de las lunas, y él notó que su expresión la ofendía, así que se puso serio—. No importa.

Ben caminó con cautela sobre la depresión. Lucía distinto. Se había quitado su capa café y ahora vestía una túnica ligera que le daba más amplitud de movimiento. A pesar de ello, el viento frío no lo hacía temblar. Señaló al prisionero, que permanecía en el suelo, resguardado al fondo de la excavación.

—Este muchacho, Jabe, es el hijo de mi amiga. La conociste.

—Ann-uh-leen —pronunció A-Yark sin pensarlo mucho.

—Sí, me escuchaste decir su nombre —dijo él. Por alguna razón A'Yark entendía las palabras humanas, y él también la comprendía a ella. ¿Sería alguna especie de magia?—. Libera a Jabe para que pueda llevarlo con su madre —agregó Ben, lentamente.

—No —dijo A'Yark.

Ben levantó la mano y la ondeó frente a la guerrera.

—Lo vas a liberar.

—No —repuso ella.

Ben asintió.

—De acuerdo —dijo, bajando la mano. A'Yark observó con cautela que el hombre empezaba a caminar. Sin embargo, siempre se mantuvo a una distancia considerable del grupo de tusken.

—Muy bien. *Deberías* liberarlo —sugirió Ben—. Es lo correcto. Recuerda que yo… te entregué a tu hijo el día de la masacre.

—Mi hijo estaba muerto —dijo A'Yark, pronunciando cada palabra con un tono bilioso. Luego giró y pisó el cuerpo de Jabe. Volteó para que Ben pudiera ver y suspendió su gaderffii sobre la cabeza del chico, lista para enterrar la pesada punta en su cabeza—. Tú llevas Annileen hijo muerto —repuso—. Es lo correcto.

Sus acompañantes se extendieron y blandieron sus gaderffiis. Ben acercó la mano a los pliegues de su túnica y, aunque estaba oscuro y A'Yark no podía ver en dónde llevaba el arma, estaba segura de que la tenía ahí.

—Esperaba que pudiéramos negociar —dijo él, con tranquilidad—. Veo que ustedes no son buenos haciendo transacciones.

A'Yark se quedó en silencio sin comprender.

Al notar su confusión, Ben explicó:

—*Intercambios, negocios.* Los tusken no hacen intercambios.

—No. ¡Tusken *toman*! —gritó A'Yark, levantando su gaderffii.

En cuanto escucharon su voz, dos jóvenes guerreros se abalanzaron contra Ben de cada lado. Él deslizó sus manos hacia arriba. Los guerreros salieron volando como transportados por una tormenta de viento invisible y aterrizaron a ambos lados del foso. Uno de los gaderffii dio vueltas en el aire y pasó justo por encima de la cabeza de A'Yark. El otro quedó enterrado en la arena, a su izquierda.

Ben ni siquiera había volteado a ver a sus atacantes.

—Esperen —les dijo a los otros en su propia lengua. Ese breve ataque había sido producto de una locura impulsiva, pero le permitió a la guerrera ver lo poderoso que era Ben. Él, sin embargo, decidió no matar a esos dos tusken. ¿Habría sido algo intencional?

Ben miró por encima de su hombro.

—Antes de venir a buscar aquí, cualquier equipo de seguridad al que contacten los Ulbreck irá a revisar la casa primero. Eso significa que todavía tenemos tiempo para que todos obtengan lo que quieren, A'Yark, y yo quiero al muchacho.

—No —dijo la guerrera tusken, volviendo a bajar su arma para colocarla en una posición amenazante sobre el cuerpo de Jabe. Empujó un poco la ropa del adolescente con la punta roma de su gaderffii—. Está prohibido que un tusken se desenmascare, pero que un colono use la máscara de un tusken es…

—… indescriptiblemente peor —terminó Ben—. Eso es lo que crees, ¿no es cierto?

—Eso pensamos. —A'Yark sujetó su gaderffii—. Jabe muere.

—Entonces hemos llegado a un punto muerto —afirmó Ben, sacando el arma de metal que la guerrera ya había visto. La activó, y una lanza de energía azul iluminó la hondonada. En una ocasión, Sharad Hett le dijo su nombre: «sable de luz».

Ben caminó hacia el foso.

—No te permitiré matar a Jabe. No importa lo que haya hecho.

—Nacimos para morir —dijo A'Yark.

—Tal vez así sea para ti —dijo Ben—, pero es posible estar preparado para morir y, de todas formas, preferir vivir. Creo que ese es tu caso.

La gema en la torreta ocular de A'Yark emitió un brillo púrpura al reflejar la luz del sable.

—¡Te equivocas! —gritó la guerrera.

—No lo creo —respondió Ben, mirándola—. He escuchado a los colonos hablar de ti, A'Yark. Han visto tus acciones y saben que no atacas sólo para amenazar. Tú tienes objetivos. —Ben bajó un poco el sable de luz—. Como el almacén del oasis. Fuiste por Annileen. ¿Por qué?

A'Yark se quedó inmóvil. Estaba asombrada. ¿Cómo podía saber un humano lo que motivaba a un tusken?

Ben hizo una pausa.

—Ah, ya veo —agregó—. Pensaste que ella era como yo y como Sharad Hett —dijo—. Pero, si conociste a Sharad, entonces sabes que él no era como los otros colonos. Él portaba un arma como esta. —Ben movió el brillante sable de luz de un lado a otro y cortó el aire frente a la guerrera y su rehén—. También podía hacer otras cosas.

—Sharad… *Hechicero* —dijo la guerrera.

—Hechi… —Ben dejó de mover el sable—. Sí. Seguramente eso era lo que parecía.

—Tú eres igual —dijo A'Yark, como hipnotizada—. Lo conociste.

—Sí, soy como él y lo conocí. —Ben entornó los ojos bajo la luz mientras elegía sus palabras con cuidado—. Sharad Hett… *abandonó* a mi gente. Hace muchos años. Trajo sus habilidades a tu pueblo y se convirtió en tusken. —Entonces miró a lo lejos con nostalgia—. Se suponía que él *no* debía hacer algo así, pero ustedes lo aceptaron.

—Sí.

De pronto Ben comprendió algo y miró a la guerrera.

—Tú no eras su *esposa*, ¿verdad?

A'Yark negó con la cabeza.

—No. K'Sheek, esposa —explicó—. K'Sheek vivió con tusken, hermana mía.

—Ah, no conocía su nombre.

Los tusken que atacaron previamente a Ben ya se habían recuperado y ahora miraban a A'Yark como implorándole algo. Por supuesto, se preguntaban qué pasaba. Era una locura que la guerrera conversara con un humano tan poderoso, ¡y con otros colonos también! Sin embargo, A'Yark se dio cuenta de que había llegado el momento para el que había estado luchando desde la masacre en el desfiladero.

—Ben se unirá. Nosotros —dijo, abruptamente.

—Yo… —El humano se veía azorado—. ¿Unirme a ustedes?

—Sí. Como Sharad. —A'Yark pateó el hombro del chico—. Para salvar a Jabe. Sería… intercambio. Intercambio tusken.

Ben se quedó pensando por un momento, como si considerara una posibilidad en la que nunca había pensado.

—Los moradores de las arenas son pocos, viven en Pilares —explicó A'Yark—. Ben viene. Dirige ejércitos.

Ben la señaló a ella.

—Pero tu gente ya tiene una líder de guerra, A'Yark. Una formidable líder…, tú.

A'Yark lo miró con desdén. No importaba si el humano estaba tratando de halagarla. Independientemente de lo que ella fuera, Ben era capaz de otras cosas, de algo mayor.

—Tú atraerás otros —dijo la guerrera—. Unos que recuerdan Sharad. Ellos vendrán. Moradores de las arenas prosperar.

De acuerdo con lo que A'Yark recordaba, nunca antes se le había hecho una oferta similar a un extranjero. Hasta Sharad había tenido que pasar pruebas difíciles. Este humano, sin embargo, se veía divertido por la invitación.

—Bueno —dijo Ben, en voz baja—. Esa sí que sería una buena manera de mantenerme fuera de vista.

—¿Cómo?

—Nada —dijo él, recobrando su serio semblante.

De pronto A'Yark hizo una pausa. Lucía inquieta, no por el inminente regreso de los centinelas, sino porque se preguntaba si debía continuar hablando. En muchas ocasiones se había repetido a sí misma que no era tan supersticiosa como los otros, pero había algunas cosas en su herencia que tenían significado, y el hecho de haber visto las hazañas de Sharad la hacía inclinarse a creer en esto.

—Dicen que guerrero bajará del cielo para guiarnos. Se hará muy poderoso. Generaciones no nacidas huirán por miedo.

Ben se quedó desconcertado por un instante. A'Yark se preguntaba si habría dicho las palabras correctas.

—Eso… ¿fue una profecía? —preguntó él—. ¿Un sueño que alguien tuvo?

—Son misma cosa.

—¿Y tú deseas que eso llegue a suceder?

—Tusken quieren. Sí. —A la guerrera le pareció que era tonto que Ben preguntara eso. ¿Acaso no había escuchado hablar de la destrucción que hubo años antes en el campamento tusken? ¿La masacre en donde todos murieron sin importar su edad? Los

moradores de las arenas no podían vivir en un lugar en donde existieran ese tipo de amenazas incontrolables. Si Sharad no fue esa leyenda que esperaban, tal vez Ben sí lo sería.

Sin embargo, por razones que ella no comprendía, el hecho de obtener poder inmenso parecía causarle un conflicto a Ben. El humano hizo una reverencia sutil.

—No puedo unirme a ustedes —afirmó—. Por favor, no se ofendan. Yo, eh…, yo reconozco a lo que estoy renunciando, pero es algo que no puedo hacer.

—Entonces chico muere. Y nosotros morimos. Lo matamos. Y clan muere. —A'Yark volvió a levantar el gaderffii sobre Jabe—. Es lo correcto.

Ben miró hacia abajo con desilusión. Luego preparó su sable de luz y empezó a acortar la distancia entre él y los tusken.

Entonces se detuvo y miró el solitario moto speeder.

—¿Viste al hombre que estaba con el muchacho?

A'Yark asintió.

—Líder de colonos. El Sonriente.

—El Sonriente. —A Ben se le iluminó el rostro al pensar en el granjero—. Orrin Gault. ¡Te refieres a Orrin Gault!

—*Or-rin-gaalt* —dijo A'Yark articulando cada sonido—. Mataré a Orringault y los que lleguen. —La guerrera dijo en voz alta la teoría que se había estado formando en su mente desde que vio a los impostores—. De día, ataca. De noche, planea… para atacar otra vez en día.

Ben bajó su arma.

—¿Quieres decir que Orrin ya había hecho esto antes?

—Colonos vengan ataques que no hicimos —explicó A'Yark—. No sé qué hacen colonos, pero sí qué hacen tusken.

A'Yark empezó a hacer una lista de varios lugares. El conocimiento geográfico del desierto que poseía Ben distaba del de ella, por lo que hizo varias preguntas que la guerrera respondió.

Finalmente, Ben desactivó su sable de luz y lo devolvió a su escondite.

—A'Yark, tu gente ha sido ofendida. Lo que Orrin ha hecho también está prohibido para mi gente. Es un tabú. Para colmo, Orrin arrastró a Jabe a cometer estas acciones también. Si me permites llevarme al muchacho, me aseguraré de que a ustedes no los vuelva a dañar ningún humano.

A'Yark se irguió rápidamente.

—Venganza debe ser nuestra —exclamó, escudriñando a Ben—. No digas palabras de los colonos.

Ben se rascó el mentón.

—No, tienes razón, no hablaré por ellos, esta ni siquiera es mi responsabilidad. Ya no. Pero piénsalo, tú tampoco puedes vengarte de una manera satisfactoria sola. Ni siquiera tienes las fuerzas que necesitas para amenazar al oasis, ¿no es cierto?

A'Yark se quedó callada.

—Eso fue lo que pensé. —Ben asintió mirando a los guerreros a los que les permitió vivir tras el ataque—. Si ustedes… difieren su incursión por un día, encontraré la manera de que obtengan justicia.

¡A'Yark no sabía lo que significaba *justicia*! K'Sheek y Sharad siempre decían palabras sin sentido, pero le parecía entender lo que Ben quería decirle.

—Debo ver esa *justi-zaa* —dijo, siseando la última sílaba—. Para saber.

Ben asintió.

—Creo que te comprendo. Tal vez haya una forma de hacerlo.

—Habla.

—Eso es lo que te propongo —concluyó Ben, algunos minutos después—. Sin embargo, esto requiere que traiga a los colonos a la…, eh, a la puerta de tu casa.

A'Yark miró a sus jóvenes guerreros y una serie de dudas le inundaron la cabeza de inmediato.

—Plan funciona —dijo ella—. Vería. Pero plan arriesga clan.

—Comprendo. Pero no hay necesidad de preocuparse —dijo Ben—. No sería capaz de ponerlos en peligro, ni a tus guerreros ni a ti. Yo estaría ahí para proteger a tu gente…

—¡*Ootman* miente! —gritó la guerrera—. ¡Ningún extranjero cuida qué pasa a tusken!

Jabe despertó gimiendo a sus pies. Al abrir los ojos vio a A'Yark cerniéndose sobre él.

—¡Oh, no! —exclamó en voz muy bajita.

—Tranquilo, hijo —le dijo Ben—. Estamos en un momento crítico. —El humano miró de nuevo a la guerrera—. Ya te dije lo que voy a hacer. ¿Puedes liberarlo?

A'Yark volteó a ver a sus inútiles acompañantes: no tenían ni idea de lo que había estado discutiendo con Ben. De pronto, todos se movieron nerviosamente al escuchar un ruido en la lejanía: eran landspeeders que se dirigían a la granja desde el noreste. No quedaba mucho tiempo para tomar una decisión, y A'Yark se inclinaba más por rechazar la propuesta de Ben. Era imposible que tuviera éxito. Nadie podría.

Entonces asió su gaderffii.

—Yo digo…

En ese momento, otro ruido, esta vez proveniente del sur, la interrumpió. ¡Movimiento! Los guerreros se replegaron temerosos.

—Colonos —le dijo uno de ellos a A'Yark—. ¡Estamos rodeados!

—No hay problema —dijo Ben, dirigiéndose ya a la duna del sur—. Sólo necesito un segundo.

—¡No me dejes! —gritó Jabe.

Ben se fue solamente unos tres segundos, y de repente apareció una eopie trotando por la cresta del sur. Él venía detrás de ella cargando un bulto.

—Olvidé que me había estacionado cerca de aquí —gritó.

La eopie caminó entre los desconcertados tusken y, al llegar a los pies de A'Yark, empezó a acariciar con la nariz la mejilla de Jabe. A'Yark miró entonces el bulto que traía Ben y vio que se movía.

—¿Eso es qué?

De pronto se oyó un balido proveniente de la oscura masa que Ben depositó sobre la arena. La oscura tela se abrió, y un pequeño eopie, de sólo unas horas de nacido, caminó sin prisa hacia su madre.

—Eso… no es de aquí —dijo la guerrera. Sabía que el viejo que vivía cerca de ahí no tenía ganado.

—¿Hmm? Ah, no, no es de aquí —dijo Ben, reflexionando mientras observaba a la madre y su bebé juntos—. Cuando comprendí que Orrin vendría a atacar esta granja, tuve que venir de inmediato, y no tuve otra opción más que viajar en eopie. La cuestión es que Rooh dio a luz esta mañana, y no podía irme sin su bebé.

A'Yark se le quedó viendo.

—¿Cómo…?

Ben levantó la tela.

—Lo transporté en mi capa —explicó, sacudiendo la prenda que luego se puso—. Parece que durmió bien en ella.

A'Yark vio a la eopie junto a los dos niños, el suyo y el humano, y pensó en lo lejos que estaban del hogar de Ben. Eso significaba que… ¿había atravesado el desierto cabalgando con un bebé eopie en su regazo?

Entonces se dio cuenta de que Ben haría cualquier cosa por regresarle su hijo a Annileen de la misma manera que le había devuelto a A'Deen a ella y, por lo tanto, de que era capaz de lograr cualquier cosa.

Las luces se extendieron sobre la cresta del este.

—Han llegado —dijo A'Yark, y tocó ligeramente a Jabe en el hombro con la punta de su arma—. Debes irte. Acepto intercambio de Ben.

Ben miró alrededor y vio el moto speeder.

—Necesito llegar rápido al oasis, pero… —Se quedó viendo pensativamente a los eopies—. No puedo cabalgar a un lado y tampoco puedo cargarnos a todos.

A'Yark dio una señal y los jóvenes tusken se acercaron para llevarse a los eopies. Al menos eso sí lo podían hacer, pensó la guerrera. La noche aún era joven y ella también tenía mucho que preparar.

Ben ayudó al confundido Jabe a abordar el moto speeder y luego volteó con cara de preocupación.

—Ustedes no… No se los van a *comer,* ¿verdad?

—Hacemos lo que queremos —dijo A'Yark, agraviada. La insinuación de que no se los comerían era peor que las conjeturas respecto a su dieta—. Pero nadie actúa si yo no ordeno. —Al menos eso sí era verdad.

Ben subió al vehículo frente a Jabe.

—Regresaré. Si llegara a fallar, la próxima vez que nos veamos haré lo que me ordenes. Lo juro.

—Te obligaré —le advirtió A'Yark. Después de eso, los tusken y los animales cruzaron la duna y desaparecieron en la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

ANNILEEN SE APOYÓ EN EL MOSTRADOR, estaba en *shock*.

—¿Qué… *qué dijiste*?

—Jabe está muerto —repitió Orrin. Luego se arrodilló junto a los vidrios de las botellas rotas regados en el suelo junto a sus pies. Su mente no dejaba de trabajar en medio de la oscuridad. En algún momento Annileen se iba a enterar de que los tusken se habían llevado a su hijo, pero Orrin tenía la esperanza de poder postergar la noticia hasta después de haber arreglado sus asuntos financieros.

Ahora no sabía qué decir. ¿Podría mentir y contarle a Annie que los matones de Jabba lo tenían a él en la mira pero que mataron a Jabe en su lugar? Eso la convencería del peligro que corría, pero también podría fortalecer su decisión de no pagarles a los criminales. Mientras recogía los vidrios pensó que debía encontrar la manera de asegurarse de que Annileen *sí* lo ayudara, y para eso tendría que decir la verdad.

Comenzando en cierto punto específico, por supuesto.

—Los tusken lo mataron —dijo, levantando el resto de los vidrios—. Veníamos de mi casa. Plug-eye se lo llevó.

—¿Los tusken? —Annileen lo sujetó de los brazos—. ¿Adónde se lo llevaron?

Orrin dejó caer los vidrios en el bote de desechos.

—Al desierto. No lo encontrarás. Se lo llevaron.

—¡Entonces tal vez no esté muerto! —gritó Kallie, con lágrimas en los ojos.

Annileen pasó apresuradamente junto a Orrin. Por fin pudo escapar de detrás del mostrador.

—Tengo que irme —dijo, y se dirigió al estante de las armas. Luego volteó a ver a Kallie—. Vístete.

Kallie le entregó el rifle a su madre y corrió de vuelta a la casa.

—¿Qué esperas, Orrin? ¡Activa el Llamado de los Colonos!

Orrin se irguió; ya tenía un plan.

—En cuanto amanezca —dijo—. Ya sabes que no hay nada que se pueda hacer hasta entonces. —El granjero salió de detrás del mostrador—. Te juro que llamaré a todos los vehículos hasta que lo encontremos. Tienes que quedarte…

—¡Ni lo pienses! —Annileen miró con furia a Orrin—. ¡Si tú no activas el Llamado, lo haré yo!

Orrin se limpió las manos con un trapo de la barra.

—Nadie vendrá a esta hora. Lo único que vas a lograr es asustar a los tusken y hacer que se alejen más y que se internen en los eriales. O tal vez obligues a Plug-eye a tomar una medida desesperada. Tendrás que confiar en mí, Annie. Nadie conoce a Pluggy como yo. ¡He estado persiguiendo a este tipo durante años!

Annileen estaba que echaba chispas.

—Vaya experto. ¡Plug-eye es mujer!

—¿Qué?

—¡Ese día Ben y yo nos encontramos de nuevo con ella en las dunas! —le dijo, al tiempo que tomaba un morral.

Orrin se la quedó viendo anonadado. Empezó a hacer más preguntas, pero luego regresó al problema inmediato. Caminó hasta ella, teniendo cuidado con la punta del rifle.

—Te lo prometo. Mira, espera, haré que venga el Gran Ejército del Oasis.

Annileen negó con la cabeza. Al parecer, nada le impediría ir a buscar a su hijo. Kallie regresó de la casa vestida con prendas abrigadoras, y su madre le pasó un rifle. Annileen volteó a ver a Orrin con ira.

—¿Por qué no me dijiste esto en cuanto llegaste?

—Primero tenía que asegurarme de que entendieras —explicó el granjero—. No podré ayudarte a buscar a Jabe en la mañana si los matones del hutt se siguen apareciendo. —Orrin caminó al mostrador de las armas y tomo un rifle para sí. Le pareció que en ese momento vendría bien hacer una demostración física de apoyo—. Mira, iré contigo. Podemos ir a echar un vistazo. —Volteó a ver a Annileen—. Luego tenemos que regresar aquí. Olvídate del asunto del almacén, sólo dame el dinero para hacer que Jabba me deje en paz…

—*¿Jabba?* —repitió Kallie, estupefacta.

—… y yo dedicaré el resto de mi vida a encontrar a Jabe. —A Orrin le estaba costando trabajo parecer honesto—. Y si ya es demasiado tarde, entonces exterminaré a todos los tusken. Perdiste a Dannar por culpa de esos monstruos; yo perdí un hijo. Hagámoslo a mi manera y todo estará bien.

De pronto se abrió la puerta del frente del almacén.

Orrin volteó de inmediato con el rifle entre las manos. Annileen y Kallie ya se dirigían a la entrada. Dejaron caer sus armas al suelo y avanzaron rápidamente por el largo pasillo en medio de la oscuridad.

—¡Jabe, Jabe!

Orrin las siguió azorado y vio al chico atravesar la puerta tambaleándose. Vestía una capa café que le quedaba demasiado grande, y que ondeó con el aire. Su madre y su hermana estuvieron junto a él en un instante.

—Estás herido —dijo Annileen, al ver en su frente la cortada con sangre seca.

—Todo está bien, mamá —dijo Jabe en voz baja—. Ben ya revisó la herida.

—*¿Ben?* —preguntaron los tres al mismo tiempo.

—Sí, él me trajo a casa —dijo el chico. Lucía exhausto y confundido. Orrin caminó hacia el frente con el arma levantada.

—¿Kenobi está aquí?

—No —contestó Jabe—. Me salvó de Plug-eye. No sé cómo lo hizo, pero así fue. —El chico se sobó las heridas—. Creo que me equivoqué respecto a él.

Annileen volvió a abrazar a su hijo.

—¡Esta es la capa de Ben! —balbuceó ella, sujetando el cuello.

—Sí…, eh, Ben pensó que tenía frío —dijo Jabe, separándose de su madre.

Orrin seguía de pie desconcertado. Kenobi lo había visto disfrazado de tusken en la granja de Ulbreck, sí, pero él dio por hecho que los verdaderos tusken lo matarían igual que a Jabe. Si Ben estaba vivo, la situación cambiaba por completo.

Las mujeres entraron de nuevo al almacén a buscar agua y un botiquín; mientras tanto, Orrin se sentó junto a Jabe para hablar en voz baja.

—¿A dónde se fue Kenobi?

—Me dejaste ahí solo —dijo Jabe con frialdad.

—¡Eso no importa! ¿A dónde fue?

—No lo sé —dijo Jabe—, pero llevaba prisa. —Primero se aseguró de que su madre y su hermana siguieran en la parte de atrás del almacén, y luego abrió ligeramente la capa para que Orrin pudiera ver que todavía llevaba puesto el disfraz de tusken—. Ben no quería que la gente del oasis me viera así —susurró.

—¿Cómo? —La información desconcertó a Orrin. ¿Por qué Ben no querría dejar a Jabe al descubierto? Sus razones podrían ser siniestras. Kenobi creía que tenía en las manos algo con qué extorsionar. ¿De qué manera lo usaría? ¿Le pediría dinero a Orrin? O tal vez aprovecharía la información para impedir que se casara con Annileen.

Al granjero le pareció que la razón no importaba. Tenía que hacer algo respecto al tipo.

—No digas nada sobre lo que sucedió esta noche —le advirtió el granjero a Jabe en voz baja—. No le digas a tu madre que…

—¿Que no me diga qué? —Annileen estaba ya cerca de ahí, sujetando la silla que había traído para Jabe. La dejó caer en el suelo y preguntó:

—Hay algo más, ¿no es así? ¿Hiciste algo para tratar de pagar tus deudas? —La mujer miró a su hijo, y luego de nuevo al granjero—. ¿De eso se trataba? ¿Qué hiciste? —preguntó en un tono amenazante—. ¿Qué más hiciste?

—Hice lo que tenía que hacer —dijo Orrin—, y en este momento preciso, podría estar en muchos problemas.

—¡Ya estás en muchos problemas!

—Hablo de dificultades de otro tipo —explicó el granjero—. Problemas legales; el tipo de inconvenientes que me impedirían circular por ahí con libertad, incluso si llegara a liberarme de los matones de Jabba y de la gente del banco.

Annileen levantó los brazos al cielo.

—¿Y por qué no? Si ya arruinaste todo lo demás de tu vida. —La mujer respiró hondo y se levantó las mangas—. Ya basta, Orrin —dijo, al tiempo que lo levantaba y lo empujaba hacia la puerta—. Vete y no vuelvas. ¡Por la mañana me aseguraré de que saquen tus cosas de la oficina y te las enviaré a casa!

—No entiendes, Annileen —dijo el granjero—. El problema del que hablo me incumbe a mí, pero Jabe también está involucrado.

Annileen y Kallie miraron al chico desconcertadas.

—¿Jabe?

El chico ya estaba de pie en medio de la oscuridad. Miró al suelo y pasó saliva con trabajo.

—Sí, estoy involucrado.

Su madre se quedó boquiabierta.

—¿Cómo? ¿Qué hiciste?

—Eso no es relevante —dijo Orrin, señalando el rostro de Jabe con el dedo—. Lo que importa es que, si la gente se entera, Jabe también terminará muy mal. Pero no será así. Por el momento sólo hay una persona enterada, y me voy a hacer cargo de eso ahora mismo.

Annileen estaba confundida y abrumada. No sabía ni adónde mirar, pero Orrin se le puso enfrente.

—¿Me escuchaste? Yo puedo asegurarme de que Jabe permanezca libre —mascculló. No había razón alguna para no mostrar su cólera ahora—. Le he ayudado a tu familia durante años. Traje compradores al almacén y te he cuidado. ¡Es tiempo de que me pagues! Así que más te vale ayudarme a permanecer vivo las próximas veinticuatro horas. —Señaló la caja del efectivo—. Eso significa que le tenemos que pagar a Jabba mañana. Yo… y *tú también*. Estás en esto conmigo, te guste o no.

Kallie se colocó junto a su madre.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Qué va a suceder?

—No lo sé, amor —dijo Annileen, mirando entre Jabe y Orrin—. Creo que necesitamos ayuda.

Orrin volteó a ver el crono. Faltaban poco más de catorce horas para que se acabara el plazo que le había dado Jabba. Los maleantes no serían amables esta vez. Para Orrin seguía siendo un misterio lo que sucedió ese día en la casa de la ciudad de Jabba, pero sabía que Mosep Binneed y sus secuaces terminaron muy avergonzados. Estaba seguro de que nadie de esa organización de maleantes permitiría que se repitiera lo ocurrido porque, de hacerlo, alguien más los haría pagar y se encargaría de ellos.

Pero primero tenía que negociar con Kenobi. Abrió la puerta del frente del almacén como tomando un segundo aire.

—Mañana volveré aquí a tiempo y arreglaré todo. Ya lo verás.

Annileen, que estaba abrazando a sus hijos, tembló.

—Veo un monstruo —exclamó.

—Soy un granjero y voy a salvar mi granja —dijo Orrin. Mientras ajustaba las configuraciones de su rifle, llamó a Jabe—. Muchacho, ¿te dijo Kenobi adónde iba? ¿Te digo *algo*?

Jabe respondió con calma.

—Dijo que tenía un mensaje para ti.

—¿Para mí? —preguntó el alto hombre, con curiosidad.

—Sí —contestó Jabe—: «Da marcha atrás ahora».

Los ojos de Orrin se fueron abriendo más y más conforme analizó las palabras. Entonces giró y desapareció en la oscuridad.

Annileen cerró una puerta más y le atravesó una barra. Ya había cambiado los códigos de paso de todas las cerraduras electrónicas, incluso de la de la entrada desde los garajes. Tar Lup sólo tendría que tocar la puerta en la mañana. Pensó en entrar a la oficina satélite que tenía Orrin en el almacén, pero entonces recordó que necesitaba regresar a la casa para atender a Jabe, quien requería de sus cuidados.

Su hijo estaba sentado bajo la solitaria luz de la mesa de la cocina. Se había quitado la capa de Ben, y Kallie la estaba doblando con cariño y cuidado. Jabe llevaba puestos los trapos del disfraz de saqueador tusken. No se movió para tratar de ocultarlos, pero se sintió humillado y avergonzado.

Al ver cómo miraba su madre a su hermano, Kallie habló sin dirigirse a nadie en particular.

—Creo que de ahora en adelante voy a tener municiones para enfrentarte en cada disputa que tengamos.

Jabe sacudió la cabeza.

—Es una larga historia —murmuró—. Si te la cuento, no la creerás.

Annileen sacó una silla y suspiró con aire de cansancio.

—Inténtalo.

Jabe empezó a hablar lentamente al principio, pero luego fue acelerando la marcha mientras hablaba de alguna etapa de su corta existencia y luego pasaba a otra. El padre que perdió, el empleo que odiaba, su necesidad de sentir que pertenecía al grupo de los Gault, a quienes siempre veía haciendo algo con sus vidas, y por último, ese desesperado anhelo de complacer a Orrin, a quien veía como un hombre independiente y con estatura moral.

Luego habló del favor que el granjero le pidió cuando estaban en Mos Eisley.

—Me dijo que se trataba de una broma —explicó el chico—. Nos íbamos a disfrazar y a asustar a los Ulbreck.

Annileen sintió que se quedaba sin aliento; de hecho, se desplomó en el asiento.

—Wyle Ulbreck, mi mejor cliente. Wyle Ulbreck.

Kallie le sirvió a su madre una bebida caliente. La taza tembló entre las manos de Annileen. La dejó sobre la mesa sin poder probarla siquiera.

—Se suponía que Zedd iría con ellos, pero no pudo —dijo Jabe—. Orrin tenía todo un tesoro escondido de artículos tusken. Supongo que los obtuvo en los rescates que se hicieron con el Llamado de los Colonos. Pensé… No lo sé, que tal vez esta era mi oportunidad de ingresar al equipo principal de apoyo de Orrin.

—Vistiéndote como la gente que mató a tu padre y yendo a asustar a un pobre viejo. —Para ese momento, la mujer se sentía tan insensible como un droide—. Me parece perfectamente lógico —dijo, ondeando la mano sin sentido—. Continúa.

—Se suponía que sólo utilizaríamos esos rifles que aturden —explicó Jabe con la voz entrecortada—. Era para darle una lección al viejo Wyle por poner en ridículo a Orrin todo el tiempo. Ulbreck no le cae bien a nadie de todas maneras, mamá, ¡lo sabes!

Annileen se levantó hecha una furia y tomó el botiquín de la barra de la cocina. Jabe todavía tenía la cortada y un enorme moretón en la frente. Eso sí lo podía curar, a pesar de no tener idea de lo que pasaba por la mente de su hijo.

Jabe respiró apresuradamente y narró los detalles del ataque mientras Annileen le limpiaba la cortada. Le contó cómo había tirado a Wyle, y le dijo que Mullen y Veeka capturaron a Magda Ulbreck. Luego le contó de la llegada de Ben y de la subsecuente partida de los Gault. También narró el momento en que llegaron los tusken y los emboscaron. Cada vez hablaba más rápido y con mayor intensidad, pero de pronto empezó a mover la cabeza a pesar de los esfuerzos de su madre por curarlo.

—¡Ay! ¡Ay!

—¿Quieres que me detenga? —preguntó Annileen, retirando el aplicador del rostro de Jabe.

—No —dijo él, con lágrimas en los ojos—. Quiero sentirlo. —Luego la miró con tristeza—. ¿Quieres que yo me detenga?

Ella negó con la cabeza.

—Necesito saber. ¿Dices que Ben te salvó?

Jabe asintió.

—Cuando desperté, Orrin ya se había ido y Plug-eye se encontraba a mi lado. Ben estaba hablando con ellos en básico —dijo, confundido—. No sé cómo, ¡pero habló y negoció mi liberación! —De pronto, todas sus palabras parecieron recordarle lo cerca que había estado del fin. Le costó trabajo recuperar el aliento—. Mamá, iban a matarme o… ¡o a hacerme algo peor! —Jabe parpadeó rápidamente y las lágrimas empezaron a correr por fin.

Annileen bajó el aplicador y abrazó la cabeza de su hijo, acercándolo a su pecho.

—Lo sé, pero Ben estaba contigo.

—Sí —dijo Jabe, sorbiendo entre lágrimas—. No sé qué le dijo, pero funcionó y me sacó de ahí. —Jabe levantó la vista y miró a su madre con los ojos enrojecidos—. Los Gault, en cambio, me dejaron. Orrin corrió…

—Entiendo…

—… corrió. Los otros ya se habían ido —dijo. El volumen de su voz empezó a aumentar. Se veía cada vez más alarmado—. Y Mullen y Veeka estaban con la anciana, ¡comportándose como si realmente la fueran a lastimar, mamá! Y yo golpeé a ese pobre viejo…

—Lo cual no está bien —dijo ella, acariciando su cabello apelmazado por la sangre—. Sin embargo, esta noche averiguamos muchas cosas.

—Quería tener algo que hacer, mamá —dijo, con voz entrecortada—. Es porque el almacén me aburre, me enferma. Quería acción. Pero esto no fue para nada como las salidas con la patrulla. Esto estuvo mal.

Annileen asintió. «Vaya, me da gusto escuchar eso», pensó.

La mujer soltó a su hijo y enjugó sus lágrimas.

—¿Le contaste esto a Ben? —le preguntó, mientras le colocaba el vendaje.

—Sí, todo.

—¿Y?

Jabe se secó los ojos.

—Me dijo que debía seguir el mismo consejo que le envió a Orrin como mensaje: dar marcha atrás ahora. También me dijo que sólo un tonto sigue a otro tonto.

Kallie se quedó viéndolo anonadada.

—¿Todavía crees que está loco?

Jabe sonrió ligeramente.

—No soy quién para juzgar.

CAPÍTULO CUARENTA

ANNILEEN ESTUVO SENTADA CON SUS HIJOS hasta pasada la medianoche. Compararon sus observaciones respecto a lo que había pasado con Orrin, y cuando Kallie y Jabe se fueron a dormir exhaustos, ella abrazó su almohada, se cubrió de la brisa y trató de entender los acontecimientos. Tantas noticias, tan poca lógica.

Lo que Jabe había hecho estuvo muy mal, sí, pero no podía entender cuál era la motivación de Orrin. El granjero le había hecho creer que el problema en que su hijo estaba involucrado era mucho más denso, que no se trataba nada más de una bromita fallida. Por otra parte, si lo que Orrin necesitaba era dinero imposible de rastrear, entonces era muy mala idea robarle a Wyle Ulbreck, ya que todos sabían que guardaba su fortuna en lingotes chapados en aurodio, los cuales enterraba en algún lugar de su sistema séptico.

Entonces ¿qué estaban haciendo ahí?

La comerciante miró por séptima vez el crono que tenía junto a la cama. Ya era su cumpleaños. Lo había sido desde hacía tres horas y media, horas en las que no pudo cerrar los ojos, excepto cuando lloró. Su habitación tenía muy pocos muebles y estaba hundida más de un metro en la arena. En ella había una ventana alta que ahora se encontraba abierta y dejaba entrar los olores del establo que, con toda su acritud, a veces le recordaban el hogar de su infancia. Después de los sucesos de esa noche, sin embargo, lo único que sentía era frío. Por eso jaló un poco más la tela café sobre la que se había acostado y la subió hasta que le cubrió la cabeza.

—¿Está cómoda mi capa?

Annileen se asomó desde debajo de su improvisado resguardo y vio la silueta de Ben en cuclillas junto a la ventana abierta, con la luz de las lunas detrás de sí. Llevaba la misma ropa que lo había visto usar afuera de su casa, el día de aquella primera visita. Lucía abatido.

A ella le dio gusto verlo a pesar de la situación y del lugar. De hecho, dada su tendencia a aparecer de repente, su llegada resultaba de lo más natural.

—Hola, Ben —dijo, sentándose. Annileen tardó un poco en darse cuenta de que estaba medio desnuda, pero cuando lo hizo, jaló la capa hasta su barbilla y se sonrojó—. Lo lamento —murmuró—. Supongo que necesitas que te la devuelva.

—¡No, no, quédatela! —Ben volteó la cabeza rápidamente y estuvo a punto de golpearse con el techo que tenía sobre sí.

Annileen rio entre dientes. Era la primera vez que reía en muchas horas. Le pidió que mirara hacia fuera por un momento mientras buscaba su camisón.

—Crisis controlada —dijo, y le pasó su capa cuando él se deslizó hasta el suelo de la habitación—. Debes estar exhausto —dijo ella, al ver sus brazos combarse cuando se sentó en el suelo apoyado en la pared. A Annileen ya casi se le había olvidado que su día comenzó en el desierto, antes de ir a Mos Eisley.

—Sí, estoy cansado, he estado muy ocupado —respondió él, en voz baja y a una respetuosa distancia de su cama. El pasillo estaba totalmente oscuro—. Necesito que me escuches porque no tengo mucho tiempo —dijo, mirándola directo a los ojos—. Sé que Orrin estuvo aquí.

Annileen se sentó sobre las rodillas y asintió.

—¿Te dijo del dinero que le debe a Jabba? —preguntó Ben.

—Sí, y al banco. —Annileen asintió con tristeza—. Es demasiado, no sé cómo llegó a esto.

—Todo tiene que ver con el agua —explicó Ben—. Con un agua mágica que sabía mejor que ninguna otra, y con los evaporadores que la producían.

—Te refieres a esto —dijo Annileen, poniendo en alto el ánfora que tenía en su mesa de noche, para luego ofrecérsela.

Ben la aceptó y bebió con mucha sed. Luego se enjugó el rostro y continuó.

—Me dijiste que Dannar nunca pudo desarrollar la fórmula debido al costo, pero que después de su muerte Orrin invirtió bastante en ello.

—Sí, hace seis años —dijo ella, asintiendo—. Dannar había muerto y la esposa de Orrin se fue. Él tocó fondo y supongo que pensó que esa sería la manera de recuperar su vida.

—Pero el éxito nunca llegó —dijo Ben—, y las deudas de Orrin fueron en aumento. Luego le pidió un préstamo a alguien que en realidad trabajaba para Mosep Binneed, uno de los gerentes de negocios de Jabba.

—Efectivamente, Orrin me lo dijo —explicó Annileen.

—Empezó a vender cosas —dijo Ben—. Lo sé porque vengo de la oficina que tiene en su granja.

Annileen abrió los ojos impactada.

—¿En serio?

Ben asintió.

—Supuse que ahí tendría guardadas cosas que no se atrevería a tener aquí, en el almacén. —Entonces la miró con cara de culpa—. Aunque también revisé esta oficina.

—¿Cómo te metiste? —preguntó Annileen, entrecerrando los ojos y suspirando con impaciencia—. Bueno, no importa, continúa.

Ben se puso de pie y siguió hablando en voz baja.

—Orrin estaba en bancarrota, por eso recurrió a un recurso sobre el que sí tenía control. Un fideicomiso público.

Annileen resolló.

—¡El Llamado de los Colonos!

—Tú me dijiste que en el Fondo había suficiente dinero para defender a media galaxia.

—No hablaba en serio —dijo ella, levantándose para cerrar bien la puerta que daba al pasillo—. Además, Orrin sí usaba los créditos de manera legítima para comprar armas y landspeeders. ¡La prueba es ese enorme arsenal que hay en los garajes!

—Pero también usa esos speeders para su granja —repuso Ben—, y todos los vehículos del Fondo fungen ahora como garantía de préstamos que solicitó. En cuanto a las armas, recuerda que todas venían de tu almacén, es decir, Orrin nunca pagó su valor real.

—¿Y mi landspeeder nuevo?

—Lo rentó, pero el distribuidor no te lo iba a decir.

—Qué sorpresa —Annileen torció la boca y puso los ojos en blanco—. Entonces es un defraudador. Bueno, creo que no me sorprende.

Ben caminó frente a la ventana y la luz de las lunas que se esparcía sobre la cama proyectó su sombra.

—Me temo que hay más. Orrin sólo pudo recurrir al Llamado de los Colonos para financiarse cuando el Fondo estuvo lleno. Es decir, mientras los tusken se dedicaron a arrasar con todo, no hubo problema; sin embargo, hace tres años aproximadamente… algo sucedió.

—Sí, recuerdo —dijo Annileen—. Fue después del ataque a la granja de los Lars.

—Exacto —dijo Ben. Se veía enigmático bajo la luz de las lunas—. Ya he oído hablar de eso. Algo les sucedió a los tusken después del ataque. No estoy seguro de qué fue, pero caló a los moradores de las arenas hasta los huesos y, después de eso, las agresiones cesaron casi por completo, ¿no es verdad?

Annileen seguía sentada. Estaba helada y no podía dejar de reflexionar.

—Los ataques acabaron —dijo Ben—, y el dinero también dejó de fluir en sólo unos meses. El Fondo del Llamado de los Colonos empezó a secarse.

—La gente dejó de comprar armas en el almacén —añadió ella.

—Orrin no pudo seguir pagándole a Jabba, pero todavía le quedaba algo que poner como garantía para solicitar un préstamo. Su estrategia, sin embargo, dependía del miedo a los tusken, así que cuando este se acabó, él tuvo que producir más temor.

Annileen levantó las cejas asombrada.

—¡No puedo creerlo!

—Es la verdad —dijo Ben, dando una palmada—. Orrin, sus hijos y tal vez algunos peones montaron sus propios ataques. Por eso remontó tu negocio de venta de armas y el Fondo se recuperó. —Ben miró por la ventana—. Además, no eligieron blancos al azar: atacaron a quienes no querían contribuir.

Annileen se quedó boquiabierta.

—¿Cómo sabes todo esto? ¿Te lo dijo Jabe?

Ben negó con la cabeza.

—Al parecer, a tu hijo sólo lo invitaron a participar en esta ocasión, ya casi al final.

A Annileen le dio gusto escuchar eso.

—No, la primera pista la obtuve de A'Yark esta noche. Ella me dijo que sus tusken de la Grieta Roiya, el lugar al que ellos llaman Los Pilares, han sido atacados por los colonos nueve veces en esta temporada, lo cual coincide con los ataques registrados por

el Fondo —dijo, contando con los dedos—. Sin embargo, los tusken del área sólo atacaron cuatro casas en ese tiempo.

Annileen se enderezó.

—¿Y tú le crees?

Ben la miró directo a los ojos.

—¿Exactamente por qué razón mentiría un tusken?

—Pudo ser otro grupo, ¡hay muchos! —Annileen volteó a cerciorarse de que la puerta siguiera cerrada y bajó la voz—. ¡Un tusken no puede saber todo lo que pasa con sus congéneres!

—Creo que esta tusken sí lo sabe. Al menos, está más informada que los demás —explicó. Ben se arrodilló frente a Annileen—. Orrin atacaba a quienes no querían cooperar y nunca mató en esas incursiones. Sin embargo, la gente resultaba lesionada y, naturalmente, se espantaba, lo cual la llevaba a suscribirse. Para redondear el engaño, enviaba a sus vigilantes a librar batallas para castigar a los tusken, y en esos encuentros, sí había muertos. —Ben miró en otra dirección—. Es algo que ya he visto antes —dijo, con melancolía.

Annileen lo miró angustiada.

—¡Los tusken sí atacan! ¡Nosotros sufrimos una de sus incursiones!

—Sí, pero ¿con qué frecuencia crees que los verdaderos tusken atacan a granjeros aislados y les permiten seguir con vida? —Ben se acarició la barba—. ¿Conoces a Lotho Pelhane?

Claro que lo conocía.

—Era el padre de Tyla Bezzard. Trabajó en la granja de Orrin hace muchos años. ¡Los tusken lo mataron el día que tú y yo nos conocimos!

—Lotho era de los que no quería pagar. Algunas semanas antes lo golpearon unos forajidos por la noche. Entonces se mudó a la casa de su hija, y finalmente todos se suscribieron al Fondo. —Ben miró a Annileen—. Eso aparece en los registros de Orrin, junto con una leyenda que dice: «PROBLEMA RESUELTO», escrita la noche que los supuestos tusken atacaron a Lotho por primera vez —explicó, y terminó con un suspiro—. Hubo otros. Orrin no sólo estaba esquilmando el Fondo, también lo convirtió en algo que Jabba pudiera entender: un fraude de protección.

Annileen miró en la oscuridad.

—Entonces traicionó absolutamente a toda la gente del oasis.

—Y de los eriales —señaló Ben—, no lo olvides. Los moradores de las arenas han estado muriendo porque el servicio que Orrin vendía consistía en matarlos.

—Eso sí, no vas a lograr que sienta pena por los tusken —dijo Annileen, indignada.

—Toda vida es sagrada —dijo Ben—. Incluso la que existe en formas que no entendemos. —La miró a los ojos—. Lo sabes, ¿no es cierto?

La comerciante cerró los ojos con fuerza, contuvo el aliento y asintió.

—Sin embargo, todo cambió hoy. Mosep quiere su dinero. Por eso Orrin organizó el viaje a Mos Eisley —explicó.

—¡Entonces *escuchaste* algo!

—Sí —contestó, sin quitarle la vista de encima. Entonces habló con tacto—: Me temo que… la propuesta matrimonial tiene que ver más con el dinero que con el amor. Lamento tener que decirte esto.

—Me enteré hace un par de horas —dijo Annileen—. No me importa. ¡Sólo habría deseado que me lo dijeras hoy, en el camino de regreso a casa!

Ben respiró hondo.

—No me gusta interferir. Sin embargo, Mosep dijo algo más respecto a los «otros recursos» de Orrin, lo cual me puso a pensar en el Llamado de los Colonos y en Ulbreck, el hombre que más se seguía resistiendo y también el que más podría aportarle. Entonces tuve una corazonada y fui en eopie a la casa del señor. Ahí vi a Orrin disfrazado, y él me vio a mí. Eso cambia todo —dijo, en un tono muy serio—. Si he llegado a conocerlo lo suficiente, justo ahora Orrin está planeando matarme.

—¡Matarte! —exclamó Annileen, riéndose—. Tal vez Orrin juegue a disfrazarse, ¡pero no es ningún asesino!

Ben no estaba de acuerdo.

—No vendrá a buscarme solo. Ese tipo de hombres no actúa así. Sin embargo, puedo lidiar con él. Tengo un plan.

Annileen se sentó un poco más adelante en la cama y le suplicó:

—No, Ben, por favor, en serio. Dijiste que nunca mató a colonos. Orrin no es ninguna amenaza galáctica.

—Hay monstruos en todos los ámbitos —repuso Ben—. Uno no necesita tener poder ilimitado para producir víctimas. Lo único que se necesita es estar desesperado.

—Todavía hay bondad en él —dijo ella, pensando en el sonriente hombre que había conocido durante tantos años—. Admito que es un mentiroso, un defraudador y un rufián descontrolado; que es difícil ver el bien en…

—Tal vez exista bien en él porque hay bien en la mayoría de la gente —dijo Ben, al tiempo que se levantaba del piso—, pero mira lo que ha hecho, y sobre todo, lo que está dispuesto a hacer. ¿En dónde vas a marcar el límite?

La pregunta dejo mareada a Annileen.

—Pensé que eran amigos.

Ben fijó la vista en un rincón oscuro.

—No creo que lo hayamos sido —dijo, en voz baja—, pero las cosas seguirían siendo iguales, incluso si hubiéramos sido amigos durante años. Cuando los amigos se equivocan, uno no puede elegir qué hacer.

—Suena como si… como si supieras algo al respecto.

—Más de lo que quisiera —musitó, y miró en otra dirección.

Annileen se puso de pie. Tenía que hacer entrar en razón a Ben. Sí, los crímenes de Orrin afectarían a los Calwell si llegaban a conocerse, incluso si nadie se enterara del papel que jugó Jabe en el ataque a los Ulbreck. Toda la gente del oasis veía un vínculo entre las dos familias, y ella llevaba mucho tiempo beneficiándose del hecho de que el

Fondo le comprara armas al almacén. Tal vez, tanto Orrin como ella lo perderían todo, sin embargo, no podía permitir que una vida más fuera destruida. Por eso se acercó a él.

—No tienes que confrontarlo, Ben, esto no es responsabilidad tuya.

—No —dijo Ben, dándole la espalda—. Todo ya fue echado a andar. Convocará a sus aliados para que me silencien y yo convocaré a los míos. —Ben no explicó a quiénes se refería—. Pero independientemente del resultado, tu camino está libre.

—¿Mi camino? —preguntó ella.

Ben giró y colocó con ternura sus manos sobre los hombros de ella.

—Annileen, ¿confías en mí?

—¿Cómo dices?

—¿Confías en mí? ¿Confías en que sabré qué hacer ahora?

—Sí —susurró ella, sin dudar—. Absolutamente. «Como no he confiado en nadie desde Dannar», estuvo a punto de decir.

Ben la miró a los ojos.

—¿Qué estás preparada a entregar para salvar tu futuro?

Annileen respiró profundamente.

—Hace algunas horas estaba dispuesta a renunciar a todo para rescatar a mi hijo.

—Eso es lo que necesitaba escuchar —dijo Ben, y luego habló con urgencia—. Mañana, cuando Orrin venga por mí, quiero que te vayas. Todos deberán hacerlo: tú y tu familia. Toma lo que necesites, pero también lo que no quieras perder, porque no vas a regresar jamás.

Annileen sintió que el corazón se le atoraba en la garganta.

—¿Están tan mal las cosas?

Ben continuó mirándola fijamente.

—Creo que sabes que así es. Te dije que podía lidiar con Orrin y lo haré, pero si hacemos lo correcto, entonces tu vida y la de tus hijos resultarán afectadas de manera colateral. Lo lamento. —Ben bajó la mirada—. Lo evitaría si pudiera, porque sé que no hay nada peor que perder el hogar que has conocido durante años, pero no he podido ver para ti ningún futuro en el que eso no suceda.

Annileen comenzó a llorar. No sabía qué decir, excepto que él tenía razón, ya que su supervivencia había dependido hasta entonces de la confianza que le tenían sus vecinos. Cuando la verdad se supiera, todo aquello que le había costado veinte años construir se desvanecería en un instante, sin importar cuánto la hubieran estimado los otros antes.

Ben acarició suavemente sus mejillas con el dorso de la mano.

—Sé que no es justo que el orden existente en nuestra vida simplemente desaparezca. A veces sucede porque no somos diligentes. Otras veces sólo pasa y no es culpa de nadie.

Annileen resopló y levantó la vista.

—No —dijo ella, enjugándose las lágrimas—. En este caso fue mi culpa. No fui diligente. —De pronto la embargó una sensación de fortaleza. Era una especie de segundo aire… o de lo que quiera que hubiera llevado a Ben a su mundo. No importaba. Había tocado fondo, pero la debilidad nunca la caracterizó. Enderezó los hombros y dijo:

—De acuerdo, arreglemos esta situación. Estoy lista.

A Ben se le iluminó el rostro.

—Muy bien. —Volteó y escaló hasta el alféizar de la ventana—. Comienza a empacar y haz todos los arreglos que necesites, pero no le digas a nadie más. Encuéntrame justo antes de que se pongan los soles. Mi labor deberá estar terminada para entonces.

Annileen le entregó su capa.

—¿Adónde irás?

—A mi casa —contestó Ben—. Ese sólo será el principio.

Meditación

Voy a ponerle fin a esto.

Puede usted ver dónde estoy, Qui-Gon: sentado en el frío, solo, en una duna, esperando que los soles se pongan. También sabe lo que he estado haciendo, los pasos que he tomado.

También sabe por qué lo he hecho. Espero que no me juzgue con demasiado ímpetu por ello.

«Todavía hay bondad en él». Fue lo mismo que me dijo Padmé respecto a Anakin, pero no sé si lo creí. Tal vez si hubiera estado más atento de sus pequeñas transgresiones habría notado adónde se dirigían. No lo sé. De lo que sí estoy seguro es de que Orrin Gault no ha caído debido a un acto aislado; ha tenido una vida completa de pequeñas fechorías. Sonríe, miente y le agrada a la gente, pero ya le llegó la factura y su miedo lo ha llevado a perpetrar actos peores.

Creo que Jabe Calwell todavía tiene oportunidad de seguir un buen camino si se aleja de Orrin. Lo sé, lo sé. Palpatine no fue lo único que corrompió a Anakin, el chico tenía fallas propias. Fallas que no logré ver y para las que no lo preparé. Sin embargo, el Emperador jugó un papel importante. No sé si habría sido posible aislar a Anakin de su influencia. Lo intenté, pero ya era demasiado tarde. Con Jabe la historia es diferente, creo.

Tiene otra oportunidad de hacer las cosas bien.

Entiendo. No estoy aquí para redimirme salvando de la destrucción a jóvenes elegidos al azar. Ni siquiera estoy aquí para expiar culpas, como me dijo Annileen. Sé que estoy aquí por una razón.

Para proteger a Luke Skywalker.

Y para estar listo cuando él y Bail Organa, o quienquiera que apoye la esperanza en la galaxia, me necesite. Si con ese acto consigo la absolución, qué bueno, pero eso es secundario.

Así como también es secundario, mucho me temo, todo lo que me rodea: Annileen, el oasis, esta gente… Todo tiene que ser secundario. La única manera en

que puedo actuar a una escala galáctica es no haciendo nada localmente. Absolutamente nada.

No importa lo que me digan mi mente ni mi corazón.

Usted me ha estado escuchando estas últimas semanas. Bueno, al menos tengo la esperanza de que lo haya hecho.

No me ha hablado, pero espero que me haya oído. Sabe que estoy volviendo a fallar, en esta ocasión, he fallado en ser un ermitaño. Obi-Wan sigue haciéndose cargo de la vida de Ben Kenobi. Somos uno solo, por supuesto. Sin embargo, el Obi-Wan en mí quiere ayudar a alguien, hacer lo correcto. ¡Ser un jedi! Sólo entonces sentiré que puedo vivir en paz mientras los otros sufren.

He tenido demasiadas dificultades para reconciliar todo esto. ¿Cómo puede existir Ben si Obi-Wan no se lo permite?

Sin embargo, la Fuerza me está mostrando el camino.

Será difícil, pero hay un sendero por el que puedo caminar entre todas estas influencias. Un sendero que me brindará algo de justicia y, al mismo tiempo, la privacidad que necesito para hacer mi trabajo. Depende de que muchas cosas salgan bien, y del uso de ese mensaje secreto de entrega de una sola vía que le mencioné hace unas semanas.

Luego, también están mis «aliados». Nunca podré saber con certeza lo que harán los tusken, ya que son capaces de actos imperdonables. Sé lo que un grupo de ellos le hizo a la madre de Anakin hace varios años, Padmé me lo dijo. Siempre sentí que hubo algo que no quiso compartir conmigo, tal vez algo que tuvo que ver con el destino de Anakin. No sé si averiguaré esos secretos aquí, pero al menos, me parece que A'Yark se siente responsable por su gente. Espero que Orrin admita su culpabilidad y que dé marcha atrás, pero si no lo hace, debo evitar que cause más daño a su alrededor.

Hay mucho que considerar.

Pero creo que puedo hacer que todo funcione para cuando los soles se levanten. Me parece.

Bueno…, hay otro problema potencial.

Annileen. Le importo y, para bien o para mal, me he aprovechado de eso. Acabo de echar a andar mis planes para ella, pero ¿qué tal si no quiere seguirlos?

¿Qué pasará entonces?

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

LAS MAÑANAS DE TATOOINE JAMÁS le fallaban a Orrin Gault, pero esta era mucho mejor de lo que pudo esperar jamás.

Después de salir del Claim la noche anterior, no tuvo mucho tiempo para soñar ni para dormir. Volvió a casa y la encontró vacía y en silencio, excepto por un suave ruido sordo proveniente de la oficina, el cual imaginó que lo estaba ocasionando alguna rata del desierto detrás de los libreros. Mullen y Veeka estaban afuera, en la parte de atrás, quemando sus disfraces de tusken como habían planeado que lo harían en caso de ser descubiertos.

Veeka tenía un vendaje en el hombro cubriendo la zona en la que Ben la alcanzó a rozar con el gaderffii y Mullen tenía el coxis adolorido por la caída. A pesar del frío nocturno, su padre ya había hablado con ellos respecto a lo que harían a continuación.

Todo empezaba en el Claim. Orrin activó el Llamado de los Colonos inmediatamente tras la salida del segundo sol. Unos minutos después de que se escuchara la estridente sirena, los trabajadores del oasis aparecieron frente a los garajes y esperaron instrucciones. No les tomó mucho llegar ahí, ya que varios ya iban al Claim a desayunar y estaban hambrientos: justo como Orrin los necesitaba.

Ese día pelearían para beneficiarlo a él y a alguien nuevo.

—¿Lo ve, Wyle? —dijo Orrin, contemplando a la furiosa multitud de vigilantes—. Ahí está mi ejército. Su ejército.

—Sí —dijo Wyle Ulbreck, parado junto a Orrin. El granjero se veía inconmensurablemente avejentado. Tenía la nariz rota y cubierta de apósitos, y llevaba consigo algo que Orrin nunca le había visto: una pequeña botella de oxígeno a la que le daba golpecitos después de varias respiraciones—. Todavía tenemos que esperar que lleguen mis muchachos —murmuró, y luego escupió en el suelo.

Orrin sonrió con aire de superioridad. Ulbreck resultó toda una sorpresa, un fabuloso premio adicional. Él de todas formas habría activado el Llamado para llevar a cabo el siguiente paso de su plan, pero poco después de que salió el primer sol, un conductor llegó con Ulbreck y se detuvo frente a él. El viejo primero despotricó, se quejó de que sus hombres le habían fallado la noche anterior y luego le contó que Magda había estado a punto de morir. Al final, sólo dijo las palabras que Orrin había querido escuchar durante años: «Quiero suscribirme».

¡Asombroso! El plan funcionó después de todo.

Era lógico, pensó Orrin. Ulbreck había visto llegar a Ben, pero no estuvo ahí cuando este le quitó la máscara de tusken. Además, uno de los trabajadores había visto a Plug-eye alejándose del territorio. Eso fue todo lo que se necesitó para que el hombre más mezquino de Tatooine pagara por protección. Ulbreck había ordenado que la cantidad exacta de lingotes chapados en aurodio fueran transportados en camiones, en cuanto alguien se decidiera a sacar las sucias barras de debajo de su estación de desechos orgánicos.

Eso bastaría para pagar una buena parte de la deuda que Orrin tenía con Jabba, así que la incursión que haría como represalia por el ataque a la granja de los Ulbreck se la daría al viejo de pilón.

Además, con este ataque se haría cargo de otro asunto al mismo tiempo. El hecho de que Ulbreck estuviera ahí significaba que Ben no había ido a acusar a Orrin con el viejo. Al menos, no hasta ese momento, en caso de que tuviera el plan de hacerlo. El secreto del granjero podría mantenerse a salvo, y dentro de poco terminaría ese capítulo.

Todo estaría bien.

Orrin vio a Annileen caminar del almacén a los garajes. Él no se había atrevido a poner un pie en el Claim, pero dedujo que la viuda debió de haberle pedido a Tar Lup que se quedara ese día y que trabajara durante el turno matutino. No había problema, seguramente necesitaba descansar para reponerse de la noche anterior. Orrin se sentía mal al respecto, pero la compensaría a partir de ese preciso momento.

El granjero se disculpó con Ulbreck y caminó hacia Annileen. Ella llevaba el cabello recogido y vestía la ropa que usaba para realizar las labores más pesadas. Annileen lo miró con tiento.

—Tengo algunas noticias buenas, Annie —dijo—. No necesitaré tanto dinero como pensé.

—Qué bien.

—Pensé que te gustaría saberlo.

—Bien. —Annileen miró más allá y, al ver a Ulbreck, se acercó a saludarlo—. ¿Te encuentras bien, Wyle?

Orrin vio a Annileen acercarse al viejo y se puso nervioso. Sabía que tal vez Jabe le había contado sobre el ataque, sin embargo, eso era lo único que sabía el muchacho.

Las palabras de la mujer tranquilizaron a Orrin.

—Lamento lo que les sucedió a ti y a Magda —dijo, apretando la mano del hombre—. De verdad lo siento. —Annileen se alejó de él y miró a Orrin con amargura.

A él le pareció que no había problema. La mujer protegería aún más a su hijo y perdería algo de dinero, pero podría superarlo.

Annileen se detuvo cuando vio a la masa de gente reunida.

—¿Qué sucede? —preguntó, casi con indiferencia.

—Escuchaste el Llamado —dijo Orrin. Sabía que cualquiera que contara con tímpanos lo habría oído— y ya sabes cómo funciona. Hubo un ataque, así que lanzaremos una respuesta —explicó, mirándola—. ¿Jabe se encuentra bien?

—Lo estará. No va a trabajar hoy —contestó ella, y cuando vio a Gloamer trabajando en los garajes, se disculpó.

—¿No nos vas a desear buena suerte? —preguntó el granjero, con una sonrisa, pero de inmediato se dio cuenta de que pedía demasiado. Annileen sólo aceleró el paso.

«En fin», pensó Orrin. «De todas formas, tal vez sea mejor que no se entere del resto».

—No puedo creeeeer esto, señora —exclamó Gloamer.

—Esa es la oferta —dijo Annileen, mientras revisaba el documento en el datapad—. Has hecho un trabajo genial con los garajes, y sé que has pensado en una expansión.

Los diminutos ojos incrustados en el alongado cráneo siempre hacían que el mecánico phindiano se viera un poco desconcertado y triste, pero en esta ocasión, incluso Annileen notó su sorpresa. Gloamer la había invitado a pasar al garaje para decirle que por fin habían llegado las refacciones para su viejo landspeeder y, en lugar de eso, ella le propuso el negocio de su vida.

—¡Manejaaaaar un almacén! —dijo, estirando sus largos brazos hacia arriba—. Nooooolo seeeeeé. Noooooseeeé cóooomo…

—Lo dudo —dijo ella, al tiempo que le daba unas palmaditas en la espalda—. Eres bueno con los clientes y entregas rápidamente células de energía y cerveza. Habla con Tar, él sabe cómo hacerlo y le gustaría tener esta oportunidad.

El mecánico tarareó mientras pensaba, pero al final asintió y dio un largo paso hacia atrás para poder ofrecerle su extremidad y estrechar su mano.

—Haréeeee la transferenceeeencia de créditooos —dijo Gloamer, y tomó el datapad.

—No le puedes contar a nadie —le advirtió Annileen—. Al menos, no hasta esta noche, después de que nos vayamos.

Gloamer asintió. El phindiano inclinó noventa grados la cabeza y la escrutó con sus ojos amarillos.

—¿Adóoooonde van?

Annileen sonrió amablemente.

—A correr una aventura.

La comerciante dio la media vuelta y caminó hasta llegar al pasillo que llevaba al Claim. Exhaló y se apoyó en la pared. ¿En verdad acababa de hacer eso? «¿Realmente acabo de vender el almacén?».

Lo más increíble era que sus hijos estaban siguiendo el plan… por el momento. Cuando despertó esa mañana se enteró de que Kallie y Jabe sí la habían escuchado hablar con Ben, al menos la última parte. Jabe seguía tan alterado por el ataque que estaba listo para mudarse al Sector Corporativo, y Kallie había quedado tan embelesada desde la primera vez que vio a Ben que la idea de que salvara a su familia del deshonor coincidía perfectamente con el mito que se había construido de él.

No obstante, la última hora había sido difícil. Al ver llegar a Ulbreck, Jabe temió lo peor, pero Annileen lo convenció de que dejara de ocultarse y le asignó la tarea de empacar en casa. Kallie, por su parte, salió al establo y de pronto comprendió lo que realmente significaba irse. No había ningún sucesor evidente para hacerse cargo de sus adorados animales, y la idea que le propuso su madre de permitir que la gente que los rentara hoy se quedara con ellos no le agradaba del todo.

A Annileen tampoco le estaba siendo fácil hacerse a la idea. Caminó por el almacén y los vio a todos ahí: a Bohmer en la mesa con su taza, a Leelee, rotulando apresuradamente otra pila de cajas, e incluso a Erbaly Nap'tee, contando botones en voz alta mientras husmeaba en un cajón lleno de ropa de segunda mano. ¿Cómo podría dejar todo esto?

De pronto escuchó la voz de su madre en su cabeza. ¿En qué estaba pensando? Ben le importaba, sí, muchísimo más de lo que imaginó que le importaría para ese momento. Nadie había estado a la altura de Dannar Calwell, pero ¿ese enigmático hombre realmente esperaba que renunciara a todo y aceptara el futuro catastrófico que parecía tener frente a ella?

Nella Thaney le daría vuelta a su hija y la haría ir directo a los garajes de nuevo para decirle a Gloamer que todo había sido una broma y que debía olvidarse del asunto. De todas maneras, el mecánico no entendía el humor. Tal vez Annileen no tendría que proteger a su familia de ningún efecto colateral; desde la puerta lateral podía ver a Orrin hablando con Ulbreck y sonriendo. Él encontraría la manera de solucionar sus problemas, siempre lo hacía. Además, Ben no corría ningún peligro, ¡Orrin era sólo un fanfarrón! ¿Por qué tendría que hacer todo esto?

Ella ya sabía por qué y eso había borrado todas sus dudas. Lo único que faltaba era ver qué había planeado Orrin.

Annileen salió del Claim para observar el espectáculo. No sería difícil ocultarse entre la muchedumbre, la más nutrida que había visto jamás. Hoy no sólo habían venido los justicieros de costumbre: los landspeeders de Wyle Ulbreck se encontraban estacionados a lo largo de la duna occidental, llenos de peones. Mullen y Veeka les estaban pasando armas a los pilotos. Annileen se preguntaba cómo pensaba Orrin hacerse ver entre la multitud. O hacerse oír siquiera.

De pronto lo descubrió.

—¡Oigan, todos, escuchen! —gritó el líder. Annileen volteó hacia arriba y vio que Orrin había subido por la escalera de servicio y ahora se encontraba sujetándose del Viejo Número Uno. Con la mano que tenía libre sostenía el altavoz que tenía pegado a la boca. Era un amplificador portátil que hacía retumbar su voz en todo el estacionamiento.

—¡Este es un gran día! —gritó—. Y un día terrible también. ¡Alguien aquí se ha convertido en un *traidor*!

Entre la multitud armada se escuchó un zumbido. «¿Un traidor? ¿Aquí?».

—No se preocupen, no es de nuestra gente —añadió—. Todos ustedes son personas buenas, pero también lo conocen, se trata de… ¡Ben Kenobi!

Annileen respiró con dificultad. De pronto, el nombre que Kallie también escuchó se encontraba en boca de todos.

—Escucharon bien —dijo Orrin, a través del aparato metálico verde—. Tal vez ya lo han visto pasear por aquí, quizá ya escucharon a los otros hablar. Alguien lo llamó el Loco Ben. Un tipo que vive en el desierto y habla solo. Claro que está demente. ¡Adora a los tusken!

—¡No! —Annileen escuchó a alguien gritar.

—Lo sé —dijo Orrin—. Es difícil creer que un colono ayude a esos monstruos, pero esto es lo que sabemos. Kenobi apareció aquí poco después de que comenzara la oleada de incursiones de Plug-eye. Luego, en su primera visita al almacén, ¡salió corriendo sin siquiera llevarse lo que había comprado! ¿Y qué sucedió la siguiente vez que lo vimos? ¡Los tusken atacaron el Claim! —Orrin habló más fuerte—. ¡Estuvo aquí durante la agresión pero no se enfrentó a ellos! Luego, supuestamente salvó a Annie Calwell de Plug-eye hablando con los tusken. ¡Porque habla con ellos!

La multitud rugió conmocionada. «¿Habla con los tusken? ¡Eso es imposible!».

—Lo sé —dijo el granjero, bajando un poco la voz—, pero tiene lógica. Ningún bárbaro podría haber comprendido el funcionamiento del Llamado de los Colonos, ¿verdad? Bien, pues Kenobi les ayudó. Él me escuchó hablando en el Claim y sabía que la granja de Ulbreck era el único lugar que no estaba protegido por el Fondo. —Orrin asintió y miró a Ulbreck, quien estaba abajo—. Bueno, hace algunos días los tusken le robaron un evaporador al Maestro Ulbreck, y luego, anoche, atacaron su casa. ¡Kenobi estaba con ellos!

Annileen observó la escena como hipnotizada. Un peón colocó una caja para que Wyle se parara en ella, pero el viejo se veía tembloroso.

—Gault tiene razón —le gritó Ulbreck a la muchedumbre—, yo vi a Kenobi. Aunque me pareció que se estaba peleando con los arenosos, no estoy seguro. Mi Maggie estaba en peligro…

—… debido a Kenobi. —Orrin interrumpió enseguida—. ¡Por culpa de los moradores de las arenas que él mismo llevó a la granja! Estoy seguro de que Ben estaba furioso con sus socios. Lo que él quería era el dinero de Wyle, pero a ellos no les interesa eso. Por eso empezaron a pelear.

Otro zumbido se escuchó entre la muchedumbre. Todos sabían que Ulbreck tenía una fortuna.

Orrin sacudió la cabeza con tristeza para que todos lo vieran.

—Este tipo Kenobi, si realmente se llama así… Bueno, no lo reconozco. Él me mostró una cara falsa. No sé si es un bandido o si se ha convertido en tusken, aunque parezca una locura. Eso es irrelevante. Lo que importa es que ha puesto en peligro a gente buena, ¡pero lo vamos a detener para *siempre*!

Entonces se escucharon disparos de bláster al aire que hicieron que Annileen se encogiera. ¡Esto no era lo que esperaba en absoluto! Ben le dijo que Orrin reuniría a algunos aliados, pero ella se esperaba más bien a algunos peones torpes como Zedd. Esto era algo distinto, este ejército era demasiado grande, y Orrin no era el mismo. Su discurso era electrizante. Cuando les dijo a los justicieros que Ben tenía una guarida en los Eriales de Jundland, un lugar en donde ninguna persona honesta podría vivir, fue como si lanzara un rayo de odio a través de todos los ahí reunidos para incitarlos a actuar.

El hombre se había vendido, pasó de engatusador a líder de guerra con tan sólo unas palabras. Annileen nunca había visto a nadie hacer algo así, y particularmente, no a él.

Orrin llegó al límite de su discurso.

—Los colonos cuidamos a los nuestros, así que, ¡síganme y luchemos!

Entonces se oyó un estrepitoso e iracundo vítor. Los motores se encendieron uno tras otro, y los blásters fueron disparados. Annileen estuvo a punto de caer de rodillas, las piernas no le respondían. Seguramente esto no tenía nada que ver con lo que Ben esperaba porque ¿quién podría estar preparado para algo así?

Orrin bajó contoneándose de la torre y giró. Mullen y Veeka lo estaban esperando con un chaleco antibalas desplegado. Orrin extendió los brazos y sus hijos lo vistieron como si fuera un rey guerrero.

Luego el renovado líder subió a su USV-5 y, cuando vio a Annileen, le guiñó y se fue.

Los speeders equipados con blásters se alejaron zumbando uno tras otro; el polvo voló y se estrelló contra el almacén. Annileen recordó por un instante el ataque en represalia tras la incursión al oasis. Ese día ella tomó un moto speeder y fue con Ben a buscar a Jabe, pero ahora era Ben quien estaba en peligro, el mismo hombre que salvó a su hijo. Ben, quien la noche anterior le dijo que no lo siguiera, que él podía hacerse cargo de Orrin.

Annileen volteo a los garajes. Estaban casi vacíos, sólo quedaban sus dos landspeeders. Se quedó viendo el vehículo de lujo rentado y de pronto recordó algo que la hizo correr al almacén.

Tar estaba atendiendo a los niños que los colonos dejaron ahí, pero volteó a verla sorprendido desde el área del comedor. Annileen lo ignoró y corrió hasta detrás del mostrador. Se agachó, volteó el bote de desechos y empezó a buscar algo.

Entre los vidrios rotos encontró el comlink rojo que había tirado la noche anterior. Lo encendió y oprimió la clave de llamada.

—¿Hola? ¿Quién llama? —preguntó la amable voz al otro lado de la línea.

—Soy Annileen Calwell —contestó apresuradamente—. Soy vecina de Orrin Gault. Sé quién es usted, ¡y necesito que sepa lo que está a punto de hacer nuestro amigo!

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

«DA MARCHA ATRÁS. AHORA».

Esas fueron las palabras que Jabe dijo en el almacén, que eran el supuesto mensaje de Ben. Ahora, mientras revisaba su bláster, el líder volvió a escucharlas, o al menos, eso pensó al sentir cómo el viento pasaba silbando junto a su landspeeder.

Orrin nunca supo qué significaba el mensaje. Si Ben planeaba extorsionarlo, habrían tenido que sostener una reunión para negociar. Si sólo quería exponer a los Gault, se habría comunicado al Claim o, tal vez, habría buscado a alguien con autoridad, sin tomar en cuenta que en el oasis no existía ningún poder así.

Esto no tenía lógica.

—Quince clics al refugio de Kenobi —dijo Mullen, quien conducía el vehículo y llevaba los ojos cubiertos por sus gafas.

Orrin asintió. Metió el bláster a su funda y miró alrededor asombrado. El USV-5 avanzaba a la cabeza de toda una flota de naves que se dirigían al suroeste a toda velocidad. Absolutamente todos los vehículos del Fondo del Llamado de los Colonos estaba ahí, más los equipos de Ulbreck. El líder pensó que nunca antes habían atravesado el desierto tantas naves al mismo tiempo.

De pronto rio sin poder evitarlo. «Así es, Orrin, vaya que tienes poder de convocatoria», pensó. Tal vez ser granjero no era lo suyo. Tatooine no le ofrecía muchas oportunidades a un político de carrera, pero ahora que el nuevo Imperio estaba remontando, quién sabe.

Como sea. Ben no se enteraría ni de qué le pegó. Orrin levantó los macrobinoculares y escudriñó la vacuidad que tenía enfrente.

Veeka, que venía en el asiento trasero, señaló a la izquierda, más adelante.

—¡Ahí!

Ben estaba en medio del desierto, montado a horcajadas en un moto speeder y con una actitud de altivez. De hecho, era uno de los moto speeders de Orrin. Cuando el líder enfocó la mirada, vio que se trataba del que Jabe había conducido hasta la granja de los Ulbreck.

Mullen señaló.

—Ya todos lo vieron. Creo que deberíamos dar marcha atrás ahora.

Orrin volteó a verlo anonadado.

—¿Qué dijiste?

—Creo que si damos marcha atrás y regresamos por el mismo camino, el flanco izquierdo nos seguirá —explicó su hijo—. Lo atraparemos al centro y luego lo arrearemos como bantha.

—Ah, de acuerdo —dijo Orrin. Buscó un pañuelo en su chaleco para enjugarse el sudor de la frente. El landspeeder se tambaleó y rotó, y más de una docena de vehículos repulsores lo siguieron.

Orrin volvió a apuntar el visor hacia Ben; todavía estaba casi a un kilómetro de distancia. El hombre sólo miró atrás con serenidad, como si supiera que Orrin lo observaba. Finalmente, activó el moto speeder y dio la vuelta.

—Muy bien —vociferó Orrin sonriendo—. Ahora tú vas a dar marcha atrás.

Kenobi iba zigzagueando sobre la arena abierta. El camino a su casa por el oeste se encontraba obstaculizado por una hilera de landspeeders; al norte, hacia los eriales, había otra. Por un instante Orrin pensó que el hombre trataría de lanzarse al gran vacío de Jundland, al sendero que los jawas tomaban para llegar al Mar de Dunas Occidental, pero más bien daba la impresión de que se dirigía a la zona de las tierras altas de Jundland, más al este.

Orrin comprendió de inmediato.

—Qué lindo —dijo—, está tratando de llevarnos al Desfiladero de Hanter. —Annileen le había dicho que ella y Ben fueron testigos de la masacre tusken ahí. Orrin no sabía si Ben realmente les tenía cariño a los moradores de las arenas, pero él no caería en una trampa de ninguna manera—. Córtenle el camino —dijo, a través del sistema comm—, ¡envíenlo a la grieta!

La Grieta Roiya siempre le había parecido a Orrin un muro de bloques construido y medio derribado por un niño. Los Eriales de Jundland se inclinaban ahí hacia adentro y formaban un semicírculo de terreno desierto y plano en la boca de una media luna de serrados y enormes dientes. Los amplios pasajes entre los dientes se retorcían al sur, hacia los eriales, y luego se elevaban y se subdividían en corredores más estrechos en donde les encantaba esconderse a los tusken. De hecho, el día del ataque al oasis los moradores de las arenas se dirigían a la grieta, pero terminaron por error en el Desfiladero de Hanter, varios kilómetros al este. En el caso de la grieta, sin embargo, no había posibilidad de que los tusken le dispararan a la patrulla desde tierras elevadas. Los pilares de piedra eran demasiado altos y los senderos subían de una manera demasiado gradual, ya que serpenteaban y se doblaban a lo largo de todo el camino.

Las hileras de landspeeders se mantuvieron firmes y Ben giró bruscamente hacia el hueco. Su moto speeder se dirigió con rapidez y sin detenerse a una de las rampas más estrechas cubiertas de escombros. En unos segundos, desapareció por completo de la vista. En ese momento Orrin supo que todo había terminado para Kenobi. Los vehículos de los justicieros entraron al semicírculo y se estacionaron frente a todas las aberturas, no sólo por la que Ben había pasado. No había escape.

Mullen llevó el landspeeder de Gault a la cima.

—¿Lo vamos a perseguir?

—No creo que tengamos que hacerlo —contestó Orrin—. Es un turista. Cuando llegue arriba descubrirá que ahí están los tusken y tendrá que bajar de nuevo.

—¿Y qué pasa si es aliado de los arenosos como dijiste? —preguntó Mullen.

Orrin puso los ojos en blanco.

—¡Eso fue lo que le quise hacer *creer a la gente*, Mullen! —dijo, sonriendo entre dientes—. Y si acaso es su aliado, ¿qué? ¡En cuanto vean que trajo con él a un ejército lo matarán de todas maneras!

Orrin salió del vehículo. Se acomodó el chaleco y les hizo a sus hijos una señal para que se acercaran.

—Ahora, recuerden bien —susurró—. Si Kenobi sale, no le den oportunidad ni de hablar: liquídenlo de inmediato. Los otros los apoyarán.

Veeka miró a su padre.

—¿Y si no está armado?

—Diremos que lo vimos acercarse —dijo Orrin, fulminando a su hija con la mirada—. ¿Acaso te preocupa ese tipo? Sí quieres seguir viviendo de mi dinero, ¿no es verdad?

—No me importa —dijo ella y escupió en la arena—. Será un limosnero menos en el desierto. Sólo quería saber qué les ibas a decir a los otros.

—Ustedes sólo síganme la corriente como de costumbre. —Orrin buscó el altavoz en el interior del landspeeder. Luego volteó y caminó hasta el centro de los vehículos reunidos.

Bajo la luz de los dos soles de mediodía, las formaciones geológicas le dieron al granjero la impresión de estar parado en el interior de un gigante coliseo natural. Excepto por el *clic clac* de los rifles de bláster siendo ajustados, el lugar se encontraba en absoluto silencio. Los colonos armados estaban agazapados detrás de los vehículos repulsores que seguían flotando. Quien no tenía la vista puesta en las aberturas, la tenía fija en Orrin.

El líder gritó a través del altavoz.

—¡Sal de ahí, Kenobi!

Su voz hizo eco en todo el lugar, pero no hubo respuesta.

Ulbreck, quien observaba oculto desde algún lugar, miró alrededor con cautela.

—No me gusta esto.

—No se preocupe —dijo Orrin, señalando a un grupo de colonos en la parte de atrás—. Envíen las cargas de humo. —Los morteros habían sido una de las primeras inversiones del Fondo, pero los justicieros no habían tenido oportunidad de usarlos. Las armas, sin embargo, estaban diseñadas precisamente para eliminar a la oposición. Con tan sólo algunos disparos parabólicos hacia los riscos, Ben ya no tendría donde…

—*¡Ayooooo-eh-EH-EHH!*

Orrin se quedó helado. El chillido volvió a escucharse en las colinas. Era el aullido de un dragón krayt, igual al de la sirena del Llamado de los Colonos, sólo que este sonaba más natural. El ruido subió de volumen y se tornó más vibrante, hasta que todos los presentes en el estadio geológico lo escucharon.

Orrin volteó a ver a los otros con una sonrisa enigmática en el rostro.

—No permitan que los engañen, amigos: ese es nuestro truco.

Algunos de los colonos se movieron nerviosamente, pero todos se mantuvieron en posición. Orrin caminó de vuelta a su landspeeder y acercó el altavoz a sus labios.

—Más te vale dejar de hacer eso, Kenobi. Vas a asustar a tus amigos. —El líder ondeó el brazo y les hizo una señal a los colonos que estaban preparando los morteros. Había llegado la hora.

Entonces, sucedió. El primero en notarlo fue el hombre zeltron, esposo de Leelee.

—¡Escuchen! —dijo Waller Pace—. ¿Sienten eso?

Orrin no tenía tiempo para los compasivos zeltron y sus sentimientos.

—Manténganse enfocados —vociferó el líder. Sin embargo, él también lo sintió y lo escuchó. Era un ruido sordo muy grave que empezó a subir de intensidad poco a poco. La grava comenzó a girar y el polvo se elevó.

—¡Es un temblor de tierra! —gritó Veeka.

Orrin negó con la cabeza. No, no se trataba de eso, era algo más. Algo que retumbaba hacia abajo, a través de los huecos de los Eriales de Jundland. Entonces vio lo que era.

—*¡Banthas!*

Las enormes bestias descendieron, una tras otra, por la caída de piedra por la que Ben había subido en su moto speeder. ¡Pero no sólo venían de ahí! De las montañas bajaban varios senderos amplios de los que ahora se desbordaban banthas de todos los tamaños. Las bestias iban directo a los colonos.

—¡Estampida! —gritó Ulbreck, al tiempo que se agachaba para meterse debajo de su vehículo flotante. La peluda masa cruzó el suelo del desierto como agua salida de una presa rota e hizo que los colonos salieran disparados en todas direcciones.

El altavoz se le cayó a Orrin de la mano y aterrizó en la cabina abierta de su landspeeder. Él también trató de usar su vehículo para protegerse, pero antes de que pudiera hacerlo, un bantha gigante lo embistió y golpeó con fuerza la parte central del toldo de la nave. Un instante después, un segundo bantha se estrelló contra el USV-5 e hizo que tanto Orrin como el vehículo comenzaran a girar.

Esta escena se repetía alrededor. Los animales embestían contra los landspeeders y estos salían volando como juguetes. Los colonos saltaban de sus vehículos y caían desesperados. Las bestias que estaban en la parte de atrás desacomodaron los morteros, lo cual provocó que sobre los justicieros se escucharan zumbidos de disparos de fuego. Dos morteros chocaron contra la pared de la grieta, produciendo un sonido metálico muy perturbador al que le siguió una humareda que inundó el aire.

Orrin se aferró a su landspeeder hasta que este rebotó en un peñasco y él salió disparado a la arena. El líder pasó un buen rato confundido y mareado en medio del humo. En algún lugar se oyó un bláster y un granjero gritó, pero Orrin no se movió.

Una voz se escuchó entre la niebla, cerca de ahí. Era la voz de Ben.

—*Da marcha atrás. Ahora.*

Orrin parpadeó. Ya había escuchado esas palabras en la boca de Jabe y luego se las oyó repetir a Mullen. Ahora que volvían a entrar por sus oídos, dichas precisamente por Ben, comprendió que el mensaje no era una exigencia. La voz del forastero se escuchaba tranquila y reconfortante, como si estuviera aconsejando a un amigo.

Orrin acercó la mano a su funda, en donde se encontraba todavía seguro su bláster. Sacó el arma, pero no había adónde apuntar.

Cuando el humo amarillento menguó por fin, el líder tosió y se frotó los ojos. Los landspeeders habían salido disparados como cartas de sabacc empujadas por la brisa. Algunos seguían flotando, pero sus motores los llevaban a estrellarse contra los muros cercanos sin control. Otros estaban volcados o medio montados sobre otros vehículos. Los colonos estaban tirados en la arena tratando de respirar y de alcanzar las armas que se les habían caído, pero al menos todos podían moverse, por lo que vio Orrin.

Entonces, tres seres aparecieron en las tierras altas para completar la escena. Un jato de bantha descendió trotando y, extrañamente, lo seguía una madre eopie con su bebé. El trío de animales rezagados avanzó pisando fuerte y con descuido, y atravesó la caótica escena para seguir al ganado hacia el desierto abierto al noroeste.

Orrin encontró a Mullen y a Veeka tratando de ponerse de pie con dificultad. Su hijo tenía una cornada de bantha a un lado de la cabeza y estaba sangrando de la sien.

—¿Puedes luchar? —preguntó su padre.

Mullen gruñó iracundo, lo que Orrin tomó como un sí.

—Kenobi está jugando con nosotros —musitó, y luego giró blandiendo su bláster.

Sin embargo, algo salió aullando de la fisura de piedra. Era un piloto en moto speeder. Venía crepitando por el sendero que Kenobi usó para subir a las montañas. El vehículo planeó en una línea recta que lo llevó hasta pasar por encima de los justicieros y hacia el desierto abierto que se encontraba más allá.

—¡Dispárale! ¡Dispárale!

Los justicieros con mejores reflejos atacaron el vehículo con un fuego cruzado cuando pasó junto a ellos. Varios disparos dieron en el blanco y el moto speeder empezó a caer en espiral hacia la derecha cubierto en llamas. Los puntales golpearon el suelo con fuerza, y el vehículo y su pasajero dieron una vuelta tras otra para finalmente chocar con un vehículo repulsor desocupado.

Orrin avanzó con premura y vio destrozos por todos lados. El líder divisó un cuerpo quemado entre los escombros y, emocionado, se acercó al lado del piloto. Al llegar vio que, efectivamente, era un morral de lona. La mitad de la humeante bolsa se había rasgado de la parte donde estaba amarrada a los manubrios. Sin pensarlo, Orrin metió la mano entre los escombros ardientes y encontró el relleno del piloto falso: un bulto de envolturas tusken para la cabeza.

—Es de tu disfraz, Orrin —gritó Ben. Su voz hizo eco en todos lados con más fuerza que el aullido del krayt y, definitivamente, con todavía más volumen que el susurro fantasma que el líder había escuchado antes—. ¡Lo traje de tu casa!

Orrin miró alrededor sorprendido y arrojó los vendajes lejos de él. Lo importante no era la forma en que Ben le estaba hablando. De pronto recordó en dónde soltó el altavoz y caminó apresuradamente a su landspeeder, el cual se había estrellado contra una roca. El líder derrapó, se detuvo junto a él y metió el brazo al vehículo en busca del mango del

amplificador. Cuando encontró algo lo levantó y… se quedó petrificado contemplando el gaderffii que tenía en la mano.

—Eso también salió de tus objetos ocultos —dijo Ben desde arriba.

«Está usando el altavoz», comprendió Orrin de repente. De alguna manera el hombre había logrado regresar al suelo de la grieta a pie entre el humeante caos para dejar el gaderffii y llevarse el altavoz, pero Orrin no tenía tiempo de analizar cómo. La mitad de la patrulla lo observó mientras el sostenía el arma tusken.

Kenobi, donde quiera que estuviera, también lo estaba observando.

—Están interesados en tu colección, Orrin. En las armas y los ropajes que les quitaste a los tusken en el pasado. ¡Los que tú y tu familia usaron para atacar a sus propios vecinos!

Al darse cuenta de que lo veían, Orrin lanzó el arma al suelo con un gesto de repugnancia.

—Qué historia tan demencial —dijo, forzándose a sonreír—. ¡A quien le gusta celebrar con los tusken es a Kenobi!

—Te equivocas —dijo Ben. Su voz venía de todas y de ninguna parte al mismo tiempo—. Yo sólo quería vivir aquí en paz. ¡Tú eres quien hace la guerra para poder vender tu servicio de protección!

—Esas cosas no son nuestras —gritó Veeka, evidentemente agitada—. ¡Diles, papá!

Orrin la volteó a ver de inmediato. «Cállate», le imploró con la mirada. «¡Déjame hablar a mí!».

—Kenobi se equivoca —dijo el líder, enfrentando a los colonos—. Claro que conservamos algunos trofeos, ¿quién no lo haría? Él, en cambio consiguió estas cosas de los amigos que tiene allá atrás, de los tusken que enviaron a los banthas. Además, el Fondo del Llamado de los Colonos no es nuestro, ¡es un fideicomiso público!

—Entonces diles en qué estado financiero se encuentra —sugirió Ben—. Diles que no has estado robando de él para pagar tus deudas personales. Diles que no atacaste al padre de Tyla Bezzard porque no quiso unirse y que no dejaste al hombre cojo e incapaz de salvarse más adelante cuando los tusken realmente lo atacaron. —La voz de Ben subió de volumen—. Diles que tampoco atacaste anoche la finca de Ulbreck tú mismo. ¡Diles que no saliste huyendo en cuanto llegué!

Orrin se enderezó y empezó a buscar un rostro amable para fijar su mirada, pero no había muchos. La ira, la inquietud y la sorpresa fueron embargando poco a poco los rostros de los colonos, pero Wyle Ulbreck parecía estar a punto de explotar.

—¿Es cierto eso, Gault? Dígame, ¿es verdad?

Mullen miró a su padre, mortificado.

Todavía quedaba una salida. El líder echó mano de su mejor sonrisa y la puso en su rostro.

—Gente, gente, soy un granjero como ustedes —dijo, gritando para que todos lo escucharan—. Yo saco agua del aire. Ese hombre… saca historias —explicó, encogiendo

los hombros dramáticamente—. Ustedes han gozado de mi generosidad. Saben que a mí me va suficientemente bien, ¡que tengo todo el dinero que necesito!

—Qué buena noticia —dijo otra voz amplificada. Esta venía del desierto. Orrin miró atrás y de repente notó al gran esquife que flotaba afuera de la grieta. En la plataforma estaba Mosep Binneed flanqueado por sus matones armados. Llevaba un collarín y sostenía un altavoz frente a su boca—, ¡porque Jabba quiere que le pagues lo que le debes, Orrin Gault! ¡Y quiere que lo hagas ahora!

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

A'YARK SE MANTUVO PEGADA a uno de los pilares y se asomó por la escarpada cuesta para ver a los colonos que estaban mucho más abajo.

—La gente del hutt —dijo, con repugnancia inconmensurable—. Podemos olerlos. —La tusken recorrió el pasaje natural con la mirada—. Dijiste que sólo habría colonos.

Ben se agazapó cerca de ella para ver la escena que se desarrollaba abajo. Tenía el aparato verde de sonido de Orrin en la mano y, además de estar cubierto con su capucha, como muestra de respeto a la sensibilidad de los tusken, se había tapado la parte inferior del rostro con un trapo más bien flojo. De pronto se lo quitó y se rascó la barbilla. El humano se veía sorprendido por la aparición del esquife.

—Esto no era parte de mi plan.

La líder de guerra enfureció.

—Nos dijiste…

—Te dije que traería a Orrin Gault para que se hiciera justicia y que él podría elegir entre la justicia de su gente y la tuya. —Ben sacudió la cabeza—. Yo pensé que daría marcha atrás.

A A'Yark no le importaba lo que los colonos querían. Ben había traído al enemigo a sus puertas como lo prometió, pero el ejército humano era mucho más numeroso de lo que su clan esperaba. A'Yark había dejado apostados a algunos de sus guerreros en otros puntos de acceso, pero si los colonos realmente decidían seguir a Ben hasta Los Pilares nada podría detenerlos y al llegar sobrepasarían a los tusken del campamento en lo alto.

Ben actuó con agilidad al principio, cuando les pidió a las mujeres y a los niños tusken que arrearan a sus preciosos banthas para hacerlos bajar al arroyo. Muchas de esas bestias habían perdido a sus jinetes en la masacre del desfiladero, por lo que a la líder le dio gusto verlos vengarse, aunque fuera sólo un poco. Los animales les hicieron ganar un tiempo muy valioso, pero ahora la llegada de los ayudantes del hutt acrecentaba el peligro. Esos criminales no les temían a los tusken como debían.

Los hutt fueron quienes mataron a Sharad Hett, algunos años antes.

A'Yark sabía que Ben merecía la muerte por haberlos traído y por arriesgar a los tusken: lo mataría, si pudiera.

Sin embargo, estando bajo la luz de los soles tuvo que admitir que la caída de los tusken había comenzado mucho antes de que él llegara.

—Salió mal —dijo la líder, sin saber por qué había decidido hablar—. Somos débiles. Tusken son débiles por lo que pasó tres ciclos más atrás.

Ben la miró con curiosidad.

—¿Qué sucedió?

—Hubo otra masacre —dijo—. Campamento de guerreros poderosos fue eliminado. Mujeres y niños también.

Por alguna razón, sus palabras tocaron una fibra en lo más profundo de Ben.

—¿A los niños? ¿Los mataron a todos? —preguntó, pasando saliva con dificultad—. ¿Fue un dragón krayt? ¿Algún otro depredador?

A'Yark negó con la cabeza.

—Depredador sí, pero muerte vino en dos patas —dijo—. Lo sabemos.

—Sin embargo…, los niños —dijo Ben—. Los colonos no suelen matarlos, ¿o sí?

—Colonos huérfanos, colonos abandonan —dijo ella—. Depredador masacró.

Ben hizo una pausa. Estaba tratando de armar un rompecabezas.

—Me pregunto si…

A'Yark vio su mirada llena de temor fija al frente y le pareció que Ben estaba ahora en otro lugar, imaginando o viviendo algo que llenaba su mente de horror.

—¿Qué? —preguntó la líder.

Ben recobró la compostura.

—Es algo que tendré que atender en otra ocasión —respondió él—. Estoy empezando a sospechar que la confianza de los moradores de las arenas no fue la única víctima de ese suceso.

—No importa ahora —dijo ella, alejándose de su punto de observación—. Debo esconder mi gente.

—Te ayudaré —dijo Ben, y se levantó para seguirla—. Mi especialidad es proteger hogares. —Y al decir eso, giró y subió siguiéndola por la cuesta.

Mullen se quedó boquiabierto mirando a su padre.

—¿Gente de Jabba? ¡Es demasiado pronto! ¡Todavía nos quedan cinco horas!

Orrin sólo miró a los recién llegados sin poder decir una sola palabra. Detrás del esquife llegaron más landspeeders cargados de rufianes.

—Pero ¿por qué ahora? ¿Cómo supieron que estábamos aquí?

Los colonos apuntaron sus armas al esquife para mantener a raya a los criminales. Los banthas y las palabras de Ben habían logrado inquietar a los justicieros, pero ahora estaban verdaderamente agitados. Los matones de Jabba se encontraban justo a un lado de los tusken en la lista de los enemigos de los colonos, y ambos se regían por un extraño código en un mundo que únicamente les pertenecía a ellos, aunque sólo hasta que salían de él para aterrorizar a la gente pacífica. Los colonos habían atrapado a Ben, pero ahora los matones les estaban bloqueando a ellos la salida al desierto.

Waller tenía los ojos desorbitados. Sus cejas color carmesí se ensancharon al ver a Orrin.

—¿Jabba? ¿Hiciste tratos con Jabba?

Antes de que el líder pudiera pensar en una respuesta, Mosep volvió a hablar.

—Me dijeron que habías traído un ejército a las colinas, como tal parece que lo hiciste. Ahora dime, ¿por qué harías algo así, si hoy tienes que saldar tu cuenta con nosotros?

Veeka miró a su padre preocupada.

—Es una vieja historia —continuó diciendo el contador nimbanel desde la plataforma del esquife—. La gente se niega a pagar lo que debe y trata de huir. Algunos se levantan en armas e intentan luchar. —El representante de Jabba chasqueó sus peludos dedos y Jorrk se colocó en la plataforma de artillería de la nave—. Hemos decidido rescindir la fecha límite de esta tarde, Orrin. Tendrás que pagarnos ahora.

—¿De qué se trata esto? —gritó el líder, hecho un manojo de nervios—. ¿Los trajo el adorador de los tusken? —Orgulloso de haber encontrado otra táctica, Orrin miró alrededor con el rostro iluminado—. ¡Supongo que Kenobi también trabaja con la escoria!

—No sé qué a qué te refieres —gritó Mosep, cada vez más impaciente. En ese momento llegó otro vehículo del norte y se colocó detrás del esquife—. A mí me llamaron *tus vecinos*.

«¿Mis vecinos?», se preguntó Orrin, al tiempo que tragaba con dificultad. Tenía la garganta completamente seca. Sabía que tenía rivales entre los granjeros. ¿Alguno de ellos sabría algo? El líder miró alrededor. Estaba conmocionado, pero trató de hacer una buena escena.

—¿Alguno de ustedes está tratando de ponerme una trampa? ¿De avergonzarme con estas tonterías?

El landspeeder que llegó deprisa desde la parte de atrás atravesó la línea que formaban los vehículos de los criminales. Los colonos levantaron sus rifles y apuntaron al vehículo que se metió entre ellos, pero luego los bajaron…, en cuanto reconocieron al conductor.

Annileen navegó entre los landspeeders volcados y detuvo el JG-8 color rubí cerca de uno de los senderos que subían a la grieta. Cuando estuvo cerca de los Gault bajó del vehículo y sostuvo en alto el comlink rojo.

—Yo los llamé —gritó.

Mosep levantó un artefacto de comunicación idéntico en la plataforma del esquife: era el que Orrin había dejado en su guarida. El contador sonrió mostrando todos los dientes.

—Gusto en verla, señora Calwell.

Orrin se quedó mirando a Annileen boquiabierto.

—¿Fuiste tú?

—Sí. —La viuda recuperó el aliento y volteó para confrontar a los justicieros.

—Ben es inocente. Escuché lo que Orrin dijo en el Claim, ¡pero ahora ustedes deben conocer la verdadera historia!

Mullen avanzó amenazante hacia Annileen.

—¡Más te vale callarte, mujer!

Annileen volteó y vio a Veeka aproximándose por el otro lado. La chica la tomó del brazo con fuerza. Se veía descontrolada.

Annileen se liberó, volteó a ver a Orrin y habló con esa confianza que él ya le había escuchado, como el «monumento a la fuerza» que él mismo decía con frecuencia que era.

—No voy a permitir que lastimes a alguien cuyo único crimen fue ayudarme —advirtió—. Me importa mucho mi familia, ¡pero tú hiciste algo muy malo!

Ulbreck dio un paso al frente. Tenía el rifle en las manos y se veía bastante agitado.

—Por todos los soles, ¡no sé qué pasa aquí!

—Creo que yo sí —intervino Waller, negando con la cabeza mientras miraba a Orrin—. Confiamos en ti.

Los colonos dejaron de apuntarle al esquife y a la nave que lo acompañaba y se concentraron en los Gault.

Orrin miró a la derecha, vio el USV-5 en el lugar en donde quedó tras la estampida y caminó hacia él…

… pero su adorada nave explotó en medio de una estrella de llamas y metal.

El líder giró debido a la onda expansiva y luego vio lo que había sucedido. Mosep le hizo un gesto al klatooiniano que se encontraba en la humeante plataforma de artillería.

—Jorrk es un zoquete, pero con un arma suficientemente grande, ni siquiera él puede fallar —explicó el contador—. Lo siento, colonos, pero no se pueden llevar a Gault antes de que nosotros terminemos de tratar con él. ¡Nos debe dinero!

Ulbreck miró al nimbanel con odio.

—¡Ustedes son unos piratas y no tienen poder de decisión aquí! ¡Esta es zona de colonos!

Los acompañantes del viejo granjero levantaron sus rifles.

—¡Nuestra justicia viene primero! —declaró otro colono.

Mosep miró los soles y se enjugó el sudor de su crespo rostro.

—Ustedes de verdad son gente difícil —dijo el contador—. Le dije al responsable de Orrin que ofrecerle un crédito a cualquiera de ustedes era un error. —Entonces giró el altavoz para dirigirse a sus secuaces—. Traten de no matar a la humana que acaba de llegar —les advirtió—. No sería de buena educación: ella fue quien nos guio hasta aquí. —El contador jaló su collarín y miró de nuevo a los colonos—. Lo lamento, pero si insisten en que esta situación se torne desagradable…

En ese momento se escuchó un rifle bláster, y luego un agudo crujido junto a Mosep. El contador se asustó y volteó a ver qué sucedía. Ahí estaba Jorrk mirando como estúpido lo que quedaba de su plataforma de artillería, la cual había explotado y ahora estaba humeante. Después se oyó otro disparo y el klatooiniano cayó hacia atrás, muerto. Mosep miró a los colonos.

—Yo solito maté a un salón lleno de arenosos —gritó Ulbreck, apuntando al esquife con su bláster—. ¡No voy a dejar que ustedes vengan a mangonearme!

Al escuchar las palabras del viejo, todos los colonos llegaron a la misma conclusión, por lo que giraron y les dispararon a los matones de Jabba al unísono. Los disparos con que contestaron los rufianes obligaron a los colonos a buscar protección detrás de los landspeeders volcados. Mosep gritó desde el esquife y se ocultó detrás del gamorreano

más cercano, pero el rufián verde recibió un disparo de bláster entre los ojos y aplastó al contador al caer.

Orrin, que se había quedado atorado al descubierto, sujetó a Annileen y la jaló para sacarla del fuego cruzado. Ella lo miró por un segundo sin poder hablar…, hasta que él estrujó su brazo.

—¡Chicos! ¡Vámonos! —gritó el líder.

Annileen estaba sorprendida. Trató de zafarse, pero Mullen ya la tenía asida del otro brazo. Los disparos de bláster de los rufianes seguían llegando a la grieta y Orrin arrojó a Annileen al JG-8, que seguía estacionado cerca de ahí.

Ella gritó, pero debido al estruendo sólo la escucharon Waller y dos colonos más que estaban agazapados para protegerse.

Waller giró.

—¡Detente, Orrin!

Orrin usó la mano que tenía libre para sacar su pistola y apuntarle a Annileen en la cabeza.

—Vamos a salir de aquí —dijo, empujándola hacia el landspeeder.

Veeka arrojó un montón de armas al frente del vehículo y se acomodó detrás de los controles.

—No podemos atravesar todo eso —gritó, y señaló la batalla que se libraba cerca de ellos.

Orrin no tenía intención de tomar ese camino, así que señaló el corredor inclinado que llevaba hacia arriba, es decir, el sendero pedregoso que Ben había tomado para entrar a la formación geológica.

—¡Por ahí! ¡Vamos!

El tiroteo de los secuaces de Mosep no le permitió a Waller hacer otra cosa más que ver a la hija de Orrin acelerar y conducir el JG-8 por el escarpado terreno. El landspeeder protestó con un chirrido y fue chocando contra una hostil superficie para la que no estaba diseñado. Cerca de ahí, varios disparos de bláster dieron en blancos azarosos. Una veleta de dirección se atoró con un afloramiento del terreno y se desprendió, pero el vehículo logró avanzar y dejar la batalla atrás…

A'Yark corrió por el campamento en lo alto y el viento hizo ondear sus túnicas.

—¡A las cuevas! —gritó, arreando a los ancianos y a los animales al mismo tiempo. Las bestias caninas con escamas de los tusken, llamadas massifs, chillaron y corrieron al igual que los niños que estaban cerca del pozo sagrado, dejando atrás sus alimentos y tareas inconclusas.

El claro donde estaban los moradores de las arenas se encontraba a medio kilómetro de la formación geológica y parecía una especie de escenario rodeado de altas torres de piedra. La mayor parte del día lo cubrían las sombras, pero ahora que los soles estaban en

cénit, había quedado expuesto por completo. Al este y al oeste, apiladas contra las montañas, había rocas derruidas que normalmente ofrecían sombra y refugio; hoy, sin embargo, eran el escondite al que recurrirían como último recurso. A'Yark les lanzó unos rifles bláster a un par de niñeras que ya iban camino a ocultar a los niños; pero, por desgracia, dudaba que supieran qué hacer con ellos: había esperado demasiado tiempo para enseñarles.

En ese momento, un ruido mecánico salió del hueco del norte, es decir, del pasaje que bajaba y que A'Yark y Ben habían estado protegiendo. Ella se dio cuenta enseguida de que se trataba de un landspeeder, ¡pero era imposible subir por ahí! La líder miró a ambos lados, desesperada. Los pocos guerreros tusken seguían abajo, contemplando el tiroteo desde sus puestos de observación, y no había manera de llamarlos. El tiempo se les había acabado.

Cuando volteó, vio a Ben corriendo. Entre sus brazos tenía un par de bebés tusken y se dirigía con ellos a un refugio.

Ben le entregó los dos niños a una mujer tusken que estaba escondida, y luego miró una amplia abertura que había entre las monumentales piedras del sur.

—¿Por ahí? —preguntó.

—Mala tierra —dijo A'Yark—. Muy tarde. Están aquí. ¡Pronto!

La líder y Ben se deslizaron sobre un montículo colapsado de granito, y al voltear vieron que el landspeeder rojo venía chocando con todas las rocas de la accidentada entrada del norte.

—Orrin —susurró Ben—. Ha decidido no dar marcha atrás.

A'Yark observó el vehículo. El Sonriente no venía solo: sus hijos ocupaban los asientos del frente, y él traía a Annileen sometida en la parte de atrás. Le estaba apuntando con un arma. Algunos segundos después, el landspeeder hizo un aterrizaje angustiante sobre el escarpado terreno, a unos ochenta metros de donde estaban la líder tusken y Ben. Los hijos del granjero salieron del vehículo y miraron alrededor con cautela.

La guerrera bajó lentamente su gaderffii y tomó un rifle que estaba detrás de ella, pero Ben tocó su mano enguantada.

—No puedes hacerlo —le advirtió—. ¡Tienen a Annileen!

—Ella no importa —musitó A'Yark.

—Eso lo decidiré yo.

A'Yark negó con la cabeza. «Locura», pensó. Los humanos ya se estaban armando. ¿Vendrían más después?

Annileen, aún sometida por Orrin, gritó:

—Ben, si estás aquí, ¡mantente alejado!

A'Yark no alcanzó a escuchar lo que le dijeron a la mujer sus captores, pero era obvio que no iban a impedirle que gritara.

—Quieren eliminarme —murmuró Ben, mientras metía la mano entre su capa y tocaba su sable de luz. Sin embargo, se arrepintió—. No puedo poner en peligro a Annileen.

—Entonces yo ataco. —A'Yark asió a Ben de la muñeca—. Tú también. Tienes una tarea.

—No te preocupes. —Ben miró atrás, y debajo de una saliente de piedra vio a tres niños tusken aterrados—. Te dije que protegería a tu gente si Orrin trataba de…

—No hablo de eso. —La líder miró a Ben inquisitivamente—. «¿Acaso no sabía lo que todos los tusken?».

A'Yark hablo rápido pero en voz baja.

—Orringault mostró cara verdadera. Tú matas ahora, ¡o él persigue a ti por siempre! —dijo, señalando a los dos soles—. Como los hermanos del cielo.

Ben se quedó mirándola.

—¿Se trata de… otra leyenda?

—La leyenda.

A'Yark contempló a Ben mientras él reflexionaba sobre lo que le acababa de revelar.

—No dejaré esto sin terminar, pero no puedo arriesgar a Annileen. —Ben miró a la izquierda y vio el bosque de monolitos apilados contra el monte del oeste—. Quédate aquí —dijo, y se alejó arrastrándose hacia la pantalla que formaban las rocas—. ¡Tengo una idea!

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

APARTE DEL APAGADO CARMESÍ DEL LANDSPEEDER, Orrin no vio ningún otro color en el lugar. Incluso su brillo de vehículo recién salido de sala de exhibición se había opacado debido a la capa de polvo. Veeka se arrodilló a un lado y examinó el chasís maltratado por el ascenso sobre la agreste superficie de la montaña.

—¿Funcionará? —preguntó su padre, sin soltar a Annileen.

Veeka negó con la cabeza.

—Los estabilizadores se deshicieron —explicó—. Podrías hacerlo volar pero sólo si no te importa adónde vaya.

—No hay *adónde* ir —exclamó Mullen, escudriñando el campamento abandonado—. ¿Cómo puede alguien vivir en un lugar como este?

—Yo no lo llamaría «vivir» —dijo Orrin con desprecio, y luego empujó a Annileen hacia su hijo—. Sujétala.

Orrin revisó las bases de las torres de piedra que los rodeaban y, tras tomar una decisión, verificó el estado de su chaleco antibalas y su bláster.

—Veeka, olvídate del speeder y revisa si hay francotiradores. Voy a intentar algo.

El hombre cruzó con cuidado el camino a través de los escombros y se dirigió al centro del claro, en donde había un triste pozo que apenas parecía algo más que un agujero mal hecho, rodeado de cazuelas de hojalata abolladas. Al llegar ahí, giró.

—¡Kenobi! —gritó.

La única respuesta fue el eco… y Annileen.

—Él es mucho más inteligente que tú —dijo.

Orrin volteó a verla y frunció el entrecejo.

—Cállate.

Luego volvió a observar el perímetro. Algo se estaba moviendo en ambos lados del claro. Podía escucharlo, pero en cuanto volteaba a un lado o a otro, el ruido cesaba.

«Esto no está bien», pensó Orrin. Miró hacia atrás y vio la ruta que tomaron para llegar ahí. Deseó tener por lo menos alguna idea de lo que estaba sucediendo en la batalla que se libraba abajo. ¿Podrían él y sus hijos bajar con el cuerpo de Kenobi y culparlo de todo el desastre? ¿O tendrían que seguir avanzando y tal vez cruzar una porción suficiente de Jundland para alcanzar la libertad? El líder caminó sigilosamente alrededor del pozo y pateó un balde.

De pronto un reptiliano con afiladas escamas como de medio metro de largo salió de atrás de un peñasco y se dirigió al claro. ¡Un massiff! La bestia de ojos oscuros y enorme mandíbula embistió a Orrin, pero este le apuntó de inmediato y disparó. La energía anaranjada dio justo en el blanco y el massiff gruñó y cayó al suelo.

Orrin volteó a ver a Mullen y a Veeka.

—Gracias por su ayuda —dijo, llanamente.

—Estamos buscando a la presa mayor —dijo Mullen. Con un brazo seguía sujetando a Annileen y en el otro tenía el bláster, pero no dejaba de escudriñar el entorno.

Cuando Orrin vio a la criatura humeante, se le ocurrió una idea. Verificó que nadie pudiera dispararle, guardó su arma en la funda y caminó hacia el massiff que ya había empezado a supurar. El líder levantó el cadáver.

—Vamos a hacer algunas renovaciones aquí —dijo, en voz alta, y al regresar al pozo colgó el sangrante cuerpo sobre el hueco con aire teatral—. Aquí vas…

—¡No! —gritó Ben desde lejos.

Orrin levantó al massiff de las patas y miró alrededor.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿No quieres que envenene el pozo de tus amigos?

De pronto retumbó la voz de Ben.

—En realidad estaba hablando con A'Yark, la líder a quien ustedes llaman Plug-eye. Va a dispararte y lo más probable es que dejes caer al animal por accidente de todas maneras.

En algún lugar, Orrin escuchó el seguro de un arma desengancharse y asintió. Entonces los tusken sí obedecían a Kenobi.

—Me da gusto haber captado tu atención —dijo.

—Da marcha atrás ahora —repitió Ben.

Pero, esta vez Orrin se dio cuenta de que la voz venía del grupo de pilares al oeste.

—No se me da la gana —dijo, al tiempo que dejaba caer el blando cadáver de la criatura en el agujero. El massiff golpeó dos veces con algo antes de caer hasta el fondo con un golpe sordo. El pozo estaba seco.

Orrin miró alrededor. Nadie le había disparado aún. Ben quería viva a Annileen y los tusken lo obedecerían, sin embargo, el forastero podría cambiar de opinión en cualquier momento, y Orrin no le iba a permitir que llamara a los arenositos para que le ayudaran.

El hombre sacó su arma y caminó con cautela hasta una abertura en las rocas del oeste. Desde ahí miró a Mullen y a Veeka, y les dio la orden de que lo esperaran moviendo nada más los labios. Luego avanzó pisando los megalitos. Era la formación geológica más extraña que había visto en Tatooine. Parecía como si la naturaleza hubiera querido formar un laberinto. El viento de la montaña silbó entre las torres, las cuales se elevaban lo suficiente para bloquear incluso a los soles de mediodía. Orrin definitivamente estaba bien cubierto, pero si trataban de darle un tiro limpio eso ya sería otra cosa.

—¡Sé que estás ahí, Kenobi! —vociferó.

—Da marcha atrás ahora. —La voz de Ben retumbó en las rocas. Se escuchaba más cerca que antes.

Orrin giró y disparó. El tiro dio en la base de una torre y produjo un hueco humeante en la superficie. El líder siguió caminando y detectó más movimiento. Pasos rápidos y ligeros. Volvió a disparar por un largo corredor de piedra.

Nada. Escuchó a un niño tusken llorando en algún lugar y gruñó con impaciencia.

—¡Basta de juegos, Kenobi!

—De acuerdo —dijo Ben. Esta vez su voz venía de otro lugar—. Entonces da marcha atrás.

—¡No! —Orrin sintió que los ojos le ardían. Sacó su otro bláster con la mano izquierda y luego levantó ambas armas y disparó una y otra vez en todas direcciones. De repente vio movimiento y arena levantándose. Sólo necesitaba un tiro de suerte. ¡Sólo uno!

***

Los disparos de bláster provenientes del laberinto resonaron en todo el claro.

—¡Ben! ¡Ten cuidado! —Volvió a gritar Annileen.

Ahora que su padre no estaba ahí para controlarlo, Mullen aprovechó y empujó a Annileen hacia el frente. Ella tropezó con las piedras quebradas y cayó extendida sobre el suelo. Cuando volteó a ver al joven lo vio apuntándole con su bláster.

—Nunca he soportado a los arrogantes Calwell —dijo, sintiendo que uno de los parpados le temblaba.

Veeka, que también tenía un rifle en la mano, volteó a ver a su hermano.

—Papá no dijo que la matáramos.

—Pero ¿todavía la necesitamos para algo? —preguntó Mullen.

—Me parece que nunca la necesitamos —respondió Veeka.

—¿Y a ti te importa?

—En realidad, no —contestó su hermana.

Orrin continuó tirando mientras avanzaba al frente. Separó las manos y disparó en ambas direcciones de los pedregosos corredores, así como al frente y atrás. Entonces escuchó chillidos provenientes de distintos lugares: «Los patéticos quejidos de los pequeños tusken asustados», pensó. Una ganancia adicional. Toda la frustración de los meses pasados y la preocupación de los últimos días era lo que alimentaba su cuerpo y los blásters que blandía.

—¡Muéstrate!

Orrin escuchó un crujido en lo alto y, por reflejo, apuntó con los blásters hacia arriba. Kenobi ya le había caído encima antes, pero no volvería a permitirlo.

El problema era que, por lo que alcanzaba a ver, los pilares de roca eran demasiado grandes, imposibles de escalar. De pronto escuchó otro chasquido nauseabundo, y una losa en forma de cuchillo que llevaba eones en equilibrio se salió de entre las rocas y cayó sobre él.

Orrin alcanzó a saltar justo antes de que el enorme trozo de piedra llegara adonde él estaba. Al voltear arriba vio que en una de las torres había aparecido una fisura. Y otra más. El hombre miró aterrado a lo largo y ancho de las largas hileras de columnas de piedra. Esto no era un temblor de tierra provocado por banthas, era algo irreal. ¡Era como si algo invisible empujara las piedras!

Corrió hacia el frente sujetando todavía los blásters, pero dobló los brazos para protegerse la cara de la lluvia de polvo. Primero cayeron guijarros y luego trozos enteros que aterrizaron con fuerza por todos lados.

Orrin tosió. Sentía los trocitos de piedra cayéndole en la espalda. Otro fragmento puntiagudo se precipitó justo frente a él, y luego uno más, detrás. Entonces gritó:

—¿Qué está pasando?

Miró hacia arriba y una sombra se precipitó sobre él.

En las rocas al oeste se escuchó un trueno. Mullen miró a su hermana furioso.

—¿Qué rayos sucede…?

Antes de que pudiera terminar la oración, Annileen le lanzó un puñado de arena a la cara. El chico comenzó a tambalearse sin poder ver, y ella aprovechó para sujetarlo del tobillo, jalarlo un poco hacia ella y luego tirar con fuerza hacia abajo.

Al escuchar a su hermano aullar, Veeka le apuntó a Annileen con el rifle. Disparó una vez, pero como tenía el hombro lastimado, su brazo se sacudió y se movió a la izquierda, impidiéndole dar en el blanco. Como impulsada por un instinto animal, Annileen se lanzó contra las piernas de Mullen y lo hizo caer de espaldas. Luchó con él para mantenerlo cerca y evitar que Veeka tuviera un disparo limpio, pero él era demasiado fuerte, así que la fijó al suelo y le apuntó con su bláster en la cara.

En ese momento, Veeka gritó.

A'Yark salió del refugio en el oeste y se lanzó a la carga aullando el grito de guerra tusken. Antes de que la chica pudiera apuntar con su rifle, A'Yark se lo destruyó entre las manos con su gaderffii. Un siguiente golpe hizo que la punta del arma tusken le rasgara el costado.

La hija de Orrin se apretó la herida y, en cuanto cayó al suelo, trató de escabullirse y escapar en agonía. A'Yark saltó sobre ella y aterrizó junto a Annileen y Mullen. El chico, sorprendido, dejó de apuntarle a Annileen en el rostro y trató de centrar a la guerrera.

Annileen utilizó toda su fuerza para obligar al joven a moverse a un lado. El disparo de su bláster pasó casi rozándole la cabeza a A'Yark, pero ella, en vez de detenerse, balanceó el gaderffii y se lo enterró en lo más profundo del abdomen. Annileen se liberó mientras A'Yark continuaba enterrando su arma en el cuerpo de Mullen una y otra vez.

—Patrulla mata…, ¡patrulla muere! —exclamó la tusken en básico.

En medio de una nube de polvo, Orrin trató de gatear para salir de entre la pila de escombros, pero todos sus movimientos le producían dolor. Cuando escuchó a Veeka gritar, se enderezó de golpe. Entonces sintió que los huesos de la pierna izquierda se desplazaban y cayó al suelo. A los pies de Ben.

El hombre de la capa se arrodilló junto a Orrin en la oscuridad.

—Te *dije* que dieras marcha atrás —susurró.

Atrás de él se escuchaba a Mullen aullando de dolor. Ben levantó la vista un momento y sacudió la cabeza apesadumbrado. Orrin se dio cuenta de que, sin importar lo que estuviera pasando, Ben se veía tranquilo y no tenía prisa por irse. Seguramente, Annileen estaba a salvo.

El líder caído escupió arena.

—No podía… dar marcha atrás. La gente de Jabba me…

Ben volvió a negar con la cabeza.

—No me refiero a eso. Tu miedo condujo a esta situación…, a todo lo que sucedió. El miedo a perder lo que tenías te puso en un sendero de sufrimiento.

Ben miró atrás. Desde donde se encontraba tirado en el suelo, Orrin pudo ver a un infante tusken saliendo de detrás de uno de los pilares de piedra. El niño se quedó viendo a los dos humanos y Ben reconfortó al pequeño enmascarado con una sonrisa antes de voltear de nuevo hacia Orrin.

—Sé cómo termina el camino para ti —dijo el hombre de la capa—, pero aún hay tiempo, si decides dar marcha atrás. Acepta la responsabilidad de lo que hiciste. Eso no saldará tus cuentas con los tusken, pero al menos será el comienzo hacia la redención.

Orrin se sentó y, al parpadear, cayó arena de sus ojos.

—Voy a perder todo.

Ben respiró hondo.

—A veces uno tiene que perderlo todo para encontrar su verdadero camino.

Ben empezó a levantarse, pero luego se puso alerta y volteó al oeste. Un monolito con una losa triangular equilibrada encima ya no soportó su propio peso y cedió de repente. Entonces empezaron a caer piedras enormes. El pequeño tusken corrió al lado de Ben para que lo protegiera, pero las rocas siguieron desprendiéndose y cayendo al suelo.

Los fragmentos de piedra siguieron cayendo y Orrin escuchó a más niños tusken llorando en el laberinto. Lo que más le llamó la atención, sin embargo, fue la reacción de Ben. El hombre parecía no tenerle miedo en absoluto al desastre natural. Era casi como si él mismo hubiera orquestado la debacle, pero ahora que tenía a un niño tusken tomado de la mano se veía algo preocupado.

—Algo anda mal —dijo Ben en un susurro apenas perceptible. «Yo no provoqué eso…».

A'Yark enterró su gaderffii una y otra vez. Annileen por su parte, estaba tratando de ponerse de pie, pero de repente vio a Veeka agazapada cerca de ahí. Cojeando y con la cara de color ceniciento, la hija de Orrin vio que, aunque su hermano había luchado, su cuerpo quedó desgarrado y dejó de moverse tras el asalto de A'Yark. Entonces la chica giró y huyó por la abertura del norte, siguiendo el camino que descendía por la colina.

A'Yark levantó su arma ensangrentada y vio a Veeka alejarse, pero antes de poder comenzar a perseguirla siquiera, los niños tusken, espantados por el clamor proveniente del bosque de piedra, salieron por montones de sus escondites en el oeste y se apiñaron alrededor de la líder, separándola de Annileen.

La comerciante giró para irse, pero de pronto escuchó a A'Yark gritar y se sorprendió.

—¡Ben!

Annileen se detuvo, volteó y vio a los niños aferrados a la túnica de la guerrera tusken. A'Yark bajó su arma y miró al oeste. Una nube de polvo gris se estaba elevando sobre las piedras que todavía seguían en pie. La guerrera, que unos momentos antes había desatado su rabia de una manera sangrienta, ahora parecía hipnotizada. Les habló a los niños en su propio lenguaje y luego miró a Annileen y repitió las palabras en básico:

—Mira, Ann-uh-leen. Mira a Ben.

Sin entender lo que sucedía, Annileen vio cómo se elevaba el polvo. Sabía que estaba en el corazón del territorio tusken y que debía seguir a Veeka para reunirse con la patrulla y ponerse a salvo, pero Ben y Orrin seguían ahí. Además, algo grande acababa de suceder.

—¿Fue una avalancha? —le preguntó a la guerrera. El polvo y la arena seguían elevándose—. ¿Está Ben en problemas?

—No problema —contestó A'Yark en voz baja. Luego asintió y volvió a mirar al oeste—. No avalancha. Yo razón.

Annileen se preparó para irse para dar el siguiente paso, pero los niños tusken empezaron a hablar y a jalar las túnicas de A'Yark. La guerrera habló con ellos apresuradamente. Era obvio que quería obtener toda la información que los emocionados chiquillos pudieran proveerle. Luego se escuchó otro estruendo en el oeste, pero fue tan fuerte que sacudió los pilares que las rodeaban.

—¿Eso significa problemas? —le preguntó Annileen a A'Yark, pero ahora que estaba rodeada de los frenéticos niños de su raza, la guerrera se veía menos temerosa.

—Sí, problemas —contestó A'Yark.

El siguiente ruido que provino del oeste le heló la columna a Annileen: «¡Ayooooo-eh-EH-EHH!».

Ya había escuchado ese sonido muchas veces antes y de inmediato supo que no se trataba de una grabación.

—Un dragón krayt —susurró.

—Despertó por ruidos —explicó A'Yark, y luego trató de cargar a un par de niños sin soltar su gaderffii ensangrentado. La mayoría de los niños salió de los pilares en el oeste y huyó hacia el claro.

—Debo esconder uli-ah —dijo la guerrera.

Como por impulso, Annileen avanzó y tomó la mano enguantada de un pequeño tusken.

—Te ayudaré —dijo.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

ORRIN SE QUEDÓ MIRANDO ESTUPEFACTO al monstruo que entró por los pilares hecho una furia y se dirigió hacia él. Como era demasiado grande para pasar por el corredor que formaban los megalitos, el inmenso reptil sólo entró a la fuerza como si fuera un tanque de batalla y los destruyó todos. Los pesados riscos rebotaron al chocar con el verde trasero del cuadrúpedo, sin causarle ningún daño.

Era un dragón krayt, más grande que todos aquellos de los que el líder frustrado había escuchado hablar. ¿Tendría cincuenta metros de largo? ¿Sesenta? Bueno, no planeaba medirlo ahora que estaba aterrado, por eso prefirió buscar sus blásters entre los escombros. Uno estaba aquí, hecho pedazos debajo de una roca. ¿Dónde estaría el otro? ¿Serviría de algo?

—¡Kenobi! —gritó Orrin—. ¡Ayúdame!

Ben, que estaba evidentemente azorado por la llegada del dragón, volteó a ver al líder, pero en ese momento pasaron por ahí más niños gritando, y al verlos salir espantados del lugar en donde habían permanecido ocultos, les prestó toda su atención.

—¡Rápido! —gritó Ben, señalando al este—. ¡Es por allá!

—¡Olvídate de ellos! —Orrin trató de volver a captar la atención de Ben, pero se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. El krayt los había visto a través de la nube de polvo con sus ardientes ojos amarillos. El dragón se lanzó al frente y enterró sus garras con facilidad en la piedra.

Primero arremetió contra Ben y los niños tusken, azotando con su poderosa cola. Orrin le lanzó su arma a la cara al dragón, pero se quedó petrificado y sólo alcanzó a ver a Ben agachándose rápido, al mismo tiempo que tiraba al suelo al niño para protegerlo. En ese momento, el pilar que la bestia golpeó con la cola se hizo añicos, y todas las piedras cayeron sobre el hombre y el niño tusken que se encontraban en la base. Ben empezó a moverse de nuevo, y a Orrin le dio la impresión de que estaba tratando de abrazar al niño…

… sin embargo, el forastero levantó los brazos y los escombros se detuvieron en el aire como si hubieran caído sobre un enorme cuenco invisible. Orrin se quedó boquiabierto y volteó a ver a Ben. El líder estaba como hipnotizado, pero alcanzó a ver la tensión en el rostro de Ben. El esfuerzo era demasiado. El hombre de la capa rechinó los dientes e hizo como si empujara el aire, y entonces media tonelada de piedra en trozos cayó en otra dirección sin hacerle daño al niño tusken, que continuaba bocabajo.

Orrin seguía azorado. El dragón krayt volvió a embestir.

¡Ben también! El forastero ya tenía en la mano un arma color azul claro que brillaba. «¡Un sable de luz!».

Ben saltó y se colocó justo en medio del camino de la criatura, en donde cortó el aire con su arma. El movimiento alcanzó la cara del krayt y logró cortarle varios de sus ya dañados dientes. El dragón, asombrado, retrocedió. El niño tusken seguía atrás de Ben, pero de pronto corrió hasta Orrin. El granjero, sin embargo, estaba demasiado asustado

como para alejarlo. Ben ya estaba atacando de nuevo, en esta ocasión saltó con agilidad a una piedra que estaba a la izquierda de la criatura y logró distraerla para que dejara en paz a Orrin y al pequeño tusken.

Las poderosas rocas se empezaron a hacer polvo bajo el peso de la monumental criatura que no dejaba de rasgar violentamente el suelo con sus garras. El dragón golpeó su cornamenta contra el pilar quebrado sobre el que Ben se había colocado, pero Orrin vio que ya no estaba ahí. Una voltereta le permitió saltar y colocarse a un costado del krayt y rasgar al mismo tiempo una de sus aletas de atrás con el sable de luz.

Esta acción sólo enfureció más al dragón, que se alejó de Ben, pulverizando más columnas de paso. Un anciano tusken cargando a un niño salió de detrás de un peñasco que se balanceaba, pero se quedó paralizado al ver al monstruo avanzando a toda velocidad hacia ellos.

Ben también iba corriendo. De pronto su mano surcó el aire describiendo una onda llena de intención, y los dos tusken de repente se elevaron frente al dragón y volaron, alejándose del camino de la bestia. El dragón, sorprendido, paró en seco y aulló al cielo.

Era un sonido que ya habían escuchado en el oasis, pensó Orrin. El niño tusken se encogió de miedo y acurrucó su cabeza en el hombro del colono, pero esta vez Orrin lo rechazó. Ben, convertido en una furia, había alcanzado al dragón en un claro recién formado. Cualquier oportunidad de escapar había quedado atrás. Orrin tenía que ver esto.

Al cobrar conciencia del peligro que representaba el arma de Ben, el krayt volteó apoyado en sus cuatro patas y latigueó con su enorme cola llena de púas. Ben saltó sobre ella la primera vez que la vio pasar, se agachó la segunda y la cortó en la tercera. No hubo un cuarto latigueo, el krayt aulló y retrocedió.

Orrin observó lleno de asombro. Los pilares de piedra alrededor enmarcaron a los combatientes como si estuvieran en una arena improvisada, aunque bastante pequeña. El líder caído pensó que esa sería la perdición de Ben. El krayt también se había percatado de ello. Seguía limitado por la lesión en la cola, así que eligió una nueva táctica: aplastar a Ben con todo su peso. El dragón se enfocó en el hombre, inclinó la cabeza a un lado y luego dejó rodar su cuerpo. Ben no tenía adónde saltar, sólo desapareció debajo de la gran masa de furia. Un megalito cayó, luego otro más; cayeron y se esparcieron como botellas de cerveza volcándose en la barra de un bar. Los trozos de piedra aporrearon al krayt, pero él siguió rodando hasta desaparecer en una enorme nube de polvo. Ben no se veía por ningún lado.

El dragón apareció un segundo después y corrió en medio de la polvareda hacia Orrin y el niño tusken. Orrin gritó, pero inmediatamente el dragón también aulló y se detuvo a tan sólo unos metros de ellos. Tenía la cabeza volteada, y con su puntiagudo hocico estaba tratando de morder algo cerca de sus hombros. Entonces Orrin vio lo que sucedía: Ben se encontraba ahí, con la túnica sucia y rasgada, aferrado a la espalda dentada de la criatura. De alguna manera había sobrevivido al cuerpo rodante del dragón, y ahora estaba sobre él, moviéndose a sus anchas. Ben estaba rociando la parte trasera de la bestia

con golpes de su sable de luz. Orrin se dio cuenta entonces de que eso fue lo que había detenido al dragón.

Detenerse, de hecho, fue la perdición de la bestia. Ben empezó a saltar de una escama a otra y terminó justo en su cuello, en donde encontró una placa débil del caparazón, y enterró su cuchilla de luz azul. El krayt aulló con más fuerza que cualquiera de las sirenas de Orrin jamás lo hizo. Empezó a temblar y Ben tuvo problemas para mantenerse encima de él, pero lo logró. Cuando lo hizo, su sable de luz volvió a encontrar un lugar para insertarse en el cuerpo del animal. En esta ocasión, fue en el interior de su primitivo cerebro.

El dragón murió y su cabeza cayó con un golpe seco a unos metros de Orrin y el niño tusken. El granjero miró el enorme cadáver como si estuviera hipnotizado. De su boca se desbordaba una asquerosa lengua negra. El pequeño tusken se mantuvo junto a Orrin; le echó un vistazo al dragón, luego vio a su salvador y salió huyendo sin decir nada.

Ben se deslizó, bajó de la espalda de la bestia y la contempló en silencio. A Orrin le pareció que el misterioso hombre se sintió satisfecho en principio, pero luego lo vio desanimarse, en cuanto se percató de lo que había hecho frente a testigos.

—Tú… *¡eres un jedi!* —exclamó Orrin.

Ben no dijo nada. Los brazos le colgaban a los costados y su sable de luz apuntaba cansado hacia el suelo.

Orrin comenzó a pensar a toda velocidad. Recordó las holonoticias que había visto en Anchorhead tiempo atrás. Hablaban de una especie de golpe, de un ataque contra la República, perpetrado por los jedi, si no recordaba mal. Pero, no sabía gran cosa respecto a esa Orden; jamás pudo entender por qué la República querría confiar en un grupo al que no entendía ni podía controlar. No era buen negocio. Algo seguramente había salido mal porque los jedi en cuestión fueron eliminados, y eso dio pie al Imperio.

—Por eso estás aquí —dijo Orrin, aferrándose a una de las pedregosas paredes para tratar de mantenerse en pie—. Por eso te escondes. Te están buscando. ¡Todos!

Ben sólo contempló el cadáver del krayt. Al ver que el jedi todavía no había desactivado su arma, Orrin comprendió el peligro en el que estaba. Ben acababa de matar a un dragón krayt y su secreto había quedado al descubierto.

Orrin trató de moverse. Se apoyó en las torres de piedra con una mueca de dolor.

—¡Vas a matarme!

Ben volteó a verlo.

—Todavía no lo he decidido.

—¿No has *decidido*?

Ben sonrió sutilmente.

—Yo no tengo la costumbre de matar gente para silenciarla. Ese es más bien tu estilo.

Orrin caminó tambaleándose de una pared de piedra a otra para tratar de llegar al claro. Ben suspiró y giró para seguirlo, pero avanzó lentamente y, poco después, apagó su sable de luz y lo volvió a guardar debajo de su capa.

«No va a matarme», pensó Orrin, y trató de seguir adelante a pesar del dolor, lo cual lo condujo a su siguiente reflexión. «Todavía me queda una carta por jugar».

Orrin saldría de ese mundo, visitaría el Imperio y volvería a ser alguien. Ahora tenía algo que vender otra vez: la información sobre el paradero de Ben Kenobi. Tatooine podía desaparecer si quería, ¡por completo! A pesar del dolor, salió a la luz de los soles.

No vio a Veeka ni a Annileen por ningún lado, pero Mullen estaba ahí tirado en la arena, cerca del JG-8. Sobre su cuerpo había un massiff solitario dándose un festín.

Orrin sintió el corazón en la garganta, sin embargo, logró arrastrarse con la pierna rota por el claro. Cuando el massiff terminó de devorar, se alejó. Entonces el líder caído se acercó a su hijo, se postró en el suelo junto a él y empezó a gemir. Mullen había muerto a manos de los tusken, al igual que su hijo más pequeño, el gemelo de Veeka.

¿En dónde estaba ella? El hombre entrecerró los ojos. Vio huellas y un ligero rastro de sangre que se dirigía a la abertura del norte. ¿Sería la sangre de Veeka o de Annileen? ¿Su hija realmente habría huido de vuelta a la patrulla? De ser así, ya no había manera de ayudarla. Era igual que si la tuvieran los tusken.

Ben se acercó, pero se mantuvo a una distancia respetuosa. Orrin seguía contemplando el cuerpo destrozado de su hijo. De repente levantó la vista. ¿Acaso Ben esperaba que se arrepintiera ahora? ¿Después de todo esto?

Lo miró y gruñó lleno de odio.

—Voy a decirles. ¡A la gente del Imperio! ¡Y te van a destruir!

Ben juntó las manos frente a su cuerpo y miró alrededor.

A Orrin le costó trabajo volverse a poner de pie.

—¿Me escuchaste, jedi? El Imperio te va a destruir. A ti y a todo lo que amas.

Ben negó con la cabeza.

—Ya lo hicieron.

El granjero lo ignoró y avanzó tambaleándose hacia el landspeeder dañado.

—¡Más te vale matarme ahora, porque hablo en serio! —gritó, y se impulsó para subir al vehículo—. ¡Lo voy a hacer, Kenobi!

—No, no lo harás —afirmó Ben—. He visto tu futuro y no creo que vayas a vivir mucho más.

—¡Por *tu* culpa!

—No, por tu culpa, porque no diste marcha atrás —dijo Ben. Dio la media vuelta y comenzó a alejarse.

Orrin se quedó boquiabierto por un momento. Después activó el JG-8 y el vehículo rechinó como protestando. No había manera de volver, al menos, no si la patrulla y los mafiosos seguían allá abajo. La única opción era seguir adelante, atravesar la abertura que estaba en el sur y enfrentar todo lo demás que apareciera en el camino. Si Veeka estaba viva, la encontraría después, de alguna manera.

Ben sólo se quedó de pie y vio el vehículo avanzar con dificultad algunos metros para luego apagarse, volver a encenderse y continuar con intermitencias. Orrin iba peleándose con los controles y golpeando el panel con el puño.

—¡Maldita sea! ¡Muévete!

Cuando terminó de ocultar a los niños, Annileen regresó al claro a través de una angosta abertura al este. Visitar a los tusken en el lugar en el que se ocultaban como último recurso era suficientemente perturbador de por sí, pero cuando vio a Orrin flotando hacia ella en el maltratado JG-8 estuvo a punto de dar la vuelta y regresar por donde venía. Luego se dio cuenta de que no se estaba acercando, más bien iba a la salida que estaba al sur. Orrin lucía un poco más dañado que su vehículo; traía el cabello cubierto de polvo y la boca ensangrentada, y no le prestó atención a ella. Annileen luego vio a Ben parado a unos cincuenta metros de distancia, sin intención alguna de perseguir al granjero.

El renuente landspeeder volvió a detenerse de pronto. Al parecer, Orrin había notado a Annileen por fin. A ella le costó mucho trabajo reconocerlo. De hecho, no lo habría logrado de no ser por esa perversa sonrisa que le mostró en cuanto la vio. Las palabras salieron de su boca desbordando veneno.

—Ben te ha estado mintiendo desde que llegó —dijo.

—Y tú me has engañado desde siempre —contestó ella, encogiéndose de hombros.

Orrin la miró con desprecio, pero antes de poder decir algo más, vio frente a él al guerrero tusken conocido como Plug-eye con su gaderffii en la mano. Venía del laberinto al oeste, cerca de la abertura del sur. Los adversarios se miraron un momento, pero luego Orrin apuntó y oprimió el acelerador.

El JG-8 se dejó de delicadezas y avanzó rápidamente hacia el frente. A'Yark se mantuvo estoicamente de pie cuando Orrin aceleró para embestirla…, hasta que le lanzó su gaderffii. La pesada arma giró en el aire y golpeó el parabrisas con una fuerza inefable.

Una lluvia de vidrios bañó a Orrin y, una vez más, su parabrisas terminó hecho añicos porque había hecho enojar a alguien. A pesar de ello, el landspeeder siguió avanzando y golpeó a la guerrera tusken con toda su fuerza para luego arrastrarla consigo hacia la salida del sur.

Annileen persiguió el landspeeder. Se dio cuenta de que Orrin no podía ver a través del parabrisas roto, pero aun así seguía acelerando. La mujer derrapó y se detuvo justo a tiempo para ver el vehículo salirse del estrecho sendero de los bantha que llevaba al costado del acantilado. El vehículo navegó libremente por algunos segundos, pero cuando ya no hubo nada sólido que las unidades antigravitacionales pudieran repeler, cayó hacia el frente y comenzó a dar vueltas hasta que desapareció en la región mala.

Ben, que se encontraba varios metros atrás de Annileen, empezó a correr.

—¡A'Yark! —gritó.

Annileen se asomó y vio a la guerrera colgando de una saliente, justo en el borde de la caída del sendero de los bantha. La mujer caminó a trompicones a un lado y se estiró para tomar la mano de la tusken. A'Yark levantó la vista y miró azorada a Annileen. La

gema en el interior de su torreta ocular brilló bajo la luz de los soles. Entonces la guerrera susurró algo y Annileen sintió que la empezaba a soltar.

Cuando Ben llegó a un lado de su amiga, se inclinó sobre su hombro y vio a A'Yark.

—Quieres vivir —aseveró—. ¿Recuerdas?

La guerrera se quedó inmóvil por un instante, y luego asió a Annileen con fuerza. La humana y su protector la levantaron poco a poco.

A'Yark permaneció inclinada pero no vencida. Se arrodilló y observó el humo que se elevaba desde las colinas del cañón. Jundland no perdonaba.

—Tienes lo que querías —dijo Ben.

—No todo. —A'Yark giró y se enderezó. Luego pasó entre Ben y Annileen empujándolos, y volvió a subir a la meseta—. Pero nuestro trato ya hecho. Tú vete.

Annileen asintió. De pronto escuchó el sonido de las botas pisando con fuerza: los tusken regresarían en cualquier momento. Con Ben cerca de ella, sin embargo, no sentía miedo en absoluto.

—Te lo agradezco —le dijo el hombre a A'Yark, haciendo una reverencia.

La guerrera se detuvo un momento frente a un pasaje que llevaba al laberinto y volteó con tranquilidad.

—Recuerdas, Ben… Sabes tú en qué puedes convertirte —dijo, antes de volverse a internar en las sombras.

Annileen y Ben caminaron con apremio por el claro y sólo se detuvieron al llegar adonde estaba el cadáver de Mullen. Annileen se puso lívida y volteó a ver el lugar por donde Orrin se había ido.

Ben la miró.

—Lo lamento —dijo.

—Yo no —respondió ella, y luego giró y lo abrazó.

No fue un abrazo apasionado, sino el colapso de alguien que había tenido un día demasiado extenuante. Una noche y un día enteros. Ben no rechazó esta muestra de cariño. Annileen levantó la vista y empezó a decir algo, pero él habló primero.

—Aquí no —le dijo, con una sonrisa—. En mi casa. Esta noche —agregó, y la animó a caminar hacia el sendero que bajaba.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

BEN HABÍA LOGRADO REGRESAR A CASA POR SÍ MISMO. Annileen también regresó a su hogar para dar inicio a la tarde más difícil de su vida.

Cuando salió de las colinas, se encontró con una silenciosa celebración por la victoria. Los granjeros habían ido a los Eriales de Jundland para enfrentar a un supuesto traidor, pero en lugar de eso se encontraron en medio de una batalla con sus eternos enemigos: los mafiosos de Mos Eisley. En esta ocasión, la gente de la provincia había logrado desplazar a la de la ciudad, ya que, como Mosep Binneed manejaba las matemáticas suficientemente bien, calculó a ojo de buen cubero las probabilidades de ganar, y decidió dar por perdidos los créditos que le debía Gault y retirarse con el esquife todavía funcionando a pesar del incendio en la popa.

Ulbreck y los otros colonos se sintieron aliviados al ver a Annileen, pero les desilusionó saber que no tendrían la oportunidad de arreglar cuentas con Orrin. Annileen vio que el doctor Mell estaba atendiendo a Veeka; sin embargo, cuando se acercó y le informó sobre el fallecimiento de su padre, la chica no tuvo ninguna reacción.

La gente empezó a preguntarle cosas a la viuda. Las preguntas venían de todos lados, pero afortunadamente, cuando el marido de Leelee se percató de su situación, le ofreció llevarla de vuelta al Claim sin más compañía que la suya. Waller la dejó en el almacén y se fue sin decir nada. Al llegar a su casa, Annileen tenía tanta hambre que empezó a comer mientras empacaba, y al mismo tiempo les fue contando a sus hijos fragmentos de lo que había sucedido, o al menos, lo que entendía que había pasado.

En la tarde Leelee llegó por la puerta de atrás de la casa con la piel color rosa cenizo y, sin entrar a la vivienda de su amiga, le contó lo que se rumoraba en todos los hogares del oasis.

Al parecer, el suceso de ese día había servido para que surgieran todos los resentimientos que la gente tenía contra los Gault. De hecho, la mayor parte se manifestó a favor de Ben. En general les parecía que era típico de Orrin tratar de culpar a un inocente recién llegado, y que el forastero debió de haber estado aterrado para haber buscado refugio en un nido de tusken. O chiflado. Aunque todos apreciaron que Ben les hubiera revelado la verdad, les irritaba el hecho de que, en tan sólo unos días, él se hubiera enterado de cosas que ellos jamás detectaron a pesar de que llevaban años trabajando cerca de Orrin. Fuera culpable o no, Ben era un individuo extraño y muy pocos tenían deseos de volver a verlo pronto.

Cuando los colonos empezaron a cuestionar a Veeka, la chica que alguna vez fue fuerte se derritió y se convirtió en un ser patético y cohibido. Tuvo que describir en detalle la forma en que su padre había defraudado al Fondo y los ataques perpetrados contra quienes decidían no suscribirse. Luego, como temía por su vida, despotricó contra los Calwell y aseguró que Jabe no había participado solamente en el falso ataque a la granja de los Ulbreck, sino también en todos los anteriores. Además, dijo que Annileen

siempre estuvo enterada de todo y que se había beneficiado de las ventas de armas y cerveza.

Nadie estaba demasiado inclinado a creerle a la hija de Orrin ni al cabeza hueca de Zedd, quien respaldó la historia de la chica cada vez que alguien le preguntaba de qué manera había estado involucrado. No obstante, en casa de Orrin se encontraron registros financieros que el granjero tal vez no borró por falta de tiempo o por exceso de confianza, y que contenían datos contundentes. En ellos se detallaba el pago al Claim de decenas de miles de créditos salidos del Fondo para cubrir años de cerveza, armas y derecho a los garajes, y las operaciones databan del tiempo en que Dannar Calwell todavía estaba vivo.

Desde el punto de vista de Annileen, todas las operaciones eran legítimas, pero las sumas dejaron atónitos a muchos buscadores de agua pobres que no pudieron ver nada más que una conspiración. Algunos colonos ancianos recordaban que, años atrás, Jabba había creado una guerra falsa contra los tusken para vender armas de mala calidad. ¿Eso sería algo similar? Naturalmente, Annileen parecía estar más allá de toda corrupción, pero todos habían visto a Orrin ir detrás del mostrador y sacar dinero de la caja con el permiso de ella. ¿Y qué había respecto a los registros financieros privados de la mujer que seguían en el datapad que estaba sobre el escritorio? ¿Qué tan separadas se manejaban las familias en realidad?

Annileen lo sabía bien: nunca estuvieron separadas lo suficiente. Había demasiados nudos que deshacer, vínculos que ella había permitido que crecieran durante años porque le parecía que era más fácil no discutir con Orrin. Estos vínculos que alguna vez los llevaron a tener una posición de respeto y riqueza relativa ahora sólo los hacían el centro de envidias y sospechas.

Todo salió a la luz tal como Ben predijo que sucedería, por lo que Annileen ya había agregado la clarividencia a los otros talentos que le atribuía. También notó que nadie llegó a cenar al Claim ese día. Su posición era indefendible. Tal vez podría solucionarlo con el tiempo… si estuviera en Coruscant y tuviera un abogado. Esto, sin embargo, era Tatooine, un lugar en donde los rumores y las malas vibraciones se propagaban como la arena con el viento, y en donde, una vez que la gente tomaba sus decisiones, no las cambiaba jamás.

Annileen y Leelee se abrazaron entre lágrimas. La comerciante no podía explicarle a su amiga lo que la gente comentaba ni cuáles eran sus planes. Sólo prometió volver a contactarla. Luego cerró la puerta y se preparó para caminar por el Claim por última vez.

Orrin vio la luz regresar lentamente. Cuando volvió, lo dejó deslumbrado; casi lo desgarró, igual que el dolor.

El cielo brillaba por alguna razón, y al final del túnel había un espiral resplandeciente. Sabía que sus piernas estaban ahí porque tenía las manos sobre ellas, pero no podía sentirlas. Tampoco los pies ni los dedos. Nada.

«Debe de ser por el choque», pensó. «Me quemé». Ya había pasado por algo así. Cuando era niño, en una ocasión se quedó fuera de casa un día a la mitad del verano. No tenía sombrero ni protección para la piel, por lo que cuando regresó tenía la cara tan seca y quemada que hasta reír le dolía. Sus padres lo mantuvieron adentro un día completo con el rostro vendado para evitar que se tocara. La tela que se lo cubría ahora se sentía igual, pero era más burda.

Sí, eso era. Lo vendaron y lo llevaron a Bestine. Probablemente el doctor Mell estaba ahí, discutiendo con los médicos del lugar respecto a su situación. Orrin respiró aliviado.

Pero luego escuchó su respiración.

Tenía algo sobre la boca, algo metálico que chocaba contra sus dientes rotos cuando la abría por completo.

De pronto tuvo otro recuerdo de su único viaje fuera del mundo. Había enfermado debido a una infección bacteriana que le dejó las extremidades en carne viva y en proceso de formar costras; tuvo que pasar una hora en un tanque bacta, lo cual no era común en Tatooine. También tuvo que usar una máscara para respirar y usar algo parecido a lo de ahora, sólo que este objeto era metálico y le daba una sensación de frío en los labios.

La luz sobre él se apagó. La cara de un tusken apareció lentamente para luego desvanecerse.

«No».

El hombre empujó hacia abajo con sus manos, levantó el torso y vio sus piernas vendadas. Sintió los guantes en las puntas de sus manos, el manto que cubría su rostro y las torretas metálicas pegadas a sus pestañas.

«No, por favor, misericordioso universo».

Otro tusken apareció frente a él.

—Orringault.

Orrin escuchó un gruñido animal, pero definitivamente era su nombre dicho por el tusken tuerto al que había embestido: Plug-eye.

—Soy A'Yark —dijo la guerrera—. Tú vive, Orringault.

Orrin se sujetó a la dispareja superficie debajo de su cuerpo y se dio cuenta de que yacía a cierta distancia del suelo, sobre una pila rectangular formada con piedras.

—Esta es plataforma funeral de mi hijo —dijo A'Yark.

El hombre sólo negó con la cabeza; tenía los ojos demasiado secos para llorar. Ya había visto estas cosas.

A'Yark lo asió de los hombros.

—Tienes trabajo —dijo, y lo volteó. Orrin vio pasar los pilares de piedra que ya conocía, hasta que, al final, tuvo al frente un cilindro metálico más pequeño.

Era un evaporador.

Conocía el modelo de vista. Era el evaporador que los tusken le habían robado a Wyle Ulbreck, pero en lugar de sacarle todos los componentes metálicos del interior, la guerrera y sus congéneres lo habían colocado en posición vertical. Los tusken se

acercaron a él con la estructura moviéndose de un lado a otro. Cuando la tuvo cerca, se dio cuenta de que habían expandido el féretro para transformarlo en algo más.

No era la tumba de Orrin, sino su plataforma de trabajo.

—Tú nos das agua —dijo A'Yark—, tú comes.

Orrin se incorporó con dificultad. Las partes de su cuerpo que todavía podía mover se estaban sofocando debido a las numerosas lesiones debajo de todos los trapos que las cubrían.

—Serás alimentado. Te mueves cuando nosotros movemos y vivirás sólo si das agua.

Orrin escuchó el chillido metálico de su respiración cada vez más fuerte.

«No. No. No».

Lo pensó, pero no lo dijo porque no era una palabra, y cuando escuchara su voz a través de la boquilla confirmaría lo que ya sabía: que ahora era uno de ellos.

Un morador de las arenas.

Entonces decidió no volver a hablar jamás.

El primer sol empezaba a deslizarse detrás de los acantilados al oeste cuando dos speeders llegaron al pie de la colina de Ben. Gloamer había conservado el viejo y gastado landspeeder de Annileen y el LiteVan que ahora Tar necesitaría para administrar el almacén. A cambio de eso le dio dos de sus vehículos mejorados. A la viuda le pareció que serían útiles en el desierto… o en cualquier lugar en donde ella, su familia y Ben terminaran.

La mujer soltó una risita mientras se estacionaba. Ya había visto a Ben en un moto speeder, pero no tenía idea de si podía manejar un landspeeder. Bueno, ya tendría tiempo de averiguarlo y enseñarle en caso de que no supiera hacerlo. Bajó del vehículo. Del asiento de atrás desbordaban maletas hechas apresuradamente y otros artículos. Jabe y Kallie también bajaron de un vehículo repulsor repleto de objetos similares.

Eran demasiadas cosas pero, al mismo tiempo, muy pocas: tan sólo lo que valía la pena llevar consigo después de toda una vida. Era triste, pensó Annileen, sin embargo, también refrescante.

A Jabe casi se le cayó la mandíbula cuando vio el refugio de Ben.

—¿Este es el *lugar*?

—Todavía no tiene puerta —señaló Kallie. La hija de Annileen se había mantenido en silencio desde que cerró el establo, pero al ver a Ben salir de su casa, se le iluminó el rostro. Igual que a Annileen.

—Bienvenidos —dijo Ben, mientras bajaba por la pendiente. En lugar de su capa café, ahora vestía una camisa blanca con puños largos y pantalones gris claro. Annileen nunca le había visto esa ropa. Se veía fresco, como si hubiera podido dormir en las horas que pasaron desde la última vez que lo vio. El forastero traía una pequeña mochila beige colgada del hombro.

Annileen caminó a su encuentro con una sonrisa deslumbrante, pero antes de que pudiera llegar a él, los dos eopies salieron del refugio balando y trotando.

—¡Ah! —dijo él, y bajó su mochila—. Los encontré camino a casa.

—Aquí está toda la familia —dijo Annileen, con afecto.

Ben levantó la vista.

—¿Arreglaste todos tus asuntos?

—Como nunca antes —dijo ella.

En el vehículo Annileen tenía divisas que había estado guardando en el almacén, y en Bestine o en Mos Eisley tendría acceso al dinero de la transferencia que Gloamer le había hecho a su cuenta electrónica. Era lo suficiente para vivir durante mucho tiempo, en especial, fuera de ahí. Annileen, sin embargo, no sabía cuál era el plan de Ben porque él sólo le había dicho que empacara para no volver. Dondequiera que fuera, se sentiría segura porque había dado por hecho que estarían juntos.

Kallie se arrodilló para acariciar con la nariz a Rooh y al bebé, y Ben aprovechó para observar a Jabe.

—¿Te encuentras bien, hijo?

—Sí. Yo…, eh, quiero agradecerte por ayudarnos y por haberme salvado anoche. —Jabe bajó la cara avergonzado—. No lo merecía.

Ben estrechó la mano del chico.

—Era el sendero equivocado, sin embargo, sólo habías dado unos cuantos pasos. —El forastero miró a Jabe directo a los ojos—. Estabas desesperado por encontrar algo que hacer, pero en una ocasión, alguien a quien respeto me dijo que la gente sabia nunca tomaba decisiones desesperadas. —Ben se quedó reflexionando un momento y luego sonrió—. De hecho, lo dijo de una manera muy distinta, pero de todas maneras es un buen consejo.

Jabe sonrió y Annileen lo miró con una expresión de felicidad inefable.

Luego volteó a ver los landspeeders.

—Va a oscurecer pronto. ¿Descargamos los vehículos?

—No —contestó Ben, girando hacia la mochila que había dejado en el suelo—. Eso puede esperar hasta Mos Eisley.

Kallie abrió los ojos como platos.

—¿Mos Eisley?

—Sé que apenas ayer estuvimos ahí —explicó Ben mientras levantaba su mochila—. Bueno, no parece que haya sido ayer, pero en fin. Hay un transporte que se está alistando para partir de la Bahía de atraque 56 pasado mañana, ya reservé los boletos.

Annileen se quedó boquiabierta.

—¿Cómo es eso posible?

Y antes de que Ben pudiera responder, Kallie lo abrazó y lo apretó…, aunque sólo lo suficiente para que él tuviera que volver a dejar caer su mochila. Ben se rio.

—¿No quieres saber cuál es el destino?

—¡Realmente no! —dijo Jabe, al tiempo que daba un paso atrás y chocaba las manos con su hermana, con un aire triunfante.

—La primera parada es Bestine —reveló Ben—. Pero hablo del planeta, no de la ciudad.

—¿La primera parada? —repitió la madre de los chicos.

—Así es. —Ben sonrió y miró al único sol que quedaba en el horizonte—. Esta noche, más que nunca antes, viajar a Mos Eisley no debe representar ningún problema. Con toda la actividad de las patrullas que hay ahí hoy, seguramente los tusken evitarán ir al norte durante varias semanas. —Ben señaló entonces el segundo landspeeder—. Muchachos, por favor esperen en la falda de la colina. Necesito hablar con su madre un momento.

Kallie miró a su madre con cara de asombro.

—¡Nunca dijiste que nos iríamos de Tatooine!

—No lo sabía —explicó Annileen. Su mente seguía dando vueltas, pero la decisión parecía coincidir con el espíritu de ese día: un acto impulsivo más después de muchos otros. La mujer sintió que se acercaba un momento solemne.

Jabe ya estaba ondeando la mano frente a los controles del segundo landspeeder.

—¡Vamos, Kallie!

La chica dio un salto y besó a Ben en la mejilla.

—Te veremos pronto —exclamó. Luego giró y corrió al vehículo, dejando detrás de sus pasos una lluvia de arena. Un momento después, los hermanos ya se dirigían a la falda de la colina, y su celebración se escuchaba por encima del ruido del motor.

Annileen miró a Ben maravillada.

—Tú no le das a una mujer oportunidad de recobrar el aliento, ¿verdad?

Ben sonrió con timidez antes de voltear a ver a sus eopies.

—Quiero que sepas algo —dijo, tomando la correa de Rooh—. Me habría gustado salvar a Orrin.

—Él no era tu responsabilidad —repuso ella, mientras lo veía llevar a los animales a su corral—. Tú no viviste cerca de él durante años sin saber en lo que se convertiría.

Ben le devolvió la sonrisa.

—Cuando tú te enteraste, hiciste algo al respecto. No dejaste pasar el tiempo.

—Me das demasiado crédito. Sólo actué por una razón: por ti.

—No, creo que sí mereces el crédito, así como comenzar de nuevo —dijo Ben, y caminó hacia la mochila. Al llegar a ella la abrió y sacó un datapad.

Annileen reconoció el objeto a pesar de la poca luz que quedaba.

—Oye, es mi datapad viejo, ¡el que te di!

Ben lo activó.

—Esta mañana tuve que ir con el moto speeder a un pueblo para conseguir una señal que saliera de este mundo, y luego, en la tarde, fui montado en Rooh para recibir la respuesta. Pero ya es oficial —le dijo, pasándole el artefacto—: fuiste aceptada.

Annileen leyó las palabras y se tambaleó hacia atrás como si le hubiera caído un gran peso encima.

—¿Enviaste mi solicitud? —le preguntó a Ben, boquiabierta—. ¡La redacté hace veinte años!

—Alderaan todavía existe, ¿no es cierto? También el sistema de la universidad. —Ben se puso a su lado y señaló un recuadro en la pantalla—. Todavía hacen las expediciones de exobiología. Salen de la sucursal en Naboo.

Annileen se sabía el anuncio de memoria. Un viaje a diez mundos en dos años para estudiar mil especies, las menos comprendidas por la ciencia. Volvió a ver la pantalla.

—¿Aceptada? ¿Cómo es eso posible?

Ben cruzó los brazos.

—Es una de esas cosas sobre las que no te dejaré preguntarme. Sólo digamos que tuviste referencias sólidas en Alderaan.

Annileen no podía creer lo sucedido… ni lo que él le decía. Todo parecía imposible, incomprensible.

—¡Ir a la universidad a mi edad! No lo puedo creer, ¡es ilógico!

—Es más lógico que pensar que alguien con tus habilidades siga sirviendo caf y rellenando estantes —explicó Ben—. También hay un lugar para Kallie en este periodo. Además, estoy seguro de que habrá más oportunidades para tu hijo allá de las que hay aquí.

Annileen volvió a mirar la pantalla y no pudo evitar reírse.

—Ya vi que no pudiste meterme a una escuela en Coruscant.

—Ciertamente, mis poderes son limitados. —Ben tomó el datapad y lo llevó al landspeeder.

Ella corrió detrás de él. Apenas si sentía el suelo bajo sus pies. Ben puso a salvo el artefacto en el interior del vehículo. Casi mareada de la emoción, Annileen bromeó:

—¿Estás seguro de que no te molesta viajar con una estudiante de mediana edad?

—No puedo negar que extraño las estrellas —respondió, y colocó las manos sobre la puerta del landspeeder—. Y tal vez lo haría si esta fuera otra vida. —Ben asintió con calma y sonrió muy ligeramente. Luego la miró con una expresión solemne—. Pero me temo que no puedo ir.

Annileen se quedó helada.

—¿A qué te refieres?

—Tengo responsabilidades aquí. Tengo algo que cuidar.

—¿Qué tipo de responsabilidades? —Annileen volteó a ver su refugio y luego miró a Rooh en su corral—. Si te refieres a los eopies, ¡en el camino podemos pasar a dejarlos en una granja!

—No, no es eso. —Ben negó con la cabeza y se alejó del landspeeder.

—Espera. Tú hiciste todo esto, nos salvaste. ¡Nos trajiste aquí! —gritó Annileen, tratando de darle alcance—. ¡Es *a nosotros* a quienes tienes que cuidar!

—Annileen, tú no necesitas protección —afirmó Ben, sin voltear a verla mientras subía por la colina—. Eres capaz de cuidarte sola. *Extremadamente* capaz.

Annileen se quedó ahí confundida. La noche caía con rapidez. Desde el momento en que habló con Ben en su habitación, una inercia empezó a empujarla para enfrentar los sucesos del día. Fue la inercia, pero también la idea de que él sería parte del siguiente capítulo de su vida.

—No quiero que te quedes —le imploró—. ¡Te quiero a mi lado!

—Annileen…

—¡Annie!, ya te dije, ¡todos me llaman Annie!

—Sabes que no es posible, ni siquiera es sensato porque…

—¿Sensato? Pero ¿qué es *sensato*? —gritó, pateando en la arena—. ¿Trabajar con alguien durante veinte años sólo para descubrir que esa persona ha defraudado a medio oasis?

—Esto es sólo una fantasía…

—¿Como los tusken con los que puedes hablar y razonar? —Annileen lo tomó del hombro y lo hizo girar—. ¿O como un hombre que llega de ningún lugar, que arriesga el pellejo para salvar a gente a la que no conoce como si fuera una especie de…? —La mujer se detuvo y buscó en vano su siguiente palabra.

Ben dio un paso atrás. Fue un paso pequeño, casi imperceptible, pero para Annileen, que estaba totalmente concentrada en él, fue como si se hubiera alejado un año luz, y eso la hizo perder el hilo de sus pensamientos.

La obligó a respirar.

—Lo lamento —dijo ella, mientras trataba de controlar sus emociones—, pero queremos que estés con nosotros. —Lo tomó de la mano—. Yo quiero que estés con nosotros. Conmigo. Ahora, sólo…

—Ya tengo una familia —reveló Ben, y retiró su mano de forma abrupta. Luego la miró con sus brillantes ojos en medio de la creciente oscuridad.

—Tú… Tú tienes…

—Una vez me preguntaste si tenía una familia que cuidar —recordó Ben—. Y sí la tengo. Por eso estoy aquí.

Annileen miró alrededor y rio nerviosamente.

—¿Te refieres a los eopies? —preguntó en voz muy baja.

—No. Hay un niño —dijo. Se veía como si estuviera revelando su secreto más íntimo—. Él es mi responsabilidad.

Annileen sacudió la cabeza. Las lágrimas por fin empezaron a brotar. Sí, ya se había imaginado esa posibilidad una vez, pero la descartó. No tenía sentido que algo así lo tuviera atrapado ahí para siempre.

—Puedes hacer arreglos —le dijo ella—. Las familias lo hacen todo el tiempo. Puedes cuidar al niño y partir de todas…

—No, no puedo —dijo Ben, con firmeza—. Debo estar aquí. —El hombre dio vuelta para alejarse, y ella miró alrededor entre las sombras.

—¡Entonces nosotros nos quedaremos! ¡No tenemos que ir a otro mundo!

—Annileen, ustedes tienen su destino y yo el mío.

La mujer volteó a ver el landspeeder.

—¿De eso se trata? ¿La universidad? ¿Me vas a enviar lejos?

—No puedo permitir que sigas aquí —dijo él, y se encaminó a su refugio—. Además, no pueden quedarse.

Annileen se quedó en blanco mirándolo y lo vio deslizar la cortina que cubría la entrada del frente. Esto no era lógico. Desde antes de que amaneciera, su visión de tener una vida con Ben le ayudó a enfrentar toda la locura. Los sucesos habían sido tan extremos que el sustento que él representaba se había convertido en algo parecido a un sueño anhelado desde mucho tiempo atrás y eso empeoraba todo.

—Me mentiste —dijo ella, en un susurro.

Ben volteó a verla.

—¿Qué dijiste?

—Que me mentiste —respondió ella. Apenas si sentía el cuerpo—. Me mentiste. Tal vez no fue durante veinte años como Orrin, sino sólo por quince horas…, pero me mentiste. Justo como él me lo dijo.

Ben abrió bien los ojos.

—Yo nunca… —empezó a decir, pero luego se detuvo y reflexionó un momento—. Sí, supongo que te he estado mintiendo —continuó. Luego miró a un lado—, y no sólo respecto a esta noche o al niño. También te he mentido sobre otras cosas. Muchas otras. Desde el principio.

Annileen cerró los ojos.

—Bien —dijo, en voz baja—. Entonces creo que estamos de acuerdo en algo. —La mujer abrió los ojos y lo vio de repente—. No necesito eso. Ya no —afirmó, y empezó a caminar—. Me siento triste por ti, Ben. Adiós.

Annileen subió al landspeeder con el cuerpo tenso, y sólo se detuvo una vez para verlo de nuevo, solo, mirándola desde la entrada.

Luego manejó hasta donde la esperaban sus hijos, les indicó que la siguieran, y juntos atravesaron el desierto bajo la luz de las estrellas que lo cubrían.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

EL JOVEN GUERRERO BALANCEÓ su gaderffii y empaló al jawa. La pequeña bestia chilló y se agitó mientras la vida abandonaba su cuerpo.

A'Yark atestiguó la carnicería con aprobación. El cambio estaba funcionando. Dos días antes los colonos habían amenazado con invadir Los Pilares, pero ahora, con un ataque al atardecer en vez de temprano por la mañana, su pequeño pelotón había realizado su primera incursión en el Mar de Dunas Occidental, al sur de Jundland. La región casi no estaba poblada, y el premio de esta noche sólo fue una caravana de jawas que iba retrasada a un encuentro con su reptador de las arenas. El clan de Yark y Sharad Hett jamás se habría molestado en luchar con roedores así, pero esa noche, los jawas fueron la presa perfecta para un grupo de seres que había perdido la confianza en sí mismos.

Para los tusken, la única forma de vivir era un día a la vez. Al parecer, no había otra manera de subsistir para aquellos que vivían como presas de una maldición. No obstante, algo había cambiado, para los tusken y para A'Yark. La líder quería que todo su clan llegara al futuro, y eso significaba seleccionar sus objetivos en un orden específico. El arrepentimiento era inaceptable. Las incursiones tenían que ser algo más que sólo una expresión de odio y dominio tusken: tenían que ser útiles y enseñarles algo a los guerreros.

Aquel conocido como Orrin había empezado a gimotear a todas horas. Los otros tusken lo ataron a un massiff guardián para evitar que tratara de alejarse arrastrándose, pero al parecer no había peligro de ello. A'Yark dudaba que viviera mucho más, sin embargo había logrado echar a andar el evaporador en las horas que pasó en el féretro, y eso era lo único que importaba. Durante esa estación, el clan de A'Yark sería el único que tendría algo que beber. Gracias a eso, se volvería el más poderoso entre todos.

Tomar agua del cielo estaba prohibido, sí, pero a A'Yark no le habían importado las otras supersticiones tampoco. Ninguno de los hermanos celestes era digno de respeto, así que, ¿por qué proteger su cielo? Se tenían bien merecida una rasgadura a las nubes.

El agua empezó a transformar a los remanentes de la tribu en tan sólo unas horas. Según los ancianos, tenía un sabor dulce, mágico. Los pequeñitos al borde de la muerte empezaron a revivir y los banthas pudieron trabajar más tiempo. Incluso los pocos guerreros que habían quedado parecían listos para volver a luchar. A'Yark aceptaría cualquier mejora. A veces, un pequeño sacrilegio podía resultar bastante útil.

Vivirían porque tenían que hacerlo, porque su gente se estaba atreviendo a pensar en el mañana por primera vez.

Los otros tusken habían visto la defensa de Ben, la monstruosa nube que levantó en Los Pilares y el cadáver del krayt. Había una razón por la que estas poderosas figuras seguían apareciendo entre los moradores de las arenas. El clan tendría un papel que jugar en el siguiente ciclo de la historia de los soles. Ahora más que nunca, la gente de A'Yark hablaba de su anhelo de que un poderoso forastero los ayudara a destruir a sus enemigos.

Sin embargo, Ben nunca sería esa persona. A'Yark les advertiría a los otros tusken que se mantuvieran alejados de su hogar porque no tenía nada que pudieran tomar y porque no tenía caso irritar a un hechicero. No importaba, decían los creyentes: ya llegaría alguien. Mientras tanto, la guerrera le abría los brazos a cualquier esperanza que motivara a su gente a prosperar una vez más. Incluso ella misma esperaba un día distinto. Un día en que el clan comprendiera que no necesitaba a un forastero mágico después de todo; que ya tenían el líder que necesitaban.

Pensando en eso, A'Yark volvió a enterrar su gaderffii en la espalda del líder jawa. La existencia era una maldición en sí, pero tenía sus placeres.

La nave espacial *Dama de Bestine* flotaba en su órbita sobre el deslumbrante y dorado creciente de Tatooine. Annileen se quedó parada junto a la gigante ventana de observación de su cabina y luego miró hacia abajo. Le parecía muy extraño ver su mundo así por primera vez. Desde este ángulo, Tatooine parecía tener más nubes de las que jamás vio estando en tierra.

Quienquiera que fuera el protector alderaaniano, además de conseguir la beca de la universidad, les dio pasajes de primera clase. Annileen había pensado en llevar a los chicos al Twin Shadows Inn, pero el compartimento del *Lady* hacía que cualquier habitación del Kerner Plaza se viera minúscula, así que, después de dejar su carga, la familia sólo permaneció a bordo.

La única razón por la que salieron fue para cerrar su cuenta bancaria y para deshacerse de los vistosos landspeeders de Gloamer. El primero lo dejaron en el lote de Gran Delroix con una nota para disculparse, ya que el JG-8 que le había rentado a Orrin no le sería devuelto después de todo. El segundo se lo vendieron a un distribuidor cercano al puerto espacial. Las ganancias, más algo adicional que había logrado ahorrar, las depositaron y las enviaron en un paquete al Claim. Leelee las recibiría y las distribuiría entre los miembros del Fondo de los Colonos.

No era suficiente, aunque sí necesario.

Annileen prácticamente no sintió cuando la nave despegó porque se negó a permanecer pegada a la ventana como sus hijos. Ella prefirió deambular por los corredores interiores durante horas mientras la nave orbitaba y permanecía a la espera de un encuentro con un transporte de enlace que traía más pasajeros. Annileen lucía como si perteneciera a ese lugar. Llevaba puesto el elegante vestido chandrilano que su esposo le compró tanto tiempo atrás, porque finalmente había encontrado un lugar donde lucirlo. Sin embargo, tenía la sensación de que no había ido a ningún lugar aún.

No, sus pensamientos seguían en tierra, en el pequeño refugio al borde de las montañas. Kallie quedó devastada cuando se enteró de que Ben se había negado a viajar con ellos y Jabe sólo parecía confundido. Annileen tenía ambas sensaciones. Caminó, se

preguntó cosas y reprodujo en su memoria todos los breves momentos que pasó a su lado, con el objetivo de comprender por qué lo había malinterpretado.

De entrada, no estaba segura de creer esa historia acerca de la familia de Ben y, por lo tanto, se preguntaba si no se habría ido demasiado pronto. El engaño de Orrin le había afectado mucho, y las palabras de Ben también fueron un duro golpe, sin embargo, era obvio que el hombre estaba comprometido con aquello que lo mantenía atado ahí, y eso era lo que realmente importaba.

Al final, se había quedado con un rompecabezas tan impenetrable como los mismos Eriales de Jundland, y ahora que por fin estaba en su cabina, pudo ver de lejos la accidentada tierra que empezaba a deslizarse y a desaparecer en la noche.

Allá abajo, los soles empezaban a ponerse en Mos Eisley, lo que les daría a los rufianes más libertad para llevar a cabo sus fechorías. Los dewbacks de las granjas se recostarían y empezarían a cabecear. En las dunas, los moradores de las arenas aprovecharían para desplazarse y acechar a los desvalidos. Por último, los clientes del Claim se terminarían entendiendo con el nuevo dueño y beberían para olvidar sus jornadas laborales. Sólo esperaba que alguien mantuviera llena la garrafa de Bohmer.

Sus hijos la alcanzaron junto a la ventana.

—Pronto entraremos al hiperespacio —dijo Kallie y miró a su madre—. ¿Estás pensando en Ben?

Annileen negó con la cabeza.

—En el almacén —dijo—. Cuando tu padre murió, me juré que nunca permitiría que el almacén se viniera abajo, aunque fuera lo último que hiciera en la vida. Era lo único que podía hacer por él, lo único para recordarlo.

—Lo hiciste bien, mamá —dijo Jabe.

Annileen miró a su hijo. Lucía muy guapo con su ropa de vestir. Se veía igual a su padre.

—Sí, *lo hice* bien —repitió ella, rodeándolo con sus brazos—. Y los presioné para que me ayudaran. Lo lamento, sé que ese no era el sueño de ustedes. —Annileen sonrió ligeramente—. Tampoco el mío, pero sentí que tenía que quedarme a hacerlo.

Kallie se acercó más. Annileen abrazó a sus dos hijos.

—Creo… Creo que Ben está haciendo lo mismo —agregó—. No se queda en Tatooine porque quiera, sino porque cree que tiene que hacerlo. Tal vez alguien le encargó algo, algo que no puede abandonar. Quizás es el sueño de alguien más, como Dannar y el almacén.

Kallie sorbió sus lágrimas y levantó la vista.

—Pero te vas a ir.

Annileen le sonrió con melancolía y un brillo en los ojos.

—Yo cumplí mi tiempo —dijo—, pero Ben no. ¿Quién sabe? Tal vez en cinco, diez o veinte años él también habrá terminado.

Los motores del navío empezaron a acelerar y Annileen miró hacia abajo acompañada de sus hijos.

—Adiós, Ben —susurró. «Gracias».
Al otro lado de la ventana, el mundo se nubló y desapareció.

Meditación

Han sido dos días muy largos, pero no me siento cansado.

Qui-Gon, esta fue otra búsqueda, ¿no es verdad? Cuando por fin me responda tendrá que decirme lo que piensa de la solución que propuse.

Ahora sé bien dónde estoy. Me encuentro en la sombra de la lluvia. Durante todos esos años que estuve cerca de los grandes sucesos de la galaxia, permanecí en la cima de la montaña. Ahora estoy de vuelta en el fondo, donde se supone que está seco.

Algún día, sin embargo, saldré de entre las sombras.

Esta noche he mantenido guardia en la granja de los Lars y he estado en busca de algo más. Allá arriba, sobre el horizonte…, creo que ese debió de ser el navío de *pasajeros porque las estrellas no desaparecen de esa forma.*

Ellos están a salvo allá arriba. Luke está a salvo aquí.

Y yo estaré… bien.

El camino de vuelta es largo, Qui-Gon. Que la Fuerza lo acompañe.

Es hora de que vuelva a casa.

Acerca del autor

JOHN JACKSON MILLER es el autor de *Star Wars: Caballero andante*, *Star Wars: La tribu perdida de los Sith*; de quince novelas gráficas de *Star Wars*, así como de *Overdraft: The Orion Offensive*. Es historiador y analista de la industria del cómic; ha escrito para franquicias como *Conan*, *Iron Man*, *Indiana Jones*, *Mass Effect* y *The Simpsons*. Vive en Wisconsin con su esposa, sus dos hijos y demasiados libros de cómics.